

Andrés Townsend Ezcurra / 50 AÑOS DE APRISMO



ANDRES TOWNSEND EZCURRA

50 AÑOS DE APRISMO

*Memorias, Ensayos y Discursos
de un Militante*

TESTIMONIO

El autor desea dejar constancia de su agradecimiento al Senador Luis Alberto Sánchez, al Diputado Luis Alva Castro, al Sr. Enrique Miranda Iturrino y a la Fundación Friedrich Ebert por el auspicio que permitió la publicación de este libro. E igualmente a Jaime Guiulfo por su fraternal identificación con los ideales comunes.

Los juicios y opiniones que contiene son, desde luego, de responsabilidad exclusiva del autor.

ANDRES TOWNSEND EZCURRA

50 AÑOS DE APRISMO

*Memorias, Ensayos y Discursos
de un Militante*

PRIMERA EDICION

Cubierta, Carlos González R.

50 AÑOS DE APRISMO

Copyright 1989 Andrés Townsend Ezcurra

Lima 33, Perú, Teléfono: 32-0099

Derechos Reservados

Prohibida la reproducción

Impreso en el Perú, Printed in Peru

Corrección: Herbert Mujica Rojas

ATE está funcionando muy bien. Llegan cosas abundantes en recortes de Montevideo y Buenos Aires. Tiene un dinamismo y un sentido de responsabilidad que cada día me acercan más a él. Ojalá se mantenga así. Pero hasta hoy es uno de los más eficientes y comprensivos portavoces de la nueva camada aprista, si no el mejor. Sobre todo comprende la necesidad de una labor incesante y hace labor aprista a firme y a fondo. Además, entiende lo que es el aprismo como obra continental y ha entrado firme en el apostolado. Hay que alentarlo porque el tipo vale.

Haya de la Torre. Carta de marzo de 1937 a Luis Alberto Sánchez. Vol. I, pp. 302-303 de la Obra *"Correspondencia —Haya de la Torre - Luis A. Sánchez—* Mosca Azul Editores, Lima 1982. (ATE era la forma abreviada y usual del nombre de Andrés Townsend Ezcurra)

INDICE

I PARTE

MEMORIAS

Prólogo	17
1.- Los años de aprendizaje.....	27
2.- Los años de militancia.....	36
3.- Víctor Raúl: retrato al natural	49
4.- Fundación de la FAJ	54
5.- El primer destierro	58
6.- La experiencia argentina	61
7.- Gabriel del Mazo	66
8.- Dardo Cúneo	68
9.- Sandino y el Apra	69
10.- Los deslindes ideológicos	72
11.- Uruguay: ni ofende ni teme	74
12.- Primer retorno del destierro	77
13.- De la tiranía a la convivencia democrática	82
14.- Conversar no es pactar.....	94
15.- Misión en Naciones Unidas: el derecho de huelga	100
16.- Anticipación del III Mundo	104
17.- Un prólogo y una definición	106
18.- Las elecciones y el "veto" de 1962	111
19.- La Coalición y mi voto adverso	113
20.- La Ley de Reforma Agraria	115
21.- Fundación del Parlamento Latinoamericano	117
22.- La Ley del Reservorio de Tinajones	122
23.- Las guerrillas del Puente Ucceda	124
24.- Presidente de la Cámara de Diputados	126
25.- El gobierno de la Fuerza Armada	133
26.- Costa Rica y CEDAL	137
27.- La Asamblea Constituyente	139
28.- El Mensaje inaugural	147
29.- Víctor Raúl: la muerte y la gloria	149
30.- Pre-candidatura presidencial	159
31.- La Convención de octubre de 1979	161
32.- Mi expulsión	166

II PARTE

ENSAYOS

1.- Sobre el Apra y su historia. Prólogo al libro "Historia del Apra", de Percy Murillo	173
2.- El aprismo, las Fuerzas Armadas y una revolución sin pueblo	186
3.- Por qué soy de izquierda	202
4.- El Antimperialismo y el Apra y 30 Años de Aprismo, dos textos y una sola verdad	207
5.- Izquierda verbal e izquierda real	212
6.- China y el "marxismo fosilizado"	220
7.- La URSS y su "perestroika"	225
8.- Una bandera para Indoamérica	230
9.- Réquiem para una bandera	235
10.- La hoz y el martillo: símbolos en liquidación	237
11.- Aprismo y Socialismo	239
12.- Manuel Seoane: el hombre y la obra	242
13.- Luis Alberto Sánchez: maestro y líder	248
14.- Genio y figura de Ramiro Prialé	251
15.- Antenor Orrego	253
16.- Mariátegui: poeta y político	256
17.- Raúl Porras Barrenechea	259
18.- Rómulo Betancourt: estadista y creador	260
19.- Salvador Allende	263
20.- José Gálvez	265
21.- Carlos Manuel Cox	268
22.- Luis Heysen	270
23.- José Sandoval Morales: vida obrera ejemplar	273
24.- El Patriarca vivo Carlos Showing	275
25.- Juan Seoane: "Hombres y Rejas"	277
26.- George Orwell	279

III PARTE

DISCURSOS

- 1.- *Política y Reforma Universitaria. Córdoba, Argentina, 15 de junio de 1938.* 285
- 2.- *El aprismo y la nueva Constitución del Perú. Intervención en la Asamblea Constituyente. Lima 1979.* 288
- 3.- *Informe ante el XII Congreso del Partido Aprista Peruano. Lima, 7 de julio de 1979.* 299
- 4.- *Oración fúnebre ante los restos de Haya de la Torre. Plaza Bolívar, Lima, 5 de agosto de 1979.* 322
- 6.- *Juramentación de la fórmula presidencial ante la tumba de Víctor Raúl. Octubre de 1979, Trujillo.* 326
- 6.- *Proclamación de la fórmula presidencial aprista. Lima, Av. Alfonso Ugarte, 22 de febrero de 1980* 330
- 7.- *Discurso en la Casa del Pueblo de Chiclayo, 21 de setiembre de 1980.* 336
- 8.- *Discurso en el mitin en la Plaza San Martín. 22 de febrero de 1981, Lima.* 341

PROLOGO

Por iniciativa y consejo de varios amigos y compañeros, se publican en este volumen, memorias, ensayos y discursos que tienen, por común designio, tratar temas relacionados con el aprismo, con sus ideas, con sus adversarios y competidores y con su Jefe y Fundador. Abarca más de los 50 años que anuncia su título, forjado deliberadamente en el molde de uno de los libros más importantes de Haya de la Torre y recoge testimonios en torno a personas y hechos. Algunos acaso pueden tener conexión lejana con el tema aprista, pero ilustran sobre el clima y atmósfera que vivió el autor en diversas épocas de este medio siglo.

El capítulo de Memorias tiene dos propósitos notorios. El primero, ofrecer el testimonio directo de un hombre cuya existencia—desde la niñez hasta la séptima década de su vida—ha transcurrido inmersa en el absorbente fenómeno histórico del aprismo peruano. Y segundo, demostrar a quienes sólo conocieron una versión falsificada de mi conducta partidaria, que nunca me aparté del credo, clarísimo y rotundo, que nos enseñó a todos el maestro y creador.

Nadie, sino mi convicción, me hizo aprista. Nadie, sino mi lealtad me mantiene al lado de las ideas y propósitos que he defendido más de medio siglo.

Como podrá advertir el lector menos avisado, he sido y soy intensa y raigalmente aprista. Por eso, cuando yo sentí que el Apra perdía identidad, perfil o limpieza, enuncié mi crítica, fundamenté mi disidencia y en ella me acompañaron millares de apristas en todo el país, cuya fraterna solidaridad agradezco. Se me respondió con una expulsión injusta e ilegal. Desde entonces, aprista convicto, hayista militante, me he encontrado en la fe, pero no en la iglesia. Desde la curul del Senado,

que gané con una de las más altas votaciones preferenciales de 1985, he defendido las posiciones del Partido cuando las juzgué de acuerdo con la doctrina y la trayectoria del Apra. Y manifesté mi divergencia cuando —a mi criterio— esta situación no se daba. Mi voto ha sido razonado y razonable. Ni la debo ni la temo.

Los años del duro enfrentamiento han pasado. Y de ello me alegro de veras. Muchos y calificados dirigentes han declarado, una y otra vez, que desearían verme reincorporado a las filas del Partido. He agradecido y agradezco estas declaraciones, pero me he permitido señalar que en estos casos la reparación tiene que expresarse a través de canales estatutarios y jurídicos, tales como la anulación de la llamada sentencia que a fines de 1980 decretó mi expulsión.

Personalmente, contemplo sin rencor ni amargura aquella dolorosa experiencia. El movimiento revolucionario y popular peruano que encarna el Apra ha tenido, tiene y sin duda tendrá, nuevas crisis y conflictos. Es condición irrenunciable de su originalidad principista, de su agónica existencia de sesenta años, y de todo el oro y toda la escoria que arrastra un río histórico y humano de tan vasto y permanente caudal.

Deseoso de cerrar heridas y no de reabrir las, solo se publica, en este libro, un testimonio: el texto de mi discurso, en la Plaza San Martín, el 22 de febrero de 1981.

Una vocación innata, y el trato con Haya de la Torre, tanto personal como a través de sus libros, ahondaron en mí el interés por las cuestiones ideológicas. Estas ostentan tan rica cantera en el Apra que un politólogo germano-boliviano, León Biber, ha dicho en un libro reciente sobre el tema, que el pensamiento de Haya de la Torre es el primer corpus del nacionalismo populista latinoamericano y el investigador norteamericano Grant Hilliker en un cuadro comparativo de partidos populares asignaba entre ellos, la más alta densidad doctrinaria al aprismo. Esta calidad precursora había sido ya vista por G.D.H. Cole en su clásico libro.

Semejante trabajo creador y sus aplicaciones coyunturales, nunca cesaron en vida de Víctor Raúl. En los últimos años, son pocos los ensayos por parte de los apristas por poner al día la doctrina. Resulta sugestivo que autores no pertenecientes al Partido, o aún enemigos de su doctrina, se hayan mostrado especialmente fecundos en el análisis y los

comentarios en torno a Víctor Raúl y sus principios. Buena parte de estos trabajos parten de un supuesto inexacto: que hay un Haya joven y revolucionario y un Haya viejo y conservador. En el capítulo de ensayos de este libro contradijo semejante falacia y subrayo la florida actualidad de un pensador que nacido en el último lustro del siglo XIX supo definir tesis y actitudes que hoy orientan los movimientos renovadores del marxismo y del socialismo.

Conviene puntualizarlos en una lista provisional de aciertos y anticipaciones históricas. Anoto los más salientes:

1º) Rechazo del marxismo dogmático, que los chinos comunistas llaman fosilizado y que Haya bautizó, con más benevolencia, como congelado.

2º) Paralela reivindicación de la dialéctica, que Haya postuló como esencial y que ahora los chinos (tesis de Xu Muquiao) y los rusos (la perestroika de Gorbachov) quieren poner en vigencia.

3º) Relativismo espacio-temporal. Si para Haya, el imperialismo era última etapa del capitalismo en los países desarrollados resultaba primera etapa en los subdesarrollados, en China descubren que no viven la etapa culminante del socialismo, sino un socialismo primario que por muchos años tendrá que convivir y hasta cooperar con el capitalismo. Para Haya, la etapa transicional del Estado Antimperialista.

4º) Necesidad de modernizar al marxismo a la luz de los avances científicos y tecnológicos de nuestra época o sea el principio básico del espacio-tiempo histórico. En una importante definición editorial de PRAVDA de Moscú se postula: "La era nuclear demanda una profunda transformación de la teoría marxista".

5º) La energía nuclear en sus aplicaciones bélicas conlleva la ruina total de la humanidad, afirmó muchas veces Haya, y agregó que en las actuales circunstancias la violencia no es la partera de la historia sino su sepulturera. Ha dicho PRAVDA, dirigiéndose a los movimientos de liberación que sopesen las consecuencias del recurso de la violencia porque esta puede llevar al holocausto.

6º) Concepto policéntrico y autónomo de la revolución. Haya fundó el Apra como movimiento independiente y rechazó el sometimiento de la revolución latinoamericana, al comando único e indelegable en Moscú. Desde la II posguerra, los movimientos revolucionarios han planteado y obtenido su autonomía: Yugoslavia, China, Italia y el desactivamiento ideológico y organizativo de la III Internacional por Gorbachov.

7º) Revaloración de la democracia. La dictadura del proletariado deja de ser tema vital. El eurocomunismo reivindica los valores de la libertad. La perestroika propicia y desencadena fenómenos de liberalización y el glasnost el de la transparencia. La lucha de clases deja, en China, de ser motor de la historia y se le relega a los estrados judiciales. Desde los años treinta, Haya había cifrado su credo en un lema: *Ni libertad sin pan, ni pan sin libertad.*

8º) Renovación en los símbolos. Desde 1975, el comunismo francés cancela la hoz y el martillo como su emblema. Igual lo hace el comunismo japonés. El comunismo español acepta la bandera roja y gualda que fue de la monarquía. Haya creó en 1924 una nueva bandera. La bandera revolucionaria y unitiva indoamericana.

9º) Frente a los divisionismos mini-nacionalistas, que estancan el desarrollo y favorecen al imperialismo, el Apra postula y mantiene denodadamente la tesis de la integración económica, política, social y cultural de América Latina, que es ya credo continental.

10º) Abandono del clasismo excluyente y formación de Partidos de Frente Único de clases. Tesis aceptada por el Partido Comunista Chino y reforma fundamental de los partidos socialistas occidentales desde el Congreso de Bad-Godesberg, en 1951, cuando el concepto ortodoxo de partido de clase fue substituido por el Partido del Pueblo, designación, por cierto, usada como equivalente a la de Partido Aprista, desde la fundación de este movimiento.

A estos análisis, y como una contribución al mantenimiento de la autónoma doctrina aprista y a la actualización de algunos de sus personalidades más significativas, he dedicado varios ensayos que figuran en el presente volumen.

Aparece asimismo, otro sobre el gobierno revolucionario de la Fuerza Armada que prevaleció en el Perú de 1968 a 1980. Fue escrito en Costa Rica, en 1971, cuando ejercía la dirección del Centro de Educación Democrática de América Latina (CEDAL). Se publicó en noviembre de ese mismo año en la Revista de La Plata, que se editaba en la ciudad argentina de ese nombre. Nunca se reprodujo en el Perú. Quiere ser un enjuiciamiento crítico y no convencional de un hecho que, en su momento, atrajo la atención de los observadores, y debe leerse teniendo en consideración la fecha en que fue escrito.

El ensayo *Sobre el Apra y su Historia*, apareció como prólogo del libro de Percy Murillo Garaycochea, *Historia del Apra* (Lima, 1977, editor E. Delgado Valenzuela) y estimo que pueda resultar útil para la comprensión general de mi idea sobre el movimiento aprista y su encuadre en la historia del Perú y de nuestra América.

He sido y soy parlamentario y, en consecuencia, buena parte de mis definiciones y defensas se han dicho en la tribuna de las Cámaras, en Congresos del Partido Aprista o en mítines o asambleas populares. He reproducido mi discurso más antiguo con huella impresa. Fue el pronunciado en el Teatro Rivera Indarte de Córdoba (República Argentina) en el vigésimo aniversario de la Reforma Universitaria (15 de junio de 1938).

Incorporo luego, el discurso con el cual sustenté el proyecto de nuestra vigente Carta fundamental, en la Asamblea Constituyente de 1979. Esta exposición y otras de su tipo fueron siempre consultadas con Haya, y merecieron su aprobación y su estímulo.

Documento inédito es el texto del discurso que pronuncié ante el XII Congreso del Partido Aprista, el día 7 de Julio de 1979. Para entonces sólo tres semanas faltaban para su fallecimiento y su condición se reconocía como de suma gravedad. Nuestro deseo y nuestra esperanza fervorosos eran por una ya imposible recuperación. La lectura de este documento, concebido en torno a la hipótesis de una victoria que no llegó sino cinco años después, suscita curiosas reflexiones sobre realidades contemporáneas.

Se transcriben, luego, un discurso cuyo tema es la personalidad de Haya de la Torre y su fúnebre elogio. Fue pronunciado en la Plaza Bolívar, de Lima, ante los restos del Fundador y Jefe del Partido.

El 22 de febrero de 1980 se inició la campaña presidencial del Apra, con un gran mitin frente a la Casa del Pueblo. Esa noche pronuncié un discurso, como integrante de la fórmula presidencial que encabezaba Armando Villanueva. El 20 de setiembre de ese mismo año, hablé en el local del Partido en Chiclayo, mi ciudad natal.

Este libro circulará cuando el aprismo lleva ya cuatro años gobernando el país. Está viviendo la más peligrosa experiencia que le faltaba en sus sesenta años de vida. Después de un periodo inicial afortunado, se están acumulando problemas y obstáculos de creciente complejidad y dureza. Muchos de ellos resultan agrandados por la vieja, inagotable inquina reaccionaria. De ese anti-aprismo cerril que ha oscurecido tantas épocas de la historia peruana. Pero hay otros que la improvisación, el exitismo, el olvido de ciertos principios fundamentales de doctrina, han ido colocando en el camino, para tribulación y angustia de los apristas sinceros. Se advierten incluso casos de corrupción inadmisibles en un partido de gente honrada y cuyo Jefe -que hizo Presidentes, parlamentarios, ministros y autoridades- murió en casa fraterna pero ajena. Y no dejó más herencia material, que los eventuales derechos que le correspondieran como autor de sus libros. Por eso Haya es Jefe, pero también y sobre todo, es Maestro.

Esta obra maravillosa de larga fe perdurable y de vocación heroica no está perdida. Ni es posible dejarla perder. En el ánimo de los viejos combatientes, que vencieron la tortura, la prisión o el exilio. Y en la conciencia de los jóvenes incontaminados, late, enteriza y exigente, la voluntad revolucionaria que hizo el milagro de tantos años de aprismo, de combates, de limpieza y de esperanzas.

A esta juventud aprista peruana cuya organización me tuvo entre sus fundadores dedico, este libro con humildad de veterano y pasión de compañero.

Andrés Townsend Ezcurra

PRIMERA PARTE

MEMORIAS

1.- LOS AÑOS DE APRENDIZAJE

Mi primer encuentro con el APRA (así en mayúsculas y en sigla ya formada) ocurrió en Chiclayo, mi ciudad natal, el año 1926 y en la Biblioteca Popular, meritoriamente sostenida por el Club Unión y Patriotismo. Funcionaba su sala de lectura en un amplio y penumbroso local situado en el Portal Orrego, hoy desaparecido, de la calle San José, a la altura del templo, entonces inconcluso, que mis paisanos llamaban "la Catedral", aunque allí no se dijera misa alguna ni fuera sede de ningún Obispo.

Llevaba algunos días de haber sido registrado como "lector" de la Biblioteca por quien la dirigiera muchos años, un señor Leguía, de genio huraño pero bondadoso, a quien todos llamaban "el barbón Leguía" por su perita negra. En esa oportunidad, y aguijonado por una temprana vocación libresca, pronuncié mi primera "mentira blanca", al declararme mayor de 12 años, que era el mínimo requerido para usar los libros de la acogedora Biblioteca. (Tenía once).

Encontré mi primera noticia sobre el APRA en la revista *Amauta*, de José Carlos Mariátegui, dos nombres que desde entonces me resultaron imposibles de olvidar. El ensayo sobre el APRA venía ilustrado con vistosos afiches del dibujante mexicano Balmori y lo calzaba un nombre para mí nuevo y que habría de gravitar el resto de mi existencia: Víctor Raúl Haya de la Torre.

Algo de misterioso y atractivo debía tener la sigla pues un grupo de muchachos de mi edad, alumnos del 1º de Media del Colegio Nacional de San José, decidimos formar un Club secreto, de afiliación limi-

tada a los fundadores y en el ángulo superior izquierda de las "Actas" copiamos la sigla, inscrita en un círculo, que hemos visto tantas veces y vemos repetido, sólo que ahora con el adorno de las cinco puntas de una estrella.

Así, de modo insensible, pero constante, se van sedimentando las simpatías y las tendencias en un ánimo juvenil. En mi casa se hablaba muy poco de política. Mi padre, Augusto C. Townsend Torres, había sido partidario de Augusto Durand, jefe del Partido Liberal agrupación que emigró del seno del Partido Demócrata por considerar a Piórola muy clerical. Era hijo de un ingeniero, William F. Townsend, que llegara a la provincia de Chiclayo hacia 1865. Había nacido en Dublin ("en Irlanda, mi Patria" como dice con cierto retintín orgulloso en un documento personal), criado en la fe católica ("la religión de mis padres") y llevado joven a Estados Unidos, supongo que en los años de la hambruna en Irlanda, cuando se perdió la cosecha de papas en la isla, se había hecho ciudadano de Yonkers, en el Estado de Nueva York. En la época de Balta, le fue encomendada la construcción de la Iglesia nueva de Chiclayo (la llamada Catedral) que Balta mandó levantar en agradecimiento a los chicleños cuya revolución de 7 de enero de 1868 lo había llevado a la presidencia.

El abuelo Townsend llevó una vida un tanto errabunda, siempre en el norte del Perú, entre Chiclayo, Pacasmayo y Trujillo. Murió en Cartavio, en 1900, y está enterrado en el cementerio de Miraflores, en Trujillo. Mi padre se hizo a sí mismo con inteligencia, tenacidad y energía. Su hermana, Josefina, cuidó de mí al quedar yo huérfano de madre y lo hizo con una abnegación y un cariño insuperables.

Mi padre había casado con Andrea Ezcurra Unzuñunzaga, chicleña de origen vasco "por sus dieciseis costados" como decía Unamuno. Mis abuelos maternos venían de Guipúzcoa, de una familia originalmente navarra. Mi abuela materna, a la que alcancé, todavía podía hablar en euskera con los frailes (entre ellos el Padre Echeverría, confesor del Dr. Phillips, el mártir de la revolución de Huaraz), cuando la visitaban en su casa del Puerto de Eten.

Mi abuela paterna, Josefa Torres Horna, era una chicleña antigua y genuina. Su antepasado, Felipe Torres, aparece como uno de los regidores del Ayuntamiento de Chiclayo que el 31 de diciembre de 1820

proclamaron la independencia de esta ciudad, con el primer alcalde de ella, don Santiago de Burga, a la cabeza y con José Leonardo Ortiz, coronel y patriota, como primera autoridad democráticamente designada en un cabildo abierto.

Un siglo más tarde, el Chiclayo de mi niñez y de mi adolescencia, era una ciudad en plena expansión comercial y demográfica. Había superado ampliamente a la ciudad de Lambayeque, que fuera capital de la zona y el cultivo de la caña de azúcar —con los precios de la primera guerra— y del arroz, crearon capitales y capitalistas e indujeron a que la tildaran de fenicia. Como un índice de desarrollo, debe recordarse que en agosto de 1922 se fundó en Chiclayo lo que fuera el anticipo de los Bancos regionales, posteriormente tan elogiados como un foco de descentralización económica: el Banco Departamental de Lambayeque. Fue el dinámico autor de esta iniciativa y su Presidente de Directorio, mi padre. Se basaba en el sencillo razonamiento, después tantas veces repetido: "Que los capitales del Departamento se queden en el Departamento para promover su progreso". El Banco trabajó con éxito seis años, pero en 1929 su activo y pasivo fue asumido por el Banco Italiano, predecesor del actual Banco de Crédito. La incipiente banca provinciana no había podido competir con la banca limeña y extranjera. "Nos comieron los grandes", me explicó sucintamente mi padre muchos años después.

Un marxista diría que Chiclayo, esos años, presenciaba la maduración de una burguesía comercial provinciana y emprendedora, con sede en una capital de Departamento sin los legados aristocráticos de Trujillo, sin fundación española, hija de sus hijos y creación de su pueblo, afanosa, igualitaria y democrática.

Al propio tiempo, el Departamento conservaba en su seno, poderosos bastiones de la feudalidad agraria: Pomalca, primero de los Gutiérrez y después de los Piedra; Tuman, de los Pardo y Barreda; Pucallá de los Izaga; Cayaltí, de los Aspíllaga; Batángrande, de los Aurich, La Viña, de los Montero y otros. Haciendas todas de ricas y extensas tierras, sembradas de caña y trabajadas por un campesinado sin instrucción que se traía de la sierra limítrofe de Cajamarca. Sus propietarios eran, los típicos "barones del azúcar" y sus incursiones en política, con candidaturas presidenciales y todo, eran económicamente sostenidas por las haciendas lambayecanas.

Entre los barones del azúcar y la surgente clase media de Chiclayo no mediaban muchas simpatías. Se contaba que el Presidente Pardo, en visitas de inspección que hacía durante su gobierno, a la Hacienda Tumán, desembarcaba en Puerto Eten; allí la Empresa del Ferrocarril y Muelle —que también era propiedad de la familia— fletaba un tren especial que lo llevaba directamente a la Hacienda. Sospecho que las desiguales veredas de Chiclayo de la época nunca fueron recorridas por los aperillados tacos de don José. En Chiclayo, en esas épocas, predominaba el liberalismo de Durand. La clase media y el pueblo eran de raíz anti-civilista, es decir anti-conservadora y anti-plutocrática.

En 1919 representaba a los barones del azúcar y era su candidato un miembro típico de esa clase: don Antero Aspíllaga (Cayaltí) que gozaba de las simpatías del Presidente Pardo (Tumán). Sin figuras nuevas en el horizonte político, los elementos disconformes de una nueva clase media en el país se agruparon en torno a quien, paradójicamente, había salido del civilismo pardista pero que, desde su presidencia de 1908-1912 había reñido con este y empezaba a enarbolar banderas democráticas y anti-feudales, de grata resonancia popular: don Augusto Bernardino Leguía y Salcedo.

Don Augusto, como se le llamaba, era un lambayecano, de estirpe vasca (su nombre se traduce paradójicamente del euskera como "la ley"), cuyos antepasados figuraron, con Iturregui y Saco Oliveros, entre los próceres del 27 de diciembre de 1820. Por curiosa coincidencia, a mediados del siglo pasado los Leguía habían sido propietarios de Cayaltí.

Don Augusto no heredó ninguna hacienda, pero demostró una gran capacidad de trabajo y una infalible ambición. En la guerra del Pacífico le tocó batirse en Miraflores y luego se abrió campo en los seguros. Hablaba fluidamente el inglés y estaba dotado de un genio inequívoco para los negocios. Tenía ya bien ganado prestigio en Lima cuando el Presidente Candamo le encargó, en 1903, el Ministerio de Hacienda. Sus orientaciones modernizantes y su ánimo polémico lo señalaron pronto como un presidenciable del civilismo, siempre que se respetara la primacía dinástica de don José Pardo, hijo de Don Manuel, el fundador.

Era don Augusto de baja estatura, que compensaba su aire imperioso, su mirada dominante y lo aguileño de su nariz. Basadre habla de "la

luz fría de sus ojos y la crueldad de su mentón". Era atildado y conservador en el vestir. Su voz impresionaba por lo grave y cavernosa.

Cuando se examinan los retratos de la época de Candamo y luego Pardo, de los entonces jóvenes políticos y futuros presidentes y ministros, Leguía aparece como un aguilucho entre palomos. Era evidente que semejante hombre estaba destinado a dominar a sus émulos y coetáneos.

Gobernó once años —el "onceño"— y lo hizo con creciente autoritarismo. Después de promulgar una Constitución —la de 1920— que modificaba con sentido progresista, la de 1860, apartó de su régimen a lo que hoy llamaríamos la "izquierda leguista", cuyo jefe era el primo hermano del Presidente, el Dr. Germán Leguía y Martínez. Orador fogoso, escritor de fuste, poeta y jurista, don Germán tenía vocación jacobina, cuya entereza utilizó el Presidente para un primer embate violento contra los opositores de derecha. Rompieron los primos hacia 1923 al revelar don Augusto sus propósitos de reforma constitucional que le permitieron la reelección a la presidencia, cargo al cual también aspiraba don Germán. El enfrentamiento concluyó con Leguía y Martínez desterrado en Panamá y con Leguía y Salcedo reelecto con un simulacro de elecciones y con sus serviles preparando un tercer período, que se inició en 1929 y que concluyó abruptamente un año después, con su derrocamiento, prisión y muerte. El "Gigante del Pacífico", como lo llamó una vez un Embajador norteamericano, terminó su vida en una celda del Panóptico, vejado, enfermo y pobre, pues ni la minuciosa inquina de sus enemigos pudo probarle la vasta fortuna que le atribuían.

En algunos aspectos, Leguía actuó con retardo, en relación a su época. Debió ser un gran caudillo de la nueva clase, que empezaba a romper los marcos esclerosados de un Perú que no se incorporaba al siglo XX, clase que tenía en Yrigoyen en Argentina y en Alessandri en Chile a dos históricos adalides. Prefirió mantener y acentuar el sistema dictatorial y personalista. No creó un partido, y disipadas las nubes de un incienso interesado, faltó mística para sostener su recuerdo.

Al propio tiempo, puede afirmarse que fue un gobernante que estuvo a tono con los tiempos y aun que se adelantó a ellos. Tuvo la visión del adelanto material y de la modernización en un país que, en muchos aspectos, seguía siendo estanco y semi-colonial. El desarrollo urbano de Lima iniciado con Balta y la demolición de las murallas, detenido a raíz

de la guerra del Pacífico, se reinició impetuosamente después de 1920. La urbanización de las haciendas que rodeaban a Lima convirtió en millonarios a sus dueños, gran parte de los cuales eran oligarcas, civilistas y enemigos del Presidente. Es anecdótico y revelador, que los hacendados hostilizaran con escopetas a los ingenieros que trazaban las futuras grandes avenidas, como aquella que llevó el nombre de Leguía y que a partir de su caída fue rebautizada como Arequipa. Prosperaron o nacieron entonces Santa Beatriz, Lince, San Isidro, Miraflores. La "nueva clase" se mudó a los balnearios del sur. A los antiguos propietarios rurales, Leguía los hizo ricos a la fuerza, con las urbanizaciones.

De todos los planes modernos o modernizadores de Augusto Leguía, el de mayor trascendencia e importancia fue la irrigación de las Pampas de Olmos, situadas en el Departamento de Lambayeque. Acaso recordando sus experiencias de niño y adolescente en la tierra que lo vio nacer, las lamentaciones y quejas de los agricultores ante la inseguridad de las aguas y consciente de la portentosa fertilidad del anchísimo migajón, de aquellas pampas, apenas consolidado, se lanzó a realizar tan vasto proyecto de riego.

Se fundaba éste —y se fundan todavía los planes que han sucedido al original— en la captación de aguas procedentes de afluentes del Marañón, como el río Huancabamba, para que desviadas hacia la costa, humedecieran las ricas pampas de Olmos. Un gran ingeniero norteamericano, autor de la irrigación del Imperial, en Cañete, Charles W. Sutton, dio forma al proyecto, reunió a un extraordinario grupo de ingenieros y técnicos peruanos y con el resuelto apoyo de Leguía, se lanzó a ejecutarlo.

Comenzaron en setiembre de 1924 y la presencia de tanto ingeniero con casco y teodolito y de tanta y tan moderna maquinaria (autos, camiones, aplanadoras, tractores) revolucionaron el tranquilo paisaje de los pueblos y las aldeanas costumbres de sus moradores.

En un nivel más alto, la Comisión de Irrigación y sobre todo Sutton que empezó a medirles el agua a las haciendas, sembró profunda alarma en los barones del azúcar. Estaban acostumbrados a los privilegios de la "toma la libre" y otros parecidos porque —lo afirmaban muy convencidos— eran ellos "los que daban trabajo en el Departamento y por lo tanto tenían el deber de manejarlo".

Parece claro que Leguía tuvo la visión de una agricultura pujante y poderosa en la costa norte, fundada en la pequeña y mediana propiedad, capaz de cubrir la demanda de alimentos del país y atemperar el monocultivo de la caña, que el propio Sutton, en un congreso agrícola celebrado en febrero de 1929 en la ciudad natal de don Augusto, llamó con desusada franqueza, un cultivo "de plantación y favorable al imperialismo".

Demorado por las lluvias torrenciales de 1925 y por el sabotaje de los barones, el gran proyecto de Leguía —el que lo hubiera justificado ampliamente ante la historia, al convertir a las secas pampas de Olmos en una réplica sudamericana de California— se estancó definitivamente. Con la crisis de 1929, el gobierno se quedó sin fondos, los ingenieros sin trabajo y los planes sin realizar. La crisis mundial daba la victoria a los barones. En depósitos y caminos, en pueblos y arenales, quedaron inutilizadas las armas de ese ejército civilizador que habían sido los ingenieros y técnicos. Sobre ellas se arrojaron para dismantelarlas o venderlas los victoriosos reaccionarios. El túnel trasandino no llegó ni a abrirse, quedó inconcluso hasta hoy Carhuaquero y sólo en Sasape y Muyfinca se conquistaron algunas hectáreas al desierto. La "pax melífica", la paz de los azucareros, descendió sobre Lambayeque.

El 22 de agosto de 1930 se alzó en Arequipa el Comandante Luis M. Sánchez Cerro. Desgastado por un largo ejercicio del poder arbitrario, sin dinero (sólo se encontraron ese día 100,000 soles en la caja fiscal), desmoralizado, el gobierno de Leguía cayó la noche del 25 de agosto, cuando la guarnición de Lima lo obligó a renunciar. El lunes 26, en "El Comercio" aparecían avisos convocando a un mitin en la Universidad, en su local del Parque Universitario, o sea "La Casona". Habían comenzado los tumultos y saqueos.

Leguía no perdió dignidad en su caída. Ni tampoco suficiencia. "Si creen que el país puede progresar sin mí, en buena hora", dijo a los militares. Lo embarcaron luego en el crucero "Grau" que puso rumbo al norte, con destino a Panamá. Navegaba frente a la costa peruana cuando llegaron al barco noticias sobre graves desórdenes en Lima. Recuperando sus dotes de mando, el caído Presidente interpeló al Comandante de la nave para decirle que la capital del Perú estaba dominada por las turbas comunistas y que en su calidad de Presidente legítimo reasumía el poder. El marino, impresionado, lo reconoció como Jefe de Estado y el "Grau" enarboló, por algunos minutos, la insignia presidencial. Más

luego la radio vibró con los mensajes imperiosos del nuevo gobierno, presionado en forma amenazante por Sánchez Cerro desde Arequipa. Se arrió la insignia y el "Grau" puso proa al Callao. Bien custodiado, Leguía fue a dar a una celda de la Penitenciaría nacional. En toda aquella orfandad, le quedó el consuelo de un acompañante leal: su joven edecán, el Teniente de Marina Teodosio Cabada González, nieto de don Manuel González Prada y de un defensor abnegado: el Dr. Alfonso Benavides Loredo.

En agosto de 1930 se inició, claramente, una nueva etapa en la historia del Perú. Caído el gobernante que tuvo la virtud de probar la endeblez de los partidos políticos actuantes en la llamada "república aristocrática", adquirió el Ejército una preeminencia que había perdido bajo el voluntarioso dictador. Los líderes del civilismo afirmaron que el Partido fundado por Manuel Pardo había dejado de existir y lo propio ocurría con los demás "partidos históricos". Era el momento exacto para que nacieran nuevas organizaciones.

Había dos que desarrollaban una existencia embrionaria. Era una de ellas el "Partido Socialista", fundado por José Carlos Mariátegui en 1929, al concluir su etapa de colaboración con el APRA. A su vez, el aprismo —que por ese entonces se autodenominaba "Sección Peruana de la Alianza Popular Revolucionaria Americana"— había intentado en 1929, actuar como "Partido Nacionalista Revolucionario o Libertador", con supuesta sede en Abancay, en plena sierra del Sur del Perú. Pero ni el "socialismo" de Mariátegui, que sus continuadores entendían como paso previo a la fundación del Partido Comunista, afiliado a la III Internacional, ni el aprismo, influían en las masas populares, carentes, bajo Leguía, de medios de información auténtica.

Todo eso cambió a partir de agosto del 30. Retornaron los primeros exiliados apristas, los que venían de México. En los periódicos, que estrenaban una libertad tanto tiempo ignorada, se empezó a hablar de un "frente de izquierdas", de socialismo, del APRA y de Haya de la Torre. Predominaba, empero, un periodismo amarillo con "revelaciones" sobre la vida, milagros y escándalos del "tirano nefasto", y de sus parientes y partidarios. Un empedernido libelista, Francisco A. Loayza, alcanzó grandes tirajes para su época, al publicar, por entregas, supuestas historias sobre la vida privada de los hijos de Leguía.

En medio de este desafinado y violento vocerío apareció una publicación en papel periódico y con formato de revista, pero muy austera, tanto en la forma como en el fondo de sus artículos y cuya sobriedad adocrinante contrastaba con el estilo furioso, personalista y panfletario del resto de prensa del año 1930. La revista se llamaba "APRA" y apareció el 12 de octubre de aquel año de veras crucial.

Recuerdo que adquirí un ejemplar en un puesto de periódicos de la Avenida Bolivia y que el título de su artículo de fondo, escrito por Haya, era: "El aprismo es una doctrina completa y un método de acción realista". Exactamente eso resultó para mí. Desde ese día de octubre de 1930 comencé a profesar una doctrina completa y traté de incorporarme a sus medios de acción realista. Cincuenta y nueve años más tarde, y a mi modo, persevero con "terca lealtad" en esta línea libremente adoptada a los quince años.

Pocas semanas después de la caída de Leguía era evidente el incumplimiento de las promesas democráticas del "Manifiesto de Arequipa" que redactara el Dr. José Luis Bustamante y Rivero, entonces joven abogado de 36 años. Sánchez Cerro, militar ambicioso y violento, se vio rodeado, en Lima, por la oligarquía que lo envolvió en sus sedosas redes. En noviembre de ese mismo año, se anunció la candidatura del montañés caudillo. A Haya de la Torre, al cabo de ocho años, no se le levantaba el exilio. El civilismo y un pálido sector de la clase media propagaban sobre él fantásticos rumores. Haya era "comunista", Haya padecía una tuberculosis galopante, Haya era "morfinómano", Haya era anticatólico.....

En febrero de 1931 comenzaron, en Arequipa y en el norte, alzamientos militares. Finalmente, el 1º de marzo, la Junta convocó, en Palacio de Gobierno a una asamblea de notables presidida por el Arzobispo interino, Monseñor Holguín y en sus manos eclesiásticas dejó el poder. Los integrantes de la heterogénea asamblea decidieron fundar una Junta encabezada por el Presidente de la Corte Suprema, Dr. Ricardo Leoncio Elías e integrada por un marino y un militar.

A los dos días la expedición, bien equipada, que Sánchez Cerro había embarcado para combatir a los Comandantes Beytía y Dianderas, alizados en armas, regresó a Lima y en vez de irse a sus cuarteles se dirigió a Palacio, con su jefe, el Comandante Gustavo A. Jiménez a la cabeza.

Menudo, vivaz, astuto, lo llamaban "el zorro" y era famoso por su coraje y su honradez. Instalado en Palacio, se puso de acuerdo con los sublevados de Arequipa y así nació la Junta de Gobierno que presidiera un viejo pierolista apurimeño, don David Samanez Ocampo, y en la cual el Comandante Jiménez era Ministro de Guerra; José Gálvez Barrenechea, Ministro de Instrucción; Francisco A. Tamayo, Ministro de Gobierno; Rafael Larco Herrera, Ministro de Hacienda y Ulises Reátegui, Ministro de Fomento. Fue esta Junta la que presidió las elecciones de 1931, que marcan la primera participación del aprismo en este tipo de confrontaciones.

El Partido Aprista Peruano se había fundado como tal la noche del 20 al 21 de setiembre de 1930 en la casa de un trabajador, en octubre, ya lo señalamos; pudo lanzar el primer número de su órgano oficial, la revista "APRA", dirigida por el poeta Serafín Delmar. A fines de noviembre llegaron Manuel Seoane, de Buenos Aires y Carlos Manuel Cox, de México. Una conferencia de Seoane, anunciada para un teatro, se dictó a escondidas de la policía en un local particular. Apareció después con el título "Nuestros Fines" y fue una de las obras de popularización más eficaces del aprismo apenas naciente.

Mi adhesión oficial al nuevo Partido se realizó un día de abril de 1931, en el modesto local, de una pieza, que se abriera en la décima cuadra del Jirón de la Unión, en la vieja calle de Belén. Era lo que los limeños llamaban "ventana de reja" pero al poco tiempo el Partido ocupó toda la casa.

Mi afiliación ocurrió tres semanas después de haber cumplido los 16 años. Soy por eso, y en sentido muy estricto, "aprista del 31". Mi antigüedad en la militancia tiene 57 años. De ellos, 49 en las filas del partido y en todos sus escalones y 8 años "expulsado", pero sirviendo, desde mi escaño parlamentario o de la prensa, a los ideales políticos y sociales que diseñó y sostuvo Haya de la Torre y que nunca he dejado de profesar.

2.- LOS AÑOS DE MILITANCIA

Aquellos meses de 1931 fueron testigos de la asombrosa propagación del aprismo en el Perú. Cada semana se abría un local, tanto en Lima como en las provincias. LA TRIBUNA, que tuvo comienzos di-

fíciles (algunas noches se organizaban colectas en el local central para sufragar los gastos de la edición del día siguiente) alcanzó cifras record después de reñidas polémicas con "El Comercio"; se estableció el Sindicato Estudiantil Aprista (SEA) y se fundaron las primeras células sindicales y profesionales.

Los colegios no podían ser una excepción en este repentino y fervoroso entusiasmo juvenil. Aquel año de 1931 yo cursaba el V año de media en el Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe. En la sección "C", que era la mía, descubrí a dos apristas. Por suerte, ambos viven y ambos siguen siendo apristas: Mario Suárez Castañeyra y Luis Felipe Rodríguez Vildósola. Y quien revise las noticias de LA TRIBUNA de julio de 1931 encontrará una citación, la primera que hiciera de su tipo en la historia del Partido. Aparece en la página 6 y en la columna de "Actividades Apristas" del viernes 17 de julio de aquel año decisivo. Dice así:

"Juventud Aprista. Comité Directivo Provisional. Secretario General: José Víctor Vergara Cantina; Secretario de Actas y Archivo: Andrés Townsend Ezcurra; Secretario de Propaganda: Rubén Dan-court; Miembros integrantes: Armando Echandía Ramos; Secretario de Economía: Wenceslao Flores Tenorio; Secretario de Organización y Disciplina: Carlos Muñoz Castillo; Miembros integrantes: Romeo Salgado H. y Mario Suárez C."

Ese mismo mes editamos, con José Vergara Cantina, un periódico estudiantil: "Guadalupe". Allí publiqué mi primer artículo. Fue de homenaje a González Prada en el aniversario de su muerte. Lo habían inspirado tanto las páginas panfletarias y marmóreas del apóstol, como ese dechado de biografía novelada, "Don Manuel", de Luis Alberto Sánchez, que entonces acababa de publicarse. Mi articulito concluía, agorero, que aquel cambio predicado por Prada estaba ya por cumplirse. E invocaba a los colegiales de mi tiempo: "Bajo la sombra protectora del recuerdo del Maestro, concluyamos su obra, repitiendo, siempre renovada y siempre pujante, la frase del Politeama: ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!"

Los que teníamos quince años en aquel año 31 del amanecer esparanzado, pudimos creer en una victoria pronta y total. Por primera vez en nuestra historia aparecía un Partido, ajeno y hostil a los enjuagues de

la vieja política criolla, la política "del pisco y las butifarras". La Juventud Aprista, con el equipo dirigente cuya nómina hemos transcrito salió a la calle a vocear su entusiasmo y a propagar su fe en interminables polémicas con otros muchachos —simpatizantes comunistas o de la derecha— pertenecientes a nuestra generación.

Entre otras novedades, este partido nació cantando. En mayo de 1931, Arturo Sabroso creó la letra de la Marsellesa Aprista, que fue adoptada inmediatamente por el pueblo y se ensayaba cada noche en lo que ya se llamaba "la Casa del Pueblo". Esta era una de las designaciones clásicas de los locales socialistas europeos y lo era también del Partido Socialista Argentino, en Rivadavia 2150, en Buenos Aires. Poco después, se crearon las marchas y los himnos propios. Un compositor netamente popular, Lucas Cabello, creó la "Marcha Aprista" y luego, mientras se velaban los restos del compañero Adolfo Copello, muerto de una pedrada por los sanchecerristas en Surco, creó los compases solemnes de la "Marcha de los Caídos".

El movimiento fue difundiendo sus símbolos y su liturgia. La bandera roja, con el mapa de Latinoamérica en dorado y en el centro, encabezaba los desfiles junto con la bandera peruana y con las banderas de todos los países latinoamericanos, lo que motivó vehementes cargos de anti-patriotismo por parte de la prensa conservadora. Lo cierto es que hasta esa fecha (1931) no era habitual que ningún partido latinoamericano, ni en los países políticamente más desarrollados, se enarbolaran los símbolos nacionales de los países hermanos. También es cierto que, hasta entonces, no había aparecido un movimiento político de tan confesa voluntad unitiva continental.

El saludo de los pañuelos blancos nació el 12 de agosto del mismo año histórico. Con miras a preparar el gran recibimiento de Haya de la Torre en Lima, que estaba fijado para el día 15, se organizaron actuaciones en cuatro locales diferentes: uno, en Chacra Colorada, otro en el Rímac, otro en los Barrios Altos y uno en Miraflores. Como entonces la batalla por el dominio de las calles se desarrollaba, días y noches, entre apristas y sanchecerristas con saldo de heridos, a veces muertos y no pocos golpeados, se convino en que la primera columna que llegara al punto de convergencia, que era la Plaza San Martín, en cuanto divisara otra columna, debía enarbolar sus pañuelos, para identificarse y solidarizar, a su vez, identificación. Los de Chacra Colorada llegamos los

primeros, encabezados por un líder recién vuelto del exilio en Argentina, dirigente que fuera de la Reforma Universitaria, desaparecido hace años, dejando un recuerdo de abnegación e inteligencia: el médico Enrique Cornejo Köster.

Todo ocurrió conforme a lo previsto. Las columnas fueron entrando a la Plaza, se alzaron los pañuelos y al llegar todas, los diez mil o más pañuelos cubrieron, por primera vez con su marco blanco y ondulante, la vastedad del ágora.

La invención del saludo se produjo poco después. Era Secretario Nacional de Disciplina un hombre alto, vigoroso y simpático, llamado José Antonio Genit. A él le tocó escoger y organizar los cuerpos de protección del Partido, que no eran matones reclutados, sino compañeros—manuales o intelectuales— que dedicaban voluntariamente y sin retribución ni sueldo, varias horas a cuidar locales, manifestaciones o líderes del Partido.

La noche en que Víctor Raúl fue "reconocido", como se diría en términos castrenses, por la Brigada, ingresó al local flanqueado por una doble fila de disciplinarios que al llamado de Genit, se cuadraron levantando simultáneamente el brazo derecho.

Muchos años más tarde, el propio Haya, al cual, con toda buena fe, se quería brindar esa sorpresa, me contaba como le chocó un gesto que él, venido de Europa, había visto muchas veces en Italia (el "saluto romano" mussoliniano) y en Alemania, entre los nazis. Mientras avanzaba hacia el estrado tuvo que elaborar una plausible rectificación. Y lo hizo. Llegado a la tribuna se dio vuelta, alzó el brazo izquierdo y dijo: "Gracias compañeros, pero somos un Partido de izquierda y el saludo es con el brazo izquierdo". El bueno de Genit explicaba luego que su designio había sido revivir el saludo incaico. Pero el brazo izquierdo extendido y la mano abierta, quedaron para siempre como símbolos identificatorios de la militancia aprista. Cuando, años más tarde, se descubrió el monolito pre-incaico de Sechín, cerca de Casma, y apareció, labrado en piedra, un hombre joven que levantaba su brazo izquierdo, los compañeros que visitaban esas antiguas ruinas, las bautizaron con el nombre de "la piedra del Japista".

Todo esto —mítines, desfiles, banderas, himnos, saludos— llena-

ron de ecos resonantes y emotivos aquel "año admirable" de 1931, primero de una edad nueva que se anunciaba prodigiosa.

Para otros sectores, los representativos del privilegio y el dominio, los herederos directos de la Colonia, ese año aportó una experiencia aterradora que no pudieron olvidar: el pueblo estaba, por primera vez, en la calle y en actitud beligerante, organizada y reivindicativa. En pocos meses, el Perú había visto nacer y desarrollarse con rapidez prodigiosa, un partido de masas, democrático y de izquierda; un partido revolucionario como lo indicaba su propia sigla. Un partido fuertemente ideologizado que cuestionaba el sistema en su integridad y defendía un programa de cambios profundos y pacíficos. Un partido que tenía un Jefe y un candidato que suscitaba fanática adhesión en el pueblo. La primera parte de una revolución peruana había comenzado. Desde el regreso de Haya de la Torre al país y desde la fundación del Partido Aprista Peruano, el Perú no volvió a ser el mismo. Las bases de sustentación del viejo orden pseudo-republicano (prevalencia incuestionada de la oligarquía, explotación, sin remilgos, de los trabajadores manuales e intelectuales, predominio imperialista en la economía y en la política, desnacionalización cultural) fueron cuestionadas a fondo. La "revolución de los espíritus" grata a Romain Rolland y a Henri Barbusse, había comenzado. El temor de que esa revolución espiritual se convirtiera en social y política suscitó inocultable pavor en nuestra gatzmoña e hiper-reaccionaria clase dominante. Era preciso, se dijeron, atajar esta desatada marea de cholos ensoberbecidos, de indios alzados y de blancos que traicionaban a su clase y a su raza.

En un año electoral, se arbitraron soluciones políticas. La primera fue postular un candidato con fuerza popular suficiente para contrarrestar el carisma de Haya. Lo tenían a mano: el Comandante Luis M. Sánchez Cerro, jefe de la revolución de Arequipa, que por este hecho había ganado la adhesión caudillesca de importantes núcleos populares. Temerario y violento, sin cultura política, Sánchez Cerro fue un dócil instrumento de los oligarcas del viejo civilismo. Era su "gendarme necesario", el "hombre de la hora de la espada" que había propuesto el poeta argentino Lugones, el ciego instrumento de una casta.

En torno a Sánchez Cerro fue preciso crear un Partido, pues las viejas organizaciones políticas se habían decretado extintas y en realidad lo estaban. Así nació la "Unión Revolucionaria" comúnmente llamada U-Erre en la cual se agrupaban retoños del civilismo, hombres de clase

media y lo que marxista y púdicamente se llama "Lumpen", o sea en castellano castizo, el "populacho" o "la turba urbana disponible". Los urristas (burlonamente llamados "urracos") alentaban una vocación fascista que los llevó a vestir camisa negra y saludar con la derecha en alto.

En esta pugna polarizada entre Haya y Sánchez Cerro se llegó, en octubre de 1931, a la fecha electoral. Por primera vez rigió la ley del voto secreto y obligatorio, aunque no votaban las mujeres ni los menores de 21 años, esta innovación resultó sensacional. Millares de peruanos participaron por primera vez en el ejercicio del sufragio. Los apristas desfilaron orgullosamente con sus libretas en alto, al grito de "Estos votos no se venden —ni por pisco ni por ron".

Se expresaba así el repudio a los métodos venales de la política tradicional, contra los cuales se alzaba, beligerante, el nuevo movimiento.

Llegóse en esta actitud de fervor cívico al 11 de octubre de 1931, día de las elecciones generales. El acto mismo fue pacífico y correcto. "El escrutinio empezó a marcar ventaja para Haya sobre Sánchez Cerro", (he escrito anteriormente en mi "Historia Gráfica del Aprismo"), cuando ocurrió lo que se temía. Las ánforas que guardaba un Jurado Nacional de Elecciones comprometido con el civilismo fueron cambiadas y Sánchez Cerro tomó la delantera... No fue bastante y se anularon las elecciones de Cajamarca —entonces segundo electorado del país— donde el Partido del Pueblo había ganado en forma concluyente. Años más tarde, al hacerse obras de albañilería en el local ocupado en 1931 por el Jurado, se encontraron las ánforas cambiadas, cuyo contenido revelaba la victoria de Víctor Raúl y los candidatos apristas. La seria e imparcial "Enciclopedia Británica", habla del "fraude de 1931 en el Perú".

Sólo cabía protestar y así se hizo. En Lima los muchachos y los adultos del Partido organizamos manifestaciones en el centro, contra el fraude y la dictadura que se veía venir. Como no se estilaban las bombas lacrimógenas, la respuesta eran los planazos de la caballería o los pechazos de los caballos. Después, disparos, corridas y nuevo intento de manifestación, igualmente aplastado. La Junta de Samanez y el Comandante Jiménez habían dejado de gobernar. Desde su local en la antigua calle de Espaderos (3º cuadra del Jirón de la Unión), la UR asumía más y más, el mando.

El 8 de diciembre tomó el poder Sánchez Cerro. Pronunció un mensaje desafiante, notificando a "apristas y leguístas" que no esperaran nada de él. Su gabinete fue del mas puro estilo "antiguo régimen", o sea de clásico civilismo pardista. El día de Navidad del mismo año comenzó la violencia en Trujillo. La policía atacó a balazos y clausuró el local aprista. Cayeron varios muertos y con ello, con la "Pascua de Sangre", comenzó el martirologio trujillano que meses después habría de incrementarse con millares de víctimas. A comienzos de enero, Haya volvió a Lima y asumió la Secretaría General del Partido. El 6 de ese mes, en medio de ruidosas protestas, la mayoría sanchecerrista aprobó una draconiana "Ley de Emergencia".

El Congreso Constituyente de 1931 inició los grandes debates en torno a la concepción de un nuevo ordenamiento legal. A poco andar, fue evidente la vasta superioridad de la bancada aprista sobre sus adversarios. Tan patente resultó este hecho, que la defensa de las tesis conservadoras no fue realizada por los constituyentes de la UR sino por un parlamentario, elegido como independiente por Arequipa, de brillantes dotes oratorias y dialécticas: Víctor Andrés Belaúnde.

Las polémicas de Belaúnde con Manuel Seoane y con Luis Alberto Sánchez se cuentan entre las más famosas de la historia parlamentaria peruana. Para los jóvenes constituyentes, la coyuntura era privilegiada como modo de exponer, ante el país, su ideología y su programa. Todas las tardes, las galerías del Congreso se abarrotaban, sobre todo de jóvenes, para escuchar los debates. La cosecha diaria de nuevos compañeros engrosaba las filas del Partido.

Todo ello alimentaba una latente vocación dictatorial en el régimen. Para febrero, estaba decidido a cancelar a la oposición, cuya sola presencia combatiente y agresiva, amenazaba su poder. El gabinete civilista fue cambiado por un gabinete de urristas violentos. Murió en prisión el ex-Presidente Leguía y Sánchez Cerro desencadenó a sus mastines. El 15 de febrero fueron cerrados los periódicos de oposición y se apresó a los constituyentes apristas. Muchos de ellos, fueron arrancados, a viva fuerza de sus curules y llevados al Callao y de allí al destierro.

Oportunamente advertido, Haya logró eludir la persecución hasta mayo de 1932 en que la policía lo ubicó en la casa de la familia Plenge,

en Miraflores. También se escapó de la redada el constituyente Luis E. Heysen, cuya capacidad para burlar a la policía se hizo legendaria. Había empezado la larga batalla de la clandestinidad.

El 6 de marzo, José Melgar Márquez, adolescente de 18 años, atentó contra Sánchez Cerro en la Iglesia de Miraflores. La persecución se volvió más violenta, incluyó a Juan Seoane y a Serafín Delmar y las vejaciones y torturas se tomaron una rutina carcelaria.

En mayo, estalló una sublevación de marineros en los barcos de la Armada surtos en el Callao. Tempranamente delatados no hubo víctimas, pero nadie contenía la furia de la tiranía. Una Corte Marcial ad-hoc condenó a muerte a ocho marineros. Por primera vez, en muchos años, se aplicaba la pena capital en el Perú y por motivos políticos. Un estremecimiento de horror sacudió al país. La Musa popular cantó su indignación y su pena:

"Ocho estrellas rojas guían tu destino,
Ocho maldiciones te perseguirán,
Ocho gritos juntos ¡muera el asesino!
Siempre en tus oídos repercutirán".

El país estaba sobrecogido por el temor y el horror. Las cárceles rebosaban de presos. Se abrió un verdadero campo de concentración en El Satipo y en Madre de Dios la llamada "Siberia del Fuego". Se conspiraba activamente en Lima y en provincias. Finalmente, la madrugada del 7 de julio de 1932, estalló la heroica, la infortunada, la gloriosa Revolución de Trujillo.

Al cabo de 57 años, de la Revolución de Trujillo, sólo se puede hablar con íntimo y profundo respeto. Ha sido un acontecimiento epocal en la historia del Perú. Hasta esa madrugada de julio, el aprismo era una corriente juvenil y popular, doctrinaria y política, de extraordinario impulso y vuelo. A partir de Trujillo, de su movimiento revolucionario y de la forma como fue combatido y castigado, el Apra adquirió esa fuerza mística, esa fortaleza interior, que le permitió sobrevivir más de medio siglo, superando contrastes, errores y adversidades. El recuerdo de las glorias y los mártires de Trujillo ha alimentado la indeclinable fe de varias generaciones de apristas. El arrojo suicida de Manuel Barreto, llamado "Búfalo", el sereno coraje de José Agustín Haya de la Torre, Prefecto

revolucionario de La Libertad, la valentía triunfante de los "Tigres de Laredo", tomando un cuartel con armas cortas y granadas de manufactura casera, el éxito de La Floresta, la defensa empecinada y luego la interminable represión y la sangre de los fusilados tiñendo los muros centenarios de Chanchán, escribieron las tremendas páginas de un drama que la historia oficial o canónica del Perú no supo o no quiso recoger en su magnitud e intensidad. En un país de golpes de Estado, se produjo una revolución. Pertenece a los ámbitos de la imaginación, adivinar que hubiera ocurrido en el Perú de haber triunfado revolucionariamente el Apra en 1932. Pero es fácil colegir que este Partido adolescente, con un Jefe en la plenitud de sus 37 años, con una generación de líderes fogosos y con "hambre y sed de justicia", hubiera escrito en Indoamérica páginas comparables a las mejores de la Revolución Mexicana, pero con elaboración doctrinaria y programática.

La Revolución de Trujillo es histórica por varias razones. Se ha anotado ya la más importante: fue la primera —y hasta hoy sigue siendo la única— revolución popular peruana. Revolución de campesinos en las haciendas del valle, —los "Tigres de Laredo"— de artesanos y obreros de la ciudad, de estudiantes y hombres de la clase media trujillana. Sin militares, pues sólo el Capitán Rodríguez Manfourt secundó el movimiento. Revolución insólitamente respetuosa de la ley y el orden. "La Nación" diario trujillano, adicto al gobierno, siguió publicándose sin dificultades. En su edición del 8 de julio tituló con exactitud su primera página: "Un movimiento popular revolucionario triunfó ayer en esta ciudad". E informaba que rendidos el Cuartel O'Donovan y la Prefectura "más de dos mil personas que estaban en la Plaza de Armas... prorrumpieron en demostraciones de regocijo por el triunfo de su causa, oyéndose por todas partes vivas al Partido Aprista pero sin producirse incidentes desagradables en el curso del día".

Ocurrieron luego el bombardeo aéreo de Trujillo, los cañonazos del crucero "Grau" desde el puerto de Salaverry y los avances de las tropas del gobierno que venían del norte y del sur. Trujillo se convirtió "en un infierno", según el corresponsal de un diario de Lima. Las autoridades revolucionarias abandonaron Trujillo para instalarse en Laredo. Fue entonces que en una ciudad abierta, asediada por tierra y aire, ocurrió la masacre de los oficiales que estaban confinados en la cárcel.

Treinta y seis años después, el periodista y escritor Guillermo

Thorndike, tras una prolija reconstrucción de los sucesos de Trujillo, que aparece en su libro "El año de la Barbarie, Perú 1932", probó que esta masacre fue realizada por criminales comunes. El libro todo es un valioso aporte a la historia del Perú en el violento período sancecristista.

El asesinato de los oficiales en la Cárcel sirvió —de una manera increíblemente efectiva— a los intereses políticos de la oligarquía. En 1932, se diseñó la maniobra maestra de la oligarquía reaccionaria peruana con el fin de impedir el acceso del aprismo al poder. Incapaces de organizar un Partido político que compitiera con el Apra, decidieron convertir a las Fuerzas Armadas en una suerte de fuerza política sustitutoria penetrada de un anti-aprismo visceral y ciego.

La clase conservadora peruana no quiso o no pudo, fundar un partido conservador o de derecha, pues fue orgánicamente incapaz de practicar la mínima disciplina que impone una militancia partidaria. A partir de 1936, año en el cual la Unión Revolucionaria participó en las elecciones, la tendencia derechista peruana careció de partido y desde luego de ideología. En cambio, rodeó al Ejército, lo aduló sin recato y dejó a los hombres de uniforme mandar a su antojo —dentro de los límites del interés de su clase— siempre que la oligarquía y sus apoderados manejaran a su gusto la economía.

"En vez de molestarse en bajar al llano y luchar democráticamente contra el Apra, no se les ocurrió otro expediente que azuzar al Ejército contra el Aprismo, convertir a las Fuerzas Armadas que pertenecen a la nación y que integran los hijos del pueblo y de la clase media, en instrumento de predominio de una oligarquía, demasiado sensual o demasiado cobarde para someterse a las disciplinas de una lucha política y de una agrupación partidaria", escribí en un trabajo polémico publicado en la revista *Presente* (Nº 89, marzo de 1963).

Para mantener y acrecentar el anti-aprismo en las Fuerzas Armadas, la oligarquía encontró en la revolución de Trujillo un manantial de negativos odios. Nunca un episodio cruento de nuestros conflictos históricos peruanos fue tan mentirosamente narrado ni rindió tan jugosas ganancias a un propósito político. Las informaciones oficiales y las que brindaba el diario "El Comercio", alcanzaron inverosímiles niveles. Se habló de "linchamientos en las plazas públicas", de "violaciones y saqueos", del "asesinato del alcalde Manuel Angel Ganoza, cuyo cadáver

fue arrastrado por las calles de la ciudad", y de "las 97 personas asesinadas en la cárcel". Macabro despliegue de falsedades que sirvió, empero, para un profundo "lavado de cerebro" de los militares, enraizando en ellos una ojeriza tan artificial como efectiva. El anti-aprismo ciego cumplía las funciones supletorias de una ideología inexistente.

El odio cainita se prolongó largos lustros. Treinta años después de la Revolución de Trujillo, los mandos de las Fuerzas Armadas mantuvieron, como un rito, la concurrencia, en masa, de la oficialidad a las tumbas de los oficiales asesinados en la cárcel. Los actos se hacían más o menos concurridos según el Apra estuviera más cerca o más lejos del poder.

Lo singular y absurdo de este culto resalta cuando se comparan las situaciones o hechos de 1932 con las de nuestro tiempo. Las víctimas de la cárcel de Trujillo sumaron un total de 11. Cuando escribo estas líneas dan cuenta los diarios del asesinato premeditado y frío de 14 miembros de las Fuerzas Armadas en un solo día. Los mismos que se suman a miles de víctimas a lo largo de estos años.

Por lo demás, y en el supuesto negado de que el aprismo hubiera sido culpable de aquel condenable crimen, debe recordarse que en los días posteriores a la ocupación de Trujillo, los apristas fueron ejecutados por centenares. Si hubo muertes, estas fueron cobradas a un altísimo precio. Una sentencia, de la Corte Marcial, la única que se hizo pública, condenó a muerte a los 102 revolucionarios, de los cuales se ejecutó a 44 esa misma madrugada. Entre los que eludieron la persecución y se libraron de la muerte estuvieron Agustín Haya de la Torre, el popular "Cucho" se retiró combatiendo hacia la sierra y también Ciro Alegría, futuro gran novelista de "La Serpiente de Oro" y de "El Mundo es ancho y ajeno".

Al alzamiento de Trujillo siguió el de Huaraz, a comienzos de agosto. Encabezado por un militar, el Mayor Raúl López Mindreau, por un dirigente aprista, el Dr. Carlos Phillips, y un grupo de valientes, fue rápidamente aplastado y sus jefes pagaron su audacia con la vida.

Fue aquel año, en verdad "el Año de la Barbarie" y tan sorprendente, que en setiembre ocurrió un hecho llamado, a la larga, a cancelar el régimen dictatorial. Un grupo de peruanos de Loreto, ocupó el puerto de Leticia, que había sido territorio peruano hasta el Tratado Salomón-Lozano

que lo reconoció como de Colombia. Este suceso, internacional y de inevitables resonancias patrióticas, tomó de sorpresa al "gobierno civilista del señor Sánchez Cerro", como lo llamaba Haya de la Torre en un extraordinario Manifiesto a la Nación de febrero de 1932. La dictadura, en una primaria reacción frente a Colombia acusó "a los apristas" por la reivindicación de Leticia. Pero luego reparó en las ventajas de montarse sobre la ola nacionalista y patriótica.

No llegó ésta a ser avasalladora. El Partido Aprista, que vivía entonces los momentos más duros de una persecución sin límites, corriendo los netos peligros de verse acusado del crimen de anti-patriotismo, formuló enérgicos llamados a la paz y al arreglo amistoso. Recuerdo que, en febrero de 1933, cuando se preparaba febrilmente a reclutas y movilizables para ir a luchar y morir en las orillas selváticas del Putumayo, se encomendó a la célula clandestina del Sindicato Estudiantil Aprista, en cuyo riguroso seno yo actuaba, la impresión mimeográfica de un manifiesto que llevaba como lema: "¡Guerra a la tiranía y a la guerra!", suficiente para llevar a sus autores y distribuidores a una Corte Marcial.

1933 se anunciaba como un año tormentoso y lo fue. Las conspiraciones brotaban en todo el país. En marzo, el Comandante Gustavo A. Jiménez, después de firmar en Arica un pacto político con el Apra, representada por Manuel Seoane, Juan Arce Arnao y el Dr. Víctor Colina, ingresó clandestinamente al Perú y se sublevó con un regimiento adicto en Cajamarca. De inmediato bajó a la costa confiando en adhesiones que no se materializaron. Ante la realidad de su derrota, Jiménez se suicidó. Los oficiales que lo acompañaron y el Dr. Luis Gálvez, secretario general del aprismo cajamarquino, fueron fusilados pocas semanas después. La revolución no había causado ninguna muerte, pero la tiranía estaba ya envuelta en una huracanada furia homicida. Pronto, el mismo Sánchez Cerro sería una de sus víctimas.

El 30 de abril de 1933 el impulsivo dictador pudo creerse en el apogeo de su poder. Quince días antes, en San Pedro de Lloc, habían sido ejecutados los compañeros de Jiménez. Haya de la Torre seguía aislado y vejado en el Panóptico. Y los 30,000 jóvenes que habían desfilado y rendido honores en el antiguo hipódromo de Santa Beatriz, eran, en su vasta mayoría, apristas, simpatizantes del Apra o enemigos de su gobierno. Con blanco uniforme de verano y recientes galones de general, subió ágilmente al auto oficial. A su lado tomó asiento el Presidente del

Consejo y vieja luminaria del civilismo clásico, el Dr. José Matías Manzanilla.

No llegó muy lejos: apenas a unos metros de la puerta del Hipódromo se abrió paso, entre la multitud, un hombre menudo y moreno, que portaba una bandeja de chocolates, prendida al cuerpo con correas. Se trepó al estribo del coche presidencial, extrajo un revólver de entre sus chocolates y disparó sobre Sánchez Cerro, quien falleció cuando lo llevaban al Hospital Italiano. Sus edecanes habían muerto a tiros al ejecutor. Se llamaba Abelardo Mendoza Leyva y tenía 28 años. Era un hombre de baja estatura, cetrino, mestizo de rasgos indígenas. Un típico hijo del pueblo. También lo había sido, con aportes africanos, su víctima, el Dictador.

Mendoza se ejercitaba en tiro al blanco en la entonces solitaria Quebrada de Armendáriz. En vísperas de su atentado escribió una carta a Manuel Seoane, líder por el cual parecía sentir una especial admiración. Con difícil caligrafía de apenas alfabeto, redactó una frase rotunda: **He decidido matar a este sapo.**

Esa misma tarde, en una solución no constitucional pero de emergencia, el Congreso eligió Presidente de la República, al jefe de las Fuerzas Armadas, General de División Oscar R. Benavides. Por la noche, los extremistas del sanchecerrismo quisieron allanar la Penitenciaría y ejecutar a Haya de la Torre. Benavides se les había adelantado y el penal tenía otro director, nombrado por el nuevo Presidente, que protegió la vida del jefe del aprismo.

Frente a un país desangrado, dividido y en pleno conflicto internacional, Benavides debió adoptar una actitud diferente a la de Sánchez Cerro y sus consejeros. La llamó política de "paz y concordia". En agosto, se dictó una amnistía. Haya pudo abandonar la Penitenciaría y como él millares de apristas recuperaron la libertad. Regresaron los desterrados.

Entendiéndose directamente con el Presidente de Colombia, Alfonso López Pumarejo, se logró una tregua y un año después, en Río de Janeiro, bajo los sagaces auspicios de Mello Franco, se firmó un tratado de paz. Concluía el "Año de la Barbarie", se agotaban los "16 meses de sangre". El país tuvo la esperanza —pronto se demostraría ilusoria— de transitar por los caminos de la democracia.

Con sus locales reabiertos y con el fervor que despertaba el recuerdo de los mártires de Chanchán y Huaraz, el Partido Aprista pasó a ser, sin disputa, la primera organización política peruana. El 12 de noviembre se convocó a un mitin en la Plaza de Toros, la misma donde en 1931 Haya de la Torre enunció la doctrina de su Partido y donde, en septiembre del mismo año, Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez expusieron el Programa Mínimo o Plan de Acción Inmediata, aprobada por el I Congreso Nacional, realizado en Lima.

El gobierno de Benavides logró apoyo por estas medidas de pacificación. Pero sobrevivía un problema estructural básico: la amputación del Congreso Constituyente por el desafuero de 23 representantes apristas. En 1934, para propiciar la reintegración del Congreso mediante elecciones libres, se fundó el primer frente de Partidos en que participó el Apra. Se llamó la "Alianza Nacional" y fue presidida por Amadeo de Piérola, hijo del viejo caudillo demócrata. Sus posibilidades de victoria se daban por descontadas. Benavides empezó a aplazar, una y otra vez, la convocatoria. En noviembre de 1934 estallaron revoluciones en Ayacucho y en Huancavelica, que fueron sangrientamente debeladas. La intención de asaltar un cuartel ("Barbones") en Lima fracasó y ello supuso la prisión de centenares de apristas, entre los cuales conviene recordar a Ciro Alegría y a Armando Villanueva. El Aprismo retornó a la ilegalidad, con sus actividades totalmente prohibidas. Las cárceles, al año y medio de la amnistía, volvieron a llenarse. A fines de noviembre, zarpaban a Chile los nuevos desterrados.

3.- VICTOR RAUL: RETRATO AL NATURAL

Aquel año fue para mí de decisiva importancia, porque de afiliado fervoroso, pasé a la condición de dirigente juvenil y tuve la oportunidad de conocer, tratar y trabajar de cerca con Haya de la Torre, Jefe del Partido y objeto de nuestra admiración sin reservas.

Mi cercanía comenzó a raíz de un artículo que había publicado en LA TRIBUNA, luego de algunos anteriores en ANTORCHA, diario aprista que se editaba también por esa época, dirigido por Antenor Orrego. Víctor Raúl leyó mi trabajo y quiso conocerme. Llevado por Nicanor Mujica Álvarez Calderón, que había retornado de Chile, visité a quien ya entonces llamaban "El Viejo", aunque tenía sólo 38 años, en una modesta casita de la calle Alcanfores.

El contacto personal reforzó y ahondó los sentimientos admirativos, en grado sumo, que profesaba por el ideólogo, el tribuno y el líder. Desde ese día de mayo de 1934 hasta aquellas semanas, anteriores a su fallecimiento, cuando aquel cerebro clarividente empezó a oscurecerse en las penumbras precursoras de la muerte, nunca dejé de maravillarme ante su mente prodigiosa ni ante el hechizo avasallador de una personalidad luminosa y envolvente.

Hasta sus adversarios, reconocieron siempre la magia fascinante de su trato. Por eso, muchos esquivaban un diálogo, temerosos de verse absorbidos por el carisma de hombre tan singular. Con un interlocutor desconocido, Víctor Raúl empezaba el diálogo con cierta timidez. Mas, a poco, su conversación se iba animando en un crescendo de comentarios, anécdotas y relatos. A los pocos minutos, el embrujo surtía sus efectos y en la habitación en donde transcurría el diálogo, todos resultaban embebididos.

Era un conversador infatigable y siempre brillante. Una memoria minuciosa, ordenada y fidelísima le proveía un fluir ininterrumpido de nombres y de hechos, que él sabía, rescatar de lo prosaico y cotidiano para proyectarlos en el bastidor gigante de la historia. La variedad de experiencias en materia de personas, continentes y países hacía inagotable y fascinante su conversación.

Ya pasados sus 80 años, le sugerí varias veces que escribiera sus memorias. El sonreía, sin responder y cambiaba de tema. Yo sospecho que una de las supersticiones de Víctor Raúl —y tenía varias— era estimar que quien escribe memorias supone que ha dejado atrás su vida activa y creadora. Y a semejante perspectiva nunca quiso rendirse.

Y sin embargo, que rica galería de "retratos al natural" pudo hacer con los personajes que conoció, trató o luchó. En el Perú desde Leguía hasta Morales Bermúdez, pasando por José Carlos Mariátegui, Lavalle, Beltrán, Ravines, Prado y Odría. (Nunca tuvo contacto personal con su archirival Sánchez Cerro). En Latinoamérica conoció a Hipólito Yrigoyen y a Juan Perón, a Arturo Alessandri, Salvador Allende, Eduardo Frei, Gabriel González Videla, a José Batlle y Ordóñez, a Luis Alberto de Herrera, a Juscelino Kubyscheck, al General Obregón, a José Vasconcelos, a Diego Rivera, a Joaquín García Monge, Julio Antonio Mella, Eduardo Santos, Rómulo Betancourt.

La lista de figuras mundiales resulta impresionante: León Trotski, Losovsky, Nehru, Chiang Kai Shek, Maxton, Lansbury, Mac Donald, Wells, Stresseman, Einstein, Wallace, Palme, Harold Wilson, Willy Brandt. De todos tenía un vivo recuerdo, salpicado de anécdotas.

Su mundo cultural era de una vasta riqueza. Se asentaba sobre la armónica solidez de los griegos, Platón en especial. (El gran helenista inglés Gilbert Murray se contaba entre sus amigos personales). Alguna vez le oí decir que de las tres vertientes de la cultura que Spengler definió (faústica, mágica y dionisiaca) él se sentía inscrito en la tercera, que es la nacida en La Hélade. Los orígenes griegos de la democracia le servían para explicar su propio proyecto político y la cita de Aristóteles —"la democracia no solo es el gobierno de los más sino de los más pobres"— le ayudaba a defender su concepto social de la democracia, que supo condensar en su ubicuo y gráfico lema: "Ni libertad sin pan, ni pan sin libertad". Ponderando la profundidad agorera del Estagirita, recordaba que el filósofo sostuvo la legitimidad de la esclavitud, pero con una reserva: "Hasta que los telares se muevan solos" lo que resulta una anticipación de la máquina.

Roma, "con su color de leona vieja" lo fascinó con sus tesoros clásicos y en ella vivió varios años, hasta conocerla entrañablemente.

Había escrito versos en su juventud y le quedó una afición indeclinable por la poesía, que lo llevaba a evocar poemas favoritos. Al entrar en las altas horas de la noche, que él gozaba con fruición de acérrimo noctámbulo, citaba sus preferidos versos del poeta castellano:

"Noche, fabricadora de embelecos,
loca, imaginativa, quimerista,
que muestras al que en tí su bien conquista,
los montes llanos y los mares secos;
habitadora de cerebros huecos,
mecánica, filósofa, alquimista
encubridora vil, lince sin vista
espantadiza de tus mismos ecos"

El teatro clásico inglés y la poesía shakespiriana que lo deslumbraron en sus épocas de Londres y Oxford y su asidua concurrencia al "Old Vic", eran frecuentemente evocados. Durante su encierro y aislamiento

en una celda de la Penitenciaría, había escrito en sus muros estos versos agoreros del Midsummer's Night Dream:

The raging rocks
And shivering shocks
Shall break the locks
of prison gates
And Phibbus' car
Shall shine from far
And make and mar
The fooling Fates

Es sabido que la noche de julio de 1932, cuando se le comunicó a raíz de la debelación sangrienta del alzamiento de Trujillo, que podía ser trasladado por avión a esa ciudad para ser juzgado por la Corte Marcial que ya funcionaba con velocidad mortífera, se sumergió, para distraerse, en la lectura de "Humphrey Clinker", libro de un humorista inglés del siglo XVIII, Thomas Smollet.

Aquello ocurría en 1932. Años atrás, en las madrugadas bohemias de Trujillo, como integrante del Grupo Norte, cuyo reconocido pontífice era Antenor Orrego, Víctor Raúl citaba poemas de la época modernista, Rubén Darío, José Santos Chocano y hasta escribió una comedia "Triunfas, vanidad" cuyo héroe, con otro nombre era un amigo y compañero de aficiones literarias: César A. Vallejo, poeta nacido en Santiago de Chuco y estudiante de la Universidad de Trujillo.

La amistad de Haya y Vallejo merecería un estudio especial. Pero existió desde la llegada de Vallejo a Trujillo y, sobreviviendo a diferencias políticas, hasta la muerte del poeta.

Haya tenía ilimitada admiración por el autor de "Trilce". Lo estimaba como el mayor poeta peruano, como "uno de los grandes genios" literarios de nuestra América. Se sabía de memoria muchos de sus poemas. Explicaba "la serpentínica UU!" del bizcochero y le enorgullecía haber dado a conocer la obra de Vallejo a González Prada.

Al concluir, Víctor Raúl, entre íntimos y muy frecuentemente entre jóvenes, su plática viva y colorida, le gustaba invitar a la partida con versos de César:

"Vamos pues, a comer yerba
carne de llanto, fruto de gemido
nuestra alma melancólica en conserva.
Vamos a beber lo ya bebido.
Vámonos cuervo a fecundar tu cuerva..."

Por su parte, Vallejo anunció, en los días aurorales de Trujillo que Haya, "pichón de cóndor" como lo llamó, volaría "alto muy alto". En esas mismas jornadas de bohemia en el Jardín "Los Tumbos", la "unánime asamblea de locos y poetas" designó a César Vallejo —desconocido, huraño, hombre de tierra adentro— como el sucesor de Rubén Darío, muerto ese año en su nativa Nicaragua. Y Víctor Raúl voló "alto, muy alto". Los dos vaticinios se cumplieron.

Fue también en el mismo año de 1934, que Víctor Raúl fundó el Buró de Conjunciones. Quiso tener a su alrededor un grupo de compañeros, jóvenes y leales, que le sirvieran como sus delegados personales ante autoridades y organizaciones del Partido y se reportaran directamente a la Jefatura. Los comparaba con los "tukuyricoc", "los que todo lo ven", suerte de inspectores incaicos que recorrían todos los "suyos" para informar al soberano en el Cuzco.

Formamos el primer Buró, fundado en abril de 1934, Nicanor Mujica, Jorge Blondet Goicochea, Juan MacDonald Checa, Jorge Idiáquez Ríos y Andrés Townsend Ezcurra. Con nuestra credencial en la mano, firmada por Haya de la Torre, nos sentíamos orgullosos y potentes.

Por esa época y en forma accidental, por ausencia o renuncia de otros dirigentes mayores (yo acababa de cumplir 19 años) recayó en mí, por algunas semanas, la Secretaría General del Sindicato Estudiantil Aprista. Mi nombre aparece, con algunos estudiantes más (Miguel Montoya, Humberto Liendo, Eduardo Escribens, Gustavo Lanatta y Gonzalo Eyzaguirre) en una carta prólogo al folleto de Rómulo Meneses: **Por el Apra**, que se publicó entonces. En realidad el título resultó un augurio, pues luchando "por el Apra" pasaría el resto de mi vida.

En los años 33 y 34 había cursado el 1º y 2º de Letras de la Universidad Católica, regida entonces por el bondadoso sacerdote Jorge Dintilhac y me tocó organizar la primera célula aprista de la Católica, desde luego clandestina. San Marcos se mantenía bajo rigurosa clausura que le

impuso Sánchez Cerro, emigrando muchos estudiantes a provincias (Arequipa, Trujillo o Cuzco) y otros al exterior, especialmente a Chile.

Mucho después, evocando aquellos años, pude resumir así mis recuerdos: "Trabajar cerca de Haya de la Torre es una experiencia singular. Víctor Raúl escapa, en muchas formas, del marco convencional del líder político. Es, esencialmente, una mente universal, tanto en sus preocupaciones ideológicas como en sus intereses estéticos. Frecuenta los clásicos y comenta a García Márquez. Es un devoto de Shakespeare y de Calderón. Recita a Cieza y Garcilaso, a Marx y a Toynbee; se mueve con maestría en los difíciles dominios de la física moderna, de la economía política y de las genealogías de Trujillo".

"Parafraseando al clásico podría decir: "Latinoamericano soy, nada de lo que es latinoamericano me es ajeno". Esta amplitud, esta universalidad, ha permitido que sus ideas, que pudieron convertirse en una herejía provincial del marxismo, formen una doctrina original, de vivencias indiscutibles, omnipresentes en la creación política de estos años. Richard Goodwin, el brillante asesor de Kennedy, pudo escribir alguna vez en "LIFE", una frase que ni sus mas apasionados partidarios habían llegado a formular en el Perú: "Con Haya de la Torre —dijo Goodwin— comienza en Latinoamérica la Historia Contemporánea".

"Para muchos, para mí, empezó no solo la comprensión de un mundo, el dramático mundo peruano de nuestro tiempo, sino también el deber perentorio de cambiarlo". ("Haya, mente universal", Revista 7 Días, Lima 1970).

4.- FUNDACION DE LA FAJ

A comienzos de 1934, quienes nos habíamos formado, desde una precoz adolescencia, en los moldes ideológicos de Haya de la Torre, comprendimos la necesidad de darle a la juventud, que ingresaba a raudales en el movimiento aprista, un cauce organizativo propio. No bastaba ya el Sindicato Estudiantil Aprista (SEA) existente desde la fundación del Partido y que se caracterizaba por sus definiciones de avanzada, presionados como estaban sus dirigentes, por el diario combate y la interminable polémica con el "Grupo Rojo Vanguardia", expresión del comunismo en la Universidad. La creciente afluencia de jóvenes obreros y empleados superaba los límites de una simple organización estudiantil. Fue enton-

ces que Haya de la Torre auspició la fundación de la Federación Aprista Juvenil, conocida varios años por la sigla de "FAJ".

Pero si Haya de la Torre fue el inspirador, es de justicia reconocer a otro dirigente, de fácil y cordial acceso para jóvenes —de los cuales le separaban entonces poco más de diez o doce años de edad—, al Secretario Nacional de Organización de entonces, a Ramiro Priale, el mérito de haberla promovido y encuadrado. Con paciente inteligencia, allanó dificultades y en enero de aquel año nació la Federación. El aprismo empezó a tener como otros grandes partidos populares, su organización juvenil. Tuve la honra de figurar entre los iniciadores de esta empresa, llamada a gravitar, largamente, en la historia del Partido de Haya de la Torre.

Lo peculiar de la FAJ residió no tanto en su militancia política —que en casos eminentes llegó al heroísmo y al sacrificio— sino en el acento moral y vitalista que se le infundió. En sus exigencias de orden moral, tanto privada como pública, de su amor por la vida sana, rechazando la sensualidad enervante y el vicio corruptor, su fervor por la acción y la lucha —la "pugnacidad fajista"— explicables en años de violenta represión dictatorial. El gusto por los campamentos y la vida al aire libre, el cultivo de la solidaridad y el compañerismo, podían recordar a los "boy-scouts". Pero a semejantes elementos, se agregaba, en forma decisiva, el compromiso de lucha por un Nuevo Estado y una Nueva Sociedad. La mezcla de estos ingredientes le dio al movimiento fajista su singularidad histórica.

En un libro que merecería reeditarse, "Juventud de América", del argentino Gregorio Bermann, aparece un primer ensayo mío en torno a la formación primigenia de la juventud aprista peruana. Bermann era, en su condición de sicólogo, político y antiguo dirigente de la Reforma Universitaria en Córdoba una autoridad de organizaciones juveniles. En su obra señala que la militancia de los jóvenes es característica del siglo XX, siendo alguna apolítica, como los "Wandervogel" ("Pájaros errantes") de Alemania de Weimar, otra partidaria, como los Halcones de la social democracia del mismo país. Torcieron esta capacidad de entusiasmo y de movilización, en servicio de la prepotencia totalitaria, las organizaciones de Italia fascista (los "Balilla") o de Alemania nazi (la "Hitler Jugend"). Con respecto a la FAJ, Bermann fue explícito en su admiración y simpatía, por tratarse de un movimiento de izquierda democrática, de profundo contenido ético y moralizador.

La promoción fajista le dio al movimiento luchadores eximios. Quiero rescatar el recuerdo de un hombre joven, (no tanto como los fundadores, pero no llegaba a los treinta años) que exactamente era lo que su título en la organización señalaba: un "Animador". Hablo de Humberto Silva Solís, periodista, poeta, fraterno y regañón, que batalló junto a los jóvenes con una lealtad y un valor indomables. Luego de ser uno de los apristas más perseguidos de la larga clandestinidad, Silva Solís pasó a engrosar las filas de presos en El Frontón y allí estuvo, confinado, torturado y sin sombra de proceso, ¡más de seis años!. No se hablaba entonces de hábeas corpus, ni de amparo, ni de Fiscalía. Los Derechos Humanos (que entonces se llamaban "del Hombre") eran un capítulo de la Revolución Francesa y un dispositivo ignorado de la Constitución.

Además de Humberto Silva Solís, debe recordarse a un joven chaco, de valentía temeraria, que una y otra vez burló soplones y acechos y que se complacía en actos de audacia: Manuel Serna Valdivia. En uno de sus generosos empeños, fue victimado.

Recuerdo, con tranquilo orgullo, mi fraternal identificación con esos jóvenes. Algunas veces, doctos observadores han echado de menos que entre los discípulos de Haya, en la fila de 1934, no se registraran tantas vocaciones intelectuales como en la generación (o promoción) fundadora. La razón es clara. A la mayoría se los llevó la lucha. Fue su tributo y su sacrificio. A la FAJ se le reclamó el glorioso destino que le reconoció Víctor Raúl.

Gracias a estos fastos, podemos jactarnos, todavía, de cincuenta años de juventud.

La FAJ fue una interesante y fecunda experiencia. Movilizó a millares de adolescentes en todo el país que llegados, pocos años después, los años de la persecución implacable, con sus presos, torturados y exiliados, fueron —a decir de unas palabras generosas y consagratorias de Víctor Raúl— "la espada y el escudo del Partido".

Armando Villanueva fue el primer Secretario General de la FAJ y yo Secretario de Prensa y Propaganda. Formaban parte de la "Célula Directriz Federal", apristas llamados a larga trayectoria posterior: Roberto Martínez Merizalde, Pablo Silva Villacorta, Tulio Velásquez, Susana Medrano, Lindomra Peirano, Maruja González, Luis Felipe Rodríguez

Vildósola, Víctor M. Peralta y otros más. Para las fiestas patrias de ese año, la FAJ inauguró sus campamentos al organizar uno a Paríamarca, pintoresco distrito de Canta, a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. Para la mayoría de nosotros, muchachos costeños, la experiencia andina resultó deslumbradora y energizante.

En Paríamarca, a fines de 1931, había ocurrido una masacre y una cruz metálica recordaba entonces —y acaso recuerde ahora— a las víctimas de una barbarie tradicional. Los "fajistas" rendimos homenaje a esos anónimos caídos y me tocó entonces pronunciar mi primer discurso político al aire libre, bajo el cálido sol serrano.

Era la segunda vez que ocupaba una tribuna. El debut oratorio había ocurrido, meses atrás en la Casa del Pueblo, o local central del Partido, situada entonces, con un simbolismo que no se buscó, pero que resultaba apropiado, en la calle de Pobres, hoy la cuadra 10 del Jirón Lampa.

No recuerdo el tema —que se nos fijaba a través de LA TRIBUNA— pero sí la trepidación y el temor del principiante. Desde esa oportunidad he pronunciado discursos centenares de veces, en el partido y en el Congreso, bajo techo o al aire libre, en los calores de Bagua o en los fríos de Puno, dentro o fuera de mi Patria, y siempre he sentido algo del pánico del principiante.

Manolo Scoane sostenía que esta nerviosidad es la regla tanto en los oradores como en los actores y en los toreros y acaba en segundos, cuando comienzan el discurso, el recitado o la faena. El mismo podía ponerse de ejemplo pues siendo como era uno de los grandes oradores del idioma, se sentía físicamente mal y hasta descompuesto momentos antes de iniciar cualquiera de sus famosos e inolvidables discursos.

Me sobrepuse a mis temores en Paríamarca y he seguido dominándolos cada vez que me ha tocado hablar en público. Aquella vez del local de Pobres me ayudaron mucho unas palabras de aliento, que recibí de un viejo anarco-sindicalista, Pedro Catalino Lévano, que, como muchos obreros de su formación se había hecho aprista, llevando al Partido su tradición de incorruptibilidad y su amor por la acción directa.

Ya viejo, pobremente vestido, se ganaba la vida vendiendo diarios y era un patriarca de los vendedores de periódicos, que empezaban a ser designados con el argentinismo de **canillitas**.

En aquellos años formativos, Lévano nos trataba con la sorna bondadosa de un abuelo gruñón. Se tuteaba con Víctor Raúl y con los líderes fundadores.

De él se contaba una anécdota que tenía un profundo sentido histórico y moral. Lévano fue comprendido, con muchas otras personas, entre los acusados por la muerte de Sánchez Cerro.

Se leían en la Corte Marcial -y muy marcial- las extensas piezas documentales del juicio y el vicjito Lévano comenzó a cabecear y al final se quedó dormido.

El Presidente de la Corte Marcial, con furiosa mirada, agitó la campanilla e interpeló a Lévano que recién abría los ojos: "Acusado Lévano: ¿no se da cuenta de la gravedad del caso?. ¿No se da cuenta que estamos juzgando un homicidio y nada menos que de un Presidente de la República?. A lo que el viejo ácrata respondió: **Yo sólo pregunto una cosa, señor Juez: ¿Quién tiró primero?.**"

Lo cierto es que, en la mayoría de los casos, y especialmente en aquellos años, no era el pueblo.

Contra el pueblo habían tirado primero.

5.- EL PRIMER DESTIERRO

A partir de noviembre de 1934 se había reiniciado la persecución. Los cuadros del Partido se esforzaron por rehacerse inmediatamente y en buena medida lo lograron. Esta vez, no pudo la dictadura capturar a Haya de la Torre, que comenzó su azarosa vida clandestina, llena de episodios dramáticos, y que duraría más de diez años. Tiempo **record**, como lo sería, mas tarde, la duración de su asilo en la Embajada de Colombia. Muy pocos ejemplos —acaso ninguno otro— podrían darse de un líder político que supo sobrevivir tantos años a tan adversas contingencias. Y sin perder ni un ápice de autoridad ni de popularidad.

Me incorporé a la maquinaria clandestina y por especial designación de Haya, en las actividades de la Secretaría Nacional del Exterior, sin descuidar la labor universitaria y de la FAJ. Iniciado el verano de 1935 mis actividades fueron detectadas y a comienzos de febrero la **policía política** me apresó en la calle y me llevó a la vieja Intendencia de Lima, que era una parte vetusta y ruinosa del antiguo Palacio de Gobierno. Me depositaron en un calabozo célebre, el Número 4, en la planta baja, cuya única entrada y salida daba sobre la deprimente cuadra de la gendarmería. El Jefe de Investigaciones se llamaba Damián Mústiga. Mas bien bajo, gordo, de cabeza calva y brillante, con ojos de mochuelo, me sometió a un interrogatorio suspicaz y me adelantó que de la Intendencia pasaría a la isla El Frontón, penal de tenebrosa fama por sus celdas de castigo: **La Lobera y La Sepultura**.

Por una afortunada coincidencia, me salvé de tan ingrato destino —que fue el de miles de compañeros— gracias a la intervención de un buen amigo y pariente, Eugenio Campodónico Diez alto funcionario técnico del gobierno, que ese día por razón de su cargo tuvo que visitar a Benavides y le pidió que se me cambiara la prisión por la deportación. Benavides concedió la gracia de esta permuta y dos días después navegaba a Valparaíso en el vapor chileno **Cautín**. Era el 12 de febrero de 1935. El 12 de febrero del año de 1989 comprobé con un escalofrío de tiempo, que se habían cumplido 54 años de mi primer exilio. Al llegar a Chile no tenía aún 20 años. Tuve rango de desterrado antes de llegar a la ciudadanía, que entonces se alcanzaba a los 21 años.

No era, sin embargo, el más joven de la nueva hornada. El mismo día en que desembarcaba en Valparaíso también lo hacía en otro vapor, Luis de las Casas, a quien aventajaba en seis meses de edad. E igualmente llegó a Chile —**asilo contra la opresión** como canta su himno— el periodista y ex-condenado de la Corte Marcial de Trujillo, Ciro Alegría, en cuyo cerebro ya pugnaban por verse en letras de molde, los relatos magistrales de **La Serpiente de Oro**, **Los Perros Hambrientos** y **El Mundo es ancho y ajeno**. Llegó asimismo, el ex-jefe de redacción de la TRIBUNA, el hábil periodista Hugo Otero Latorre.

En Santiago el mundo era ancho pero no tan ajeno. Desde diciembre de 1934 existía un Comité de Desterrados, a la cabeza del cual se hallaba Luis Alberto Sánchez, que a poco de su llegada la Editorial

Ercilla —que entonces comenzaba su apogeo— había incorporado como director intelectual. Los hermanos Grieve Madge —Alberto, Ricardo y Jorge— daban dinámica al Comité, Luis López Aliaga sindicalista de raza, el escritor Manuel Bedoya, figuraban entre sus dirigentes más conspicuos. Alberto Grieve publicó una revista titulada "Aprismo" (marzo de 1935) y en ella colaboré con un artículo que tenía pretensiones de ensayo crítico, propias de un pichón de escritor.

A mediados de ese mismo mes partimos para Buenos Aires Hugo Otero y yo. En auto hasta Mendoza y de Mendoza a la Capital en el tren Buenos Aires al Pacífico. Llegamos a la estación Retiro al caer la tarde. En el andén, inconfundible por su estatura y su natural imperio, nos aguardaba Seoane. Con él un grupo de compañeros del Comité de Buenos Aires.

Manolo —como le llamaban propios y extraños— ha sido una figura humana, intelectual y política que yo he admirado y querido mucho. Alto y erguido, con una cabeza de poderosa frente y una mirada inquisitiva y alerta, no era persona que pudiera pasar inadvertida en ninguna parte. Su carisma era perceptible y su inteligencia irradiaba sin esfuerzo.

Era un periodista nato y por entonces trabajaba en "CRITICA" de Natalio Botana, un diario que revolucionó el estilo de los periódicos argentinos.

Había sabido organizar, con especial eficiencia, un Comité Aprista Peruano de Desterrados (C.A.P. Buenos Aires) y en ella hacían —e hice yo en adelante— vida partidaria con los compañeros de la capital argentina. Seoane era un hombre de acción y no se contentaba con el papel de difusor de noticias sobre el Perú y el partido. Con destreza de capitán de equipo, fijó a la Brigada de Técnica y Estadística del Comité porteño la misión de analizar, desglosándolo y haciéndolo comparativamente con los presupuestos de Argentina, Uruguay, Chile y México, el Presupuesto del Perú. Resultó un libro notable de 300 páginas, ilustrado con dibujos y caricaturas, expresivas e irónicas, del pintor Juan Manuel Ugarte Eléspuru, ahora famoso maestro, que militaba entonces en el Aprismo y que le dio al Partido este valioso aporte artístico. Se llamó el volumen, *Autopsia del Presupuesto Civilista*, salió con el sello de la Editorial Claridad. Fue reproducido facsimilamente en 1985

por el Ministerio de Economía y Finanzas, siendo Luis Alva Castro su titular y se lee todavía con interés y provecho. Los domingos concurríamos al Tiro Federal para familiarizarnos con el manejo del Máuser. Seoane era un buen tirador y sus marcas igualaban o pasaban las de Armando Chávez y de Jorge Álvarez Paredes, los más destacados del grupo. Otro de los participantes en estas actividades y que, años más tarde, sería un justo y ecuaníme Secretario Nacional de Disciplina, era Juan Esquivel, tan ortodoxo aprista entonces como ahora.

6.- LA EXPERIENCIA ARGENTINA

Durante más de diez años, viví en Argentina, en Buenos Aires, por periodos más breves en La Plata y realicé frecuentes visitas al Uruguay. Una década vivida entre los veinte y los treinta años influye sin duda, y vigorosamente, en la formación de un hombre. Por eso confieso, sin ambages, mi interés y simpatía por Argentina. Creo entender a este país, tan próximo a mi afecto. Los años allí transcurridos no fueron de genuino destierro. Por su clásica modalidad acogedora, que les viene desde Alberdi y los años que ellos llaman de la "organización nacional", es difícil que un no nacido en su territorio se sienta extraño ni hostil. Y lo dicho es todavía más válido cuando se trata de latinoamericanos. Ni la diferencia en el acento, ni el color de la piel, configuran un elemento alienígena. Cuando en la Era de Perón cientos de miles de argentinos procedentes de las provincias "pobres" del norte andino, los llamados "cabecitas negras" se volcaron a la Capital, el prototipo andino y cobrizo resultó más fácil de confundirse en una masa donde antes predominaban abrumadoramente los ítalos e hispanos transplantados. El "crisol de razas" comenzó a incorporar en su mixtura los antes desdeñados —desde una perspectiva ciegamente europeísta— expresiones de América aborigen, cuya huella es notoria en el antiguo "camino del Perú", que comenzaba en Córdoba (+). En una ciudad, volcada al río de La Plata y al Atlántico, donde el tango era la canción nacional mas genuina, se intro-

(+) Otra señal definitiva o miliar del ámbito colonial de influencia peruana se encuentra en otro extremo de nuestra América: en Guatemala. Un viejo barrio, situado al sur de su capital, más allá de la actual 18ª Calle, se llamaba "Barrio del Perú". Por ese rumbo se salía —y se sale— a la costa del Pacífico y hacia el puerto de Iztapa donde partían las naves al Callao. Allí fue donde Pedro de Alvarado acondicionó sus bajeles para venir a disputar con Pizarro y Almagro el dominio riquísimo del Tahuantinsuyo.

dujo, a partir de los años 50, la música, evocativa y melancólica, de las provincias del norte. Atahualpa Yupanqui rivalizó con Carlos Gardel.

En mi época, se estaba todavía lejos de esta indoamericanización. El argentino —o mejor, el porteño— se sentía un europeo extraviado en América. El rudo despertar —ya anticipado por los cambios que determinara el auge peronista— ocurrió con la guerra de Las Malvinas. Gran Bretaña, el país paradigma y modelo para la oligarquía porteña, agredió a la Argentina y Europa no movió un dedo ni emitió un voto en su defensa. Descubrieron entonces los argentinos que sus verdaderos amigos —sus olvidados hermanos— estaban en América Latina. En particular, la solidaridad del Perú, expresada en forma muy efectiva, fue ampliamente estimada.

En los años cuarenta todo eso era lejano e impensable. Un Vicepresidente, el Dr. Julio A. Roca, había expresado, con satisfacción que "económicamente, Argentina era un Dominio Británico". La prepotencia imperial y el "cipayismo" local habían suscitado reacciones poderosas en medios intelectuales y populares. Nació un nacionalismo de derecha, antiinglés y fascista que al llegar la II Guerra Mundial se puso de lado del Eje totalitario. Fue el mismo que respaldó al franquismo durante la guerra civil española con grandilocuencias hispanistas y fobias anti-semitas y anti-democráticas.

Mis diez años de Buenos Aires conciden, en buena parte con aquel período que críticos de izquierda y derecha, han llamado "la Década Infame". Fueron los años de la presidencia del General Agustín P. Justo, de su sucesor Roberto M. Ortiz, del Dr. Ramón S. Castillo y del golpe militar del 4 de junio de 1943.

Fue "infame" por la suplantación sistemática de la voluntad popular a través del fraude; lo fue por la entrega al imperialismo a través de contratos leoninos de riquezas y servicios argentinos; lo fue por el ambiente de desmoralización que invadía muchas esferas del Estado y la vida pública del país. Al abandonar la Unión Cívica Radical, el partido mayoritario del pueblo argentino, la abstención revolucionaria, resultó incorporado al sistema, al "régimen falaz y descreído" como llamaba Yrigoyen al de los conservadores. En las filas radicales brotaron entonces protestas y disidencias, anuncio de futuras escisiones.

Otro partido democrático importante —no tanto por el volumen de su electorado como por su nombre de validez mundial y por la calidad de muchos de sus dirigentes— era el Partido Socialista Argentino.

Fundado por un hombre eminente, el médico Dr. Juan B. Justo, primer traductor de "El Capital" de Marx al español no era, sin embargo un marxista ortodoxo. Era un social-demócrata reformista, muy preocupado por lo que él llamaba "el ahora y el aquí". No alcancé a conocerlo (Justo murió en 1928) pero sí a su directo sucesor, heredero político y pariente, el Dr. Nicolás Repetto.

El socialista argentino más conocido fuera de las fronteras de su patria y que pasó largos años separado del Partido por su heterodoxia, era una figura peculiar e inolvidable: Alfredo L. Palacios. Había sido electo el primer diputado socialista de América en el año 1904 y desde entonces lució una estampa inconfundible: melena, mostachos, sombrero alón, traje oscuro, taco militar, capa española. Orador clásico, fecundo en citas eruditas y en redondos períodos de reminiscencias castelanas, poseía una voz pastosa y viril que encantaba a los auditorios. Se ufanaba de su criollismo en tanto otros líderes del Partido, tan europeizados como sus adversarios de la oligarquía, miraban con desdén prejuicio a lo aborigen y colonial. Palacios en cambio lo respetaba y aspiraba a entenderlos. Fundó, en 1928, la Unión Latinoamericana, con Manuel Seoane como Secretario y ese año la ULA convocó a un mitin de apoyo al General Sandino que entonces se batía con solitario heroísmo en Nicaragua. La Unión Latinoamericana se afilió por entonces al APRA, como organización antimperialista y unitiva continental.

En la casa del Senador (lo fue durante largos años) Palacios se daban cita, para compartir el sobrio puchero de los domingos, líderes políticos, intelectuales, sacerdotes y estudiantes latinoamericanos. Entre estos, me conté por mucho tiempo y le escuché sus recuerdos de la Reforma Universitaria, de su visita al Perú en 1919, cuando tuvo una gran recepción popular por su actitud a favor de nuestro país en el problema, entonces candente, de Tacna y Arica. Los diálogos de don Alfredo siempre eran interrumpidos por evidentes y numerosas llamadas femeninas, típicas en la vida donjuanesca de este gallardo solterón.

Palacios encarnó, dentro del socialismo argentino modelado por Justo y Repetto, una tendencia a valorizar lo nacional y lo criollo. Tam-

bién lo hizo otro senador socialista, el poeta y orador Mario Bravo. En 1939 Bravo asumió la dirección del diario del partido, "La Vanguardia" y me incorporó a la plana de redactores en la sección de cables. Semanalmente publiqué en el diario socialista una columna latinoamericana: "20 pueblos y una nación". En esos años anudé una amistad fraterna con Dardo Cúneo, poeta y ensayista, maestro convicto de latinoamericanismo genuino. La casa de la familia Cometa Manzoni. —Eleonora, Aída, Helena y Fulvia— acogía con cariño a los jóvenes desterrados.

La "década infame" lo fue sin duda. Para un estudiante de veinte y más años tenía sus halagos y compensaciones. Buenos Aires quedó, durante la guerra, como un pedazo de Europa salvado de la invasión, los bombardeos y la barbarie. Artistas, escritores, conferencistas, músicos, impedidos de regresar a sus países de origen, pasaban largas temporadas en Argentina. Así pude asistir a conciertos de Toscanini, a una larga temporada de la Comédie Française, con todo Molière en escena; pude admirar a Louis Jouvet y a su etérea y dulcísima partenaire, Madelein Oze-ray, a Margarita Xirgú y Pedro López Lagar con todo el teatro de García Lorca, a múltiples exposiciones y a cursos de amplitud universal en el Instituto Libre de Estudios Superiores, que dirigió Luis Reissig

Editorialmente, la capital argentina había largamente desplazado al culturalmente anémico Madrid franquista y competía con México, vitalizado por la emigración republicana española. Era la época de apogeo de "SUR", de Victoria Ocampo, de Eduardo Mallea, de Raúl Scalabrini Ortiz, ("El Hombre que está solo y espera") de Borges y de su pasmosa y culterana imagería, que estilizó la prosa castellana librándola de fláccidas y gotosas excrecencias retóricas. Por esos años, se mató Leopoldo Lugones, príncipe de las letras argentinas, Alfonsina Storni hizo lo propio abandonándose al mar y Lisandro de la Torre, político y parlamentario de polémica y austera existencia, la segó de un disparo, confesándose incompatible con la época que le tocó vivir.

La revista "Claridad", de Antonio Zamora se denominaba "Tribuna del Pensamiento Izquierdista" y en verdad reflejaba mensualmente los hechos y doctrinas de la izquierda nacional latinoamericana. Muchas veces colaboré yo en ella. Recuerdo especialmente el número dedicado a Luis E. Heysen y los perseguidos y presos políticos del Perú.

Bajo la engañosa tranquilidad de una sociedad satisfecha, latían ten-

siones y protestas. La riqueza argentina, se distribuía desigualmente; la legislación obrera, a pesar de los esfuerzos de Palacios y el socialismo resultaba insuficiente e inadecuada, la democracia no era tanto formal como ficticia. En un país que aumentaba a buen ritmo su industrialización, los marcos legales y económicos le venían asfixiantemente estrechos. Se iba preparando una tempestad.

El 4 de junio de 1943 resonó el primer trueno. Las fuerzas armadas tomaron el poder sin resistencias, condenaron el nuevo fraude electoral que se preparaba a favor de un personero de la vieja clase oligárquica. Pero al propio tiempo avanzaron otros temas de carácter social, económico e internacional. El golpe de 4 de junio no quería repetir el 6 de setiembre de 1930 cuando el general José F. Uriburu derrocó al Presidente radical Hipólito Yrigoyen.

Motor humano del movimiento, "cerebro y nervio" de la revolución de junio había sido un desconocido Coronel que empezó como Sub-Secretario de Trabajo y que acabaría por dominar la escena argentina hasta su muerte y de influir en ella hasta después de su muerte.

Carismático, elocuente, contradictorio, habilísimo, con un profundo sentido para percibir los recónditos sentimientos e instintos populares, Juan Domingo Perón fue fruto de muchas frustraciones argentinas y una fe de erratas de todas las cometidas por los dirigentes democráticos y de izquierda argentinos en el siglo XX.

A lo largo de aquellos años en Argentina fui asimilando las variadas experiencias de este país singular que ha sido, por mucho tiempo, el mayor éxito de un trasplante europeo sobre la prístina realidad de un inmenso vacío, lleno de incalculables potencialidades. El reto primordial fue la llanura sudamericana respetuosamente atalayada por los incas desde los Andes terminales del Tucumán y bautizada por ellos con su substituable nombre kechua: pampa. "El mal que aqueja a la Argentina —dijo Alberdi— es la extensión".

Trataron de llenarla a través de una política inmigratoria muy activa y selectiva: sólo blancos. Los indios y mestizos quedaron arrinconados en el pie de los Andes del Norte. El primer cambio político importante acontece a comienzos del siglo XX, cuando una generación de

argentinos de clase media y de progenie europea, rompen el esquema de la república oligárquica y llegan al poder con el radicalismo.

El segundo cambio —la segunda revolución— ocurre en 1945 cuando Perón moviliza a los sectores más pobres de una sociedad desigualmente enriquecida, los "descamisados", abandona el módulo feudal de la gran estancia ganadera y fomenta una rápida industrialización.

La necesidad de proporcionar fuerza de trabajo a las nuevas industrias, induce a una vasta inmigración interna. Es la presencia de los "cabezas negras", procedentes de las provincias llamadas "pobres", en algunas de las mas remotas aun se hablaba el kechua de sus antepasados. Y si el radicalismo fue el partido de la inmigración exterior o de sus hijos, el peronismo lo fue de la inmigración interior. Concluía la época de la "Oligarquía esclarecida" y empezaba la era de las masas.

7.- GABRIEL DEL MAZO

Vivía en Buenos Aires —en Sarmiento 1757 en una casa decimonónica y tradicional— un hombre de especial significación para los apristas: Gabriel del Mazo. Sus vínculos con el Partido eran muy anteriores a la propia fundación de éste, como que había participado a través de un epistolario nutrido (hacia 1944 me dijo que contaba en más de mil las cartas que guardaba en su archivo de Haya de la Torre) en el nacimiento del APRA como movimiento continental. En 1922, como Presidente de la Federación Universitaria Argentina había firmado con Haya de la Torre, como Presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, el primer pacto juvenil internacional. La amistad de esos años no se extinguiría jamás.

En 1926, Del Mazo intervino decisivamente en la edición del primer libro de Víctor Raúl: *Por la Emancipación de América Latina*, (Ed. Gleizer, Buenos Aires) y en 1930 costó otro: *Ideario y Acción Aprista*. Ambos contribuyeron, especialmente después de la caída de Leguía, a divulgar las tesis ideológicas del aprismo, cuyas ediciones debieron competir entonces con las de Amauta y Labor.

Del Mazo era un porteño de antigua estirpe. Sus abuelos se habían casado en la Catedral el 25 de mayo de 1810, justamente el día en que nació la Patria. Inmensamente modesto, generoso, culto, célibe y re-

servado, fue un líder de la Reforma Universitaria y su incomparable archivero e historiador. Muchos líderes políticos de ese tiempo ingresaron a la política con el respaldo de su trayectoria estudiantil. Del Mazo lo hizo con recato característico. Radical convicto y confeso, profesaba por Hipólito Yrigoyen una admiración cercana al culto. A él se deben los densos tomos, de escrupulosa erudición, consagrados al radicalismo y a su jefe y a la reconstrucción de un ideario político que Yrigoyen dejó disperso en crípticos mensajes, en sentencias memorables y en actitudes de gobernante orientadas a la mística democrática, a la autenticidad del voto y a la defensa de los pueblos contra las oligarquías, la plutocracia y los imperialismos.

Del Mazo tenía una asombrosa versación en cosas de América Latina y un resuelto empeño integracionista. Este le inspiró un proyecto que hizo aprobar en la Cámara de Diputados argentina, en 1948 y que se refiere a la integración física por la construcción de un "Canal Sudamericano", que uniría las cuencas del Orinoco con las del Amazonas y del río de La Plata. Una suerte de Mississippi del sur.

Afiliado a la corriente "intransigente" del radicalismo, le llegó tarde la hora de las responsabilidades de gobierno. Cuando Arturo Frondizi ganó en 1959 la presidencia de la república nombró Ministro de Defensa a Del Mazo, que hubiera sido por vocación cultural, un gran Ministro de Educación o por sus vinculaciones internacionales, un Canciller fuera de serie.

Es decir, colocó a Gabriel (al "Arcángel Gabriel" como le decíamos sus amigos) como a un Daniel en el foso de los gorilas. Entre "planteos", presiones, concesiones y rejugos, el gobierno de Frondizi acabó por caer derribado por los cuarteles. "Arturo quiere jugar ajedrez con nosotros, decía un general conspirador, pero no sabe que le vamos a patear el tablero".

Así lo hicieron en marzo de 1962. Mucho antes, Gabriel del Mazo, hombre limpio y claro, inapto para las complicadas maniobras político-castrenses había dejado el imprevisible Ministerio de Defensa. Murió pocos años después y con él Haya de la Torre perdió a su amigo más constante, más leal y más desinteresado. Y el aprismo al mejor de los colaboradores que pudo tener entre los hermanos de Latinoamérica. Que

vivió —el también— francos y enterizos, sus 50 años de aprismo. El Partido peruano al que tanto ayudó le está debiendo un homenaje.

8.- DARDO CÚNEO

Dardo Cúneo nació en Buenos Aires, en 1914, de típica progenie porteña: italianos y españoles. Por vocación, es un americanista fervoroso, que ha buscado —tal Henríquez Ureña u Orrego— los "camino de nuestra expresión": La expresión indo o latinoamericana. Sus claves son diversas, pero su meta es la misma: Nuestra América. Pertenece a la fila esclarecida de esos argentinos que partiendo de Ricardo Rojas, el Amauta tucumano, han dado en reintegrarse al todo continental y a enunciar un mensaje autónomo de rescatada cultura propia. Entre ellos, Cúneo sobresale por la perseverancia, el amor, el apostolado y el estilo. Su prosa, personalísima, es vigorosa, puntuada, transida, por momentos, de temblor poético. Porque Cúneo ha sido —y es— poeta de finezas cabales. Recordemos las de un soneto ("Dios") que elogió Alfonso Reyes:

"El no es un viejo niño arrodillado.
Dios es un niño joven. Es arquero.
Es atleta, es poeta y es soldado.
Es pastor de milicia sublevada".

En diversos cuadernos, Cúneo ha ido sembrando de imágenes la literatura argentina contemporánea. También de estremecimientos de disconformidad, de heterodoxias y proclamas. Cúneo ha sido un sempiterno agonista.

Desde muy joven, adoptó el socialismo como fe. Pero su socialismo no era el socialismo importado, *ersatz*, europeo y europeizante, destinado a un arraigo circunscrito y minoritario. En realidad, Cúneo llamaba socialismo a su hambre y sed de justicia americana. Estaba más cerca de Palacios, el criollo, que de la vieja guardia ortodoxa de la social-democracia porteña. De ella veneró a un hombre: el más egregio, el fundador: Juan B. Justo. Sobre este líder, el único de estatura que diera la II Internacional en América, Cúneo escribió una bella y polémica biografía. Quien quiera saber del socialismo en América tendrá que revisar las páginas del "Juan B. Justo" de Dardo Cúneo.

En el Partido de su personaje, el escritor cursó todos los caminos de la militancia. En la juventud, en el periodismo de "La Vanguardia", en la dirección nacional. Su inclinación innata a lo popular y a lo americano lo inducía a posiciones que no siempre rimaban con la rigidez oficial de la agrupación. Cúneo se esforzó por servirla con prolongado celo.

En 1952 se apartó del socialismo y creó su propio grupo. Siempre fiel a la palabra (como se diría de Mariátegui, "estaba enamorado de ella") fundó "Acción Socialista". Era —según apuntes de un bocetador de su biografía— un "ensayo de socialismo arraigado en lo nacional". Postremos escrúpulos semánticos de un escritor que si bien entiende y ama a otros pueblos americanos que han forjado su propio léxico —no europeo— para fenómenos de liberación no europeos también, insiste en utilizar el heredado repertorio extranjero. Cuando llegó la crítica hora de 1958 y la movilización popular en torno a grandes objetivos democráticos y de justicia, Cúneo figuró, en la vanguardia de los espíritus de izquierda solidarios con las plataformas de Arturo Frondizi.

La obra de Cúneo es grávida de incitaciones. Se inició con su libro "Esquemas Americanos", publicado en 1944 por Americalee. Le siguió el "Juan B. Justo". Más tarde, ordenó los capítulos de otra biografía: la de un payaso semigenial, delicia del Buenos Aires del 900: "Frank Brown". En tres volúmenes de pequeño formato ("El Militante") consignó su "Sarmiento y Unamuno", en que Cúneo estudia, en paralelo de naturalezas discordantes y a la vez fraternas, al gran sanjuanino y al gran vasco. Publicó después "Cuaderno de Milicia" y "El Romanticismo Político".

El Presidente Alfonsín lo designó Director de la Biblioteca Nacional en 1984. Este cargo fue desempeñado anteriormente por Paul Groussac, franco-argentino, y por Jorge Luis Borges, máximo cosmopolita. Lo desempeña ahora Dardo Cúneo, argentino de vocación latinoamericana.

9.- SANDINO Y EL APRA

En aquellos años existía, igual que ahora, un problema lacerante para todos los latinoamericanos y se denominaba Nicaragua. Un guerrillero heroico, seguido por un grupo minúsculo de campesinos y de hombres de clase media se había alzado en Las Segovias contra el go-

bierno entreguista de Managua, enarbolando una bandera antimperialista que suscitó fervorosas simpatías en toda Latinoamérica.

El Apra, en sus primeros años de expansión, se mostró especialmente activa, en América y Europa. El 13 de enero de 1927 la Célula Aprista de París celebró una gran concentración pública y difundió el mensaje de solidaridad de Romain Rolland con Sandino.

En Buenos Aires, en Diagonal y Florida, la Unión Latinoamericana, con Palacios y Seoane a la cabeza, organizó un mitin popular.

El Profesor costarricense Rafael Cerdas, graduado en Moscú y La Sorbona y politólogo de gran rigor informativo y crítico, en un libro muy sugestivo, titulado *Sandino, el Apra y la Internacional Comunista*, (Ed. CIAPA, San José, 1979) expone, documentadamente, que hubo "dos tipos de influencias ideológicas en el movimiento sandinista, la influencia proveniente del APRA peruano... y la influencia propiamente de la Internacional Comunista". A la primera se la califica de "autóctona, impulsada por el APRA que jefeara Víctor Raúl Haya de la Torre, y la introducida desde afuera, como conciencia externa que se inocula, representada por la Internacional Comunista" (Págs. 5 y 26).

Es muy importante que Cerdas demuestre, concluyentemente, (Págs. 38 y sgts.) la "presencia del APRA en el movimiento sandinista". Y añade: "Lo cierto es que ya en los primeros manifiestos de Sandino, de 1927, aparece la terminología de uso corriente entre los círculos apristas, que enfatizaba en el indoamericanismo y que se dirigía a la intelectualidad, a los obreros y artesanos y la Raza indohispana en su conjunto". Añade el autor: "En su primer manifiesto político, el del 1º de junio de 1927, Sandino se clasificaba a sí mismo como trabajador de la ciudad, artesano, y señalaba que el vínculo de la nacionalidad le daba el derecho de asumir la responsabilidad de sus actos en los asuntos de Nicaragua, la América Central y de todo el continente de nuestra habla y defendía, a la manera aprista, el horizonte internacionalista de su lucha". Es de notar que "este internacionalismo de Sandino, no era un internacionalismo proletario, sino un internacionalismo indo-hispano".

Examina luego, punto por punto, los cinco que integran el programa máximo del APRA, los mismos, dice Cerdas, que encontraron en Sandino campo fértil, aunque fueran adaptados al particular universo

sandinista. "Podemos decir —afirma el ensayista costarricense— que el APRA hizo suya la lucha contra la intromisión militar de los Estados Unidos y participó activamente en ella y que fue también contra su influencia que tuvo que luchar la Internacional".

En lo que se refiere a la unidad de América Latina, postulado primordial del APRA, son muchas las declaraciones de Sandino que la confirmaron. "El 2 de junio de 1928 —recuerda Rafael Cerdas— declaró que "la patria por la cual luchaba, no tenía fronteras en la América Española, y aunque al principio hubiera pensado solo en Nicaragua, con la confianza adquirida en el combate, había pensado en la República Centroamericana". Haciendo referencia a la unidad de América Latina, dijo en otra oportunidad llamarse "hijo de Bolívar, porque jamás traicionaría la causa latinoamericana".

Hablando de sí mismo, el "General de Hombres Libres" hizo clara su posición: "Sandino es indo-hispano y no tiene fronteras en la América Latina". Sostuvo también, utilizando los guarismos de la época: "Somos noventa millones de indo-hispanos y sólo debemos pensar en nuestra unificación". Con mayor agudeza todavía negó que su movimiento fuera "excesivamente nacionalista y sostenía que por encima de la nación estaba la Federación continental y que su movimiento estaba poniendo las piedras para hacer una realidad el sueño de Bolívar de una América unificada".

Singularmente significativa resulta la posición de Sandino en materia de clases sociales. No obstante el porfiado empeño de los hombres que destacó a sus cuarteles la III Internacional, Sandino no adoptó nunca las tesis de un marxismo-leninismo dogmático. En carta al periodista Alemán Bolaños, del 9 de setiembre de 1929, decía: "Ni extrema derecha ni extrema izquierda, sino FRENTE UNICO es nuestro lema. Siendo así, no resulta ilógico que en nuestra lucha procuremos la cooperación de todas las clases sociales sin clasificaciones "istas".

Es significativo que Sandino, señala el profesor Cerdas, adaptara a las condiciones de su país la tesis aprista sobre el Canal de Panamá. "Sostenía que el Canal de Nicaragua debía construirse con capital de todo el mundo, y que por lo menos la mitad del valor de las construcciones debía ser capital de América Latina. Los Estados Unidos, en su opi-

nión, sólo podrían participar con la suma entregada a Nicaragua por el Tratado Bryan-Chamorro: tres millones de dólares".

De esa época data un documento muy interesante del filósofo salvadoreño, Alberto Masferrer, recuerda Cerdas, tomándolo de Repertorio Americano, al hacer profesión de fe aprista, cuando dijo "servir en las mismas filas que muchas figuras de renombre en América Latina". En ellas, al lado de Juana de Ibarbourou, García Monge y Froylán Turcios, citó a Augusto César Sandino como "militante del APRA".

"La estrecha relación entre sandinistas y apristas —subraya el autor costarricense— se pondrá de manifiesto, cuando el delegado de Sandino, José Constantino González, se negó a apoyar la moción para expulsar al APRA del Congreso".

En su final diagnóstico, se lamenta así Rafael Cerdas: "El APRA que podía haber rescatado para la América Latina y para su visión continental de la lucha anticolonialista, la lucha de Sandino en Nicaragua, mantuvo su adhesión fervorosa al guerrillero de Las Segovias, Haya lo consideró, hablando en México, en 1928, como uno de los "héroes" latinoamericanos de nuestro tiempo".

No ocurrió lo mismo con la III Internacional, que al no poder ganarlo ni para sus ideas (la tendencia natural de Sandino era nacional y revolucionaria) ni para su organización llegó a lanzarle acusaciones incalificables. Así la Correspondencia Internacional (4 de enero de 1930) afirmó: "Sandino, se ha dejado comprar por 60,000 dólares".

10.- LOS DESLINDES IDEOLOGICOS

Los años de exilio con su ausencia de prácticas tareas inmediatas, inducen al debate ideológico y a la confrontación de tesis. En la Argentina de 1935-1945, floreció el debate doctrinario y los apristas, que nos sentíamos portadores de una doctrina propia, indoamericana, que incluso se atrevía a impugnar los dogmas más firmes del marxismo "congelado" teníamos frecuentes polémicas y enfrentamientos.

En 1936, Manolo Seoane refutó ácidas críticas de un socialista "de izquierda", Benito Marianetti y fue a su vez contratacado por éste. La revista "Claridad" acogió imparcialmente los artículos de ambos polémis-

tas. Marianetti encabezó una disidencia en el seno del Partido Socialista, el "socialismo obrero" que acabó incorporándose al Partido Comunista. Del sector comunista surgían periódicamente ataques contra Haya y su partido. Los argumentos no eran novedosos y repetían, en una forma u otra, los que ya había utilizado Julio Antonio Mella en su virulento panfleto: ¿Qué es el ARPA?

Ese mismo año conocimos en Buenos Aires un documento sensacional: la carta dirigida por Eudocio Ravines, en su calidad de Secretario General del Partido, al Partido Aprista Peruano invitando a éste a formar, con el PC, un "Frente Popular" según los modelos que entonces se ensayaban en Francia y España.

De este modo, se cambiaba radicalmente la actitud furiosamente anti-aprista del comunismo criollo y, en particular la de Ravines. Fue este político, agitador y panfletario, uno de los personajes más notables de la zurda criolla. En 1927 formaba parte de la Célula Aprista de Buenos Aires. Al año siguiente los integrantes del grupo asumieron la responsabilidad de mandarlo a Europa y allí mantenerlo para que estudiara economía. Acompañó a Víctor Raúl al Congreso Anticolonialista de Bruselas, como delegado del APRA. En 1928 se había pasado al comunismo y en 1930, de regreso al Perú se acercó a Mariátegui. Al morir éste, se apoderó —su dinamismo y su capacidad de intriga eran proverbiales— del Partido Socialista Peruano y lo convirtió en el Partido Comunista del Perú. A partir de entonces, y por largos años fue jefe indiscutido del comunismo peruano y al salir desterrado a Chile, asumió, por investidura soviética, el liderazgo del Partido Comunista chileno. Fue destacado a España durante la guerra civil y se jactaba de haber sido "uno de los Mariscales de la III Internacional".

Pero luego, cambió abruptamente de afiliación y pasó a militar con creciente agresividad, en el bando de la derecha. Su calidad de antiguo líder comunista dio importancia a su abjuración y un libro, **Por el camino de Yenán** adquirió interesada publicidad en años de la Guerra Fría. Autobiográfico y fantasioso, su autor aparecía en el centro de la escena comunista mundial y dialogando, de tu a tu, con jerarcas rusos y chinos. En el Perú fue íntimo asesor y confidente de Pedro Beltrán, frustrado líder de la derecha peruana. Amigo y consejero del General Odría acabó disgustando al dictador que lo expatrió a México. Años más tarde y en otro exilio murió misteriosamente atropellado por un vehículo en una calle cualquiera de la Ciudad de México.

Pero 30 años antes, este "Mariscal latinoamericano de la III Internacional" dominaba a sus camaradas del Perú y Chile con rigor stalinista y, a través de la táctica del Frente Popular, pretendía ensanchar su influencia a otros partidos. En Lima, la invitación del PC fue inmediata y rotundamente rechazada. Sobra decir que en Buenos Aires hizo lo propio el Comité de desterrados.

Uno de los argumentos más sólidos que justificaron este rechazo tenía su lógica irrefutable. La propuesta comunista era la de oponer, frente a la amenaza nazi-fascista que ya barría Europa, un Frente de partidos, un Frente Popular, con lo cual los comunistas abandonaban el clasismo obrero e intransigente que había sido su irreductible bandera.

Haya de la Torre y el Comando de Acción respondieron que un Partido de Frente (de Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales) era muy superior a un Frente de Partidos. La polémica volvió a encenderse, dentro y fuera del Perú. Los comunistas, al ver desdeñada su propuesta frentepopulista, arreciaron sus ataques. Por su disciplina, por sus símbolos, por sus cantos, el Apra era "fascista". Lo era también por su devoción colectiva por el Jefe, Haya de la Torre. ("Esos partidos del Pacífico que tienen un Jefe, con Jota mayúscula" había comentado con acritud un socialista de la vieja escuela. A lo que un compañero chileno respondió: "Peor es el caso de algunos socialismos del Atlántico que no tienen Jefe, ni con mayúscula ni con minúscula").

Por su parte, la derecha argentina nos tildaba de comunista y el día que el Comité inauguró su local, en Perú 443, un grupo de la "Legión Cívica", organización paramilitar fascista trató, sin conseguirlo, de disolver el acto.

Atacados por la izquierda, atacados por la derecha. ¿Cuál era la justa posición del partido?. ¿Cuál era la mía como joven militante?.

11.- URUGUAY: NI OFENDE NI TEME

La experiencia argentina resultaría trunca, en lo que al Río de La Plata se refiere, de no redondear estos recuerdos con aquellos que me devuelven al Uruguay.

Cuando llegué a Buenos Aires, en 1935, la "Suiza de América" sufría el insólito castigo de una dictadura. La había instalado el propio Presidente, Gabriel Terra, colorado, y tuvo el apoyo de los "blancos" de Luis Alberto de Herrera. Otro sector, el "nacionalismo independiente", opuesto al viejo caudillo, se enfrentó al régimen, irónicamente apellidado "marzista", porque el golpe se dio en marzo de 1933.

Ese mismo día, el dirigente colorado y ex-Presidente de la República, Baltasar Brum se suicidó frente a su casa, angustiado por la falta de reacción popular, ofrendando así su vida por la democracia. Se mató al grito de "¡Viva Batlle!".

Don José Batlle y Ordóñez ha sido una de las grandes figuras de la democracia latinoamericana en el siglo XX. Al asumir la presidencia en 1903 anuló un sistema de distribución de mandos políticos departamentales entre colorados y blancos y estos se alzaron en el mejor estilo de las montoneras gauchescas, con dos jefes legendarios, Aparicio Saavedra y Basilio Muñoz. Tras una auténtica guerra civil, Batlle quedó dueño del campo. Pero no quiso aplastar al adversario. Lo invitó a compartir responsabilidades en el gobierno y logró implantar un Ejecutivo Colegiado, de reminiscencias helvéticas.

Uruguay, bajo este régimen bipartidario, hizo grandes progresos en legislación social, en estadización de riquezas, en elevación del nivel de vida, en el perfeccionamiento, a veces bizantino en su deseo de reflejar todos los matices, de los sistemas electorales. Fue época de florecimiento intelectual, prestigiado por poetas como Delmira Agustini y Juana de Ibarborou, por filósofos como Vaz Ferreira; por vates como Julio Herrera y Reissig; por ensayistas como aquel helénico José Enrique Rodó, cuyo libro, *Ariel*, fue breviario de la juventud latinoamericana y mensaje de lírico y precursor antimperialismo.

Su prédica dejó profunda huella en la juventud de nuestros pueblos. Cuando Julio Antonio Mella, el revolucionario cubano, conoció y trató a Haya de la Torre en La Habana el año 1923 no encontró mejor manera de traducir su admiración sino diciendo del líder peruano que era el sueño de Rodó hecho carne, concluyendo fervoroso: "Es Ariel". (Cinco años más tarde, Mella encabezaría, desde las trincheras de un comunismo intransigente y ardido el ataque y hasta el denuesto contra Víctor Raúl).

Debilitada la economía uruguaya con la crisis de 1929, la república que llamándose oriental era la más occidental de todas las nuestras, vio subvertida su democracia en 1933, cuatro años después de haber muerto aquel gigante en lo físico y en lo político que se llamó Batlle y Ordóñez.

Para 1936 los desterrados uruguayos habían regresado a Montevideo y en mayo de ese año los partidos democráticos organizaron un homenaje a Baltasar Brum. Una delegación aprista cruzó el Río de La Plata, invitada a participar en los actos de homenaje al mártir. Nos encabezaba Manuel Seoane y lo acompañábamos Pablo Soldi Le Bihan y yo.

Fueron tres días memorables. Hubo un gran acto en el Ateneo y me enorgulleció comprobar que Manolo igualaba y superaba con su oratoria a consagrados y elocuentes líderes de las dos orillas del Plata: Palacios, Sánchez Viamonte, Julio Noble, Rodríguez Larreta, Emilio Frugoni. En la mañana siguiente me tocó hablar frente a la tumba de Batlle. De esos días queda una foto en la Casa del Partido Colorado en que aparezco participando, según me comentó ese gran batllista de molde y espíritu que es el actual Presidente Julio María Sanguinetti.

Un uruguayo con cuya afectuosa amistad me honré venía también de las clásicas filas del batllismo: el Dr. Pablo M. Minelli. Era una mente clara y rápida y un político de raza. Murió con poco más de 40 años y pudo ser una figura muy importante de la democracia oriental. Gracias a él y a Juan F. Guichón, y a Héctor Grauert, comprendí la hazaña precursora de Batlle.

Acompañado de Arturo Ardao, hoy eminente y consagrado historiador de las ideas, visité al viejo Basilio Muñoz, que había enfundado el sable de la guerra civil de 1903 y ejercía la pacífica profesión de notario.

La lealtad de los antiguos uruguayos siempre nos acompañó en el exilio de esos años y en los posteriores. Uno de los más constantes y leales fue Hugo Fernández Artucio, brillante ensayista y político, prematuramente desaparecido.

12.- PRIMER RETORNO DEL DESTIERRO

Aquellos años del exilio porteño transcurrieron rápidamente. En 1942 me recibí de abogado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, cuyo Rectorado (entonces se llamaba Presidencia) ejercía el maestro Alfredo L. Palacios. Mi diploma profesional lleva su firma. Muchos serían los amigos y condiscípulos platenses que recuerdo con afecto, pero, entre todos quiero destacar el muy fraterno y solícito de Mario L. Biagosch Hurtado. En aquellos años La Plata comenzó a ser un centro clásico de estudios para los latinoamericanos. Algunos como Jorge Frías Caballero, boliviano de nacimiento, ha hecho gran carrera de magistrado argentino, Francisco Pagán Rodríguez, puertorriqueño, autor del código penal de su isla. Francisco Capelli, de Mar del Plata, los hermanos Samuel y Raúl Amaral, platenses y fervorosos integracionistas.

Fue aquella Facultad y en esa época, muy rica en profesores eximios. En el primer ciclo, enseñaban Carlos Sánchez Viamonte y Julio C. González, líderes de la Reforma del 18, y Emilio Ravignani, autoridad en Historia Argentina; Enrique V. Galli, profesor doctísimo en Civil (Obligaciones) González Calderón y Longhi (Constitucional), el brillante y generoso Dr. José Peco, renombrado penalista y diputado radical; Benjamín Villegas Basavilbaso (Administrativo); Leonidas Anastasi (Trabajo). Tuve el privilegio de llevar mi curso de seminario de Derecho Penal con ese maestro mundial de dicha disciplina, que se llamó Luis Jiménez de Azúa, quien vivió como exiliado español largos años en Argentina. Para profesor de Legislación del Trabajo, postulamos los reformistas al Dr. Arturo Bramuglia, futuro Canciller de Perón y que entonces era socialista.

En esos años de guerra contra el nazi-facismo, trabajé como redactor y traductor para los servicios de información aliada.

Al comenzar 1945 la situación en el Perú se iniciaba con nuevo deshielo. El primer gobierno de Manuel Prado llegaba a su fin y todos convenían en la necesidad de unas elecciones libres, en la derogatoria de las leyes represivas y desde luego en la legalización del aprismo.

El Partido supo mantener su organización clandestina aunque profundamente vulnerada, a lo largo de años, por las prisiones y los destierros. En algún momento, se pretendió inventar un pseudoaprismo ofi-

cialista. Pero una vasta mayoría se mantuvo fiel y nuevas hornadas juveniles se incorporaron a la resistencia.

En Arequipa, con su tradición de rebeldía y constitucionalismo, se empezó a trabajar políticamente en favor de una amplia movilización democrática. Para atizar estos fuegos y mantener la presencia del Apra, fue designado Ramiro Prialé, quién regresó de su destierro en Panamá y adoptó un seudónimo, el de Ing. Alfredo Ganoza. El interlocutor en Arequipa, para estos menesteres, fue el Dr. Manuel Jesús Bustamante de la Fuente.

Prado, entre tanto, no tuvo mucha posibilidad de postular a un sucesor y un grupo de derecha, en el cual actuaban viejos elementos de la UR, lanzó la candidatura del General Eloy G. Ureta, que se había distinguido como Jefe militar en la campaña de 1941, contra el Ecuador.

Revisando posibilidades, surgió la precandidatura del Dr. José Luis Bustamante y Rivero, jurista arequipeño, autor del Manifiesto que diera inspiración y programa, en 1930, a la revolución de Sánchez Cerro. Prado le propuso la candidatura oficial y Bustamante reclamó libertades y garantías previas. No llegaron a un acuerdo. De la entrevista con Prado, Bustamante fue llevado por Enrique Dammert Elguera, conocido filo-aprista (o "apristón" como se decía en la época) al refugio de Haya de la Torre, en una residencia de don Augusto Benavides Canseco, antiguo amigo personal del líder aprista y cuñado del ex-dictador general Oscar Benavides. Fue el primer paso en la senda de entendimiento que llevó a la formación del "Frente Democrático Nacional", originalmente promovido en Arequipa y respaldado en Lima por don José Gálvez Barrenechea y por políticos independientes, como don Rafael Belaúnde, su hijo, el Arq. Fernando Belaúnde Terry, Enrique Dammert Elguera, y desde luego, por Haya de la Torre y el Apra.

No abundaré más en esta etapa porque no la viví en el Perú. Llegué a Lima en vísperas de la toma de posesión por parte del Dr. Bustamante que había sido electo por votación abrumadora el 10 de junio. Las listas parlamentarias del Frente Democrático vencieron en la mayoría de las provincias. Desde mayo, el Partido había sido legalizado como "Partido del Pueblo" y a los apristas se les reconoció un buen número de puestos en las listas, pero se completaron con candidatos independientes o recomendados por el Mariscal Benavides. Fueron muchos

de estos, los que participaron en el movimiento "ausentista", que tres años después descoyuntaba el orden constitucional y dio pábulo al levantamiento del 3 de octubre de 1948 y al cuartelazo de Odría el 27 del mismo mes y año.

El retorno a la democracia en 1945 tuvo para el Partido Aprista un altísimo precio que pagar: el sacrificio de la candidatura de Haya. Las negociaciones entabladas por Haya y Benavides, los dos viejos adversarios, se iniciaron a comienzos de 1945 en casa del Dr. Alberto Ulloa Sotomayor, antiguo Ministro de RREE de Benavides y se concentraron, en aras del país, en la mutua renuncia de las aspiraciones presidenciales de uno y otro.

En realidad, lo que quedó consagrado fue el retiro de Haya y la búsqueda de un candidato de transacción. Benavides, promovió a Rafael Belaúnde y Haya —recordando la actitud correcta de Bustamante ante la oferta de Prado—, propuso a Bustamante y Rivero, Embajador en La Paz y su nombre fue respaldado por una asamblea del FDN.

Se inició, de este modo, la experiencia democrática de 1945 que, infortunada, lamentablemente, concluyó a los tres años y tres meses. Retrospectivamente considerada, la elección de ese año y sus resultados no debieron haberse perdido tan lastimosamente. La hora del mundo y la hora de América eran propicias. El Eje totalitario había sido derrotado y los oriflamos de las Cuatro Libertades y los Derechos Humanos cubrían la extensión de la tierra. En nuestra América caían los despotismos y las dictaduras. Se hablaba de justicia social y de fraternidad americana. En el Perú sonaba la hora del Apra. Haya pudo proclamarlo con legítimo orgullo al dirigirse a la enorme concentración popular que el 20 de mayo de 1945 celebró la legalización del Partido, puesto fuera de la ley por virtud de un artículo de la Constitución de 1933, el art. 51º que, con ese fin se colocó en la Carta fundamental.

El proceso de reconversión democrática vino afectado desde sus orígenes, por defectos de nacimiento. Sonó la hora del APRA, pero no se respetó la hora de Haya de la Torre. En una porfiada acción de retaguardia, la oligarquía logró el veto indirecto de Víctor Raúl, al permutar la renuncia de Haya por la de Benavides y al entremezclar en las listas parlamentarias a sus hombres con los elegidos por el pueblo.

El factor humano jugó un papel negativo en las relaciones del Jefe del Aprismo, partido mayoritario sobre cuyo caudal electoral reposaba la victoria de junio del 45, con el Presidente de la República, que se sentía personero de aquellos votos —no apristas— que llamó "copiosos y conspicuos".

Pocas veces se dio el caso de dos personas tan congénitamente incapaces de sintonizar. Haya, hombre exuberante y carismático, hecho para emocionar y convencer a las multitudes. Bustamante, reservado y crítico, sobresaliente en una conferencia académica. Me atrevo a creer que Víctor Raúl, aunque no lo confesara, se sentía despojado de un título y un cargo por el cual había batallado sin cuartel varios lustros. Don José Luis, halagado por la magnitud de votos a su favor debió sentir la presencia de Haya como obsesiva y mortificante. Este telón de fondo y el interés de algunas personas que, de un lado o de otro, hicieron todo lo posible por acentuar incompatibilidades y diferencias entre los protagonistas, fue haciendo cada día más tensas las relaciones entre un gobierno y un partido que tenían el mismo interés fundamental en la supervivencia del régimen democrático.

La primera fisura se advirtió al designarse ministros. Ninguno, del primer gabinete, pertenecía al Apra y en el equipo figuraban, por el contrario adversarios declarados o críticos hostiles. Salvó el problema la actitud correcta y valerosa del Premier Dr. Rafael Belaúnde, especialmente en diciembre de ese año, al dictarse una Ley de Imprenta, que la renacida oposición de derecha e izquierda acusó de atentatoria contra la libertad de expresión. No lo era, pero tampoco era tan importante como para que el Partido mayoritario la defendiera hasta en las calles con cuota de sangre. A partir de esa fecha, la reacción empezó una tenaz y virulenta campaña de desprestigio.

En 1946, el segundo gabinete —el gabinete Portugal— incluyó a tres ministros apristas, en las difíciles carteras de Hacienda, a cargo de un líder histórico: Manuel Vázquez Díaz, Agricultura y Fomento. La ofensiva publicitaria, orquestada por Ravines, alcanzó extremos difícilmente imaginables. En enero de 1947, cuando se preveía un nuevo gabinete de mayor integración aprista, fue asesinado el industrial Francisco Graña Garland. Esa misma noche el chisme limeño se orientó a culpar al Apra de crimen tan insensato, pues tenía todo el aspecto de una provocación.

A mediados de 1947, la derecha planificó su ofensiva parlamentaria, que empezó con el ausentismo en el Senado. Opositores y antiguos integrantes del FDN dejaron de asistir a sesiones para obtener cambios en la línea política de la mayoría. Pedro Beltrán, con asesoría de Ravines, organizó un movimiento anti-aprista: la Alianza Nacional. Para mayor confusión el Presidente Bustamante se entendía con los ausentistas.

En aquel período, de 1945 a 1948, el Perú, en medio de una creciente borrasca política, disfrutó las ventajas de un régimen democrático. Se respetaron los derechos humanos y la libertad de prensa se ejerció en plenitud.

En el Congreso, las posibilidades de acción legislativa se vieron limitadas por el desarrollo, desde julio de 1947, de la táctica de ausentismo parlamentario en el Senado. La paralización del Congreso, determinada por la derecha en la Cámara alta, esterilizó sus proyectos y empujó a una crisis insitucional de gran envergadura.

No obstante las dificultades, se hizo obra. Y tan vasta y profunda que tomó a Manuel Seoane, orador sin retóricas, más de dos horas exponerlas en el Congreso Nacional del Partido, celebrado en 1957. Entre iniciativas —frustradas por el ausentismo— y realizaciones, el Aprismo legiferante fue diseñando un nuevo Estado y una nueva política. Algunas eran tan sencillas, como la fundación de la Caja de Crédito Popular, y la oposición con que tropezó, da medida del conservadurismo de algunos sectores. Otras eran trascendentes y necesarias, como el Congreso Económico Nacional, que llegó a aprobarse en la Cámara de Diputados. O como el Banco de la Nación que tuvo que esperar hasta 1964. O la Corporación del Petróleo, que fue convertida en una anémica Empresa Petrolera Fiscal para renacer, años más tarde, como Petroperú. O la gratuidad de la enseñanza secundaria, que años después se extendería a la enseñanza superior. Las iniciativas que plantearon la irrigación del Quiroz, en Piura, el aprovechamiento de las aguas del Chira, las obras de Chao, Virú, Moche y Olmos. Se aprobó entonces la primera partida para la irrigación de Majes, el salario de la Victoria, la Ley del Canillita, etc.

La anormal situación del Congreso, el enardecimiento opositor a partir del sospechoso crimen Graña, la impaciencia del Partido Aprista ante el acoso múltiple, fueron deteriorando la recién inaugurada democracia peruana. En 1947 un militar, el General Manuel A. Odría había sido

designado Ministro de Gobierno. En torno a este militar empezarían a urdirse las conspiraciones. A lo largo de esos años, y desde la reaparición del diario LA TRIBUNA, estuve al frente de ella, como editorialista y como Director. Siempre en estrecho acuerdo con Manolo Scoane y con el propio Haya de la Torre que muchas noches terminaba su tertulia política en la redacción del diario.

1948 se inició bajo el signo de la fermentación pre-golpista. El 28 de julio no pudo reunirse, de nuevo, el Senado y con ello el Congreso siguió paralizado. La campaña del diario **La Prensa** y del grupo de exportadores se mantuvo en forma extrema. El Presidente Bustamante convocó entonces a lo que llamó una solución "extra constitucional": elegir una Asamblea Constituyente, en la cual participarían ex-officio los senadores y diputados del Congreso paralizado. La solución no satisfizo a nadie. Entre los generales legalistas, encabezados por el General José del Carmen Marín, fundador del CAEM, se planteó una fórmula de solución que respetaba los cauces constitucionales. En la organización defensiva del aprismo, cundió el escepticismo ante fórmulas consideradas demasiado blandas.

13.- DE LA TIRANIA A LA CONVIVENCIA DEMOCRATICA

El 3 de octubre de 1948 estalló una revolución en El Callao. En ella participaron oficiales subalternos de la Armada, oficiales de mar y civiles pertenecientes al Partido Aprista Peruano. Sobre los orígenes de este movimiento y sobre las responsabilidades de su frustración y su derrota se ha escrito mucho, sin que el esclarecimiento alcanzado resulte suficiente. Parece claro que el alzamiento del Callao se hizo sin conocimiento previo de Haya de la Torre ni de la dirección del Partido, que estaba entonces en contacto con altos oficiales del Ejército para provocar un movimiento constitucionalista, que hubiera colocado al Vicepresidente, Dr. José Gálvez, en la primera magistratura, superándose así la crisis determinada por el ausentismo parlamentario, iniciado por Senadores y a la cual la convocatoria a una Asamblea Constituyente por el Presidente Bustamante no llegó a calmar.

Los sublevados del Callao se atrincheraron en la vieja fortaleza española del "Real Felipe" y tuvieron numerosas bajas. En el mar, al comprender que la revolución estaba perdida, su jefe, el Comandante Aguila Pardo, se suicidó a bordo del "Grau". El otro líder, Teniente Juan Ma-

nuel Ontaneda, sufrió una larga prisión. A los dirigentes apristas que pudieron capturar —entre ellos Armando Villanueva, Ramiro Prialé y Luis de las Casas— se les condenó a varios años de penitenciaría. Los marineros sufrieron sentencias igualmente duras. Uno de ellos enloqueció en el presidio.

Rota la estructura política, el Frente Democrático Nacional, que había hecho posible el triunfo de 1945, el gobierno se quedó sin su viga maestra, que era el respaldo del Partido Aprista. El régimen del Dr. Bustamante, impulsado por el extremismo antiaprista del Ministro de Gobierno, Julio César Villegas Cerro, dictó un decreto sin respaldo jurídico, poniendo fuera de la ley al Apra y ordenando la captura de sus líderes, según una lista que había confeccionado Villegas y en la cual figuraban muchos senadores y diputados. También mi nombre apareció en ella, sin duda por ocupar, desde 1945, el cargo de Director del diario **LA TRIBUNA**. Otra vez, una nueva persecución se desataba contra el Apra, solo que esta vez lo hacía un gobierno que naciera gracias a sus votos.

Un penetrante periodista extranjero comentó entonces que el gobierno peruano se había serruchado la rama —el sustento político— sobre el cual se sostenía. Y así fue. La conspiración de la derecha, que Pedro Beltrán venía propiciando, encontró su líder en el general Manuel Arturo Odría, que había sido, por algunos meses, Ministro de Gobierno del Dr. Bustamante. Sublevado en Arequipa, el 27 de octubre de 1948, su movimiento tuvo un éxito fulminante y estableció la consabida "Junta Militar de Gobierno". Su primera medida, fue dictar un decreto ilegalizando al Partido Aprista al amparo del art. 53º de la Constitución de 1933 que proscribía a los llamados "partidos de organización internacional".

La ilegalidad posterior al 3 de octubre, y, sobre todo, la que siguió al golpe de Odría, sorprendió al partido y a aquellos que no habían participado en el movimiento contra Bustamante. Allanada **LA TRIBUNA**, el mismo día del Callao, decretada nuestra prisión por la lista del Ministro Villegas, tuve que improvisar un refugio en la casa de una persona apolítica de mi familia. Días después, cuando reinaba el mayor desconcierto, logré reunirme con Armando Villanueva, en Miraflores, y tratamos de armar el complicado rompecabezas. Una segunda entrevista ya pactada no pudo realizarse. Por una traición, la casa donde estaba Villa-

nueva fue allanada y allí encontró el jefe de investigaciones, no sólo a Armando, sino a Ramiro Prialé y a Jorge Raygada, uno de mis jóvenes redactores en el plantel de LA TRIBUNA. Al arreciar la persecución, el Partido quedó prácticamente descabezado. Y muy herido en su moral combatiente por un fenómeno divisionista que hasta entonces no habían conocido los apristas. Los miembros del "Comando Revolucionario" (conocido, abreviadamente como "C.R.") iniciaron una violenta campaña de detractación contra el Jefe del Partido y contra los líderes. Por primera vez, se registraba un enfrentamiento de tanta virulencia en las filas mismas de un Partido de reconocida unidad y disciplina.

En estas circunstancias, Manuel Seoane se asiló en la Embajada del Brasil y Luis Alberto Sánchez en la de Paraguay. A mediados de octubre, yo me asilé en la de Venezuela. Allí encontré a un hombre de LA TRIBUNA, Humberto Silva Solís, jefe de redacción y gran compañero y amigo, Hipólito Alfaro Romero, Secretario de Economía en el CEN, hombre de noble carácter y de gran entusiasmo, a quien este accidente político le truncó una carrera ya iniciada de industrial brillante. Luis Carneiro Checa, también del diario, al Coronel César Enrique Pardo, que —él— había estado en la conspiración que llevó al 3 de octubre, Luis Barrientos, fogoso líder sindical aprista y algún otro asilado de borroso recuerdo.

Era Embajador de Venezuela un militar retirado, el Teniente Coronel Esteban Chalbaud Cardona, autor de un libro sobre la historia de la Revolución Francesa, diplomático caballeroso y culto, que nos sentaba a su mesa como si fuéramos parte de la familia.

En noviembre de aquel fatídico 1948 cayó el gobierno de Rómulo Gallegos en Venezuela y la Junta Militar de Lima se apresuró a reconocer a la Junta Militar de Caracas. Nuestra situación parecía complicarse. El Embajador Chalbaud nos convocó a su despacho para decirnos: "Si llegara la orden de entregarlos —que no creo que llegue— los llevaría yo mismo, bajo mi protección personal, a la Embajada que ustedes designen, y al día siguiente elevaría mi renuncia".

No llegó tal orden pero tuvimos que esperar, hasta diciembre que la Cancillería nos diera salvoconductos, "válidos sólo para Venezuela", donde, dadas las circunstancias no era ya recomendable viajar. En vísperas de Navidad, acompañado por el Embajador, llegué a Limatambo para

salir a mi segundo destierro, tres años y medio después de mi retorno de mi anterior exilio.

Desde luego no fui a Caracas, donde la Junta empezaba su despotismo. Me quedé en Panamá y fui profesor y conferencista tanto en la Universidad Nacional —regida entonces por su fundador, Octavio Méndez Percyra— como en la Escuela Normal de Veraguas.

En agosto de 1949, un afectuoso y conciso cable del Presidente Juan José Arévalo ("Lo necesitamos en Guatemala. Sus pasajes están ordenados en la Panamerican") me hizo partir a esa antigua capital de Centroamérica, cuyos lagos, volcanes y llanuras son de una belleza incomparable.

Gobernaba entonces con firme mano, un maestro convertido en político: el Dr. Juan José Arévalo Bermejo. Alto y corpulento, de poderoso mentón y ojos claros, Arévalo era un pedagogo de vocación entrañable y de sobresalientes capacidades políticas. Bajo la dictadura del General Jorge Ubico había emigrado a Argentina, allí lo conocí como Profesor y Secretario en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, donde yo me gradué de abogado.

Al caer Ubico y luego Ponce Vaides, su entorchado sucesor, se gestó en Guatemala un avasallador movimiento de opinión, y popular que se condensó rápidamente, en torno a este joven maestro que prometía moralizar Guatemala, democratizarla y hacerla ingresar al siglo XX. Triunfó abrumadoramente y desde 1945 gobernaba su país, a despecho de las 26 intentonas revolucionarias o amagos de golpes de Estado que pretendieron truncar su mandato.

Cobijados bajo la denominación generalizadora de "arevalismo", actuaban tres partidos, la llamada "Trinca": Renovación Nacional, Frente Popular Libertador y Partido Revolucionario. El primero, lo constituían amigos del Presidente. El FPL era un partido de izquierda democrática, de claras afinidades con el aprismo y el PRG tendía a exhibir radicalismos detonantes. Por su parte, el minoritario pero activo Partido Comunista Guatemalteco prefería la penetración táctica en los partidos de izquierda o en el ámbito sindical. Arévalo los mantenía a distancia y los comunistas se dedicaron a cortejar al Ministro de Defensa y "hombre fuerte" del ejército, el Coronel Jacobo Arbenz Guzmán, al que supieron

imponer finalmente como candidato de los partidos revolucionarios a la sucesión de Arévalo. En 1951, previas elecciones, el Profesor dejó su cargo al Coronel.

Arbenz era un oficial de carrera, rubio, taciturno y reconcentrado, hijo de suizo, con más apariencia de oficial alemán que de militar guatemalteco. Adoctrinado por el grupo político que le había lanzado a la candidatura presidencial, se mantuvo fiel a sus inspiradores, aunque en el gobierno tenían hombres de izquierda más calificados, como Manuel Galich, que pudo ser uno de los legítimos continuadores civiles de Arévalo.

La presencia de un núcleo aprista en Guatemala no dejó de tener resonancias políticas. Los comunistas seguían con suspicacia nuestras actividades y les preocupaba una eventual competencia ideológica. Y ocurrió que bajo Arbenz los tres partidos decidieron, lo que era bastante lógico, reagruparse en uno solo. Los dirigentes de la nueva agrupación organizaron dos seminarios, uno de historia de las ideas políticas, que me encargaron, y otro de teoría y táctica sindical que fue confiada a un experto, como Ricardo Temoche Benites, de lúcida y abnegada trayectoria laboralista y política.

Con estos temas y estos profesores, ardió Troya. Los comunistas y filo-comunistas denunciaron a los seminarios como "penetración aprista". A poco, el Partido "único" volvió a separarse, recuperando, cada agrupación política, su propio nombre y actitud.

Viví más de cuatro años en Guatemala y considero muy grato este período de mi vida. La generosa acogida del presidente Arévalo permitió que un grupo numeroso de peruanos (Nicanor Mujica, Hipólito Alfaro, Carlos Delgado, Mario Chiabra, Alejandro Carrillo Rocha, Ricardo Temoche, Humberto Silva Solís, Carlos Malpica Rivarola, Hilda Gadea, Jorge León Seminario, Guillermo Carnero Hoke, Gustavo Saco Miró Quesada, Manuel Pérez León (hijo), José Russo Delgado y Guillermo Vegas León) viviéramos y trabajáramos sin angustias en aquella patria hermana cantada en su elegante latín, por el jesuita expulso, el Padre Landívar: "Salve, cara parens, dulcis Guatemala, salve..."

Trabajé como editorialista internacional en El Diario de la Mañana y luego fundé una revista semanal con aspiraciones de circulación en las

cinco repúblicas centroamericanas, que por eso llevó el título inventado por Arévalo, de "Istmania". Fue un gran esfuerzo en el cual Humberto Silva Solís, el ex-animador de la FAJ, puso su corazón y su entusiasmo.

Durante esos años, y gracias a la ayuda de Luis Alberto Sánchez que me recomendó para sucederle en una cátedra que ocupó a principios de 1949, ingresé a la docencia universitaria para dictar Historia Moderna y Contemporánea y luego Historia de América en la entonces flamante Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos, cuyo decano era un profesor de filosofía de altas cualidades intelectuales y humanas: José Rölz-Bennett.

Era mi segunda experiencia como docente universitario pues de 1946 hasta 1948 había dictado Historia de América en la Facultad de Letras de San Marcos, siendo Decano mi antiguo profesor y amigo, el Dr. José Jiménez Borja.

La Facultad de Humanidades de Guatemala, se organizó con apoyo de un valioso grupo de profesores, entre los cuales había vasco-españoles, como Salvador Aguado-Andreut, catalanes, como Odón de Buen, salvadoreños, como José Mata Gavidia, peruanos, como José Russo Delgado y como yo. Entre los guatemaltecos recuerdo con especial afecto a Don Joaquín Pardo, investigador benedictino de la historia de su país y portentoso archivero y al poeta, ensayista y maestro Hugo Cerezo Dardón. Al fundarse en Guatemala la Escuela Centroamericana de Periodismo, su director, Flavio Herrera, me confió la cátedra de Ética Periodística.

Gracias al apoyo y el impulso que me dieron Cerezo y don Joaquín, pude acometer una obra histórica de la cual me enorgullezco. Es la que gira en torno a la Asamblea Nacional Constituyente de Centroamérica, reunida, en Guatemala en 1823, que declaró la Independencia absoluta y que en debates de altísimo nivel forjó el marco jurídico y fundacional de una Centroamérica anterior a su parcelación en cinco repúblicas. "Entiendo este libro —dije en el prólogo— como un tributo a la memoria de los próceres y a la dulce Guatemala, país que nos acogió en el exilio y nos dio aliento, socorro y fe en el destino libre de Nuestra América".

En la prolongada historia de la clandestinidad aprista los ocho años de Odría fueron de los más adversos y difíciles. No tanto por la crueldad de la represión, que pudo ser equiparable a la de Benavides, como por la crisis que tuvo que superar internamente el Partido. Por primera vez desde 1932, el Jefe del Partido, que había sido el animador incansable de la resistencia, no estaba al frente de la organización, sino encerrado en el largo asilo de la Embajada de Colombia. Los integrantes del "C.R." intentaron, por un tiempo, crear una organización paralela que fue rechazada por las bases, no sin acres polémicas internas. También se registró el fenómeno de un "revisionismo" radicalizante que fue bien visto por la dictadura. En los Comités de Desterrados la fronda contestaria se dejó sentir con cierta fuerza y Manuel Seoane, entonces al frente del Comité de Santiago, lanzó la iniciativa de un "Congreso Postal de Desterrados" que permitió a todos emitir sus puntos de vista sobre la realidad peruana y la situación del Partido. El mismo Manolo publicó entonces un documento valioso de auto-crítica y enjuiciamiento del futuro: **Carta de 1952.**

Las abiertas defecciones, como la de un grupo de Buenos Aires que se proclamó marxista-leninista, las críticas a sotto voce de otros, que impugnaban la autoridad de Haya de la Torre, produjeron reacciones defensivas. En Guatemala, a iniciativa de Nicanor Mujica, con mi apoyo y el de otros compañeros, se lanzó la idea de un "Compromiso de Conciencia" cuyos objetivos fundamentales eran la defensa de la ortodoxia ideológica contra las desviaciones totalitarias y el respeto a la autoridad histórica del fundador y jefe.

Los debates adquirían gran intensidad y alguna vez un sesgo humorístico. En cierta oportunidad uno de los "compañeros" que se había embriagado con la retórica izquierdizante interpeló a otro que la impugnaba: "¿Qué hará el compañero Fulano cuando lleguen a América las huestes victoriosas de Stalin?". A lo que el moreno y desparpajado periodista a quien se dirigía la pregunta respondió, instantáneamente: "¿YO?": ¡Correr!".

Conforme avanzó el régimen de Arbenz la atmósfera política en Guatemala se fue haciendo más pesada. Había decidido dejar el país cuando se ofreció la oportunidad de participar en un concurso de Naciones Unidas que solicitaba traductores de inglés y francés para trabajar en la sede. Guatemala era una de las ciudades donde se llevaron a cabo los exá-

menes, dirigidos por el Embajador José Correa, ecuatoriano, asistente del Secretario General de entonces. El Dr. José Russo Delgado, mi compatriota, y yo fuimos aprobados. A fines de octubre de 1953 y luego de entregar los originales de mi libro sobre la Fundación de la República en Centroamérica partí para Nueva York para encargarme del puesto recién conquistado. En esta última etapa de mi segundo destierro permanecí hasta abril de 1956, en que ingresé clandestinamente al Perú después de ocho años de ausencia.

La entrada al Perú, por vía clandestina, fue cuidadosamente planificada. Decidimos hacerla en grupo. Nicanor Mujica venía de Guatemala, donde había visto caer el régimen de Arbenz y donde conoció y trató, en sus épocas de errabundo exilio, a Ernesto Guevara, el futuro "Che" de universal renombre. Tercero del grupo era un compañero, paisano mío, más joven que nosotros, estudiante en San Diego, California: Carlos Delgado Olivera, personaje digno de un comentario más detenido.

Nos citamos en Guayaquil, a fines de abril de 1956. Oportunamente avisada, la maquinaria clandestina del partido tomó sus medidas. Un gran dirigente tumbesino, prematuramente desaparecido, el compañero Fernando Maceda, se encargó de montar el paso por la frontera.

De Guayaquil hicimos el lento viaje de una noche a Puerto Bolívar, en la cubierta de un barco bananero. Luego, se viajaba a Huaquillas en la misma frontera y frente a Aguas Verdes, primer pueblo peruano. Las zonas fronterizas son, tradicionalmente, focos de contrabando. En nuestro caso se trataba de adaptar los procedimientos y los hombres a un contrabando de personas. Maceda lo arregló con suma eficiencia y contó con la ayuda de un grupo que venía en misión especial de Chiclayo. Jorge Delgado Olivera (hermano de Carlos), Jaime Salazar y "Alito" Ballesteros, Pepe Banda, todos mis paisanos y compañeros.

El recorrido desde Puerto Bolívar hasta Huaquillas no fue sin incidentes, pues a la policía ecuatoriana no les parecía muy lógico el caso de estos tres peruanos que llegaban a Huaquillas, para "verse con sus familias", que venían del sur. Horas antes de la fijada para nuestro subrepticio, paso, fuimos llevados al puesto policial donde un teniente, correcto pero firme, nos pidió que dijéramos la verdad. ¿Eramos delincuentes políticos o delincuentes comunes?. Aseguramos, con toda certidumbre, que éramos políticos. Mostrando simpatía nos comentó: "¿Son ustedes

apristas?, yo escuché hablar una vez en Lima al señor Haya de la Torre. Gran orador". Y agregó: "les voy visar de salida sus pasaportes, pero comprendo que van a ingresar clandestinos. Les advierto que esa entrada tiene sus peligros. Esta es una frontera muy celosa y una patrulla nuestra, o del otro lado, podría dispararles en la oscuridad y sin hacer preguntas". Le agradecemos y nos encaminamos al hotel. Un modesto investigador que nos acompañaba preguntó, en tono confidencial: "Dígame: ¿cuál de los tres va a ser el Presidente del Perú?".

Al caer la noche del 2 de mayo de 1956 nos recogieron los guías ecuatorianos y amagando pistas falsas esquivamos a los investigadores enviados desde Tumbes. Hicimos varios kilómetros a campo traviesa. Al borde del Zarumilla pagamos a nuestros guías sus servicios y cruzamos el río luego que un modesto compañero, campesino de esa zona, nos recibiera con emocionante y sobrio afecto. Por él dirigidos comenzamos a pisar esa tierra peruana que se nos había prohibido largos años. Fue una caminata de quince o más kilómetros hasta llegar a la humildísima choza de nuestro guía que no quiso aceptar ni un sol ni un dólar por el trabajo y los riesgos corridos. El camión de Chiclayo que nos esperaba, partió rápido y trepidante a mi tierra natal.

A Carlos Delgado Olivera, nuestro compañero de aventuras en el destierro y en la frontera, lo conocía desde muy joven. Era chichilayano, su padre dentista y su madre una santa y bondadosísima señora, que había sufrido muchas penas cuando su hijo mayor Francisco (Paco) Delgado fue preso y acusado falsamente de haber disparado contra un matón de la "Alianza Nacional" beltranista, en la Plaza de Chiclayo.

Paco y sus hermanos pertenecieron al Partido con la naturalidad de quien se incorpora a una creencia hereditaria. Carlos, el menor, llegó a Lima y trabajó en la Juventud Aprista y en el Comando Universitario. Sobresalió de inmediato por enérgico e inteligente. Además, culto.

Haya de la Torre distinguió pronto estos caracteres y lo llevó a su Secretaría particular. Para Carlos, que ya era un discípulo fervoroso, esta proximidad y la confianza que el cargo suponía ahondaron la identificación. Sin esfuerzo, tomó el estilo de Haya, sus modismos y sus giros. Se convirtió en orador fogoso y en líder de la JAP. El Partido le dio su amplio respaldo cuando Carlos se proyectó a la escena internacional y aspiró y obtuvo la Presidencia de la WAY (World Assembly of Youth).

Estuvo en Africa, Asia y Europa. Desde luego en los Estados Unidos donde había disfrutado de una beca en San Diego, California.

Tiempo después, por circunstancias que desconozco, esta relación se rompió. Carlos venía haciendo críticas a la línea del Apra desde un ángulo izquierdizante. Y cuando en 1962 se entró en tratos políticos con Odría para asegurar los resultados de las elecciones de ese año, iniciándose lo que habría de llamarse la "Coalición del Pueblo", Carlos hizo circular una comunicación, que algunos parlamentarios firmaron, oponiéndose a este pacto. Su alejamiento se hizo notorio y entiendo que por esos días presentó su renuncia al Partido.

La relación, casi filial, que lo unía con Haya de la Torre quedó rota y la admiración sin reservas de la adolescencia se transformó en un sentimiento violentamente opuesto.

Pero los años de intensa comunión ideológica no habían pasado en vano. Carlos Delgado había crecido en el "molde" de Víctor Raúl y nunca pudo emanciparse de su influencia. En 1969, un militar amigo de Velasco lo encontró en el exterior en una misión de Naciones Unidas y lo convenció de la necesidad de volver al Perú.

La sintonía del "jefe del gobierno revolucionario de la Fuerza Armada" y el ex-Secretario privado de Víctor Raúl se produjo de inmediato. Velasco había hecho su "revolución", pero no veía muy claro como encaminarla. Asesores oficiosos y autodesignados, procedentes en mayoría de la canteras del marxismo criollo —ex-comunistas, ex-trozkistas, ex-guerrilleros de Puente Uceda— trataban de llevarlo a sus terrenos ideológicos. Dirigido por su propio instinto el general piurano no se dejaba cautivar. Tomaba una idea de aquí, otra de allá, pero sin comprometerse definitivamente con ninguna.

Cuando Delgado llegó hasta él y le exhibió un proyecto ideológico, aparentemente completo y reforzado por su verba fogosa, Velasco se dijo (o por lo menos lo pensó): "Este es el ideario de la Revolución. Esta es la doctrina que todos me reclaman".

¿Cuáles eran los elementos ideológicos que Delgado Olivera supo aclarar a Velasco? Eran fáciles de distinguir. El General quería un movimiento "ni capitalista ni comunista". Lo quería "original y latinoameri-

cano", partidario de la integración, de estructura policlasista y nacionalista y defensor de nuestras riquezas naturales; afirmado en raíces populares y muy peruanas. Era un identi-kit fácilmente reconocible. El General quería un aprismo. Pero el General no deseaba asumir toda la herencia histórica del Apra, ni la gravitación inmensa de su líder, ni su jerarquía, acrisolada por los años, ni algunas páginas de su historia. Quería el programa, modernizado, pero no quería el Partido ni a su Jefe.

Delgado suministraba también la respuesta a otro problema: la revolución no tenía, forzosamente, que encasillarse en una formación política. Más aún: los partidos se habían convertido en un anacronismo prescindible y estaban destinados a marchitarse con el tiempo. En cuanto al Apra, se dijeron los de la famosa "Aplanadora", era suficiente tenerla marginada y procurando que ninguna forma de persecución la revitalizara, "Secándose como caña al sol" dijo uno de los voceros del régimen. La fórmula de Delgado, barroca como su estilo, era "del no-partido en una democracia social libertaria de participación plena".

El ex-dirigente juvenil aprista llegó, de este modo, a convertirse en un oráculo del régimen. Resultó curioso que los militares peruanos, acostumbrados a rechazar las ideas apristas por varios lustros, se apasionaran por ellas al serles ofrecidas en nuevo envase. La que nunca les pareció deseable fue aquella que al final sirvió de salida al régimen: la democracia política afirma la en la soberanía popular libremente expresada. En este mismo libro, en el capítulo de ensayos, he intentado dar —y darme— una explicación viable de la experiencia militar revolucionaria.

En tiempos del gobierno militar primafásico, pasó por Lima un agudo escritor, ensayista y político brasileño que, en curso de una conversación amistosa, formuló unos comentarios de innegable agudeza.

Eran momentos de dura ofensiva, a través de medios parametrados, contra Haya de la Torre y el Apra. "Es curioso, decía mi interlocutor. Los militares que hoy gobiernan el Perú con ideas revolucionarias, padecen una suerte de complejo de Edipo. Quieren eliminar al padre (es decir al Jefe del aprismo) que engendró las ideas que ahora profesan".

En una explicación de corte deportivo, comparó la política peruana a un partido de fútbol.

"Se inició éste —decía el ilustrado compatriota de Pelé— con un impetuoso ataque, desde posiciones de izquierda, realizado por el Apra".

"Las fuerzas conservadoras del Perú acudieron a bloquear el avance aprista con sus mejores jugadores, que eran los de uniforme".

"Inicialmente repelido en sus avances, el Apra se fue corriendo hacia el centro, más y más, hasta situarse en las fronteras de la derecha".

"El otro equipo —las fuerzas armadas— se apresuran entonces a impedir el avance aprista y se desplazan hacia la izquierda. Eso es lo que está pasando actualmente", decía el observador brasileño. Y probablemente tenía bastante razón.

Algo más sobre Carlos Delgado Olivera. Velasco llegó a confiar ciegamente en él como definidor y teórico de la doctrina "revolucionaria" castrense. Su estilo complicado y enfático, cuando exponía sus ideas, —lógico y coherente cuando exponía las de Haya— llegó a ser el estilo oficial. Los documentos más importantes que Velasco leía como propios, eran —excepto cuando el "ghost writer" estaba de viaje— inconfundiblemente de "Calín", Delgado.

Alguna vez, en un discurso solemne, el General Velasco comenzó diciendo que el movimiento revolucionario de 1968 se había levantado contra el pasado vergonzante. Es decir, el verso inicial y archiconocido de la Marsellesa Aprista. A Delgado, lo había traicionado su pasado político. "Los consejeros del Presidente Velasco —comenté en un editorial de La Tribuna, diario ya en agonías y defendido por César Atala— lo hacen cantar la Marsellesa sin saberlo".

Fue una lástima que una personalidad tan dotada como la de Carlos Delgado Olivera, se perdiera para el Apra. Y su desencuentro personal condujo a Velasco a una oposición irreductible con relación a Haya de la Torre.

Es uno de los casos, no raros por cierto, en que el choque entre dos personalidades tan rotundas, como la del Jefe del Apra y el que fuera su discípulo predilecto, transportadas a un ámbito nacional, adquieren consecuencias negativas y lamentables.

14.- CONVERSAR NO ES PACTAR

Al cabo de los ocho años de odriísmo la siempre mutable y proteica realidad política peruana había cambiado y sus cambios influyeron en el Partido. En abril de 1954 Haya de la Torre pudo abandonar el asilo, dirigirse al exterior y recuperar automáticamente su indiscutida autoridad. En la Embajada de Colombia había escrito un libro señero: *Treinta Años de Aprismo* y había seguido con gran cuidado la evolución del marxismo en la segunda posguerra. Los gérmenes de un "revisionismo" izquierdizante se habían marchitado dentro del Apra, pero no sin dejar rastros, pues de esos años parte la actividad, centrada en el Comité de México, que luego se presentó agresivamente a través de Luis de la Puente Uceda y sus seguidores.

El régimen de Odría, en sus primeros años, fue modelo de gobierno conservador peruano, clásicamente integrado por el manejo de la economía nacional en manos de la oligarquía exportadora y de sus asesores norteamericanos y el sector más reaccionario de las Fuerzas Armadas. Pedro Beltrán, arquetipo de plutócrata inteligente, había preparado el golpe de 1948 y Odría se entregó a sus consejos y a sus recetas. La guerra de Corea y la consiguiente elevación de los precios de las materias primas ofreció nuevos y vastos recursos al gobierno.

Al terminar el período la alianza de Odría con los exportadores estaba llegando a su fin. El dictador, forzado por las circunstancias, había adoptado medidas, en el campo económico, que no se ajustaban a la brutal ortodoxia librecambista. Los años de poder omnímodo desgastaron inevitablemente su autoridad. El Apra, en cambio, se recuperaba rápidamente de sus conflictos internos y Haya retomó desde Europa, la suprema dirección del movimiento que en su dimensión política local asumió Ramiro Prialé al retornar clandestinamente de su destierro en Chile.

La pasajera prosperidad determinada por Corea había dado un cierto impulso económico y el aumento, en número y calidad, de la clase media. Nuevos valores intelectuales y artísticos empezaban a ser reconocidos y las masas se negaban a aceptar el papel pasivo a que les condenaba la prolongación de la dictadura. Millares de provincianos, particularmente venidos de la región andina, se instalaron con su círculo de patética miseria, en torno a la capital.

Al retornar, burlando la vigilancia policiaca, por Tumbes y luego Chiclayo, en compañía de Nicanor Mujica, procedente de Guatemala, y de Carlos Delgado Olivera, que venía de California, era fácil comprobar que la enorme mayoría del pueblo peruano deseaba concluir con la dictadura, restaurar las libertades y los derechos humanos, concurrir a las previstas elecciones de ese año sin que hubiera hombres ni partidos proscritos. El 20 de julio de 1955 una Declaración, encabezada por don José Gálvez Barrenechea y otras personalidades, entre las cuales figuraba el ex-diputado Fernando Belaúnde Terry reclamó garantías y elecciones libres. Pedro Roselló, industrial emprendedor y enérgico, inició una campaña en Lima y otras ciudades de la República. Su aparición en Trujillo motivó la respuesta de Armando Villanueva, que acababa de regresar del exilio, y en el Callao la réplica de un joven estudiante, Javier Valle Riestra.

El movimiento que encabezaba Roselló vino a enfrentarse con un líder luchador y característico de la época de la FAJ y con otro que, por su elocuencia y su gesto, resultaba el calificado portavoz de la generación novísima del Apra.

Desde meses atrás, y llegado ocultamente de Chile, había empezado una paciente y metódica tarea de reorganización partidaria, el último Secretario General del Partido, Ramiro Prialé.

En el verano de 1956 se definieron las opciones del Perú. Convencido el General Odría de la imposibilidad de reelegirse, trató de encontrar un candidato que, siendo su amigo, resultara aceptable para grandes sectores de la civilidad y asegurara un tránsito pacífico a un sistema democrático.

Creyó encontrarlo en un abogado de aristocrática estirpe, emparentado con el viejo civilismo cuyo nombre asomaba más de una vez en las especulaciones de los estrategas criollos: Hernando de Lavalle y García.

Con la tolerante aprobación de Odría, empezó el lanzamiento del Dr. Lavalle, quien obtuvo el apoyo del "Partido Restaurador" u odriísta y de algunas reliquias de los años treinta, como la U.R. de Luis A. Flores. También se definió por Lavalle y por una política de "unidad nacional", el recién fundado Partido Demócrata Cristiano. El Director de Gobierno, Alejandro Esparza Zañartu famoso por su política represiva,

cambió de actitud con los apristas a quienes pudo tratar, al salir o al entrar en las prisiones. Finalmente propuso y obtuvo una conferencia del mismo Odría con Ramiro.

Esta se llevó a cabo con extrema discreción. A aquellos compañeros que murmuraron adversamente en torno a una entrevista con el dictador y enemigo, Priale les respondió con una sola frase: **Conversar no es pactar**. Sobre todo cuando la conversación tenía como principal objetivo la democratización del país.

Ramiro planteó la legalización del Partido como paso previo e indispensable para alcanzar la propuesta "unión nacional". Odría, sin negarse en principio, expuso las dificultades que aparejaba esa medida.

Quedaban otros candidatos con quienes conversar. Don Manuel Prado y Ugarteche, Presidente de 1939 a 1945, figuraba como candidato posible. Su campaña se inició en Chiclayo con Manuel Cisneros Sánchez y Javier Ortiz de Zavallos como activos abanderados. Las posibilidades del pradismo parecían empero remotas cuando su jefe regresó de Estados Unidos.

El tercer aspirante exhibía una trayectoria distinta. Fernando Belaúnde Terry, arquitecto y profesor universitario, había ingresado a la política en 1945, como independiente amigo del APRA y mantuvo su amistad con el Partido.

A comienzos de ese año Belaúnde visitó Nueva York y tuvo la cortesía de buscarme en Naciones Unidas para hablar de política peruana. Calificó de irrealista la campaña de Roselló basada en que el Apra solo agrupaba "al dos y medio por ciento del electorado". Cuando yo le mencioné las posibilidades, que muchos apristas veían con simpatía, de que fuera candidato del partido, en caso de veto al candidato natural, el Arquitecto no se mostró entusiasta. Los días siguientes visitó a dos apristas exiliados, Hipólito Alfaro y Miguel Estremadoyro, que se ganaban el "amargo pan del destierro" en una tienda cercana a Broadway, con una honradez y un sacrificio que en ellos era proverbial.

Cuando Belaúnde volvió a Lima la situación era distinta. Un movimiento nuevo, todavía no partidario, la "Unión de Juventudes" promovida por un joven abogado, el Dr. Javier Alva Orlandini, había proclamado la candidatura del Arquitecto.

Poco después, las relaciones entre el Apra y Belaúnde se agriaron. Una declaración del nuevo candidato en que invitaba a Priale a que fuera a Palacio para adoptar determinaciones, significó la ruptura. Es de preguntarse —ucronía inofensiva como todas las ucronías— que habría pasado si Belaúnde hubiera sido candidato del Apra en 1956 y seguro vencedor entonces. Desde luego no habría nacido un Partido nuevo (Acción Popular) pero el Apra no habría sido la misma.

Por un tiempo, todo permitía suponer que Hernando de Lavalles sería elegido canónicamente, Presidente del Perú. De todos los candidatos, era el que menos había actuado en política y carecía de resistencias. Podía añadir otra ventaja: era amigo personal y de juventud de Víctor Raúl.

Pocas veces un candidato, situado en forma tan especial y en coyuntura igualmente singular, no supo aprovechar el conjunto de triunfos que le brindaba el naípe político. El Partido Aprista, para formalizar su consagratorio apoyo, sólo reclamaba algo elemental: la legalización. Mal aconsejado o innatamente conservador, el Dr. Lavalles en un mitin en la Plaza San Martín, la mayoría de cuyos asistentes eran "prestados" por el Apra, difirió la legalización de los Partidos y la amnistía a la aprobación de un Estatuto dictado por el futuro Congreso. Esa noche, se hundió la candidatura hasta entonces tan promisoría. La vieja cepa civilista creyó en una restauración casi borbónica y perdió su inesperada oportunidad.

En Chiclayo sucedió un episodio revelador. Se esperaba en el aeropuerto al candidato Lavalles y a su comitiva. Los lavallistas habían embellecido el aeropuerto y una espesa alfombra roja unía la pista con el salón de llegada. Un amigo de los organizadores, que eran la flor y nata de la baronía azucarera, les comentó: "Mejor quiten todo esto. Es muy solemne, muy protocolar y aquí somos campechanos. Estas cosas no le gustan al pueblo...".

A lo que uno de los jóvenes barones respondió con sinceridad auténtica. "¿Pueblo?, ¡pero si aquí no va a haber pueblo!". Y no lo hubo definitivamente. Ni allí ni en las ánforas.

Distinta fue la conducta de Manuel Prado. Carecía de inhibiciones civilistas y se comprometió a la legalización del Apra, tan pronto se instalara el régimen constitucional, sin Estatutos, postergaciones ni requilombos.

rios. Se convino en que esa promesa sería anunciada, con fondo de multitud en la Plaza de Trujillo.

A través de Luis Barrios Llona, que era uno de los inteligentes negociadores con Prado, llegó el pedido del candidato: un proyecto de texto de la declaración. Ramiro, que siempre aprobó mi redacción de documentos políticos, pensaba que podía encargarme de la tarea.

Lo hice rápidamente y en consulta con Barrios. Lo fundamental del texto era la promesa, sin ambages, del reconocimiento legal del Partido Aprista, fuera de la ley desde octubre de 1948. Prado entregó mi memorándum a su Secretario de Prensa, Nazario Chávez Aliaga, quien lo tradujo a su propio estilo. Y días después la plaza trujillana vibraba frente al compromiso. Ese día, el electorado del norte se alineó con Prado. La victoria estaba a la vista y su bandera, lanzada por el periódico filo-aprista "Impacto", que fundó Roberto Martínez Merizalde, era: "Convivencia Democrática".

Problema diferente fue el de las listas parlamentarias especialmente la de Lima. El Partido Aprista había ya propuesto una, integrada por personas más o menos caracterizadas, de diversa filiación, pero ninguna inscrita en el Apra pues de estarlo, ello significaba anulación inmediata de la candidatura, lo mismo en Lima que en provincias. Lo que dio nombre, carácter y arrastre orientador fue la presencia, como cabeza de lista para el Senado, de don José Gálvez Barrenechea. Cano, barbado, con una pastosa voz de bajo, poeta sentimental y delicado, las multitudes reconocían y amaban su figura patriarcal. Donde estuviera su nombre, allí estaba el Apra. Por eso en Lima la lista independiente, la Lista Gálvez, triunfó sobre todas las demás. Y don José volvió a presidir el Senado como ocurriera en 1945. Su cercano pariente, el gran historiador y humanista, Raúl Porras Barrenechea, integró la bancada pro-aprista pero con notorias y frecuentes actitudes de independencia, que también tuvo cuando fue llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores. Bajo su dirección Torre Tagle habló un castizo, moderno y elegante castellano, cuya huella y ejemplo deben rescatarse con todo amor y todo orgullo.

El 28 de julio de 1956, Prado volvió a la presidencia del Perú. Segundo de sus mandatos y tercero y cuarto de su familia, si se cuenta los gobiernos de su padre, el General Mariano Ignacio Prado en 1865-68 y 1876-79. Por su dilatada gravitación en la historia nacional, por las alter-

nativas de triunfo y tragedia a través de varias generaciones, la historia de los Prado es la gran novela que aun no encontró el novelista que la trabajara, al modo de John Galsworthy y su "Forsyth Saga".

En junio, el país concurrió ordenadamente a las urnas. Previamente, el Partido del Pueblo había convocado a un mitin en la Plaza San Martín, para proclamar la lista de Gálvez. ("A Gálvez no se le proclama, dijo esa vez Prialé: "Se le aclama"). La cita significaba una comprobación muy importante. Una convocatoria análoga de Fernando Belaúnde Terry había llenado la plaza. Era la primera vez que eso ocurría y los augures precipitados dieron por muerta al Apra. Un líder más joven llenaba una plaza que sólo los apristas podían repletar.

Este comentario aguijoneó el celo de los compañeros y esa noche la Plaza San Martín rebosó de gente. Salidos de los barrios, de los pueblos jóvenes, del centro y de la periferia, llegaron los apristas, en densos escalones, en familias completas con improvisadas pancartas. Querían demostrar que seguían siendo el mayoritario partido del pueblo. Esa noche, cuando terminó Prialé su discurso y Gálvez empezaba el suyo, una nueva voz brotó de la compacta multitud: ¡El Apra nunca muere!. La creó, en ese momento Pablo Silva Villacorta de la generación de la FAJ y la repitió la masa como un inmenso coro de dilatados ecos.

Se inició el escrutinio con el triunfo de la candidatura presidencial de Prado, las independientes de Gálvez en Lima y en algunos otros Departamentos y registrándose una voluminosa votación a favor de Belaúnde y una, muy baja, por Lavalle, Nacía así el régimen de la "Convivencia Democrática".

Es interesante recordar que este lema, forjado por el interdiario "Impacto", fue aceptado, en las semanas previas al período electoral, por todos los candidatos, incluso por Belaúnde a su retorno de Estados Unidos. Después de las elecciones, los vencidos le dieron una acepción más estrecha, la de una alianza entre el Apra y el pradismo. De su origen legítimo, que supone una convivencia pacífica y civilizada, se la derivó a la fórmula criolla de "conviviente", o sea el modo más corriente de la barra ganía.

Cuando ya los escrutinios revelaban la victoria de Prado, se produjo un curioso episodio a comienzos de julio de 1956. Una madrugada,

grupos de investigadores visitaron, a las horas ominosas de la madrugada, las casas de conocidos dirigentes del Partido Aprista y los condujeron, de inmediato, a la Penitenciaría. Por dos o tres días pudo creerse que el Perú retornaba al golpe y a la dictadura. Odría, accidentado, se encontraba en una Clínica y el Almirante Saldías, segundo del régimen, asumió pasajeramente el mando y al parecer quiso atrasar el reloj de la historia, reimplantando un régimen autocrático y militar.

Pero 1956 no era ya 1948 y las Fuerzas Armadas reconocieron los resultados electorales. A raíz de lo cual el grupo de presos de la Penitenciaría, los detenidos de lo que se llamó la "mini-ilegalidad" (duró diez días) fueron liberados quedando nulas las órdenes de deportación ya extendidas.

En el grupo estábamos Ramiro Priale, Nicanor Mujica, Antenor Orrego, Jorge Idiáquez, Andrés Townsend y otros.

15.- MISION EN NACIONES UNIDAS: EL DERECHO DE HUELGA

El mismo 28 de julio de 1956 y luego de asumir Prado el mando constitucional, el Congreso, por unanimidad, decretó una amplia amnistía y devolvió al Partido Aprista su demorada legalidad. En lo que a mí respecta, hube de regresar a la sede de Naciones Unidas, en Nueva York, a presentar mi renuncia en el cargo de traductor que había ganado, por concurso en 1953. Como en esa oportunidad estaba desterrado, la dictadura se creyó en la obligación de protestar, sin más motivo que la odiosidad política que yo le suscitaba. Como era de esperarse, se rechazó semejante reclamo. Era Secretario General entonces, el sueco Dag Hammarskjöld.

Este antecedente de mi actuación como *staff member* de la Organización internacional, llevó a que el gobierno de Prado, con el fin de dar pruebas de que había acabado la discriminación en agravio de los apristas, me designara como integrante de la Delegación del Perú a la XI Asamblea. La jerarquía de este cargo correspondía —y corresponde— a la de Embajador, con duración limitada a tres meses, de la tercera semana de setiembre a la tercera de diciembre.

En Nueva York estaba al frente de la delegación a la Asamblea un clásico representante de la vieja diplomacia peruana, el Dr. Víctor An-

drés Belaúnde. No obstante su vieja militancia anti-aprista me acogió cordialmente y a lo largo de estas tareas compartidas mantuvo una línea de afable corrección.

En la XI Asamblea de las Naciones Unidas, la primera a que me tocó asistir, debatía ese período, el Proyecto de Pacto de Derechos Económicos, Sociales y Culturales. Este pacto, como su gemelo de Derechos Civiles y Políticos, tiene como objetivo convertir en obligaciones internacionales y exigibles los principios definidos desde el 10 de diciembre de 1948, en la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Aquel año estaba en discusión el art. 8º, que trata el principio de la libertad sindical. El proyecto, elaborado por los expertos de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, reproducía, ampliado, el principio correspondiente de la Declaración Universal. Juzgué que se podía y se debía ampliar y mejorar la redacción, incorporando un Derecho esencial que no estaba incorporado en el proyecto de los expertos: el Derecho de Huelga. Las delegaciones de México, Bolivia y Uruguay se sumaron a la iniciativa.

Al fundamentar mi enmienda y después de recordar las luchas sindicalistas en el Perú, dije lo siguiente:

"No basta el reconocimiento de asociación sindical. Los obreros se agremian, como dice el Proyecto, para "proteger sus intereses económicos y sociales"... Y no hay medio más efectivo para lograr esa protección que la huelga. Doctrinariamente, el derecho de huelga ha sido reconocido como indispensable complemento del derecho de sindicalización. El señor Bonhote, tratadista suizo, ha sostenido que si bien el derecho de agremiación y el de huelga no deben confundirse, ellos se encuentran estrechamente ligados. "Uno implica el otro", afirma. Y añade: "Reconocer el derecho de sindicalización y al mismo tiempo no reconocer el derecho de huelga conduciría inevitablemente a proclamar un derecho fantasma, una simple ficción fruto de la imaginación pura y carente de todo valor práctico". En esta posición la doctrina francesa es también clara. Paul Pic ha escrito: "El derecho de la agremiación implica necesariamente el derecho de huelga".

"El derecho de huelga, entendido como una acción colectiva, voluntaria y concertada de los trabajadores en defensa de sus intereses gremiales, ha seguido la misma trayectoria que el derecho a la sindi-

calización. Es más: puede afirmarse que ha ganado ya una categoría análoga a la de otras libertades públicas y figura en ellas, a decir de Hulster, con el mismo título de la libertad de asociación o la libertad de reunión".

El debate fue largo y algunas delegaciones, entre ellas la británica; cuyo gobierno era, en ese año, del Partido Conservador, le censuraron creyendo que elevábamos a condición de principio lo que debía ser mirado como "último recurso". A la afirmación inglesa según la cual el Pacto no podría mencionar un hecho "tan anormal" como la huelga, contesté diciendo que más insólita es la esclavitud y sin embargo se la mencionaba en el Pacto de Derechos Civiles y Políticos.

Finalmente, la enmienda fue aprobada, con la natural aclaración de que el derecho de huelga se ejercería de acuerdo a las leyes de cada país.

Al cabo de treinta años de haber logrado esta incorporación, por propia iniciativa, que patrocinó la Delegación del Perú y que hizo reconocer mundialmente un derecho tan caro y esencial de los trabajadores, me pregunto: ¿sería su autor el hombre de derecha que han pretendido pintar algunos fariscos?. ¿No es esta conquista, de veras mundial, un éxito de la causa de los trabajadores y del movimiento universal a favor de la justicia?.

Tengo una satisfacción adicional. En 1978, al discutirse la Constitución de 1979 que nos rige, se incorporó un artículo, el art. 55º que consagra exactamente el Derecho de Huelga que yo había planteado internacionalmente y como consecuencia de los principios de izquierda democrática profesados por mi Partido; el Partido Aprista Peruano.

En aquella Asamblea postulé posiciones doctrinarias que eran consecuentes con la ideología del Apra. En noviembre de 1959 se planteó el problema del Apartheid o segregación racial en la Unión Sudafricana. Este país se abroquelaba —y lo hace todavía— en los principios de la jurisdicción interna para no admitir una modificación de su política racista. Para impugnarla, recordé la calidad del Perú como país de fusión racial y la patente oposición entre las disposiciones de la Carta de Naciones Unidas y la discriminación racial.

Ocurrió lo mismo con la vigencia de la llamada "cláusula colonial", es decir aquella que reservaba a las potencias que todavía tienen co-

lonias, a determinar cuando podía aplicarse, en los territorios de estas, los compromisos que ellas adquirirían en materia de derechos humanos. Dije entonces:

"Para nosotros, como para los demás pueblos de la gran comunidad republicana de naciones que es Latinoamérica, los derechos humanos no pueden ni deben reconocer limitaciones ni fronteras. Este es el ideal y a su realización práctica es preciso que se encaminen nuestros esfuerzos. Para nosotros la existencia de pueblos dependientes es una situación anormal y transitoria, un anacronismo, un rezago de una época imperial que la humanidad va dejando junto a otras prácticas añejas y moralmente indefendibles". (Actas de la III Comisión, XI Período de Sesiones de la Asamblea de Naciones Unidas, 1956).

El año 1961 integré de nuevo, la delegación a la Asamblea. Los años 1959 y 1960 mi designación fue "vetada", por estimarse que mi asistencia, y mi discurso de elogio durante el ejercicio de la Embajada en Naciones Unidas —que duró, insisto, tres meses— a una comida de homenaje a Rómulo Betancourt, ex-Presidente de Venezuela e ilustre y fraterna figura de la democracia venezolana, perjudicaba las buenas relaciones del Perú con Venezuela. (Dos años después, Betancourt era nuevamente Presidente y quienes me habían vetado carecieron de argumentos válidos para oponerse).

En ese período de sesiones, participé en la Comisión Política Especial. El primer debate se refirió a la concepción misma de las Naciones Unidas y se hizo para apoyar el concepto de la igualdad soberana de los Estados miembros, así como la tendencia hacia la universalidad de la organización con el ingreso de mayor número de países independientes. De conformidad con los conceptos fundamentales del Partido, con los que concordaban las instrucciones de la Cancillería, apoyé los proyectos destinados a ampliar el número de puestos en los Consejos de Seguridad y Económico Social de Naciones Unidas para que ingresaran a ella los nuevos Estados afro-asiáticos, sin perjudicar los derechos adquiridos por Latinoamérica.

Del mismo período es la intervención de solidaridad con los pueblos de Asia y Africa en la consolidación de su independencia. La motivó la tesis que aquel año de 1961 —cuando la Asamblea sensacional del

zapato en el escaño— del Primer Ministro soviético de entonces, Nikita Sergueyévich Jruschov, para modificar la estructura de la Secretaría General, integrándola por un sistema tripartido (la "troika" de los rusos) que hubiera institucionalizado posiciones encontradas de la guerra fría. Me permití decir entonces:

"Discrepamos radicalmente con el criterio según el cual la realidad de 1960 —que debería recogerse e institucionalizarse en la Carta— es la de tres bloques o campos: Capitalista, socialista y neutral. Nos parece esencialmente contrario al espíritu de nuestra Organización y a la suprema finalidad de paz que determina su existencia. No se puede legalizar, no se puede congelar en instituciones, una división que debe entenderse transitoria y que el mundo está obligado a superar. Fuera de la distribución geográfica que, sin ser perfecta ni mucho menos, es la que más se aproxima a la equidad, todas las fórmulas de bloque resultan peligrosas e inconducentes. Con más razón que el esquema propuesto podría reclamarse que se tuviera en cuenta la división efectiva del mundo en naciones industrializadas, sean estas bajo el capitalismo privado o bajo el capitalismo de Estado, y naciones insuficientemente desarrolladas. Entre naciones de altos niveles de vida y productoras de máquinas y naciones productoras de materias primas y bajos niveles de vida; en países dotados de armas nucleares y países inermes".

16.- ANTICIPACION DEL III MUNDO

Abundando en el tema y a raíz de una propuesta de la Unión Soviética, consecuente con la actitud raigal y de izquierda que venía de mi militancia en el Aprismo, puntalicé posiciones en el V período de sesiones y en el seno de la Comisión Política Especial. Se trataba de la solidaridad con los pueblos de Asia y Africa en la consolidación de su independencia. Mi pronunciamiento antimperialista fue entonces el que aparece en este fragmento de mi intervención en el foro mundial:

"La independencia política no basta, por sí sola, para asegurar niveles de vida justos y adecuados a que aspiran los pueblos. Nuestra propia experiencia y la de otros países en proceso de desarrollo enseña que la independencia económica es requisito indispensable para afianzar la independencia política, pues no es posible ser políticamente libres si económicamente se sigue en situación de dependencia. La emancipación económica significa un proceso acelerado de evolución que supere los vestigios feudales, consume la reforma

agraria adecuada a las diferentes realidades y promueva la industrialización progresista. Normalmente este proceso supone la necesidad de capitales y técnica extranjera. Ahora bien: las relaciones que los países nuevos deben establecer con los de avanzada técnica y exportadores de capitales, plantea un especial y delicado problema de equilibrio. La forma de resolver este equilibrio de modo que se aproveche el impulso expansivo de los capitales extranjeros sin desmedro de la soberanía depende fundamentalmente de los propios países interesados. A ellos toca establecer un sistema que les permita utilizar la corriente de capitales procedentes de países de industrialismo desarrollado sin que ello apareje nuevas fórmulas de dependencia colonial... Diversas formas de integración económica, mercado común o entendimiento solidario de los países pobres, permitirá a estos lograr su evolución hacia nuevas formas de economía sin sacrificio ni adulteración de la independencia recién ganada... La necesidad de un equilibrio constructivo entre los países más desarrollados y los de desarrollo todavía insuficiente, implicará en el futuro y quizá en un futuro no lejano, la acción solidaria de los países de economía incipiente".

O sea, una anticipación del movimiento, a escala mundial de los países del llamado Tercer Mundo, que no había encontrado todavía fórmulas como la de OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo). Considero que estas postulaciones en el foro mundial más elevado, demuestran una vocación de auténtica izquierda con más fuerza que múltiples chácharas de repetitivo extremismo.

La tesis sostenida en Naciones Unidas no refería exclusivamente a lo económico. Haya de la Torre nos enseñó a los indoamericanos a pensar por nosotros y en nosotros mismos. Y habló de la civilización autótona, "novomúndica" que habría de surgir en nuestro suelo continental. Inspirado en tales ideas, y en el mismo pronunciamiento de solidaridad, con los pueblos que acababan de adquirir recientemente su libertad, dije, en nombre de la Delegación del Perú a Naciones Unidas:

"Debe tenerse en cuenta que los países recién independizados no son exclusivamente entidades políticas deseosas de consolidar simplemente su soberanía, ni tan solo Estados que precisan en forma urgente de desarrollo económico. Los países se identifican y viven por la existencia de una personalidad y de una idea. En su discurso en el plenario de la Asamblea el presidente Sukarno, de Indonesia, dijo con acierto que "todas las naciones necesitan una

concepción propia y un ideal propio". Es decir, constituyen grupos culturales diferenciados, variantes características y valiosas de la civilización universal. Sofocadas o desfiguradas en la época de sujeción colonial, estas culturas tienen, con la creación de Estados nacionales, la posibilidad de florecer con un aporte fecundo y propio. Nadie debe interferir en la expresión cultural y política de una nación, cuando esta respeta los principios universales de libertad y justicia. Nadie debe sentirse superior a nadie por antigua que sea su historia ni incomprensiva con respecto al acontecer de los pueblos diferentes, particularmente si son muy jóvenes. Ya lo dijo Montaigne con singular sabiduría antropológica en el siglo XVI: llamamos bárbaras a las que no son nuestras costumbres". (Actas del XV Período de sesiones, Comisión Política Especial, New York, 1961).(*)

Las amplias transcripciones anteriores son probatorias de un hecho para mí importante: que no sostuve, en el ejercicio de una representación del Perú, ideas ni doctrinas diferentes de aquellas que sostenía el Apra: el Derecho de Sindicalización libre y el Derecho de Huelga; el ant imperialismo frente a toda clase de imperialismo; el repudio a la segregación racial; la solidaridad con los pueblos oprimidos del mundo; la necesidad de establecer un frente de naciones en proceso de desarrollo para crear, a través de integraciones regionales, los medios de recibir y aprovechar el capital y la técnica extranjera; la existencia de dos capitalismo expansivos e inversionistas; el capitalismo de Estado (que algunos llaman social-imperialismo) y el capitalismo privado; el deber de respetar la originalidad y autoctonía de los pueblos jóvenes.

17.- UN PROLOGO Y UNA DEFINICION

En 1961 se aproximaba la fecha de las elecciones generales y podía comprobarse que la mayoría de los libros de Haya de la Torre estaban agotados. Algunos de sus capítulos se reeditaban mimeografiados, con riesgo de cortes, erratas graves, o inserciones ilegítimas. Luis Felipe Rodríguez Vildósola tuvo la iniciativa de realizar una compilación de escritos fundamentales del fundador y jefe, que agrupados en cinco temas principales reprodujeron escritos básicos de Víctor Raúl. Ese mismo año se

(*) Todas las citas de intervenciones en el foro mundial proceden de: TOWNSEND EZCURRA, Andrés: Por la libertad de los Pueblos. Misión en Naciones Unidas. Ediciones Pueblo. Serie Testimonios. Lima, Perú. Diciembre de 1962.

procedió al trabajo así como a prologar los volúmenes de este Pensamiento Político impreso en Lima. Fue tarea a cargo del mismo Rodríguez, de Carlos Manuel Cox y de mí.

Me correspondió el tomo relativo de Ideología Aprista, y en el prólogo por mi redactado, se encuentra una definición que interesa recoger por demostrativa de la permanencia de una línea de izquierda democrática. Decía así:

"Es interesante subrayar que todo el pensamiento político contemporáneo de veras renovador (especialmente el que predomina en los organismos técnicos internacionales) coincide con las tesis del fundador del APRA. Aparte de la reconocida división vertical y de bulto entre "Oriente" y "Occidente", el mundo acepta otra: entre países subdesarrollados y países avanzados. Esta última es una división horizontal determinada por el grado de progreso y que coloca en la misma esfera (como ya están en el mismo hemisferio) a países como los Estados Unidos y la Unión Soviética, mientras sitúa en otra a Indoamérica, África y Asia. El fallo unánime de los economistas afirma que los países subdesarrollados requieren indispensablemente del aporte extranjero en dos formas: capital y ayuda técnica. Pero señalan, al mismo tiempo, que uno y otra deben suministrarse teniendo en cuenta las necesidades de los países ayudados, sin mengua de su soberanía, sin perfiles de explotación y de preferencia a través de agrupamientos regionales integrados. Vale decir, no más ni menos que lo sostenido por Haya de la Torre desde sus años iniciales de prédica política.

"Quien guste traducir sus ideas al corriente léxico internacional podría definir al aprismo como la teoría política encaminada a redimir a Latinoamérica del subdesarrollo, con aceptación condicionada del capital extranjero, a través de una planificación democrática y tendiendo a la creación de formas mixtas de economía, con especial hincapié en los sectores cooperativista y público".

Siempre he creído que la fórmula aprista era la de una economía mixta, con vigorosa presencia del sector estatal y público —indispensable y promotor en economías infradesarrolladas— pero también con respeto a la iniciativa privada, que tiene un papel muy grande que cumplir en el empeño por acelerar nuestra retrasada evolución. Nunca he sido partidario de esa "economía de mercado", que se viene vulgarizando

a través de la escuela de Chicago y que simultáneamente, se ha desacreditado con fracasos tan resonantes en varios países y en el propio Perú.

En los años de la Convivencia me correspondió, como a muchos, una tarea reorganizadora y propagandística. El Congreso del Partido me designó para las Secretarías de Prensa (primero) y de Exterior (después). En el primer cargo me tocó realizar la Primera Exposición de la Prensa Aprista, que ocupó, con el heroico testimonio de las múltiples hojas clandestinas, la vasta extensión del Aula Magna. Fue enorgullecedor y reconfortante esta mirada retrospectiva a treinta años de esfuerzo en las catacumbas y en las prisiones por mantener, inacallable y enérgico, el mensaje del Partido del Pueblo. Reivindicamos entonces el nombre de "Perico" Chávez, auténtico Héroe de la Libertad de Prensa, asesinado en 1941 por los soplones, en una calle de Chacra Colorada, cuando llevaba originales al taller ultraclandestino donde se editaba **La Tribuna**. El 13 de mayo de 1961 y con asistencia de su fundador, Manuel Seoane, saludamos el trigésimo aniversario de la aparición de ese diario tantas veces clausurado y otras tantas reabierto.

En 1956 había promovido la fundación de una revista semanal de corte moderno y función informativa y crítica. Se llamó **Presente** y en su lanzamiento me acompañaron Armando Villanueva y Humberto Silva Solís. Por mucho tiempo, fue la única revista vinculada al Partido. En ella y en **La Tribuna** publiqué regularmente una columna **Primer Plano** y otra: **Rostro del Día**. Por los artículos de esta serie, me fue otorgado, en 1959, el Premio Nacional de Periodismo.

En el campo de la política exterior, me tocó realizar el I Congreso de Partido Populares de América al que asistieron, además del Apra, (partido anfitrión), Acción Democrática de Venezuela, Liberación Nacional, de Costa Rica (llegaron José Figueres y el Padre Núñez), M.N.R. de Bolivia. En agosto de 1960 se publicó la "Declaración de Lima", en la cual se señalaban las bases de una cooperación hemisférica auténtica, posterior inmediatamente a la traumática experiencia de la revolución cubana.

Estas bases eran: renuncia (por parte de Estados Unidos) de toda forma de imperialismo político y económico; aceptación de una política de inversiones públicas para obras a largo plazo, con preferencia, pero sin exclusión, de inversiones privadas; aceptación de ciertas nacionalizaciones indispensables; compromiso de apoyar y financiar una Reforma

Agraria integral y un programa de industrialización; apoyo a la integración económica latinoamericana, seguida de un entendimiento político de los países al sur del Río Grande; interamericanización de todas las bases navales y del Canal de Panamá; reconocimiento del derecho de Latinoamérica a una política internacional más independiente, que aproximaría a nuestros países a otros de Asia y Africa, pero sin ataduras con Rusia.

En el campo universitario, retorné a mi cátedra de Historia de América en la Facultad de Letras de San Marcos y posteriormente pasé a dictar el mismo curso, en la Universidad Nacional Federico Villarreal. Allí fundé uno nuevo: Historia de la Integración Latinoamericana.

En materia internacional no faltaron incidentes. Cuando me hallaba en Nueva York, en 1957, llegó a esa ciudad el ex-Presidente de Venezuela y viejo y querido amigo, Rómulo Betancourt. La Asociación Interamericana Pro-Democracia y Libertad, que presidía una generosa y activísima amiga norteamericana, Miss Frances Grant, le ofreció un almuerzo al que concurren líderes políticos y sindicales (Norman Thomas, Roger Baldwin, entre otros) intelectuales y periodistas. Eran las épocas siniestras de Pérez Jiménez y su gavilla. Miss Grant me pidió que hablara por los amigos latinoamericanos de Rómulo, lo que hice con mucho agrado.

La dictadura venezolana protestó ante el gobierno de Lima. Manuel Cisneros, Canciller entonces, me envió una carta oficial llamándome la atención por lo ocurrido, a la que yo contesté que mi elogio era a la persona de Rómulo y que no pretendía, amparado en mi transitoria condición de Embajador, interferir en política venezolana. Y que un gobierno "amigo" como el del Perú, no tenía por que considerar necesariamente "enemigo" al enemigo del gobierno amigo.

Allí quedó ese año el incidente. Pero al llegar el nuevo período de Sesiones, mi misión no fue renovada.

En 1958 hubo elecciones en Argentina y las ganó Arturo Frondizi con votos radicales y peronistas. Para entonces, ya Raúl Porras —mi maestro del Colegio Universitario de 1932— era Ministro de Relaciones y nuevos aires soplaban en Torre Tagle. Me llamó para decirme que formaría parte de la delegación peruana que, encabezada por el propio Presi-

dente viajaría a la toma de posesión en Buenos Aires. "Después de todo —me comentó Porras— usted conoce a Frondizi desde los años del desierto y es su amigo".

Días después me citó para decirme que estaba sorprendido e indignado. Al proponer el Presidente al Consejo de Ministros, los nombres de la misión a Buenos Aires, el Ministro de Guerra (un general de cuyo nombre no quiero acordarme) planteó un insólito veto. "El Sr. Townsend Ezcurra no podía formar parte de la delegación por haber ofendido a las Fuerzas Armadas de Venezuela, hermanas de las Fuerzas Armadas del Perú". ¿Cuál era la ofensa se le preguntó?. "Haber elogiado, siendo diplomático en Naciones Unidas, al señor Betancourt, enemigo de las Fuerzas Armadas venezolanas".

Argumentación tan peregrina y trasnochada se producía, para mayor extrañeza, cuando Betancourt era, nuevamente y por el voto de sus conciudadanos, Presidente de Venezuela.

El Maestro Porras me traía un mensaje del Presidente: acompañarlo a Buenos Aires como su invitado personal. Acepté el gesto de reparación, no sin preocuparme al comprobar que las posiciones antagónicas y cerradamente anti-apristas de miembros de las Fuerzas Armadas, seguían vigentes.

Con avances y retrocesos, con crisis que determinaron en 1960, la renuncia del integérrimo Raúl Porras después de un profético discurso en la asamblea de la OEA en San José de Costa Rica, Pedro Beltrán gestaba un movimiento "independiente" para promover su candidatura. Víctor Raúl seguía, eterno estudioso, visitando Europa e Israel. Se había fundado un Partido, Acción Popular que encabezaba la oposición.

Ocurrió entonces un hecho, no político, sino esencialmente personal, que resultó el más gravitante de mi vida. En abril de 1960, Pascua de Resurrección, me casé con Ana Elena Díez Canseco Távara, en la vieja y bella iglesia de Pueblo Libre.

Desde entonces tengo amor, estímulo, inteligente comprensión y tierna compañía. ¿Qué más puedo pedir?.

18.- LAS ELECCIONES Y EL "VETO" DE 1962

En enero de 1962, y con un gran acto en el Paseo de la República, se dio inicio a la campaña presidencial y parlamentaria de ese año. El 22 de febrero y en Trujillo se instaló el Congreso del Partido que proclamó la candidatura presidencial de Haya de la Torre, la de Manuel Seoane para la primera vicepresidencia y la de Alberto Arca Parró para la segunda. En Lambayeque y luego de figurar en primer puesto en los comicios internos, encabezé la lista de candidatos a Diputados por el Departamento.

Renuncié a la dirección de *La Tribuna* y me dediqué de lleno a la campaña departamental. Con magros recursos, publicamos en Chiclayo un diario, *Alerta* y recorrimos todos los distritos de las tres provincias. También fue el turno de las hasta entonces infranqueables haciendas azucareras.

En algunas, jamás se había consentido que los trabajadores organizaran actos políticos y se habían puesto obstáculos infinitos a la actividad sindical. Me tocó romper ese año uno de los tabúes: la imposible entrada a la hacienda Cayaltí. En febrero al candidato presidencial Haya de la Torre se le había pedido que hiciera su acto en las puertas de la Hacienda, porque ese día se hallaba de visita el Príncipe de Edimburgo. Los vivas y las maquinitas apristas de los trabajadores de Cayaltí debieron llegar, sin embargo, a los oídos de Su Alteza...

Al mes siguiente, decidí ingresar a Cayaltí, acompañado por Andrea González, dirigente entonces del aprismo en el distrito de Saña, en cuya comprensión se encuentra Cayaltí.

Fue una entrada tumultuosa e inolvidable. Los compañeros de Cayaltí se sentían, por primera vez, en el ejercicio de sus derechos políticos. Conmigo caminaba mi esposa Anel, que esperaba, en meses mayores, a la segunda de nuestras hijas. Cayaltí le dio al Partido una votación rotundamente mayoritaria, que se ha mantenido hasta las elecciones municipales de noviembre de 1980, cuando todo fue catástrofe en la mayoría de los demás Departamentos.

Ese año de 1962 fue visitada Pomalca. No hubo entrada, en cambio en Tumbán. Los actos tuvieron que hacerse en la carretera, al pie de la vía principal de acceso a la hacienda y frente a una guardia armada y

gruñona que custodiaba la tranca. Me permití ironizar sobre aquellos hacendados que imaginaban que "tranquilidad" viene de "tranca". Tampoco fue permitido el ingreso a Pátapo ni a Pucalá.

Se ganaron ampliamente las elecciones en el Departamento de Lambayeque y en muchos otros de la república. Más al cabo de escrutinios lentísimos, se decidió que Haya de la Torre obtenía la primera pluralidad, pero sin lograr el tercio constitucional. Venía segundo Belaúnde y Odría tercero con una fuerza que no se había sospechado. Acción Popular habló de fraude y hubo militares que recogieron la acusación. A comienzos de julio, se hizo saber al Presidente Prado que la Fuerza Armada "vetaba" a Haya de la Torre en caso de que fuera electo por el Congreso, como previsiblemente ocurriría por el mayor número de parlamentarios obtenidos por el APRA y sus aliados. Prado hizo saber de esta actitud insólita y Haya de la Torre reunió a una Convención del Partido y allí, en aras de la paz entre los peruanos, decidió apartarse de la contienda presidencial, siempre que se respetaran a todos los demás electos por el pueblo. Los vicepresidentes (que por cierto habían alcanzado el tercio) los senadores y los diputados.

Siguió a esa dramática renuncia de Víctor Raúl, hecha mediante uno de sus más conmovedores discursos, una etapa de conversaciones. Se ensayó sin éxito, un acuerdo con Belaúnde. Fracasado este intento, se habló con Odría y se estaba a punto de lograr un entendimiento, cuando el 18 de julio de 1962, se produjo el primer "golpe institucional" de la Fuerza Armada. El Congreso que se encontraba ya en Juntas Preparatorias, fue invadido y disuelto. El Presidente Prado preso y derrocado. Las elecciones se anularon. Salí del Congreso la madrugada del 19 de julio después de haber jurado mi cargo de diputado por primera vez. Lo había sido por el breve lapso de ocho horas. (*)

Un año después la Junta Militar realizó nuevas elecciones. El voceado fraude no apareció por ninguna parte y Haya de la Torre obtuvo mayor número de votos que el año anterior, pero se reconoció la primera votación a Fernando Belaúnde. Odría volvió a llegar tercero. En el Parlamento los apristas éramos el mayor bloque, seguidos por el de Acción

(*) He narrado la crónica interna de estos días azarosos en la revista *Presente*, de Lima, N°86, bajo el título de "Historia Secreta del Golpe", cuyas informaciones y datos no han sido nunca rectificadas.

Popular y sus aliados de la Democracia Cristiana. En tercer lugar, venía la Unión Nacional Odríista.

El Manifiesto a la Nación, lanzado por el Partido del Pueblo, el 28 de julio de 1963, día en que se inició el nuevo régimen, señaló acusadoramente las responsabilidades del comunismo y recordó que el único candidato, confesa y abiertamente anticomunista, que era Haya de la Torre había sido víctima de un despojo. Dijeron Haya de la Torre y el Comité Ejecutivo, después de celebrado un plenario nacional: "El comunismo astutamente infiltrado en partidos aparentemente hostiles, pero desprovistos de densidad ideológica, vale decir aptos para la penetración, atizó el divisionismo, exacerbó fáciles arrogancias, sabotó arreglos democráticos y, sobre todo, alentó la histórica protesta contra el alegado fraude, para empujar así al golpe militar que, al desconocer la solución constitucional y democrática, frustró la esperanza popular en el sufragio" (*).

Debe recordarse que el comunismo apoyó, en 1962, al candidato Pando Egúisquiza, obteniendo reducida cantidad de sufragios, pero apoyó, sobre todo en el sur, a las listas parlamentarias de Acción Popular.

En 1963 apoyó al candidato de este Partido en forma pública y oficial. Por lo demás, el respaldo demócrata cristiano-partido que aún no se había dividido- bastaba para inclinar la balanza de una elección, al cabo de la cual también se denunciaron irregularidades en Chimbote y Cajamarca.

19.- LA COALICION Y MI VOTO ADVERSO

Aceptada la victoria de Belaúnde, quedaba por resolverse el problema de la integración de las mesas directivas de las Cámaras. Ninguno de los tres bloques contaba con mayoría suficiente para elegirlos. La fórmula tripartita fracasó porque los partidos del gobierno representados en esas negociaciones por Héctor Comejo Chávez y por Mario Villarán Rivera, reclamaban la presidencia de ambos cuerpos y mayoría en las directivas, pretensión que no se compadecía con su número de representantes.

(*) Partido Aprista Peruano. Manifiesto a la Nación, Lima, 28 de julio de 1962. Pág. 39. Imp. La Tribuna. Camaná 974.

Las negociaciones concluyeron sin resultado. Surgió, como inevitable, el entendimiento de la oposición, entre el aprismo y la UNO. Fue el comienzo de lo que se llamó la "Coalición del Pueblo".

Sumando fuerzas, fueron elegidos fácilmente un Presidente odrísta del Senado y un Presidente aprista de Diputados. Este arreglo, que permitía el funcionamiento del Congreso y su mayor independencia del Ejecutivo me pareció lógico. Pero lo que debió ser una alianza parlamentaria, perfectamente lícita en cualquier cuerpo colegiado, tendió, al poco tiempo, a convertirse en una alianza partidaria. Su mayor propugnador fue el Presidente de la Cámara, Fernando León de Vivero.

Las elecciones municipales de diciembre de 1963 obligaron a una definición. ¿Se iba con los odrístas o se postulaban listas separadas?; Fui partidario resuelto de este segundo camino. Consideraba que la alianza parlamentaria, para fiscalizar al Poder Ejecutivo y para reflejar el equilibrio de poderes entre el gobierno y la oposición, era legítima y constructiva. Pero las listas comunes suponían un grado de identificación muy riesgosa.

El asunto se resolvió en una sesión de la Comisión Política, convocada por León de Vivero en la Sala Castilla, o sea la sala de recibo de la Presidencia de la Cámara de Diputados a su cargo. El Presidente de la Cámara demandó el apoyo a las listas comunes y muy especialmente a la candidatura de doña María Delgado de Odría a la Alcaldía de Lima. Expresé mi voto en contra, no por oposición personal a dicha señora —que me pareció, al conocerla, de notable discreción— sino por las resonancias negativas de semejante alianza en las filas del Apra y de nuestros simpatizantes y amigos. Se trata dije, de una de esas alianzas que restan en vez de sumar. León de Vivero demandó la votación. Sólo dos votos se registraron en contra: el de Luis Rodríguez Vildósola y el mío. Villanueva estaba ausente, en el exterior. Así nació la Coalición del Pueblo.

Es sabido que mi predicción tuvo cumplimiento. La candidatura de la señora Odría fue derrotada en Lima por la del Dr. Luis Bedoya Reyes, que así inició su carrera presidencial. Los votos registrados no fueron la de los obtenidos en junio por el Apra y la UNO, sumados, sino un total bastante menor. Se había restado en vez de sumar.

20.- LA LEY DE REFORMA AGRARIA

El 15 de octubre de 1963 la Célula Parlamentaria Aprista presentó su proyecto de Ley de Reforma Agraria. En el tema el Partido del Pueblo tenía una vieja prioridad. Fue Haya de la Torre el primero que mencionara, en agosto de 1931, y en la Plaza de Toros de Lima, frente a una multitud fervorosa, "por primera vez, juntas y significativas", las dos palabras: Reforma Agraria" (*). En el Plan de Acción de ese año se señalaban ya las exigencias mínimas y el reclamo había sido continuado a lo largo de todos los años de persecución, semi-clandestinidad y legalidad.

Al redactarse el proyecto, se estudió el caso de los latifundios azucareros de la Costa. En las haciendas de La Libertad había insurgido tempranamente el Apra y el Partido confundía sus banderas con las del sindicalismo de esa zona y cosa análoga podía decirse de Lambayeque. La evolución técnica, que hacía de los fundos azucareros del norte peruano los más productivos en el mundo después de los de Hawái, había tenido su correlato obrero en el desarrollo del movimiento sindical.

Se ponderó, en el seno de la Célula Parlamentaria Aprista, la necesidad de no romper la unidad de producción económica que significaban los fundos agro-industriales de la costa, y con ese objeto se les señaló un régimen de excepción condicionado al respeto a diversas reglas específicamente indicadas en la ley: salarios, condiciones de trabajo, sostenimiento de escuelas, respeto a la actividad sindical, etc.

Fue evidente, empero, que todo ello no bastaba para corregir la excepción. En la Célula se volvió a debatir el problema y fue entonces que propuse la inserción de un nuevo artículo, al que correspondió el número 41, del proyecto revisado. Era la alternativa de cooperativización, expresada del modo más categórico. Presidía la sesión de aquella mañana el propio Haya de la Torre y mi propuesta obtuvo su asentimiento y el de todos los parlamentarios. Su texto dice así:

Art. 41. Las explotaciones agrícolas a que se refieren los artículos 38 y 39, podrán convertirse en cooperativas

(*) Haya de la Torre: Política Aprista. 2a. Edición, Editorial Imprenta Amauta. Lima, Perú, 1967. Pág. 89.

conforme a la legislación de la materia. El Estado fomentará esta transformación.

Participarán en estas cooperativas los obreros y empleados de los establecimientos afectados.

En realidad, fue el artículo más avanzado de ese proyecto de ley, pues poco o nada decía de la cooperativización el presentado por el Ejecutivo.

En este artículo está la semilla de la cooperativización, de la que hiciera, años después, tanto capital político el gobierno de Velasco. Pero está como debe estar toda disposición que se refiera a cooperativas: respetando la libre iniciativa y el consenso democrático de los interesados. En el Senado, empero, se le agregaría el inesperado requisito de la aprobación del proceso de cooperativización por parte de los propietarios.

El proyecto estuvo precedido por un Título Preliminar redactado, en su mayor parte, por mí. Quiero recoger algunos conceptos de 1963 para comprobar que ellos reflejan no solo la filosofía del Apra, tal como la postulara Haya de la Torre, como mis propias convicciones de izquierda democrática. Así el primer párrafo expresa:

"La Reforma Agraria peruana es un proceso democrático de transformación integral de los sistemas injustos y anacrónicos de propiedad, tenencia y laboreo de la tierra. Tiende a suprimir la explotación del hombre por el hombre en el campo, a crear riqueza para el que no la tiene, y eliminar las trabas feudales, a fin de colocar a la población campesina en aptitud de incorporarse y contribuir al desarrollo económico, social, cultural y político de la República".

Esta definición principista, y lo concerniente a la explotación del hombre por el hombre, plantean una clara posición doctrinaria que difícilmente podría ser la de un supuesto hombre "de derecha". No lo es menos el segundo párrafo:

"La Reforma Agraria peruana tiene como principal propósito implantar la justicia social en el campo. Se propone lograrlo incrementando decididamente la productividad de la tierra, de preferencia

a través de la concertación libre de los agricultores en forma cooperativa, como el modo más efectivo de alcanzar la justicia, sin disminuir la productividad y de mejorar la productividad sin desmedro de la justicia". (*)

En otros párrafos del Título Preliminar se encontrará esa defensa de las formas cooperativas en el campo como las mejores. El discurso en su conjunto ilustra fehacientemente sobre una posición netamente de izquierda.

21.- FUNDACION DEL PARLAMENTO LATINOAMERICANO

En el programa de gobierno, aprobado por el Congreso Nacional del Partido, en febrero de 1962 en Trujillo, propuse, con el entusiasta respaldo de Haya de la Torre, que en el nuevo gobierno constitucional, el aprismo promovería la fundación de un "Parlamento Latinoamericano", para respaldar, con fuerzas populares y democráticas, un proceso de integración que ya se advertía estanco por estar confiado a burócratas y tecnócratas en exclusividad.

Llegados no al gobierno pero sí al Congreso, con bloque de primera mayoría, consideré oportuno materializar esta iniciativa que era, a no dudarlo, una proyección de aquel punto del Plan de Acción de 1931 del Partido Aprista, que hablaba de uniformizar la legislación y celebrar pactos defensivos entre los países indoamericanos.

La moción se presentó en Diputados el 2 de junio de 1964, y me cupo el honor de fundamentarla. Recibió apoyo de todos los sectores y previo el recorrido de todos los países con Parlamentos, se reunieron en Lima, el 9 de diciembre de ese mismo año, delegaciones de los Congresos o Asambleas de México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Perú, Chile, Paraguay, Uruguay, Argentina y Brasil.

El día inaugural, el hemicycleo de la Cámara de Diputados del Perú fue teatro de un hecho inusitado. Por primera vez, desde la independencia, delegados populares de prácticamente todos los pueblos de nuestra comunidad continental y de todas las corrientes políticas, de izquierda,

(*) TOWNSEND EZCURRA, ANDRES: Pan y Libertad, p.65.

centro o derecha, se reunieron a debatir, bajo reglas parlamentarias, los problemas de la integración y de la democracia. Allí estaban conservadores de Colombia y comunistas de Chile, radicales de Argentina, apristas y populistas del Perú, adcos de Venezuela y democristianos de varios países, blancos, colorados y socialistas del Uruguay, el Travalhismo, la UDB y los social-demócratas brasileiros, liberacionistas de Costa Rica y liberales de Nicaragua, todas las corrientes representadas en los cuerpos deliberantes de nuestra América. Nunca, desde la independencia, se había instalado una asamblea de tan vasta y matizada representatividad. Las experiencias anteriores de asambleas estaban, más bien, en la línea del panamericanismo. Es decir, descontaban la presencia imperial del Gran Vecino. El Parlamento nacía como una institución de latinoamericanos, fundada por latinoamericanos y para Latinoamérica. Y en ella se han escuchado y escuchan no solo las voces del partido o partidos del gobierno sino también las voces de los partidos de oposición.

El Parlamento ha cumplido una gran tarea estimulante y orientadora en los años transcurridos desde la fundación. La principal, haber difundido entre los dirigentes políticos de todos los matices, una concepción integral e integracionista de los problemas latinoamericanos. El Parlamento Andino, al fundarse, recordó, en su parte considerativa, la obra precursora del Parlamento Latinoamericano. Su obra se refleja en numerosos acuerdos y resoluciones. (*)

Después de un largo proceso de afirmación, que superó la marca dictatorial de los años 60, el Parlamento Latinoamericano, está ya institucionalizado, de conformidad con el Tratado que se firmó en Lima, en noviembre de 1987.

Para Haya de la Torre la fundación del Parlamento fue un suceso grato y halagador, porque traducía, en amplia medida sus afanes integracionistas y reflejaba, sin duda, principios consignados en el Plan de Acción de 1931. Por eso dijo en su discurso del 39º aniversario del Partido, el 21 de setiembre de 1969:

"De aquí la vigencia de nuestra idea de la comunidad política. Está vinculada con el primer paso que dio el Partido al crear desde el Par-

(*) PARLAMENTO LATINOAMERICANO, Documentos. Acuerdos, Resoluciones y Declaraciones. Ed. Escuela Nueva. Lima, 1987.

lamento del Perú el Parlamento Latinoamericano. A fin de que ese Parlamento llegara —porque ese será su esencial quehacer— a uniformar las legislaciones laborales, educativas y sociales, pero, sobre todo, los de relación con ese poderoso capital extranjero con el que necesariamente debemos tratar. Porque el día que nosotros uniformemos nuestra legislación en el trato con los poderes económicos de los países desarrollados no habrá peligro de rivalidades, de competitivos entreguismos de uno contra otro, que son tristes competencias y las sumisiones que tanto daño han hecho a la América Latina" (*)

En otras oportunidades, Víctor Raúl se refirió, con elogio al Parlamento Latinoamericano y lo hizo en el escrito de su mano, datado en Hamburgo, cuando estaba a punto de someterse a una peligrosa operación quirúrgica. Por su parte, los delegados asistentes, en febrero de 1975 a la Asamblea del Parlamento reunida en Caracas, le enviaron un cordial cable de felicitación por sus ochenta años.

La institucionalización del Parlamento fue firmada por plenipotenciarios de 18 países: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

En la Asamblea celebrada en Buenos Aires, en agosto de 1988, confirmaron su incorporación, Antillas Neerlandesas y Aruba. En abril del mismo año, una delegación del Congreso de Haití presentó su solicitud de admisión que fue acogida. En la misma fecha, se eligió un nuevo Parlamento en Suriname y éste se reincorporó a la organización.

El 29 de noviembre de 1987, se reunieron en Acapulco, los ocho Presidentes latinoamericanos, integrantes del Mecanismo de Consulta, creado en esa oportunidad y emitieron una histórica Declaración, que lleva el nombre del balneario mexicano donde se reunieran. En esa oportunidad, dijeron los ocho Presidentes:

"El Parlamento Latinoamericano, cuyo tratado de institucionalización fue suscrito recientemente por nuestros gobiernos y los de otros

(*) HAYA DE LA TORRE: Obras Completas, Vol. VII. Discursos, Pag. 333.

diez países de América Latina y el Caribe, constituye una contribución significativa a la solidaridad y la concertación entre los latinoamericanos. Tal iniciativa ha sido respaldada por nuestros Ocho Gobiernos, con el convencimiento de que habrá de traducirse en un medio efectivo para fortalecer la democracia e impulsar la integración de la región".

Suscribieron este documento, los Presidentes Raúl Alfonsín (Argentina), Miguel de la Madrid (México), José Sarney (Brasil), Virgilio Barco (Colombia), Eric Arturo del Valle (Panamá), Alan García (Perú), Julio María Sanguinetti (Uruguay) y Jaime Lusinchi (Venezuela).

En noviembre de 1988, en su segunda reunión, los Presidentes de los países integrantes del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política, aprobaron en Punta del Este, Uruguay, la decisión N°6 de los "Lineamientos para la Acción".

Dice su texto:

"Visto que el Parlamento Latinoamericano ha aprobado la creación de la Bandera Latinoamericana,

Los Presidentes de los países del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política,

RESUELVEN:

Congratular al Parlamento Latinoamericano por tan importante iniciativa y propiciar el uso de la Bandera Latinoamericana en los países miembros de Mecanismo".

Al cabo de 23 años culminaba, de este modo, la primera etapa de una organización cuyo origen se remonta a la iniciativa que, con mi firma, se presentara en la Cámara de Diputados del Perú el año 1964. Aco-gida por el Congreso de mi patria, lo fue luego con escasas diferencias de tiempo, por todos los cuerpos legislativos de nuestra América. Una idea de exclusivo origen latinoamericano, desarrollada por latinoamericanos y en servicio de Latinoamérica, exenta de dependencias foráneas, expresada a través de mandatarios populares de todas las tendencias, existe como órgano democrático de integración política y como foro continental cuyo objetivo final habrá de ser una auténtica Comunidad Latinoamericana de Naciones.

Al recapitular mi vida, encuentro que esta participación mía en los orígenes y el mantenimiento del Parlamento Latinoamericano significa

el mejor legado que yo pueda dejar a mi descendencia. Tengo muchos defectos pero me reconozco dos virtudes: la fe y la tenacidad. Tuve y tengo fe en el Parlamento. Fui tenaz a lo largo de 25 años y en épocas difíciles, cuando la mitad de nuestros países estaba regida por dictaduras y en cada Asamblea hacíamos un desconsolado recuento de los Congresos o Asambleas que habían podido sobrevivir al vendaval de la fuerza.

Se resistió y, al cabo, se venció. En nuestros días, solo Haití —que apenas iniciaba su incorporación al Parlamento Latinoamericano, al que no había pertenecido en época de los despotismos dinásticos— queda sin un cuerpo de representación popular. Chile, cuyo Congreso estuvo entre los fundadores, votó claramente contra el dictador en un plebiscito organizado por la misma dictadura. El Congreso de Chile volverá. Y el Parlamento Latinoamericano estará completo.

Acaso por que quisieran premiar mi lealtad a la institución que yo iniciara, las asambleas ordinarias de ella —y la primera que se denominó Constitutiva— me eligieron y reeligieron Secretario General en doce sucesivas oportunidades.

En 1969, en la IV Asamblea, reunida en Bogotá, poco tiempo después de haber sido derrocado el gobierno constitucional del Perú y disuelto el Congreso del cual yo formaba parte, presenté mi informe anual y mi renuncia al cargo. Las delegaciones adoptaron entonces una decisión halagüeña. Reformaron el Estatuto y allí donde se decía que para ejercer el cargo de Secretario General se requería ser parlamentario, se agregó "o ex-parlamentario", con lo cual pude ser reelecto hasta 1980 año en que readquirí mi calidad de legislador.

En lo personal, la dilatada experiencia del Parlamento Latinoamericano me ha servido para comprender mejor a lo que, sin retórica, llamamos "Patria Grande". He trabajado con dirigentes políticos de más de veinte países y en todos ellos, mas allá de diferencias en el acento, en los antecedentes nacionales, en las diferencias ideológicas, he descubierto la fraternal y profunda afinidad que empuja a la integración y que la exige incontestablemente.

Es imposible citar a todos los colegas, pero no lo es recordar a aquellos con quienes trabajé, lado a lado, en su condición de Presidentes. Evoco así los nombres de Luis A. León (Argentina), de Italo A. Lúder

(del mismo país); de Ramiro Andrade, Gilberto Avila Bottía, Jorge Mario Eastman, y Humberto Peláez (Colombia); de Víctor Manzanilla (México); de Jorge Dager y Arturo Hernández Grisanti (Venezuela); de Rafael Pantoja (Guatemala); de Tomás Pablo Elorza (Chile); de Ricardo Elhage y Onofre Bikker (Antillas Holandesas); de Ulysses Guimaraes y Nelson Carneiro (Brasil).

22.- LA LEY DEL RESERVORIO DE TINAJONES

Una de las más antiguas aspiraciones de los agricultores del Departamento de Lambayeque, cuya representación ejercía yo en la Cámara, era la construcción de una represa, en el lugar denominado Tinajones, cerca de Chongoyape para regularizar las aguas del río Chancay, que alimentan la producción agraria en la provincia de Chiclayo.

La aspiración era antigua y la oposición retardataria de ciertos feudos azucareros de la zona lo era también. Nada que significara regulación de aguas fue nunca simpático a los ojos de los "barones del azúcar". Por ello, a través de influencias, dilaciones y actitudes negativas, no se pudo concretar una obra clarísimamente necesaria para crear riqueza en el valle del Chancay. Alguna vez, bajo el gobierno constitucional de Prado —quien había ofrecido a Chiclayo la obra— un Ministro llegó a expresar que "mil millones" (es decir una fuerza financiera entonces abrumadora) habían llegado hasta su despacho para oponerse a la realización de Tinajones y algo semejante confesó don Luis Gallo Porras, Premier de Prado, cuando en la Cámara Alta se refirió a fuerzas que se movilizaban para impedir el proyecto.

En 1963, al iniciarse el régimen constitucional de Belaúnde, se contaban con diversos factores positivos. Prado y su dinámico Ministro de Fomento, Jorge Grieve, habían obtenido financiación en Alemania Federal y en excelentes condiciones. Y no sin suspenso, pues desde el Perú la plutocracia movió hilos en el Banco Mundial para que este previniera al Consejo Interministerial de Bonn en contra de Tinajones.

Se contaba con un estudio completo de factibilidad, también hecho por técnicos alemanes de la Salzgitte. Era necesario romper la cadena de sabotajes y dilaciones y tal fue el propósito del Proyecto de Ley que presenté, con respaldo de la representación aprista, el 9 de setiembre de 1963, vale decir al mes de haberse iniciado las labores del Congreso.

Mi discurso de fundamentación fue un enjuiciamiento severo de la conducta negativa y miope de los círculos oligárquicos de la economía norteña. "La opinión nacional —dije entonces— está harta ya de la interposición negativa de las clases feudales de este país".(*)

El Proyecto de Ley y otro de Luis E. Heysen en el Senado sirvieron de base a la Ley N° 14971, aprobada por el Congreso el 18 de marzo de 1964 y promulgada por el Ejecutivo dos días después. De conformidad con su texto, se encargaba al Poder Ejecutivo la realización del Proyecto Integral de Tinajones.

En enero de 1966, el Presidente Belaúnde, al colocar la primera piedra, declaró, "No reclamo la paternidad de Tinajones, pero si el honor de realizarla".

Al ser derrocado el régimen constitucional, en octubre de 1968, la mitad del proyecto estaba a punto de terminar. El reservorio de Tinajones salvó a la agricultura departamental en épocas de dura crisis y si no lo hizo en forma completa se debe a que, desde 1968, se interrumpió la segunda parte de la obra, que sigue inconclusa.

La de Tinajones fue una batalla ganada contra el egoísmo culpable y miope de los latifundistas de mi tierra. No quisieron darse cuenta, engreídos por sus largos privilegios, de que se acumulaban nubes de tormenta, a desatarse pocos años después con la Reforma Agraria tal como la impusiera el régimen militar.

La más drástica de las medidas determinadas por éste fue la cooperativización forzosa de los fundos agro-industriales de la costa. He explicado ya que me tocó redactar el artículo que preveía esta modificación en el proyecto revisado del Partido. También me tocó formular la primera propuesta de su aplicación.

En el año 1966 se prolongaban, sin éxito, las negociaciones entre los trabajadores y la empresa de la entonces Hacienda Cayaltí. Consideré que los trabajadores habían mostrado paciencia y ductilidad, sin ser debidamente correspondidos. Fue entonces que planteé, la cooperativización

(*) TOWNSEND EZCURRA, ANDRES: Pan y Libertad, Pág. 99

de Cayaltí como posible alternativa al estancamiento de las negociaciones.

Este anuncio hizo el milagro de volver mas razonables a los dueños y el pliego se cerró con soluciones equitativas. En lugar preferente de mi casa guardo un plato de plata que dice: "El Sindicato Unico de Trabajadores de Cayaltí y Anexos, al Dr. Andrés Townsend Ezcurra, como una muestra de simpatía y agradecimiento al líder de los trabajadores por su labor desplegada en la solución del pliego de reclamos 1966-1967".

23.- LAS GUERRILLAS DE PUENTE UCEDA

En 1965 aparecieron guerrillas en el centro del Perú y en otros parajes andinos del norte. El gobierno populista, inicialmente, restó importancia a estos hechos y se llegó a decir que se trataba de abigeos y no de guerrilleros. La muerte de varias personas y la publicación de manifiestos sediciosos, reveló la verdad. Había un brote guerrillero en el país.

La Célula Parlamentaria Aprista presentó un proyecto de ley dotando al Ejecutivo de fondos para la adquisición de armas y de esa propuesta se originó un largo debate político. Me tocó enfrentarlo, como vocero del Partido, en la Cámara de Diputados. El texto de mi intervención ha sido publicado bajo el título, "Ni MacCarthistas ni Tontos Útiles" que resumía la posición del Apra.(*)

Surgió como jefe de las guerrillas la figura de un ex-aprista, Luis de la Puente Uceda. Se había caracterizado en las filas del Apra por su tendencia ultrista. En 1959, viajó a Cuba autorizado por el Partido para asistir a un Congreso sobre reforma agraria. Retornó castrista furioso. A su vuelta, en mi oficina de la dirección de *La Tribuna*, discurrió largamente con Nicanor Mujica (subdirector del diario) y conmigo sobre la revolución cubana, a la cual de la Puente exigía que nos afiliáramos sin reservas. El debate subió de tono y al final de la Puente se marchó afirmando, a voces, que "en tres meses más" el aprismo se haría castrista. Le contestamos que en el mismo plazo él estaría fuera del Partido. Así ocurrió, en octubre de 1959 cuando una Convención Nacional lo separó

(*) TOWNSEND EZCURRA, ANDRES: Pan y Libertad, Págs. 104-152.

de su seno junto con algunos afiliados más. Actuó de acusador Armando Villanueva. Con excepción de Puente Uceda, que no asistió, los acusados —Malpica Silva Santisteban, Ramírez Novoa, etc.— se defendieron. Ramiro Prialé presidió la votación.

De la Puente Uceda ingresó con su habitual vehemencia a las filas de un castrismo importado, que se llamó **Apra Rebelde**, y publicó su periódico. Allí se escribieron virulentos ataques contra el aprismo y su jefe. "Somos —decía— una organización política distinta, con una filosofía marxista y con un método y estrategia diferentes y opuestos diametralmente al aprismo convencional... Nuestra vinculación con el Apra no es sino meramente emocional y táctica."(*)

De la Puente, por su parte, luego de disolver el "Apra Rebelde", fundó, su propio movimiento político. En un discurso pronunciado en la Plaza San Martín, en 1963 no escatimó injurias al aprismo, al que llamó **castrado** ni a Haya de la Torre, al que tildó de **"traidor y enganchavotos"**.

En febrero de 1961, de la Puente Uceda disparó contra el Secretario de Propaganda del Comité Departamental de Junín, Luis Sarmiento Ghiorzo, en la Plaza de Armas de Trujillo, para impedir la propaganda aprista que la víctima realizaba en vísperas de la llegada de Víctor Raúl a su tierra natal.

Con todos estos antecedentes resultó inverosímil que en noviembre de 1980, en oportunidad de cumplirse un aniversario de la muerte de Puente Uceda, que murió en su ley de guerrillero, y al tributarle un homenaje los comunistas en Diputados, se sumaran a él dirigentes de la Célula Parlamentaria.

No he negado nunca el derecho de los comunistas a rendir homenaje a Puente Uceda, que fue uno de los suyos. He objetado que se pretenda incorporarlo al número de los mártires apristas. Ni al Partido le faltan ni es legítimo apropiarse de un muerto ajeno.

(*) Voz Aprista Rebelde, Lima, 1961.

24.- PRESIDENTE DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

Las jornadas parlamentarias de 1963 a 1968 fueron, de veras, agotadoras. Gracias a la Coalición, la CPA y el grupo odrista teníamos mayoría, las directivas fueron nuestras y las presidencias se turnaban entre uno y otro grupo. Pero, una oposición mayoritaria en el Congreso, bajo un régimen como el fijado por la Constitución de 1933, se encontraba en una incómoda postura. Si cumplía su papel opositor, a fondo, se paralizaba el funcionamiento regular de los Poderes. Si consentía todas las actitudes o iniciativas del Ejecutivo se desacreditaba popularmente. De este modo, la política de la Coalición pasaba de una actitud a la otra. Cuando el enfrentamiento era insuperable, se llamaba a los Ministros para la interpelación. E interpelación era anuncio de censura. Ya la sabiduría jurídica de Manuel Vicente Villarán había señalado que la Carta del 33 contenía gérmenes indudables de parlamentarismo, tan pronto existiera una mayoría lo bastante numerosa y disciplinada. Tal fue el caso de 1963-68, pero la posibilidad, llevada a extremos, resultaba riesgosa. La solución hubiera sido un gabinete consultado, lo que era anatema para el Presidente Belaúnde y para los partidos gobernantes (la Alianza AP-DC). Sólo en las postrimerías del régimen se pudo llegar a ese acuerdo y para entonces ya era demasiado tarde. Una de las motivaciones del golpe fue la sensación de inestabilidad política que habían producido las numerosas caídas de ministros.

Había exageración en este cargo, pues si bien algunas oportunidades la responsabilidad pudo ser sobredimensionada, en otros había suficiente razón para negar al ministro censurado la confianza de las Cámaras. Y no faltó el caso de gabinetes —como el presidido por el Dr. Becerra de la Flor— que renunció en masa por calcular o imaginar que sería censurado.

Como quiera que sea, esta situación de conflicto entre Poderes no era buena para la salud democrática del Perú y arrancaba originariamente de las celebradas —en una suerte de "segunda vuelta" cimarrona y de facto —el año 1963. La Constitución vigente, con sabiduría, hija de ingratas experiencias, trae dispositivos apropiados para neutralizar tanto el ausentismo —que fue letal en 1947-48— como el exceso interpelatorio en que se incurriera en 1963-68.

En nuestra Carta fundamental ha desaparecido la exigencia de la anterior de votar la interpelación en la misma sesión, como lo había propuesto y obtenido el constituyente J.M. Manzanilla. En el período de antagonismo que estamos evocando, la táctica de la minoría (que era el gobierno) consistía en prolongar la sesión, día tras día y noche tras noche, esperando fatigar a la mayoría y que los votos de ésta fallaran en determinado momento y se levantara la sesión sin haberse votado la censura. Y la conducta de la mayoría interpelante era mantener a prueba de sueño y cansancio la vigencia de la sesión y votar la censura. Recuerdo como un record parlamentario, quizá mundial, la interpelación al Ministro de Gobierno, Dr. Javier Alva Orlandini, en 1967, que comenzó con la hazaña del interpelado de hablar 14 horas continuas, y siguió el día siguiente, la noche de ese día y el subsiguiente. La votación sólo pudo efectuarse 48 horas después de haberse iniciado la sesión.

Los voceros de la Célula Parlamentaria Aprista en la Cámara de Diputados fuimos, en esos años, Armando Villanueva y yo. Nuestros escaños estaban contiguos y siempre mantuvimos una excelente coordinación personal y política. En 1967 tocó a Armando la Presidencia de la Cámara de Diputados. Debía seguirle en 1968 un diputado de la UNO. Pero las circunstancias habían cambiado sustancialmente. La Coalición se desintegró y en vez de un Presidente aprista en Senadores y un odrista en Diputados, resultaron electos —por mayorías superiores a las de otras previas elecciones— dos apristas: Carlos Manuel Cox y Andrés Townsend Ezcurra.

Fue un año de crisis internas en todos los Partidos, con excepción del Apra. El Partido Demócrata Cristiano, encabezado por el Senador Héctor Cornejo Chávez, venía arrastrando agudas disidencias internas entre los adictos al Dr. Cornejo, que eran los más radicales, y los seguidores del Dr. Luis Bedoya Reyes, calificados como moderados. En noviembre de 1967 hubo elecciones en Lima, de carácter complementario y se enfrentó un candidato de la Alianza, el ex-Ministro de Educación y filósofo, Carlos Cueto Fernandini con el candidato de la Coalición, el escritor y periodista, Enrique Chirinos Soto. Chirinos alcanzó una clara victoria electoral.

El mismo día de las elecciones se rompió la Alianza y, a su vez, se había dividido poco antes la Democracia Cristiana, convirtiéndose el sector "bedoyista" en Partido Popular Cristiano.

En Acción Popular, el partido del Presidente Belaúnde, se hizo patente, en el Congreso de Iquitos, la rivalidad creciente del ala llamada "carlista" y el ala "termocéfala" y la evidente incompatibilidad entre el primer mandatario y su vicepresidente el Ing. Edgardo Seoane. El cisma, personal y político, estalló en vísperas del golpe militar.

La Unión Nacional Odríista, integrante de la "Coalición del Pueblo" se dividió entre adictos al General Odría y quienes seguían al Senador Julio de la Piedra, que contaba con buen número de parlamentarios, los mismos que se salieron de la UNO y fundaron un partido propio que tuvo corta vida.

En estas circunstancias confusas se llegó a julio de 1968, cuando debían elegirse nuevas mesas para las Cámaras. Era evidente que el pacto de la Coalición era insostenible porque la UNO no podría ya contribuir con los votos que formaban mayoría. Se planteó entonces una mesa mixta, presidida por un independiente. Pero los candidatos propuestos, por una y otra razón no parecían capaces de arrastrar número bastante de votos. Tras muchos cabildeos, se decidió someter el problema al Jefe del Partido que estaba en Alemania. La comunicación se estableció desde el despacho de la Presidencia de la Cámara.

Su respuesta fue decidida y rápida. La Presidencia de Diputados debía ser para un aprista y el aprista en cuestión debía ser yo. Agregó Víctor Raúl que no veía motivo para que nos perdiéramos en más especulaciones. La Célula acató unánimemente y, con perceptible satisfacción y fraternidad la escogencia efectuada por el Jefe. De ese modo, con los votos apristas, con los disidentes de Odría y con muchos independientes que ofrecieron desinteresadamente su apoyo, fui electo Presidente de la Cámara de Diputados el 26 de julio de 1968.

La prensa comentó con abundancia este hecho. "La presencia de líderes apristas en las Presidencias de ambas Cámaras es suceso que por primera vez ocurre en el país. Pero que no debe alarmar a nadie, porque está en la lógica de los hechos políticos y perfectamente de acuerdo con la gravitación del partido mayoritario", decía la revista **Presente** y añadía: "En 1969 debe ocurrir aquello que una ceguera reaccionaria y anti-histórica impidió varias veces: la llegada de Haya de la Torre a la Presidencia de la República".

Muchos —entre ellos yo— consideraban también un presagio de victoria la doble elección. Lo creyeron asimismo oficiales conspiradores que se alarmaron ante tan claro portento. En un país de partidos divididos, la unidad aprista garantizaba su victoria. Los coroneles que se venían reuniendo, multiplicaron sus consultas y el Comandante General del Ejército, Juan Velasco Alvarado les alentó a seguir en su cuidadoso plancamiento de lo que sería, por primera vez en la historia, "el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada".

Entre tanto, continuaba el experimento, hasta entonces afortunado, de lo que se llamó el Gabinete "conversado". Belaúnde llamó al Dr. Oswaldo Herculles, médico y catedrático prestigioso, para que le propusiera nombres de futuros ministros, luego de haberlos consultado con el Apra. Llegaron así a las carteras hombres como Manuel Ulloa (Hacienda), Hoyos Osoreo (Justicia), Carlos Velarde Cabello (Gobierno). Ulloa introdujo reformas financieras y presupuestarias que hicieron más apetecible la conquista del poder. Pero se necesitaba una bandera y pronto con un conjunto de errores y apresuramientos, llegó inflamable y trulculenta: la bandera del petróleo.

Se arrastraba, a lo largo de medio siglo, el problema de la Brea y Pariñas y el Presidente Belaúnde y su Partido le dieron gran trascendencia en su programa. La optimista promesa de resolverlo "en 90 días" no pudo cumplirse y cinco años después se seguía negociando.

En la primera semana de agosto, tras febriles discusiones en Palacio, se dio el feliz anuncio. Se había llegado a un arreglo y —dato importantísimo— la International Petroleum que, por malas artes, se había apoderado de los campos de Brea y Pariñas, los retornaba al Perú. Era un gran triunfo que todos celebraron.

El gobierno decidió que la entrega fuera una ceremonia de gran formato. Viajarían a Talara el Presidente, los Presidentes de las Cámaras, los Ministros, los dirigentes de la Empresa Petrolera Fiscal, periodistas de todos los órganos de comunicación. Nadie había formulado críticas al arreglo.

Bajo el sol de Talara y con el fondo arenoso del desierto costero, se había alzado un estrado para los poderes del Estado. El representante de la IPC leyó un discurso de entrega.

En nuestra calidad de Presidentes de las Cámaras legislativas, Carlos Manuel Cox y yo asistíamos como invitados de honor. Nada firmamos, porque no nos competía. Cox pronunció un breve discurso de satisfacción patriótica por haberse reivindicado, finalmente, lo que el Perú perdiera en una transacción deshonrosa: los yacimientos de Breca y Pariñas. Para él, este asunto tenía especiales resonancias. Hallándose preso en la Penitenciaría de Lima, en época de Benavides, y superando las incontables limitaciones del preso, había escrito, en colaboración con Pedro E. Muñiz, líder fundador del P.A.P. un trabajo notable, **Petróleo en Sudamérica**, que fue editado por la revista *Servir* de Buenos Aires. Mi discurso, aquel día de Talara, fue en la misma línea nacionalista del Presidente del Senado.

Hablaron el Presidente de la Empresa Petrolera Fiscal, Ing. Loret de Mola y el propio Presidente de la República. La comitiva oficial volvió de vuelta a Lima con la sensación de haber recuperado un pedazo de soberanía.

Pocos días después, estalló un escándalo sin precedentes. El Ing. Loret de Mola, denunció en televisión que se había perdido una página del contrato, la página 11 y que ésta era de importancia decisiva en lo relativo a la fijación de los precios que la IPC debía pagar a EPF por el crudo que esta produjera.

Con este pretexto, de incendiarias posibilidades, se desató una campaña de prensa intensa y estrepitosa. Se pretendió acusar a los Presidentes de las Cámaras de haber avalado los contratos entre la EPF y la IPC. Respondiendo a estos cargos, Armando Villanueva dijo en su Cámara: "El acto de Talara es irreversible porque constituye la toma de posesión por el Estado peruano de los yacimientos de Breca y Pariñas. Cualquier crítica a este acto es antipatriótica, porque de anularse el acto de Talara los yacimientos volverían nuevamente a poder de la IPC".

Por su parte, el Comando Conjunto de la Fuerza Armada, en un Comunicado especial, ratificó que aprobaba el acto de Talara, pero señaló reticencias con respecto a "actos posteriores", a los que llamó "extraños". La atmósfera empezaba a enrarecerse con presentimientos golpistas.

En el gobierno, sin embargo, predominaba un clima de confianza. En setiembre estaba yo invitado, junto con diputados y senadores de Brasil, Chile, El Salvador, Costa Rica y Uruguay, a un diálogo en Estrasburgo con la Asamblea del Consejo de Europa. Fue propiciador de ésta y otras jornadas eurolatinoamericanas una noble figura de político, explorador y arqueólogo, de firmes raíces en el Perú: Bertrand Flornoy, diputado gaullista francés. Todos los años, Bertrand visitaba las ruinas de Tantomayo en Huánuco que él había dado a conocer al mundo científico europeo. Dejó de hacerlo solo cuando le faltó, literalmente, el aliento.

Antes de decidir mi viaje, y en vista de los rumores, quise hablar con el Ministro de Gobierno, Carlos Velarde Cabello, hombre muy leal a Belaúnde y, a la vez, buen amigo de Haya y sin prejuicios anti-apristas. En una conversación sostenida en el Crem-Rica de Limatambo me confirmó que la conspiración golpista existía, que su jefe era el General Velasco y la bandera el petróleo. Pero añadió que el golpe era rechazado por la Marina y por la Aviación y que los complotados carecían de fuerza real. Por lo tanto, el Presidente de la Cámara —por turno constitucional me tocaba la Presidencia del Congreso— podía ausentarse por unos días a Estrasburgo.

Llegué a Europa, con mi esposa, por la vía de Francfort, en Alemania Federal. En el aeropuerto el "Viejo" nos esperaba, con su franca sonrisa y sus brazos fraternos, ansioso de informes y noticias.

Lo invité a que viniera con nosotros a Estrasburgo y aceptó complacido. Por ferrocarril cruzamos el Rin y llegamos a la histórica capital de Alsacia, donde durante dos días se desarrollaron las conversaciones con los europeos, las que iniciaron una serie institucionalizada de Conferencias que el Parlamento Latinoamericano ha continuado hasta la hora actual.

Flornoy, en nombre de la Asamblea Francesa, nos extendió una invitación para visitar París y así lo hicimos. Recorrer Europa con Haya de la Torre era una experiencia admirable y singular. Conocía el Viejo Mundo con erudición de historiador, discernimiento de político y práctica de viajero avezado. Por eso, al llegar a París antes que a la imponente Notre Dame nos llevó a visitar la exquisitez de la Sainte-Chapelle.

Estábamos alojados, como huéspedes oficiales, en el pomposo Hotel Crillón, el primero de los de su nombre, antigua propiedad del Duque de Crillón, compañero de armas de Enrique IV. Hasta allí llegaron a visitar al Jefe dos jóvenes compañeros que entonces estudiaban en París: Alan García Pérez y Germán Peralta.

A mediados de setiembre estábamos de regreso en Lima. En el intervalo la situación se había deteriorado palpablemente cuando el Ministro de Aviación, General Gagliardi, formuló declaraciones de respaldo institucional al régimen democrático, el Comando Conjunto —es decir Velasco— aclaró que eran posiciones personales. El golpe se anunciaba ya con desembozo.

Una noche, a fin de ese mes, nos reunimos en mi casa para examinar la situación, el Presidente del Consejo de Ministros Dr. Oswaldo Herccelles, el Presidente del Senado, Carlos M. Cox y el de Diputados, que hacía de anfitrión, el Ministro de Hacienda, Manuel Ulloa, el de Gobierno, Carlos Velarde Cabello, Ramiro Priale y Armando Villanueva.

Sentado en el sofá de mi sala, con su típica y eterna colilla en el ángulo de la boca, Herccelles extrajo del bolsillo un minucioso informe de la PIP sobre las andanzas conspirativas del General Velasco, entre las cuales había estado una visita, de civil, a las oficinas de un importante diario de Lima.

El informe era revelador de innegables gestiones subversivas. Al concluir el Dr. Herccelles la lectura surgieron los comentarios: "A este hombre hay que detenerlo inmediatamente". El Ministro Velarde nos sorprendió al responder: "Todavía no. El gobierno cree que una medida tan severa resultaría prematura".

Recuerdo bien el asombro de Herccelles y su comentario inmediato: "No nos engañemos, mi querido Carlos. Un gobierno que a esta altura de una conspiración no puede tomar preso a quien es su jefe, es un gobierno perdido".

Diagnóstico exacto de un gran clínico convertido en sagaz político.

Días después, se producía la crisis ministerial. Renunció el Gabinete Herccelles y el Presidente Belaúnde lo reemplazó por Miguel Mujica, su amigo personal, dueño del Museo de Oro del Perú, cazador y deportista, caballero a las derechas pero sin peso político propio ni partidario.

El nuevo gabinete juró a mediodía del 2 de octubre de 1968. En la cola de amigos, funcionarios y oficiales de las Fuerzas Armadas que ese mediodía se agolparon en Palacio para la acostumbrada ceremonia "que bajo los virreyes se llamaba besamanos y que bajo la república, para diferenciarse, se llama lo mismo", según irónico comentario del tradicionalista Ricardo Palma, se encontraba el General Juan Velasco Alvarado, Comandante General del Ejército y Presidente del Comando Conjunto. Al abrazar al Premier Mujica le dijo, cordial y expresivo:

"Felicitaciones, Miguel. Ahora podremos trabajar".

Pocas horas más tarde, en la madrugada del 3 de octubre de 1968, la Fuerza Armada, a órdenes del General Velasco, se apoderaba "institucionalmente" del gobierno.

25.- EL GOBIERNO DE LA FUERZA ARMADA

El golpe de Estado "institucional" de la Fuerza Armada se dio en la madrugada del 3 de octubre de 1968. ¿Se buscó una coincidencia de fechas para traslucir una animadversión manifiesta al aprismo?. Resultó claro a los ojos de los observadores, nacionales y extranjeros, que el golpe no se daba tanto contra un gobierno, como el de Belaúnde, que estaba considerablemente desgastado y al cual le faltaban meses para terminar su mandato, sino con el propósito de impedir el acceso del Apra al poder. Desde ese punto de vista, el movimiento de 1968 no sería sino una continuación, de varios otros de la misma índole, escalonados desde 1931 hasta octubre de aquel año.

Creo que esta interpretación sólo es parcialmente válida. La cúpula castrense quiso —y pudo hacerlo varias veces— frustrar las expectativas del Apra y de su candidato, ya ungido y natural, Haya de la Torre. Pero con Velasco y sus coroneles los propósitos eran más ambiciosos y de mayor alcance. Querían realizar, a su modo y colocando a los institutos armados en el papel de un partido revolucionario, el cambio estructu-

ral prometido por el aprismo desde su fundación. Los sentimientos de los hombres de uniforme, por lo menos en aquel sector considerado "progresista", no eran tan violenta y negativamente anti-apristas como los que guiaron a sus predecesores. Por el contrario: parecían más bien descontentos o insatisfechos porque el aprismo no hubiera cumplido su tarea histórica. Si lustros atrás lo velaron por revolucionario, esta vez lo apartaban por "conservador". En mi ensayo sobre la "revolución sin pueblo", he tratado de analizar las diversas motivaciones históricas que lo llevaron al llamado "septenato".

Este cambio de perspectiva explica que el golpe de 1968 no resucitara los viejos prejuicios y las antiguas inquinas anti-apristas que la oligarquía supo sembrar con tanto efecto. No hubo proscripciones, ni el Apra fue declarada fuera de la ley, aunque sí se desterrara al Presidente Belaúnde y a dirigentes de su Partido.

Dos días después de instalado el gobierno militar, yo tuve una noticia de lo que hacía a este golpe distinto a los anteriores y conocidos. El 5 de octubre llegó hasta mi casa, el Tte. Coronel Jorge Morales que había sido mi edecán en la Presidencia de la Cámara. (Debo decir que tanto este militar, como el edecán de Aviación, Coronel César Larrea y el de Marina, Comandante Julio Guinand se habían comportado la madrugada del golpe con gran corrección y lealtad).

El Tte. Coronel Morales me informó que, a raíz de lo ocurrido, había vuelto a su regimiento, en el CIMP de Chorrillos. Que esa mañana el General Velasco había hecho una visita oficial a esos cuarteles en la ceremonia que los militares llaman "reconocimiento". Concluida ésta Velasco había preguntado por el último edecán de la Presidencia de la Cámara, lo había llamado aparte, para decirle: "Vaya usted donde el señor Townsend y dígame que yo no tengo nada contra él ni contra su Partido".

Mensaje que mi ex-edecán se había apresurado a trasmitirme. Recuerdo que tras agradecerle su gentileza le expresé: "Estimo mucho lo que me manda decir el General Velasco. Le propongo que me devuelva el Congreso y seguiremos tan amigos como antes".

Es posible, mirado con perspectiva de futuro, que acaso hubiera sido más "político" recoger el mensaje que mandaba Velasco. Pero el desafuero acababa de cometerse y la herida estaba sangrante aún.

Los siete años del gobierno de Velasco, bautizados generalmente como "el septenato", fueron una experiencia innegablemente traumática. Podrían dividirse, como hizo Basadre con el "oncenio" de Leguía en varias etapas o "fases". Hay una primera de ascenso y consolidación, marcada por sucesos tan importantes como la "Toma de la Brea y Pariñas" en el "Día de la Dignidad" o sea el 9 de octubre de 1968, cuando se entró, con fanfarria marcial, a campos que la IPC había entregado con la satanizada Acta de Talara. Y por la Ley de Reforma Agraria, dictada en junio de 1969. Del texto de esta ley, lo más revolucionario y avanzado era la cooperativización de los latifundios agro-industriales de la costa, antigua idea aprista que fue diluida hasta lo inocuo por la presión de los Senadores odríistas. La inhabilitación expresa que contenía la Ley prohibiendo que fueran electos para dirigentes de las Cooperativas a quienes habían sido dirigentes sindicales o políticos en los años inmediatamente anteriores, las privó de la gente más experimentada y madura y favoreció el acceso de quienes profesaban un radicalismo "infantil". El Partido analizó la Ley de Reforma Agraria en un documento de extrema claridad, en el cual colaboré junto con Luis Felipe Rodríguez Vildósola, nuestro mayor especialista nacional en cooperativas y que fue coautor, con el Diputado Zamalloa, de Acción Popular, de la ley que orientaba tan importante sector de la economía.

El gobierno revolucionario de los militares se caracterizó, en sus primeros años, por un vértigo legiferante. Realmente los militares se consideraron creadores de un mundo totalmente nuevo, cuyas estructuras ellos trazaban al detalle en sus decretos-leyes. Para servir a sus propósitos, idearon instituciones novísimas, entre cuales fue predilecta la llamada "SINAMOS".

Con ella, la mente febril de Carlos Delgado, quiso crear una forma substitutiva de los partidos políticos y un reemplazo ventajoso de la fórmula belaundista de "Cooperación Popular". No logró, al cabo, ni una ni otra cosa.

La captura de los medios de comunicación masiva, producida, al tercer año de régimen autoritario, fue una primera y clamorosa forma de reconocer un fracaso. A pesar de la propaganda masiva del gobierno, de sus demagógicos y altos decibeles, no surgía en el país una música "revolucionaria y militar", como lo pretendía el gobierno. En cambio, la información escueta sobre faltas o errores adquiría una difusión inusita-

da. La única manera de combatir este peligro que se le ocurrió al trust de cerebros de la llamada "aplanadora" fue expropiar los diarios, las radios y las televisoras y someter al público a un martilleo monótono de propaganda. La supuesta adjudicación de los periódicos a los trabajadores, a campesinos o a "sectores" económicos no funcionó nunca. Los directores no eran elegidos, sino nombrados, es decir nuevos burócratas con pautas fijadas por otros burócratas, los de uniforme.

El sistema político creado por Velasco (cuya honradez personal no se puso nunca en duda) fue esclerosándose. Un gobierno que pretendía apelar directamente al pueblo, sin intermediación, fue encerrándose más y más en su autoritaria soledad. En el discurso que pronuncié el Día de la Fraternidad (febrero de 1971), por especial designación de Víctor Raúl, expuse la situación de esta manera: "Aquí estamos los peruanos incapaces de aceptar esta división maniquea y reproable que separa al Perú en dos bandos: de un lado 17 personas del gobierno que todo lo saben, que todo lo pueden y todo lo deciden. Y de otro lado 18 millones de peruanos que poco saben, nada pueden y todo pagan".

Y agregaba luego: "El pueblo, cuando recupere la plenitud de su libertad y el funcionamiento normal de sus instituciones, no va a dar marcha atrás en aquello que se haya producido de positivo, legítimo e irreversible en los últimos años. Pero sostenemos que el gobierno no puede seguir manteniendo esta contradicción de ser o pretender ser revolucionario en economía y seguir siendo reaccionario en política. Porque el gobierno que no se enfrenta a la opinión pública, el gobierno que no consulta al pueblo, es un gobierno conservador. La supresión de la libertad de elegir, la supresión de la capacidad de discernimiento a través de las ánforas, es una forma reaccionaria, es una forma anticuada y obsoleta de gobernar".

Continuaba así: "No hay revolución auténtica sin pueblo y no hay revolución sin Asamblea. Pueblo, asamblea y voto son elementos esenciales que caracterizan una transformación profunda y la distinguen de un aventurerismo pseudo-revolucionario".

En su discurso, esa misma noche, Haya de la Torre reiteró su invitación al diálogo, y reclamó el sello original aprista de las reformas anunciadas o realizadas por el gobierno militar. Fue un vibrante discurso, rico en doctrina y en puntos polémicos.

Pero el gobierno militar no quería dialogar en ninguna forma. Se había encasillado en su soberbio aislamiento y fue perdiendo capacidad de comunicación con el pueblo al que pretendía servir con inusitado vigor.

Por otra parte, el factor personal o caudillesco, tan poderosos en los movimientos político - militares resultó el talón de Aquiles para su subsistencia. Velasco enfermó gravemente, fue operado y mejoró después. Pero su organismo ya no era el mismo y su voluntad empezó a flaquear. También su razonamiento. Era claro que llegaba el momento de relevo. Lo que no estaba tan claro era quien lo relevaría.

A fines de agosto de 1975 se resolvió el problema. El General Francisco Morales Bermúdez, Ministro de Guerra, Comandante General del Ejército estaba ya en la línea de sucesión. El día 29, aniversario del retorno de Tacna al Perú, se dio el "tacnazo". Con acuerdo de todas las guarniciones, el General Morales reemplazó al General Velasco. Fue triste comprobar que quienes gritaban en las manifestaciones de Sinamos "Chino, contigo hasta la muerte" no pudieron ni siquiera acompañarlo hasta Palacio. Empezaba la "Segunda Fase" de la Revolución Peruana.

26.- COSTA RICA Y CEDAL

De los años del gobierno militar, dos los pasé fuera del Perú, en Costa Rica. Desde junio de 1971 hasta junio de 1973 viví, con mi familia, en San Joaquín de Flores y en San José, como Director del Centro de Estudios Democráticos de América, designada abreviadamente como CEDAL.

Fue este Centro fruto de la cooperación establecida entre la Fundación Friedrich Ebert, de Alemania Occidental, a su vez fundada y sostenida por el Partido Social-Demócrata Alemán y por contribuciones de sindicatos alemanes, y los Partidos latinoamericanos generalmente aceptados por los europeos como equivalentes u homólogos de la socialdemocracia del Viejo Mundo. Figuraban, entre ellos, Liberación Nacional, de Costa Rica; Acción Democrática de Venezuela; el Partido Aprista Peruano; el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Bolivia; el radicalismo chileno; el Partido Revolucionario, de Guatemala; el Partido Revolucionario Dominicano o PRD; el PRI, de México. Por razones de afinidad, participaron en CEDAL el liberalismo

colombiano, el radicalismo argentino, y grupos de Honduras, El Salvador, Nicaragua, Paraguay y personalidades del Brasil y del Uruguay.

La social-democracia alemana estuvo siempre animada por un sincero deseo de promover, en el llamado "Tercer mundo", a movimientos políticos que pudieran encuadrarse dentro de los amplios parámetros de su izquierda democrática, contribuyendo así a formar una familia de partidos afines al "socialismo democrático" europeo, equidistante de la democracia cristiana —su rival en el país de origen— y del comunismo de cuño soviético.

Para dirigir este experimento ideológico-político internacional, los dirigentes liberacionistas de Costa Rica y los de la Fundación Ebert convinieron, generosamente sin duda, en mi persona como la más idónea para este cargo. Fue respaldo decisivo mi condición de aprista y el reconocimiento, por compatriotas latinoamericanos y por los amigos europeos, de ser el aprismo (el aprismo original de Haya) la primera doctrina genuina y autóctona de la izquierda en nuestro continente, Robert Alexander y Grant Hilliker, en Estados Unidos, G.D.H. Cole, Pendleton y otros en Gran Bretaña; León Bieber, en Alemania, han señalado ya esta circunstancia.

En mis dos años de director de CEDAL me esforcé por reunir Seminarios -a un promedio de dos mensuales- sobre todos los temas de doctrina, de praxis, de historia y polémica que pudieran ayudar a la formación completa de dirigentes de catorce partidos hermanos. Recuerdo entre los muchos que envié el Partido Aprista, al entonces dirigente de la juventud, Alan García Pérez. No faltaron líderes históricos, como Luis Alberto Sánchez y Carlos Manuel Cox. Los ex-presidentes Fernando Belaúnde y Luis Adolfo Siles Salinas (de Bolivia) fueron expositores en un celebrado seminario sobre poder civil y poder militar. Tuvimos a muchos economistas y sociólogos. Pero el acento se puso, como era necesario, en lo político y partidario.

No faltó, para completar el cuadro continental una víctima del terror. Esta vez fue Adalberto Fuentes Mohr, dirigente del PR de Guatemala y asistente a más de un seminario de CEDAL que a pocos días de regresado a su país fue asesinado por los verdugos de una rencorosa barbarie.

Funcionó CEDAL en un paraje idílico de la meseta central costarricense. En La "Catalina", antigua finca de café después transformada en hotel turístico y luego en centro político latinoamericano. Allí líderes de todos los países anudaron amistades y descubrieron hondas afinidades ideológicas e históricas.

Esta proyección costarricense de una posición política se debió, en gran medida, a José Figueres Ferrer, a "Don Pepe" del habla popular de su tierra. En 1971, se encontraba en su segundo período presidencial y más firme que nunca en su condición de patriarca tico. Había hecho la Revolución de 1948 consagrándose como hombre de acción y guerrillero denodado. En el gobierno puso en práctica -él, a quien sus adversarios tildaban de derechista- un programa avanzado de reformas que incluyó por primera vez en Latinoamérica, la estadización o nacionalización de la banca. En el poder y fuera de él se enfrentó a los Somoza, padre e hijo, y dio ayuda importante a la insurrección sandinista, como años atrás se la diera a Castro, sin perjuicio de polemizar públicamente con Fidel.

Ha sido y es un caudillo popular de molde diferente al clásico líder latinoamericano. Más estratega que orador, más táctico que ideólogo, más hombre de acción que otra cosa, sin ser ajeno, ni mucho menos, a las inquietudes ideológicas de nuestro tiempo, que conoce y comprende. Dotado del genio práctico y concreto de sus compatriotas, les ha dado sin embargo, la sensación de que cumplían una misión en Latinoamérica, más trascendente que la derivada de su tradicional y bucólica democracia de "labriegos sencillos" de que habla su himno.

Con Figueres, para su bien o para su mal, comienza la historia contemporánea de Costa Rica. A este país de bellas mujeres y hombres serenos, Pepe Figueres le inyecta un ingrediente de suspenso y asombro que los sorprende, los enoja o los entusiasma pero que nunca los deja indiferentes. Con Liberación, su propio Partido, suele tener relaciones tempestuosas. Menudo y valiente, imaginativo y socarrón, Figueres resulta una singular y admirable figura política y humana.

27.- LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Desde la caída del General Velasco y el inicio de la "Segunda Fase" era evidente que la salida democrática del régimen militar pasaba por la forzosa instancia de una Asamblea Constituyente. Acatando este crite-

rio mayoritario, y de conformidad con los históricos precedentes de 1920 y 1931, el gobierno del General Francisco Morales Bermúdez anunció su convocatoria con un año de anterioridad. Para los extremistas del régimen castrense, se trataba de institucionalizar las reformas del septenato. Para los apristas, de reformar a fondo la estructura del Estado, para otros, de encontrar una salida honrosa al régimen de facto.

La elaboración de nuevas bases constitucionales había suscitado el interés de quienes, en el caso del Partido Aprista, preveíamos y descabamos, una nueva Carta Fundamental. Haya de la Torre en sus "Coloquios", sostenidos dos veces a la semana en el Aula Magna, empezó a tocar el problema, previa una revisión histórica de las ideas políticas.

En julio de 1970, se reunió el X Congreso del Partido. Era un año cenital del régimen militar y adelantarse a redacciones constitucionales parecía un mero ejercicio de imaginación. Algunos, empero, mantuvimos la fe en una salida de esta índole. Con Luis Felipe Rodríguez Vildósola, tan sobrio y tan eficiente como en todos sus años de aprista, trabajamos en varios proyectos. Teníamos, como fuente, las expresiones ideológicas y programáticas del Partido. El 28 de julio de aquel año de 1970, la Comisión de Constitución del X Congreso elevó, con mi firma, su dictamen a Haya de la Torre.

Corrieron los años y se llegó a 1977 y a la convocatoria por el régimen militar de la Asamblea Constituyente. El diario "Expreso" -entonces intervenido y "parametrado"- organizó un "Reportaje Encuesta 1977" sobre la nueva Constitución y cuales deberían ser sus rasgos sobresalientes.

Contesté haciendo precisiones que, con el tiempo, resultaron acogidas en la nueva Carta Magna. Así señalé como "indispensable" que fuera precedida por un preámbulo en el cual apareciera el enunciado de los principios doctrinarios que la inspiraban.

El X Congreso Aprista propuso una definición del Estado en aquel dictamen de 1970: "El Perú es una república democrática de trabajadores manuales e intelectuales, unitaria y descentralizada. El poder emana del pueblo y se ejerce por los funcionarios con las limitaciones que la Constitución y las leyes establecen". Agregaba luego: "El Estado democrático de los trabajadores es un Estado antimperialista e instrumento de de-

fensa y emancipación de las clases productoras. Abolirá progresivamente toda forma de explotación del hombre por el hombre y garantizará a todos los habitantes del Perú, la libertad, la justicia social y la cultura".

En aquel documento precursor de 1970 se adelantaba una definición integracionista que habría de culminar en el art. 100 de la Constitución vigente. Decía el proyecto: "El Perú es parte del Pueblo-Continente indoamericano y participará en todos los esfuerzos encaminados a constituir una Comunidad Latinoamericana de Naciones, integrada en los planos de la economía, de la política y de la cultura".

Y el viejo ideal de la ciudadanía latinoamericana se expresaba así: "Adquiere la ciudadanía peruana todo nacional de país latinoamericano residente en el país que exprese su voluntad de hacerlo. El peruano que adopte una ciudadanía de país latinoamericano no pierde la de origen".

Se afirmó en el mismo anteproyecto, la necesidad de un Congreso Económico Nacional. El principio fue diseñado claramente: "El Estado organiza la economía nacional a través de una planificación democrática aprobada por el Congreso Económico y sancionada por el Parlamento. Acepta y requiere el concurso del capital y la técnica extranjera, utilizándolos en beneficio del país y como coadyuvantes de su desarrollo integral, evitando, mediante los controles adecuados, los riesgos de la explotación, la dependencia y el colonialismo".

La campaña en favor de la lista aprista movilizó a los equipos dirigentes del Partido por toda la república. No obstante los 83 años cumplidos de su edad, Haya de la Torre reemprendió una cruzada tantas veces repetida. Tuve el privilegio de acompañarlo en varias de sus giras y parecía inconcebible que un hombre de esa edad pudiera ostentar tanta resistencia física y tanta lucidez y brillo en sus mensajes. De los varios puntos del territorio peruano en que me fue dado acompañarlo, recuerdo especialmente dos, situados en realidades geográficamente distantes y de opuestos climas: Arequipa y Tumán.

En Arequipa su Plaza de Armas, ágora clásica de sus manifestaciones populares, rebosó aquella noche de un pueblo fervoroso y enardecido, como sabe serlo el arequipeño cuando con autoridad se le convoca. Antes de concurrir al mitin, y en el hotel de Turistas, habíamos traído hasta la pieza de Víctor Raúl un balón de oxígeno, en previsión de can-

sancios. Pero no fue necesario. La enfermedad que habría de socavarlo meses después no había invadido aún sus pulmones y el infatigable y deslumbrante orador que fuera Haya durante medio siglo volvió a dejarse oír en Arequipa.

Contemplando la manifestación desde lo alto de la tribuna levanta-da, al costado de la Catedral. Viendo el hormiguco ansioso del pueblo que deseaba acercarse, tomar sus manos si fuera posible y acompañarlo hasta el Turistas, mientras él se empinaba, desafiando la fatiga de tres horas de tensión, en el estribo del auto, percibí que, contrariando una antigua tendencia desafecta al Apra, el electorado arequipeño votaría por la lista "C" —que por azar había sido conferida al Apra— y por el "1" de la misma, que correspondía a Víctor Raúl. Como esa noche era vísperas del natalicio del Jefe, en el local partidario de la calle de Rivero, una multitud lo llenaba hasta desbordar. Allí Haya partió, jubiloso, una torta de cumpleaños.

La otra experiencia significativa ocurrió en Tumán, en la provincia de Chiclayo. En sus épocas de Hacienda había sido uno de los bastiones inexpugnables de la orgullosa oligarquía azucarera. En 1962 y 63 habíamos llegado hasta sus puertas para proclamar las candidaturas, presidencial y parlamentarias del Apra y el ingreso nos fue ásperamente negado. La "política" no entraba a Tumán y para confirmarlo una fila de hoscos guardianes, con varas y revólveres aseguraba que la tranca no fuera franqueada. "La Tribuna" era una lectura ilegal en Tumán.

Corrieron los años. Tumán fue expropiado en 1969 y las haciendas se convirtieron en cooperativas. En muchas de ellas, la educación sindical aprista fue un eficaz antídoto contra la infiltración del radicalismo infantil. En Tumán no. Los propietarios habían logrado que no se fundara un sindicato. En consecuencia, los trabajadores, políticamente inexpertos, cayeron en poder del extremismo mas virulento. Tumán enarboló la bandera roja. Y, consecuencia inesperada pero reveladora: ¡prohibió la entrada a los apristas!. Notable y aleccionadora coincidencia de dos extremos. En la campaña de la Constituyente, nadie pudo parar el ingreso de Haya. Ni siquiera un grupo de matones que fue eficazmente neutralizado por compañeros de Chiclayo, al mando del "Serrano" Mesones. Y del disciplinario Jorge Gómez. Víctor Raúl habló una hora en el campo de deportes. Había concluido un mito. La reacción obrera, gestada en el propio seno de Tumán, superaba todas las añejas y sucesivas prohibiciones y los sectarios "tabúes".

El día anterior se había celebrado el mitin de Chiclayo. Resultó el último de los realizados en mi tierra en el cual pude participar junto a Víctor Raúl. Fue un gran mitin. Todo el Parque —ensanchado por el Concejo aprista que presidió Alfredo Montenegro— desde la Catedral hasta el Club de la Unión y desde la calle Elías Aguirre hasta la de San José (la misma donde, muchos años atrás, yo había tenido mi primera noticia del aprismo y de Haya, leyendo "Amauta" en su Biblioteca Popular) estuvo llena de una compacta y vibrante multitud. El desfile de los escalones duró una hora. Los hubo de todo el Departamento, desde Mocupe hasta Olmos y desde Ciudad Eten hasta Chongoyape, y por trabajadores de las ex-haciendas. Al pasar frente a Víctor Raúl, los azucare-ros levantaron sus machetes a modo de saludo. Un elemento característico de este mitin chiclayano y uno de los más hermosos, fue la Fanfarría, alarde de organización y marcialidad debido al esfuerzo de Guillermo Baca Aguinaga y al saber musical del Maestro Amaya.

Para quienes contemplamos el mar humano del 18 de marzo de 1978 en Chiclayo, las ánforas de la Asamblea Constituyente no guardaban ya ningún secreto.

El 4 de junio de 1978, cuando se contabilizaron los resultados de la elección nacional para miembros de la Asamblea Constituyente, asombraron hasta a los propios vencedores. En la gran mayoría de los Departamentos, y con especial rotundidad en el "Sólido Norte", la lista "C" sobrepasaba a las listas contendoras y las preferencias por el "C 1", la cifra de Víctor Raúl, lo colocaban muy holgadamente a la cabeza de los más votados. El Partido, en la campaña, había logrado orientar los votos a favor del Jefe del Partido, temiendo que el voto preferencial implicara una maniobra para debilitar su sustento. Creo que ese temor era infundado y, en todo caso, fue contrarrestado por la disciplina que mostraron los electores y la corrección con que procedieron los candidatos del Partido.

Después de Haya, se le calificaron las preferencias por el "C 2", que era, Luis Alberto Sánchez, el "C 3", Ramiro Prialé. El "C 4", que era mi símbolo, resultó en quinto lugar debido a que el candidato Arana ascendió desde el puesto, mas bien modesto, que ocupaba en la lista, al cuarto lugar, por que recibió, en su beneficio, todos los votos del electorado aprista de religión protestante, que de ese modo dieron su unido apoyo a un prestigioso pastor presbiteriano y afiliado al Partido.

A las elecciones para la Constituyente no concurrió el Partido Acción Popular, del ex-Presidente Belaúnde y sí lo hizo el Partido Popular Cristiano, dirigido por el Dr. Luis Bedoya Reyes. El PPC llegó al término del escrutinio con el segundo puesto. En el tercero, arribó la izquierda, representado por el FOCEP (Frente Obrero Estudiantil y Popular), integrado por varias corrientes y partidos comunistas, marxistas, maoístas y hasta albaneses. El total de sus votos marcó un significativo repunte de la izquierda marxista o filo-marxista.

El Partido Aprista Peruano despuntó con una neta mayoría de 1.242,174 votos; el Partido Popular Cristiano registró 835,294; el Frente Obrero Campesino Estudiantil y Popular obtuvo 433,413 votos; el Partido Comunista alcanzó a 207,612; el Frente Nacional de Trabajadores y Campesinos llegó a 135,552; la Unión Nacional Odriista acumuló 74,137, el Partido Demócrata Cristiano 83,075; el Movimiento Democrático Peruano, 68,619 y un número inferior las otras agrupaciones.

Aplicada la cifra repartidora, al aprismo le tocaron 37 representantes; al PPC, 25; al FOCEP, 12; al PSR, 6; a la UNO, 2; al PDC 2; al MDP, 2; a la UDP, 4.

Quedaban claras algunas conclusiones. El Aprismo había obtenido una gran victoria; pero no tenía mayoría propia. El PPC lograba los mejores resultados electorales de su vida política y la variopinta izquierda se presentaba con un volumen respetable de sufragios.

Para dirigir esta Asamblea y para cumplir con la meta fijada de redactar una Carta fundamental era imperioso que se pusieran de acuerdo los bloques mayoritarios. Las fórmulas posibles eran APRA y PPC. O bien APRA e Izquierda; o PPC e Izquierda. Se impusieron la racionalidad y la lógica: el aprismo y el Partido Popular Cristiano forjaron un entendimiento que, con el respaldo de grupos menores, salvó a la Constituyente, garantizó la entrega del poder a la civilidad y dictó una Carta Magna desprovista de exclusivismos partidistas, moderna, avanzada y precursora.

Es legítimo reconocer la correcta actitud que en los días previos a la elección de la mesa directiva asumió Luis Bedoya Reyes. Los representantes del FOCEP y afines se aproximaron al PPC para proponerles una alianza contra natura con el fin de impedir que Haya de la Torre lle-

gara a la Presidencia de la Constituyente. Extremo de pequeñez que no fue aceptado por Bedoya quien anunció que, sin compromiso previo, el PPC votaría por el líder aprista, que había acumulado un volumen de votos superior al millón. Luis Alberto Sánchez fue designado para Primer Vicepresidente y Ernesto Alayza Grundy del PPC para la segunda. Jorge Lozada Stanbury del PAP, y Rafael Vegas García del PPC, fueron los secretarios.

Aquellos días de julio de 1978, al iniciar sus labores la tan ansiada Asamblea Constituyente, distaron de ser tranquilos. Huelgas y paros, con su cortejo de incidentes, choques y detenciones pusieron su nota de agitación y de inquietud, que tenían su caja de resonancia en el hemisclio donde sesionaba la representación nacional. Algunos de los constituyentes recién electos, en particular el ex-guerrillero de La Convención, Hugo Blanco, y otros, más de una vez pretendieron interrumpir la marcha de los trabajos con extemporáneas proposiciones.

Recuerdo un incidente revelador, que debió ocurrir el día en que prestaron juramento la mayoría de los representantes. Hugo Blanco y los suyos habían intentado interrumpir la sesión para plantear el caso de unos trabajadores en huelga de hambre. Haya de la Torre le cortó la palabra por no estar el asunto en debate. Levantó luego la sesión y se dirigió a la Presidencia. Al llegar a ella me indicó que me quedara. El Oficial Mayor le había comunicado que Blanco y otro representante de su bancada estaban afuera, pidiendo entrevistarse con el Presidente. La oficina se vació y nos quedamos con Víctor Raúl no más de cuatro o cinco personas. Dio orden de que pasaran Hugo Blanco y sus camaradas. En mangas de camisa, hipertrícico y afectadamente descuidado, hizo su aparición el ex-guerrillero. Haya lo esperaba, de pie, apenas apoyado en su mesa. Era una confrontación interesante: el hombre que enseñó a deletrear la palabra revolución en el país con quien pretendía representar a esa revolución en su forma contemporánea.

Haya fue enérgico, inmediato y cortante. "Oye", le dijo tuteándolo como a un hijo. "Oye: todo lo que has hecho —sindicatos, movimientos campesinos, huelgas de hambre, protestas— lo he hecho yo y lo supe hacer mejor. No vengas a hablarme de huelguistas de hambre que llevan ya doce días. Yo sé, porque la hice, que a los ocho días uno comienza a morir".

Blanco, apabullado por la inesperada explosión de un octogenario que hablaba con energía de mozo, intentó interrumpir: "Si, señor. Nosotros reconocemos los sacrificios de los apristas y hemos aprendido de ellos....."

"Pues entonces, replicó Haya, actúen como revolucionarios verdaderos. Esta Asamblea nos defiende a todos y todos debemos salvarla y defenderla....."

Blanco continuó respetuoso: "Si, señor, pero los que están en huelga de hambre....."

Haya zanjó categórico: "Una comisión de la Asamblea irá a visitarlos y a interceder por ellos. Buenas tardes".

Había terminado el diálogo. En la cima de su edad, Víctor Raúl había demostrado, de entrada y casi sin esfuerzo, quien manejaba la Asamblea. Al viejo león no le habían cortado las garras.

El contacto con adversarios históricos, como eran los comunistas, resultó una experiencia nueva para Haya. A lo largo de los meses que le tocó presidir tuvo roces con varios de ellos, de los que supo salir sin mengua de autoridad.

Un caso especial fue el de Jorge del Prado. Este decano de los comunistas de filiación moscovita había criticado innumerables veces la línea aprista y combatido acerbamente a Haya. ¿Cuál sería su actitud al tener que dialogar, por razones de cargo, con el Presidente de la Asamblea?

"Don Jorge" fue de irreprochable corrección. No se limitó al simple saludo. Recordó a Haya que en 1921, cuando éste viajó al Congreso de Estudiantes del Cuzco se alojó, en Arequipa, en casa de la familia del Prado, siendo su padre (el de don Jorge) diputado leguista. Una fotografía antigua testimoniaba esta antigua vinculación que Haya nos contó, muy satisfecho, esa misma noche.

En otra ubicación ideológica, fue interesante la experiencia con Héctor Cornejo Chávez, a quien Haya no había tenido la ocasión de conocer. Cornejo es un dialéctico consumado y una inteligencia brillante y

Haya llegó a tener una genuina estimación profesional por este enconado adversario.

28.- EL MENSAJE INAUGURAL

Días antes del 28 de julio, el "Viejo" me llamó a Villa Mercedes. La quinta vitartina rebosaba de visitantes. Apartándose de ellos, me llevó a su escritorio y me hizo un encargo que me llenó de orgullo. Me dijo que en las pocas horas que restaban para la sesión inaugural de la Constituyente, le faltaban tiempo y tranquilidad para trabajar en su Mensaje. Que me iba a dictar, en ese momento, una lista de temas para desarrollar y que me confiaba la tarea de prepararle un borrador. Añadió que estaba seguro de mi capacidad para identificarme con su pensamiento y con su estilo y me instaba a poner, de inmediato, manos a la obra.

Debo reconocer que esta confianza fue para mí como una recompensa, no por anónima menos efectiva, a largos años de lealtad. Por lo demás, en oportunidades anteriores, especialmente bajo el gobierno militar, Haya acostumbraba encargarme las declaraciones políticas del Partido, entre ellas la relativa al decreto ley de Reforma Agraria, o sobre el Contrato de Cuajone, sobre el Canal de Panamá, sobre la convocatoria a elecciones por parte del gobierno de Morales Bermúdez. En la Fiesta de la Fraternidad de 1971 me hizo pronunciar el discurso en nombre del Partido, como uno de los Secretarios Generales del mismo.

Aceleradamente, preparé un texto que desarrollaba los puntos esenciales dictados por el Jefe. La revolución pacífica por vía del sufragio, según la cita de Martí que él recordaba siempre. La posibilidad histórica que se brindaba para realizar la "Gran Transformación" soñada por las juventudes rebeldes. "Por la que vivieron luchando y murieron con gloria millares de peruanos en los últimos cincuenta años". Guión y bandera de varias generaciones eran aquellos ideales de democracia y justicia social, de Pan con Libertad y de apoyo vigoroso de la unidad continental latinoamericana, "que en el Perú fue motivo de proscripción genocida y que es hoy credo compartido de las mayorías en el Continente".

Haya recomendó una afirmación vigorosa de la Asamblea Constituyente como Primer Poder. "No admite condicionamiento, ni limitaciones ni parámetros. Ningún dictado extraño puede recortar sus potestades". Debería ser "autónoma, soberana y libre.....". La hora de las

Asambleas sumisas y de los parlamentos vasallos ha pasado. El pueblo ha rescatado el manejo de sus propios destinos y no puede renunciar a ellos ni enajenarlos".

El proyecto recogió la preocupación de Víctor Raúl de lograr una Constitución con vigencia para varias generaciones. Debería ser la primera Constitución del siglo XXI. "Una carta política que por su participación, modernidad y alcance resulte válida para ese siglo —que muchos no habremos de ver— pero cuyos resplandores aurales empiezan a dejarse sentir en nuestros conturbados tiempos".

Preocupaba mucho a Haya como Presidente de la Asamblea que ésta laborara armónicamente, "sin antagonismos insalvables", con trabajo infatigable y austeridad sin mácula, sin que esto supusiera abandono de posiciones, ideas o programas. "Una Constituyente no legisla para un Partido —se dijo— ni para un sector sino para todo el pueblo".

La Constitución partía de un principio que luego fue recogido como norma fundamental de su texto —"la primacía de la persona humana" de que habla su Preámbulo— y de ello se deducía en el Mensaje: "Centrar el sistema político en torno al hombre exige consagrar especial importancia a la preparación del hombre..... y atribuir a la enseñanza una jerarquía dominante y superior".

Se adelantó, asimismo, una definición doctrinaria sobre que clase de democracia se proponía: "La nueva democracia no puede responder al lineamiento tradicional del liberalismo clásico. Junto al Parlamento colegislador político, representativo de los ciudadanos se requiere un parlamento o congreso económico representativo de los productores. Es la dimensión económica y social de la democracia y el órgano propio de la planificación nacional".

El tema de la integración fue evocado de nuevo. "Nuestra intención será promover la creación de una Comunidad Latinoamericana de Naciones..... Sólo a través de ella podremos resistir a los imperialismos cualquiera sea su signo... El destino de los países aislados es colonial y dependiente. El de los países integrados, sobre todo en el caso de los países en proceso de desarrollo, es emancipador, libre y socialmente justo".

Para concluir, el Mensaje recordó: "Electo a la Presidencia de la Asamblea por un mandato plural, la represento en su integridad y tengo deberes con todos sus miembros. Todos ellos, sus ideas y sus personas, me merecen igual consideración y deferencia".

"Pero sería traicionar la historia misma del Perú en el último medio siglo si, al cabo de esta larga marcha, jalonada por tantos esfuerzos, sacrificios y dolores, no tuviera una especial palabra de recuerdo y homenaje para los millares de compañeros, vivos o muertos, que estuvieron con nosotros en el ejercicio de una lealtad sin desfallecimientos. Para ellos y para quienes antes que nosotros, emprendieron la cruel y dulce tarea de cambiar al Perú, de abolir sus injusticias y cancelar su atraso".

"Recuerdo y rindo homenaje a los héroes anónimos de la clandestinidad y la persecución. A los que resistieron, estoicos, largos años de cárcel y torturas. A los que padecieron la estrechez y la angustia del destierro. A los que mantuvieron, bajo tiranías y dictaduras, viva y alta, la esperanza en un Perú libre, justo y culto".

"Mi homenaje a todos los caídos y a todos los héroes, de todos los Partidos cuyos nombres se confunden en los fastos comunes del pueblo. Nos toca justificar el sacrificio y la esperanza de los luchadores sociales y políticos que, con sinceridad y entrega, quisieron que el Perú se reedificara sobre bases de justicia y libertad, como aquellas que debemos afirmar en la Constitución que nos está encomendada".

"Su mandato histórico y el mandato de nuestros electores nos comprometen y obligan. La tarea es clara: elaborar una Constitución que asegure —para hoy, para mañana, para siempre— el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo".

La voz del patriarca tuvo un perceptible trémulo emotivo que fue seguida por una tempestad de aplausos. Aquel 28 de julio se había hecho historia.

29.- VÍCTOR RAÚL: LA MUERTE Y LA GLORIA

Entre julio y diciembre de 1978, Haya de la Torre desempeñó, activa y lúcidamente, la Presidencia de la Asamblea Constituyente. Su salud, fuera de achaques menores, conservaba su habitual robustez.

Cumplía los recargados horarios de su Presidencia sin muestras mayores de fatiga. Aquella tarde del 28 de julio tuve la fortuna de formar parte de la Comisión de Recibo y estuve a su lado en el momento espectacular, a las puertas del Congreso, en que un destacamento militar le rindió honores, en tanto la banda ejecutaba la marcha de banderas. Por primera vez, a lo largo de cuarenta años de vida pública, oficiales y soldados de su Patria presentaban armas a quien había ganado tres veces las elecciones para Presidente y tres veces se le había impedido llegar al cargo. Serio, ligeramente pálido, Haya avanzó hasta el Salón de Pasos Perdidos, rindió homenaje a la bandera y subió, con agilidad superior a sus años, a la mesa directiva, en tanto en la sala resonaban interminables aplausos.

Concluido el solemne acto, y conversando en la Presidencia, Haya recibió al único dignatario no peruano que había presenciado la ceremonia: el senador mexicano Víctor Manzanilla Schaffer, (hoy gobernador de Yucatán), que entonces era Presidente del Parlamento Latinoamericano. Manzanilla felicitó calurosamente a Víctor Raúl y le expresó su deseo de conversar mas ampliamente en fecha próxima.

Víctor Raúl le dijo que conversarían ese mismo día y el senador yucateco le propuso cenar esa noche en la Embajada de su país. Haya aceptó de inmediato, evocando los años juveniles de su carrera, cuando entregó la bandera roja y dorada de la unidad latinoamericana a la juventud de ese México, "centinela de la raza".

Fue una noche agradable, sin tensiones después de las agitadas horas de ese día. Fuera de Manzanilla y del Embajador mexicano, acompañábamos a Víctor Raúl, Anel, mi mujer y Jorge Idiáquez.

"El Viejo" lucía contento y tranquilo. Era una de las pocas, poquísimas oportunidades en que podía mirar sin angustias —salvo contingencias dolorosas que nadie entonces podría pronosticar— el futuro del país y su propio futuro.

Los recuerdos mexicanos ocuparon la mayor parte de la noche. Su trabajo de Secretario privado de José Vasconcelos, cuando este controvertido humanista y político llegó a la Secretaría de Educación. Las giras por todo el país en un tren ministerial. Los "corridos" que le cantaban en las estaciones. ("Viva el Ministro sencillo / que a la ignorancia aniquila / viva el pueblo de Cohahuila, viva el pueblo de Saltillo"). La

figura del "Manco" Obregón. Los nombres de aquellos muchachos que lo acompañaron el 7 de mayo de 1924, en la Escuela Nacional Preparatoria, cuando les entregó la que sería bandera del Apra. Las figuras de Diego Rivera y de su primera esposa Lupe Marín. Los nombres de José Ángel Ceniceros, cuya novia de entonces bordó la bandera; de López Mateos que fue de los más jóvenes participantes, del acto del poeta Carlos Pellicer, del pintor Montenegro que años más tarde pintaría uno de sus mejores retratos.

La noche de Año Nuevo de 1979, la última en la vida del creador del aprismo, invitó a una cena familiar en Villa Mercedes. Acudimos, Luis Alberto Sánchez y Rosa Dergan, su esposa, a quien Víctor Raúl siempre distinguía con su afecto; Armando Villanueva y Lucy Ortega, su señora; Ramón Ponce y Rosita; Ramiro Priale y Antonieta; Jorge y Nuri Idiáquez. A mi esposa y a mí nos acompañaron las hijas menores, Josefina y Anel, que se pasaron la noche jugando con Tony, el perro de Haya, último de una larga dinastía canina que lo acompañó en años de persecución. Mis cuatro hijas conocían al "Viejo" desde sus años infantiles y le tenían un cariño que él sabía corresponder. Cuando aparecieron las Obras Completas, editadas por Juan Mejía Baca, en cuya recopilación tuve oportunidad de trabajar, Víctor Raúl firmó su autógrafo en el primer tomo, con este texto: **Para la familia Townsend, Andrés, Anel e hijas, con el entrañable cariño que con tantos vínculos nos unen. Y mi abrazo aprista, Víctor Raúl, 1977.**

En otros tomos, tuvo la delicadeza de autografiarlos individualmente para cada una de mis hijas Elena y Andrea y las dos menores. La relación se había hecho no sólo política, sino familiar, de cariño entrañable.

Aquella víspera de Año Nuevo la conversación se deslizó fuera del marco político. Aunque la enfermedad ya estaba minando su organismo, él seguía haciendo planes como siempre.

Un día de enero todo cambió. Estando en el local de Alfonso Ugarte, el Jefe se sintió decididamente mal en su despacho de la Jefatura. Mi esposa, que se dio cuenta de la crisis, acudió a socorrerlo.

Había comenzado la gravedad de Víctor Raúl. Esa noche y los días siguientes se fue haciendo inocultable que Haya de la Torre padecía una

enfermedad muy seria. Los malestares y los dolores se tornaron una penosa rutina. Le fue imposible mantener su nutrido horario de trabajo. Un día escupió sangre. Las radiografías se multiplicaron. A la presencia, siempre constante y leal del Dr. José Zegarra Puppi, se agregó la del Dr. Pinillos Ganoza, prestigioso cancerólogo y pariente de Haya de la Torre. Y de otros médicos compañeros.

El viernes 13 de febrero de 1979, a las 8 de la noche, los médicos informaron que el enfermo padecía de cáncer pulmonar. Lo oyeron Luis Alberto Sánchez, Armando Villanueva, Ramiro Prialé y Jorge Idiáquez. Haya escuchó filosófica, estoicamente, el fallo médico. En un aparte con los dirigentes del Partido, el Dr. Pinillos calculó que le quedaban "dos meses de vida". El Dr. Zegarra, al día siguiente y conversando con Armando Villanueva le expresó que su vida, si se aplicaba el debido tratamiento, podía prolongarse algunos meses más, acaso hasta 6.

Este cálculo en torno a su supervivencia tenía no sólo interés humano sino político. La Constitución estaba muy avanzada, pero no completa y los militares habían puesto todas sus esperanzas de un final feliz y un retiro honroso a los cuarteles si el Jefe del aprismo continuaba hasta que la Constituyente diera cima a sus trabajos. Que Haya pudiera culminar el papel que la historia le había deparado era un objetivo fundamental.

En los meses de agosto a diciembre de 1978, los generales y almirantes del gobierno de Morales Bermúdez habían tenido la oportunidad de tratar y conocer al que los políticos del antiaprismo pintaban con monstruosos colores. Como la coexistencia de un gobierno de facto, como la Junta Militar, y de un poder de jure, electo por el pueblo como la Asamblea Constituyente, imponía mantener distancia y lejanía, y, a la vez los problemas nacionales necesitaban consultas y diálogo, se estableció la costumbre de reunir almuerzos de trabajo, cada semana. A estos almuerzos no faltó Víctor Raúl sino al declararse su terrible mal y un grupo de dirigentes, entre los cuales asistían Luis Alberto, Ramiro, León de Vivero, Villanueva, quien esto escribe y algunos citados por versación especializada en determinados problemas. El gobierno militar estaba representado por el Presidente del Consejo, y Ministro de Guerra General Pedro Richter Prada, por los Comandantes Generales de la Marina y de la Aviación y por varios Ministros. Richter, que actuaba como anfitrión, sentaba a Haya con dignidad y con respeto, a la cabecera de la

mesa. La conversación fluía, fácil y constructiva y pensé, más de una vez, que distinto hubiera sido el destino del Perú de haberse logrado ese contacto con 20 ó 30 años de anticipación.

Estos almuerzos, servidos en la Escuela de Caballería de La Molina, tenían sus instantes de tensión, como aquella vez en que el General Richter excusó su llegada con alguna tardanza por haberlo demorado informes alarmantes que llegaban del sur sobre un posible choque de Argentina y Chile ocasionado por el problema del Beagle y que, a juicio de los observadores arrastraba fatalmente a nuestro país y no por culpa ni iniciativa nuestra.

Debió ser una satisfacción personal —que Haya no negaba— esta reconciliación postrera con las Fuerzas Armadas, sentimiento que era compartido por los jefes de éstas. Estoy seguro que los generales y almirantes experimentaron un sentimiento parecido.

La ceremonia de imposición de la Orden del Sol, en su grado máximo, y que estuvo a cargo del Ministro de Guerra, General Pedro Richter, se realizó pocas horas antes del fallecimiento de Víctor Raúl y en su lecho de muerte, cuando el líder del aprismo se encontraba ya inconsciente. Tuvo el acto una lúgubre grandeza. La más alta jerarquía militar peruana condecoraba a la más alta jerarquía civil del país, superándose de este modo simbólico la fractura entre pueblo y fuerzas armadas que había retardado medio siglo la integración nacional, su desarrollo, su justicia y su progreso. A aquellos dirigentes —Prialé, Villanueva, León de Vivero, Townsend— a quienes nos tocó el doloroso privilegio de atestiguar esta escena histórica, la ceremonia nos emocionó con punzante angustia. Haya agonizante era reconocido en su hora postrera por los personeros de instituciones que, durante largos años, habían impedido que este hombre, amado de las masas, creador fecundo de ideas, señero y singular en el ancho panorama de Nuestra América, hubiera asumido el cargo presidencial que no pocos mediocres, arribistas o ambiciosos llegaron a ejercer infecunda y desparpajadamente en nuestro país.

Víctor Raúl no salió ya del estado de coma. Hasta entonces, su di-vagar había sido periódico e incierto. Una de las noches anteriores había yo podido acompañarlo, como hicieron algunos otros compañeros. Fueron horas largas y difíciles, Víctor Raúl no llegaba a dormirse, sino por cortos períodos y con un sueño insuficiente e inquieto. El cáncer atenaza-

ba sus pulmones. En una pausa, se incorporó para preguntarme con precisión y urgencia: "Dime: ¿Qué tiene que ver todo esto con el Apra?". Al ir apagándose las múltiples luces de su inteligencia, sobrenadaba sobre las sombras invasoras el nombre, acaso la idea, de su principal creación.

Al amanecer, un poco mas tranquilo, se despertó con ánimo alentador y alegre. "Prepárate, me dijo. Mañana nos vamos a Huanchaco". Huanchaco, el balneario trujillano tradicional, había sido escenario de sus alegrías infantiles y al declinar su existencia regresaba a su tierno y luminoso recuerdo.

Un mes antes de su muerte me tocó participar en un episodio importante para la historia del Perú, particularmente para su historia política y constitucional.

La Carta fundamental, dictada por la Asamblea Constituyente que Haya presidiera hasta su enfermedad, estaba concluida y lista para firmarse. Sin embargo, no se fijaba fecha para acto tan indispensable. En los mentideros limeños —siempre fecundos en malignos rumores— circulaban las más extravagantes hipótesis. Una: Luis Alberto Sánchez estaba "dando largas" a la firma para acabar firmando él la Constitución, una vez fallecido el Presidente titular de la Asamblea. Para mí y para la inmensa mayoría, esta suposición era impensable por su bajeza, pues hubiera negado medio siglo de íntima amistad, de estrecho compañerismo y de fraternal identificación.

El llamado oficioso de una compañera bien intencionada ("Hable con Bedoya") me orientó hacia el líder y constituyente del PPC, con quien mantenía amistad a pesar de nuestras diferencias políticas. Bedoya reaccionó de inmediato ("¿Hay problemas con don Víctor?. Voy enseguida al Congreso"). Nos reunimos en la oficina de la Segunda vicepresidencia, que ejercía Ernesto Alayza Grundy. Presentes Alayza y el constituyente Andrés Aramburú Menchaca, les pregunté si era exacto que el PPC demandaba la presencia de la Junta Directiva, del Oficial Mayor y de periodistas en el momento en que Haya de la Torre firmara la Constitución. Les dije que tanta gente en la alcoba de un enfermo de cáncer en su etapa terminal resultaba inusitada y hasta cruel.

Bedoya me dijo que no era, ni de lejos, la intención de su Partido. Que les importaba salvaguardar la Constitución contra la posible impugnación de que había sido firmada por quien no estaba en el pleno uso de sus facultades.

Insistí en que la firma de Haya de la Torre, en este documento básico de nuestro ordenamiento constitucional, era históricamente necesaria.

Bedoya me dijo que entendía la demanda y que era posible separar la firma histórica, que la estamparía Haya frente a quienes quisiera, y la firma legal, del Vicepresidente de la Asamblea y en ejercicio de la Presidencia, o sea Luis Alberto Sánchez. Haya firmaría a la cabeza, como el primero de los constituyentes. Acepté la fórmula y la comuniqué telefónicamente a Vitarte. Idiáquez me expresó mucha satisfacción.

Cuando una hora después llegué a Villa Mercedes, ya se había retirado el Oficial Mayor, Sr. Luis Chacón que llevaba el ejemplar firmado por el Presidente. Le acompañaba el Edecán de Víctor Raúl, Coronel José Ugaz, mi paisano (de Ferreñafe) y otros funcionarios. Era el 12 de julio de 1978.

Idiáquez me invitó a entrar al dormitorio, cosa que en los días anteriores no me había sido permitido. Encontré al Viejo muy adelgazado, con los ojos aún brillantes, me dijo, con voz entrecortada: "No has venido.....hace días,". No tenía porque contarle que sí había venido. Me estrechó la mano. Conteniendo las lágrimas le dije: "Aquí estoy Jefe, con usted, como he estado toda mi vida". Me parece que se sonrió. No puedo decirlo con firmeza porque tuve que salir del cuarto (donde permanecieron Edmundo Haya de la Torre y el Dr. Pinillos Ganoza) para disimular, en el jardín, mi pena. Edmundo salió poco después y me comentó: "Cómo se ha dado cuenta que no te ha visto los últimos días....."

Fue la última vez que hablé con Víctor Raúl. Su vida se iba extinguiendo rápidamente. Las fiestas patrias de ese año transcurrieron silenciosas y sombrías. El gran líder estaba muriéndose, el régimen militar ingresaba en su último año de gobierno. En abril de ese año yo había cumplido 48 años de aprista. Una entrega integral, entonces y ahora, de la cual no he querido nunca —ni en los duros años de los insultos y de la exclusión— no he querido, ni quiero arrepentirme.

La noche del 2 de agosto de 1979 mi esposa y yo llegamos a Villa Mercedes, como en los días anteriores. Hacía varios que no veíamos a Víctor Raúl. La explicación era que dormía o bien que los médicos no consentían visitas. En la sala encontramos a "Piño" Haya, a su señora, a Washington y a Chela Pinzás. El aparato de televisión funcionaba un poco a la sordina y se esperaba una presentación de Javier Valle Riestra.

Conversaba con el hermano menor de Víctor Raúl cuando Jorge Idiáquez lo llamó desde el otro cuarto. Acudió de inmediato y la sala siguió tan quieta como a nuestra llegada. Entendimos que Edmundo había sido solicitado por su hermano en quien la enfermedad parecía revivir afectos y recuerdos de la niñez.

Pasaron largos minutos. Al cabo, salió uno de los compañeros médicos que se encontraba en el dormitorio del Jefe. Tomándome el brazo, me llevó hasta el jardín y me dijo: "Hay algo que usted debe conocer, compañero. Hace veinte minutos que ha fallecido el Jefe". Quedé anonadado. Haya había dejado de existir. Terminaban sus padecimientos y dolores. Pero, con él ausente ¿qué sería del Partido, de su hazaña y su gloria, sin el creador y el líder?. ¿Y qué significaba que no se comunicara esta fatal noticia a quienes, esa misma noche, estábamos en su casa angustiados por su agonía?

No se dio ninguna explicación. Al poco rato llegó Armando Villanueva y acercándose a la reja de la Quinta y ante la docena de periodistas que montaban la guardia desde días atrás, les anunció: "Haya de la Torre ha muerto. Viva Haya de la Torre". En la casa me dijo: "Vamos a redactar el boletín de prensa". Así lo hicimos, pero antes entré al dormitorio, cuyos aparatos médicos silenciados e impotentes, nada tenían que informar. Inmóvil, los ojos cerrados, su rostro perfilado por la enfermedad evocaba al Víctor Raúl de sus veinte años, al de las luchas del 23 mayo, al que saliera al destierro después de una huelga de hambre. El rostro aguileño del "pichón de cóndor" que dijera Vallejo una noche de presagios en Trujillo, se dibujaba con firmeza estatuaría. En la Quinta, repentinamente llena de compañeros y compañeras, todos lloraban sin rebozo, a pesar de la recomendación autoritaria de Armando: "Nadie llora". ¿Quién hubiera podido evitarlo?. Allí estaba, por primera vez, enmudecido, inmóvil, yacente, quien a lo largo de medio siglo había sido motor, impulso y elocuencia de todo un pueblo. El dínamo estaba quieto, muerto el cerebro prodigioso, sin latidos el corazón alerta. Había concluido la

vida de Haya de la Torre y se abría un nuevo capítulo de la historia del Perú. Privados del guía experto los pasos que diéramos los discípulos serían de nuestra exclusiva e indeclinable responsabilidad.

Villa Mercedes empezó a llenarse de gente. Muy conmovido, llegó Luis Alberto Sánchez, a quien días atrás le habían negado, grotescamente, la entrada. Llegó con Rosa. Jóvenes y viejos, obreros y profesionales. El Dr. José Zegarra Puppi, su abnegado médico personal de muchos años, se dirigió a Lima después de firmar el certificado de defunción, en busca del facultativo encargado del embalsamamiento.

Los funerales del gran caudillo de multitudes fueron signados por la presencia compacta y emotiva del pueblo. El día siguiente, se trasladaron sus restos para ser velados en el Aula Magna del Partido Aprista. Hicimos la primera guardia los integrantes de la Secretaría General Colegiada. Las horas siguientes, columnas interminables de gente fueron desfilando frente el féretro. Todo el día y toda la noche. De provincias, comenzaron a llegar las delegaciones con su múltiple testimonio de pesar.

El día 4 un enorme cortejo salió de Alfonso Ugarte en dirección al Congreso, donde se le rendirían honores correspondientes a su eminente jerarquía de Presidente de la Asamblea Constituyente. Por Colmena, Plaza San Martín y Abancay avanzamos hasta la Plaza Bolívar. Allí junto a la estatua del Libertador, cuyos sueños unionistas habían presidido la creación de un ideario continental, se dijeron los mensajes de despedida.

Me tocó el discurso del Partido. Desde lo alto de la tribuna divisé un denso panorama de rostros atribulados y llorosos. Rebelándose contra lo fatal, el pueblo había gritado, una y otra vez, durante el desfile. "¡Víctor Raúl! ¡Presente!". No lo querían muerto. Pero, como en el poema de Vallejo, "el cadáver ¡ay! siguió muriendo". Tanta fe y tanto amor daban a esta ceremonia multitudinaria y cívico sepelio una tensión casi intolerable. Yo tenía un nudo en la garganta. Por fortuna, el protocolo exige que los discursos fúnebres sean leídos y no improvisados. La noche anterior, había tratado de fijar mis ideas y, más aun, mis sentimientos.

Empecé diciendo: "Aquí está, enorme y lacerado, el pueblo que tanto amaste y que tanto te amó. Aquí estamos, confundidos en el mismo

dolor fraterno, los veteranos y los jóvenes, los hombres y las mujeres, los que profesan el Apra y los que fuera de sus filas, tienen sentido de la grandeza que contigo se va".

Hice la exégesis de su "vida sin tregua", de su legado ideológico y moral. El texto completo de este discurso-testimonio aparece en otro capítulo de este mismo volumen y a él me remito.

Vino luego el traslado de los restos a Trujillo. Haya siempre pensó en ser enterrado en su tierra natal, cerca de sus padres y de muchos mártires de la Revolución de 1932.

El cortejo tomó más horas de lo normal para llegar a destino. No fue el suyo un viaje directo y rápido. No pudo serlo. En ciudades, como Barranca, Huacho y Chimbote, en cooperativas, como Paramonga, miles de apristas cerraban la Carretera Panamericana para que el féretro se detuviera y rendirle acongojado tributo de adhesión. No importaba la hora. A medianoche, a las dos de la mañana, en la madrugada, los pueblos no durmieron para asistir al paso de la carroza. En Chimbote apenas amanecía, cuando llegó el cortejo y el féretro fue llevado, en hombros, hasta la Iglesia, donde el Obispo Monseñor Bambarén, pronunció un breve responso. A la vista de Trujillo, la caravana tuvo que desviarse para entrar a Moche, el pueblo favorito de Víctor Raúl en su infancia, que lo esperaba en la plaza como en los días rumorosos de las campañas políticas. Con mi esposa y con Fernando Calle, joven dirigente de Junín, acompañamos al féretro.

El testimonio más emotivo de aquel cortejo no fue tanto el despliegue de multitudes adictas, como el espectáculo de pequeños grupos de gente muy humilde, campesinos de los cercanos valles de la Sierra que situándose al lado de la pista, habían esperado horas que pasara por ella, a gran velocidad, la carroza fúnebre, dispersando, sobre el asfalto, puñados de tierra para que los aplastaran las ruedas del vehículo portador de los restos del Jefe. Su explicación era mágica y sencilla: "Llevamos de vuelta esta tierrita a nuestras chacras para que den buena cosecha".

Había caído la noche de ese luctuoso día de agosto cuando entramos en Trujillo. La calle que conduce de la Plaza de Armas estaba cubierta por un río humano, a cuya cabeza iban los dirigentes del Partido y el Embajador Padilla, de Colombia, que quiso asociarse, en fraternal actitud, con el pueblo peruano.

En la vasta Plaza de Armas de Trujillo, tantas veces colmada por manifestaciones apristas, que escuchaban el mensaje de su hijo predilecto, se depositaron sus restos, junto a la estatua de la Libertad. Con toda la pompa de la liturgia católica, Monseñor Prado, Arzobispo de Trujillo bendijo los restos, que fueron luego trasladados a la Catedral, la misma que guarda en sus bóvedas las cenizas de sus antepasados.

La mañana siguiente, con interminable caudal, los restos fueron llevados al Cementerio de Miraflores, al lugar que había elegido el propio Jefe. Allí, tras la debida sucesión de oradores, Haya de la Torre encontró su descanso definitivo. Los trujillanos, sobre la sólida roca que marca la tumba, pusieron esta leyenda: "Aquí duerme la luz". Luego, la Marcha fúnebre y las estrofas desafiantes de la Marsellesa aprista. Concluía, allí donde naciera, una vida, longeva y extraordinariamente fecunda. La vida más importante del Perú en el siglo XX.

30.- PRE-CANDIDATURA PRESIDENCIAL

La ausencia del Fundador y Jefe, al ser tan dolorosa como irremediable, colocaba al Partido Aprista en la obligación de pensar quien fuera el candidato presidencial en los comicios generales que la Junta presidida por el General Morales Bermúdez procedió a convocar pocas semanas después de morir quien había sido el candidato natural del movimiento, su irrenunciable abanderado.

Dentro y fuera del Partido se comenzaron a lanzar nombres, sobresaliendo los de Luis Alberto Sánchez y de Ramiro Priale, entre los de la generación fundadora y los de Armando Villanueva del Campo y Andrés Townsend Ezcurra, en la promoción posterior, llamada a veces "de la FAJ".

Estas especulaciones habían comenzado en vida del Vicjo y afirmo, bajo mi palabra, que siempre las rechacé en cuanto se referían a mi persona. No sólo por falta de vanidad cuanto por parecerme de mal gusto hablar de la sucesión de un Jefe aún vivo.

Al desaparecer Víctor Raúl las incitaciones se hicieron más urgentes. Decidí entonces comprobar qué respaldo tenían las afirmaciones de aquellos compañeros que me instaban a postular, eventualmente, una candidatura al interior del Partido. Era preciso compulsar la reacción de sus militantes.

Para ello descarté una visita al Norte, mi región de origen, mi "habitat" natural de costeño. Escogí el otro extremo geográfico: el áspero, recio y andino Cuzco.

La acogida fue sumamente favorable. Mitin a la llegada, conferencia en el Teatro Ollanta, totalmente lleno, desfile posterior, en una glacial noche serrana, hasta el Hotel del Cuadro y nuevo discurso a las puertas del mismo. Al día siguiente, acompañado por un grupo de entusiastas compañeros, encabezados por el entonces Secretario General Departamental, Leonidas Céspedes, penetramos en el Valle Sagrado y después de una recepción entusiasta en Calca, llegamos al pueblo de Ollantaytambo, junto a los muros megalíticos del Incario. Allí nos esperaba una manifestación. Y me esperaba una sorpresa. Al anunciarme el Secretario General Distrital, Ochoa, veterano integrante de la Célula de París, en los años anteriores a la fundación del Partido, leyó el acta de la sesión celebrada, días antes por el Comité Distrital de Ollantaytambo. En ella, los compañeros del lugar, "ante la sensible desaparición del compañero Jefe habían decidido postular al compañero Andrés Townsend Ezcurra". Esta inesperada proclamación fue recibida con maquinitas y aplausos.

Agradecí la espontánea actitud de los compañeros y pensé que si mi propósito era sondear la opinión del Partido, el resultado aquí, en este íntimo repliegue andino, tan distinto y tan distante de mi tierra natal, era claramente positivo. Resolví, en ese momento, competir por la candidatura.

De regreso, hice escala en Arequipa. La recepción en el local tradicional de la calle de Rivero, en la Ciudad Blanca, fue igualmente alentadora y después de un concurrido acto interno salimos a la calle en manifestación.

Siguieron días de actividad incesante. Visité ciudades, pueblos, cooperativas. Me recibieron en Tumbes, Piura, Cajamarca, Jaén, San Ignacio, Bagua, Chiclayo, Lambayeque, Ferreñafe, Huaraz, Caraz, Ica, Chíncha, Pisco, Huancayo, Moquegua.....

Esta experiencia era nueva en el seno del Partido Aprista. Desde su fundación y su primera campaña electoral de 1931, nunca se había postulado una candidatura presidencial que no fuera la del Jefe y Funda-

dor. Cuando se le negaba la inscripción —como en 1936— o cuando se le declaraba ilegal —como en 1939— o cuando el Partido, aunque reconocido, no podía postular a su Jefe —como en 1945 o 1956— o cuando pudo hacerlo, como en 1962 y 1963, Haya había sido la invariable escogencia de los apristas. Era, según la frase divulgada por los comentaristas políticos, el "candidato natural". El año 1980 el Partido tenía que presentar a otro.

Poco a poco, la elección fue concentrándose en dos nombres: Armando Villanueva y Andrés Townsend. Se reconocía al primero una tradicional autoridad en el seno del Apra, respaldada por sus largos y duros años de lucha. Quienes se inclinaban por mí argumentaban que poseyendo, asimismo, indudable autoridad interna explicable por más de 40 años de militancia, podía captar considerables votos del sector independiente. Se estimaba que este hecho era apreciable pues la competencia frontal iba a ser con Fernando Belaúnde Terry que tenía gran destreza para atraer a los electores no afiliados o indecisos.

En este proceso apareció —y el hecho era probablemente inevitable— el fenómeno, común en otros partidos de una "maquinaria", que organizaron sistemáticamente los dirigentes de la campaña en favor de Villanueva.

En otras épocas, cualquier competencia por un cargo de elección hubiera sido resuelto, y a veces en forma perentoria, por la autoridad incontestable del Patriarca y Jefe. Esta vez esa autoridad nos faltaba.

31.- LA CONVENCION DE OCTUBRE DE 1979

Para mediados de octubre de aquel año fatal decidió el CEN del Partido convocar a una Convención Nacional para elegir al candidato del aprismo. Comenzó, de este modo, una movilización interna sin precedentes. Los pre-candidatos presidenciales escogieron a sus compañeros de fórmula. Villanueva designó a Luis Negreiros, heredero de un gran nombre del Partido, para 2do. Vicepresidente. Carlos E. Melgar era el candidato a 1er. Vicepresidente.

Yo viajé a Arequipa para pedirle a Jorge Lozada Stanbury, ex-parlamentario, que fuera mi candidato a vicepresidente en las elecciones primarias. Con su modo expeditivo, Lozada me explicó: "No puede ser. A-

requipa acepta y exige la vicepresidencia pero ya designó para ese cargo al compañero Pedro Yúgar". Fue inútil que tratara de convencerlo de la utilidad de una fórmula regionalmente equilibrada: Lambayeque por el norte, Arequipa (él) por el sur. Con cerrada lealtad insistió en renunciar. Me incliné ante su decisión y ofrecí la postulación al Dr. Yúgar. Este la aceptó primitivamente, más luego, estando ya en Lima, la declinó. El ex-constituyente Carlos Enrique Ferreyros, parlamentario incisivo y polémico periodista, fue candidato a la 1ra vicepresidencia y el (entonces) joven catedrático Alfonso Ramos Alva, aceptó, no sin ciertas dudas, la segunda vicepresidencia.

La Convención presidencial fue muy concurrida. Abundaron los incidentes en materia de credenciales. La "maquinaria" funcionó implacablemente para asegurarse, por los medios más heterodoxos, una mayoría. Estoy seguro que Armando Villanueva fue ajeno a esas manipulaciones. Pero ellas existieron, a cargo de otras personas. Se utilizó, aparte de estas ingeniosas maniobras, una campaña tenazmente difundida, de que yo era "de derecha". Finalmente, se llegó al escrutinio y éste arrojó, en cifras porcentuales y redondas, 60% por Villanueva y 40% por Townsend. En esos momentos, eludiendo la prohibición de entrada de personas ajenas al Aula Magna, llegó hasta mí, el ubicuo y ágil periodista César Hildebrandt para preguntarme, a boca de jarro: "¿Qué le parecen los resultados Dr. Townsend?". Le respondí: "Muchas veces, Ud. y sus colegas me han llamado "el inglés", por mi apellido y —al parecer— por mi tranquilidad habitual. Voy a contarles la historia de un inglés al cual le notificaron en su club, un sábado, que se estaba incendiando su negocio y se limitó a comentar: "¡Que disgusto voy a tener el lunes!". Repare, Sr. Hildebrandt que estamos a sábado".

Al concluir el recuento, Armando hizo una entrada triunfal. Yo salí a su paso, lo abracé y lo felicité. Pero él insistió en que lo acompañara al estrado del Aula Magna y allí levantamos las manos entrelazadas. Gran número de delegados comenzó a vocear "Townsend, vicepresidente" y varias delegaciones encargaron a Judith Prieto que depositara por escrito la propuesta. Pero allí se levantó el acto postergándose la elección de los vices para el día domingo.

La mañana siguiente, tras meditar la situación, decidí enviar una nota a la Convención declarando que no aceptaba la candidatura vicepresidencial, por que al elegir a Villanueva la Convención había optado y que

en esa opción debía ir acompañada por sus compañeros de fórmula, Carlos E. Melgar y Luis Negreiros. Pedí a mi paisano y amigo, Cecilio Serquén Olazábal, que llevara mi renuncia a la Convención, cuyo plenario se reunía en esos momentos en Alfonso Ugarte. La lectura del documento suscitó generales protestas. Delegados de todo el país insistían en elegirme como candidato a 1er. Vicepresidente y la elección tomada en esos momentos resultó prácticamente unánime. Rechazaron mi renuncia y me eligieron candidato a mí y a Negreiros para la 2da. Vicepresidencia. Después de esa jornada no tenía como ni ante quien persistir en mi declinación. Armando fue a mi casa y comenzamos a programar las actividades de la campaña que se iniciaba con bastante anticipación.

Sobre esta campaña se han dicho leyendas y falsedades que apenas si vale la pena refutar. Una sostiene que yo le negué mi concurso. Lo cierto es que yo fui a todos los lugares que me señaló el Partido: Chimbote, Chiclayo, Cajamarca, Trujillo. También es cierto —acaso pura coincidencia, pero fue así—, que en todas estas ciudades ganamos en las elecciones de mayo de 1980.

En abril de ese mismo año enfermé seriamente y los médicos decidieron operarme de urgencia. Lo hicieron a tiempo, pues el Dr. Baracco, mi cirujano encontró una vesícula totalmente infectada y una peritonitis localizada. La operación me retuvo 12 días en la clínica y salí con órdenes de no fatigarme.

Semejante indicación era imposible de respetar. La penúltima concentración de la fórmula antes del acto final en Lima, debía ser en mi tierra natal y no podía excusarme. Todavía débil por el postoperatorio me dirigí a Chiclayo acompañado por el gran clínico y amigo, el hoy desaparecido Dr. Luis Velasco de la Torre que quiso asistirme en este viaje.

El mitin fue desbordante y entusiasta. Lo presencié sentado en una silla, por orden médica, excepto los 30 minutos de oratoria. Allí recuerdo haber señalado nuestra disidencia tanto de la derecha que vive del dinero y para el dinero, como de aquella izquierda totalitaria que sólo actúa en el terror, por el terror y para el terror.

"Como tu no podrás estar en Lima para el acto final, por tu situación nos despediremos aquí" me dijo Villanueva y así lo hicimos.

Al retornar a mi alojamiento de Chiclayo —a la casa siempre fraterna de mi compadre Luis E. Cortez— encontré llamadas urgentes de Trujillo. Los compañeros deseaban que yo estuviera presente en el acto de clausura de campaña, al día siguiente. Acepté, superando limitaciones físicas de convalecencia y empezaba el día siguiente el mitin en la ciudad "cuna y tumba" cuando ingresé a su ágora amplísima, donde rebosaba una multitud de apristas y simpatizantes. Hubo cierta confusión en el estrado, porque, de acuerdo a algunos dirigentes, yo "no estaba en el programa". Oscar Idiáquez Ríos intervino decisivamente. "Andrés es candidato a la vicepresidencia. Está aquí y todos lo han visto y aplaudido. Nadie podrá entender que no hable". Y con respaldo de otros líderes trujillanos, la cuestión quedó zanjada y hablé esa noche. Mi tema fue discrepar, fraternalmente con los compañeros de La Libertad, respecto a la leyenda colocada en la tumba del Maestro y Jefe: "Aquí duerme la luz". Poética pero inexacta. Cuando duerme la luz sucede la oscuridad. Y la de Haya era y seguiría siendo, una luz sin crepúsculo, radiante y eterna. Recibí los aplausos que, con cariño, me dispensaron siempre los compañeros de Trujillo, cuna del fundador del Apra y tumba del primero de mi nombre que llegó al Perú. Al día siguiente, estaba en Chiclayo, ultimando preparativos para el acto electoral de esa jornada.

Voté en mi tierra, como ha sido mi costumbre desde que pude ejercer mi condición de elector en 1962. Al abrirse las ánforas esa noche, fue evidente que ganábamos en Chiclayo, en la ciudad y la provincia. Luego llegaron, con el mismo signo, los resultados de Lambayeque y Ferreñafe. El Departamento ratificaba, con elocuentes guarismos, que era de lo más sólido en el "Sólido Norte". Con su acostumbrada y compacta fidelidad, empezaron a registrarse los resultados de Trujillo.....

Pero lo demás, y fuera de Cajamarca que se mostró con su tradicional lealtad, era poco menos que un desastre. Se perdió Ica, antiguo bastión; se perdió Ancash, parte del norte tradicional; se perdió Junín, tierra de Priale; se perdieron Arequipa, Cuzco, Tacna, Loreto, San Martín... Se perdieron todos los departamentos —incluida la cuantiosa votación de Lima— con excepción de tres fieles: mi Lambayeque, La Libertad, cuna del Jefe desaparecido, Cajamarca, vinculada a él por lazos familiares y una antigua adhesión partidaria. Si en las elecciones de un año atrás la victoria había sido del aprismo, con excepción de tres departamentos, en los comicios de 1980 la situación se había simétricamente, invertido. Perdíamos en todos los Departamentos con excepción de

los tres que conocemos. Acción Popular reeligió a Fernando Belaúnde Terry y logró la mayoría en el Congreso. Se iniciaba "el segundo belaudismo" y su gobierno, a diferencia de lo que ocurriera con el "primer belaudismo", contaba con todos los resortes del poder. No había ya excusas para un fracaso.

El Partido quedó como atónito y desconcertado. ¿Qué había ocurrido?. ¿Cómo, en un año, se había descendido del 37% de la votación a un 27%?. Las explicaciones, como es natural, fueron muchas y yo me dí las mías. No faltaron algunos compañeros que me endosaran la responsabilidad de la derrota: yo "no había cooperado", mi enfermedad y mi operación eran un invento y una excusa. Hasta ha habido, años después, la historia de un señor que afirmara a una periodista que yo había faltado deliberadamente al mitin final de Lima y que él había tenido que redactar el discurso que no llegué a pronunciar. Lo cierto es que yo envié un mensaje de cálida adhesión, que fue leído. Y también que si hubiera encargado a alguien que escribiera por mí, semejante elección hubiera recaído en alguien "inteligente en idioma castellano", como reza la fórmula notarial y no en el audaz personaje de marras.

Al retornar a Lima, era evidente que el desconcierto seguía sembrando su desmoralizadora influencia. Hablé con los dirigentes y les urgí a convocar un Congreso, porque era obvio que no podía pasar ignorada una catástrofe de semejante magnitud. El aprismo en 1980 era menos del 33% que amigos y enemigos nos habían reconocido siempre. Los responsables de la derrota no se resignaban a estudiar sus causas.

Lo único que pudo reunirse fue un Plenario Nacional. Allí propuse el Congreso y la mayoría me respondió hostilmente, como si hubiera proyectado un cambio de ideología o de programa. Hice público entonces, en una carta que publicaron los diarios, mi iniciativa urgente de un Congreso, el mismo que debería reunirse en Trujillo.

Finalmente, se accedió a mi pedido. Tendríamos Congreso en agosto. Al propio tiempo, la maquinaria trabajaba afanosamente en todo el país por asegurarse una mayoría decisiva. No tuvieron muchos reparos en la elección de los medios. Se preparaban para un choque de grandes proporciones con lo que denominaban ya el "andresismo".

32.- MI EXPULSION

He dicho, que no es mi propósito revivir la historia, para mí dolorosa, de mi expulsión del Partido Aprista. Por eso me abstengo de evocar con detalles, todos los incidentes, algunos muy graves, que ocurrieron durante y después del Congreso del Partido, celebrado en Trujillo. Pero considero indispensable señalar lo que ocurriera en el período inmediatamente anterior a mi expulsión. Hago hincapié en esta palabra, pues con el tiempo transcurrido, no pocos creen que yo me auto-excluí del Partido y que basta expresar un desco de regresar para que todo sea claro, sencillo y parejo. Lamentablemente, no es así.

El sábado 27 de diciembre de 1980 recibí, en mi casa una citación de la Secretaría Nacional de Disciplina, firmada por Susana Medrano de Velásquez. Me citaban para que el lunes 29, a las cinco de la tarde compareciera a fin de que "asumiera mi defensa", en relación con "los cargos en su contra" planteados ante la Secretaría de Disciplina.

Decidí no acatar esta convocatoria. La citación, en primer término, no mencionaba los cargos. ¿Cuáles eran mis delitos?. De tipo político resultaban impensables. En noviembre de ese año de la derrota, yo había dirigido, con los compañeros de Chiclayo, la campaña municipal de Lambayeque y obtuvimos la victoria en las tres provincias y en el 90% de los distritos. En mayo había ganado como candidato vicepresidencial y como diputado en la misma circunscripción. Mi Departamento fue uno de los tres (con Cajamarca y La Libertad) en que el aprismo no participó en el desastre del Partido.

La citación disciplinaria era ampliamente objetable por un problema de forma y fuero. Según el Reglamento General del Partido Aprista, editado en 1979 (y que no sé si sigue válido, pero sí lo estaba entonces), dice el art. 28: "La Célula Parlamentaria Aprista constituirá su Consejo de Juzgamiento con cinco de sus miembros y tendrá categoría de Consejo Nacional". A mí se me sometió a un tribunal especial que no me correspondía.

En días anteriores se habían producido varias reuniones de conciliación las que parecieron obtener éxito, especialmente la celebrada en el estudio de Luis Alberto Sánchez. Pero todo se rompió con la citación

disciplinaria del 27 de diciembre. Había resuelta voluntad de separarme del Partido.

A partir de 1981 me encontré fuera del aprismo, pero sin perder ni el afecto ni la simpatía de numerosísimos compañeros que, con sus visitas, sus llamados telefónicos, sus cartas y sus telegramas, desde todos los rincones del país, me trajeron el testimonio invalorable de un vasto respaldo. Recuerdo con especial gratitud la solidaridad fraterna que entonces me brindaron —y me siguen brindando— el Dr. José Zegarra Puppi, médico que fuera del Jefe, profesional y hombre de nobilísimas calidades, y su esposa Judith Prieto de Zegarra, diputada entonces, mujer de grandes quilates e historiadora de sus hermanas de sexo caracterizadas por ella —así se llama uno de sus libros— como "las mujeres que hicieron el Perú". Y el apoyo de José Sandoval Morales, patriarca del sindicalismo peruano, y de tantos otros compañeros.

En febrero de 1981, para la fiesta de la Fraternidad, los compañeros de lo que empezó a llamarse "Movimiento de Bases Apristas" decidieron convocar a una manifestación en la Plaza San Martín, ágora política tradicional de Lima. El mismo día y a la misma hora los dirigentes del Partido convocaban a la tradicional manifestación del 22 de febrero en su acostumbrado emplazamiento de la Avenida Alfonso Ugarte. Hubo gran expectación por los resultados de esta competencia. Cuando llegué al estrado de la Plaza San Martín y la divisé colmada de fervorosos compañeros el corazón me dio un vuelco. La protesta ortodoxa, que me había hecho su dirigente, consumaba el milagro de este mitin, comparable a los mejores que allí mismo hubiera realizado el Partido en otros tiempos. Cuando terminaba el mitin, por un teléfono especialmente instalado, me llamó el periodista César Hildebrandt, que había presenciado la de Alfonso Ugarte, para decirme: "¿Qué comentario tendría usted que hacer, diputado Townsend, si le dijera que en esta Avenida hay por lo menos tanta gente como la que está con usted en la plaza?". A lo que respondí: "Diría que el Apra es muy grande".

Ese fue mi espíritu: unitario, pero removiendo los vicios y defectos que amenazaban la integridad moral e ideológica del Partido. Entusiasmados por el éxito de esa noche, algunos compañeros me urgían a abrir allí mismo, libros de registro para la firma de millares de afiliados y fundar así un nuevo Partido. Me negué a hacerlo. No era propósito —lo habíamos dicho y repetido— fundar un nuevo movimiento, sino rescatar el que siempre había sido el nuestro.

Así nació el "Movimiento de Bases Apristas", que abrió locales e instaló directivas en casi todas las provincias. Era "movimiento" y no Partido y era de "Bases Apristas", para marcar la identidad política e ideológica. Cuando el Jurado Nacional de Elecciones, a pedido del Comité Ejecutivo del Partido oficial nos prohibió usar el apelativo, lo cambiamos y la agrupación se llamó "Movimiento de Bases Hayistas", con la sigla MBH y una mano izquierda como símbolo. Tuvo su canción y tuvo su entusiasmo. Conmovió profundamente la conciencia del Partido y sus banderas —moralización, a cada aprista un voto, rechazo de las infiltraciones comunistoides, desectarización, etc— se impusieron en las filas del Partido. Habíamos denunciado, con especial vigor, la maligna penetración de elementos narco-trafficantes, ansiosos de poder político y esta denuncia fue tildada entonces de calumniosa. Sin embargo, en el año 1988, el Presidente Alan García, en un comentado discurso ante la JAP en Ayacucho recuerda que fue él quien, en 1982, expulsó al narco-trafficante Langberg. A este personaje, ese mismo año, lo había llevado yo ante la justicia acusándolo por injuria, calumnia y difamación. Fue encontrado culpable y se le sentenció a dos años de prisión condicional. Por esa misma época, concluyeron otros juicios que le seguía el Estado por narcotráfico, se le condenó a penas siempre inferiores al estrago que causan —especialmente en la juventud— estos traficantes del vicio y probados agentes de la muerte.

El Movimiento de Bases contribuyó, desde fuera del Partido a que se dieran condiciones fundamentales para una victoria electoral del Apra en 1985. Un líder joven, Alan García captó la atmósfera y las exigencias del momento. Recogió muchas motivaciones de la campaña "hayista" y empezó a reclamarlas. Hizo, lo que el penetrante columnista Manuel D'Ornellas, llamó "andresismo sin Andrés" y obtuvo amplio respaldo de una masa partidaria que venía esperando más de 40 años el advenimiento de un régimen aprista. Muchos compañeros que habían participado en los años iniciales del MBH decidieron volver al redil, pero llevaban bien claro el recuerdo de los vicios o errores que en los años precedentes los habían obligado a salir de filas. Todo ello, y la nada afortunada gestión del gobierno de AP, cuando revivieron viejos dogmas de un liberalismo caduco, empujaron a la gran victoria aprista de mayo de 1985.

En estas elecciones participó, por primera y última vez en una elección nacional, el MBH. El Dr. Bedoya, candidato del PPC invitó a

la formación de una Convergencia Democrática, integrada por su Partido, por el MBH y por el grupo de independientes que encabezaba un ilustre médico, el Dr. Esteban Rocca.

Excluido del Apra, sin un aparato partidario nacional suficientemente maduro, ganoso que las ideas de Haya no perdieran la oportunidad de ser escuchadas, acepté la invitación del Dr. Bedoya para ser candidato a la Vicepresidencia. Compañeros de todo el país ingresaron a las listas de la Convergencia.

Cuidé, con mucho celo, que la Declaración de principios de la Convergencia tradujera tanto el pensamiento hayista como el ideario del PPC, cosa que había ocurrido con la propia Constitución. Nada de lo que allí se dijo era incompatible con mis convicciones apristas de 50 años. El electorado debió entenderlo así porque fui electo Senador nacional con 106,468 votos.

SEGUNDA PARTE

ENSAYOS

1.- SOBRE EL APRA Y SU HISTORIA

Prólogo al libro *Historia del Apra*
de Percy Murillo Garaycochea

Nada ha ocurrido más importante en la historia social y política del Perú en el siglo XX, que la fundación y la presencia del Apra. Y pocos sucesos han tenido, en el mismo período, semejante repercusión continental. El escritor norteamericano Richard Goodwin llega a decir en un ensayo interpretativo de Latinoamérica a través de hombres-símbolos, que la "historia contemporánea de América Latina comienza con Haya de la Torre". (1) El más brillante comentador de Marx en inglés, el profesor G.D. H. Cole en su clásico libro sobre el socialismo, lo llama "la contribución más notable a la formulación de un movimiento social de izquierda peculiarmente latinoamericano". (2) Y la violenta impugnación de los adversarios —pertenecientes en su casi totalidad a las franjas lunáticas de la extrema derecha o del comunismo colonial— constituye un testimonio irrecusable, por adverso, de una presencia ideológica y política que, en forma directa o indirecta, reconocida o negada, influye en la evolución actual del Perú y de América Latina.

No obstante la clara importancia de su novedad teórica y de su capacidad demostrada de movilizar mayorías populares y mantenerlas con lealtad sin precedentes en torno a sus banderas, el aprismo no ha si-

(1) GOODWIN, Richard: *Our Stake in a Big Awakening*, LIFE, Ed. norteamericana, Vol. 62, Nº 15, 14 de abril de 1967.

(2) COLE, G.D.H.: *Historia del Pensamiento Socialista*, Fondo de Cultura Económica, México 1962, Vol. VI, Pág. 275.

do objeto, hasta ahora, de un tratamiento histórico objetivo y adecuado. Por muchos años, el aprismo fue tema tabú, tanto en la prensa sumisa de las dictaduras como en la producción acobardada de los historiadores. Resulta penoso hasta lo grotesco advertir como los autores de historia peruana, especialmente los de texto, con alguna excepción solitaria y honrosa, al llegar a 1930 y al tener que referirse al Apra, a sus ideas y a sus luchas, concluían sin más trámite sus libros, dejando a Clío en pudorosa ignorancia de lo ocurrido políticamente en el Perú los últimos treinta o cuarenta años. De este modo, el aprismo, que viviera tantos lustros de clandestinidad política, tuvo que soportar una no menos larga ni menos excluyente clandestinidad historiográfica. Cuando el historiador canónico de la república —el doctor Jorge Basadre— se decidió a pasar el Rubicón de 1930, su testimonio resultó notoriamente parcializado.

El tema que no tocaban los historiadores nacionales para no ofender al *establishment* oligárquico-militarista tradicional, ni atraerse la excomunión del Gran Calibán periodístico que dispensaba consagraciones o decretaba anatemas, atrajo, en cambio, y desde los comienzos copiosa producción extranjera y latinoamericana. Tan abundante que ya en 1942, Luis Alberto Sánchez publicaba una extensa bibliografía. (3) A ella, en años posteriores se agregaron los aportes norteamericanos, de Robert McNicoll (4), Harry Bernstein (5), Grant Hilliker (6), Douglas (7), Robert J. Alexander (8), Peter S. Klaren (9) y en especial el clásico y es-

(3) *The Hispanic-American Historical Review*. 1942

(4) McNICOLL, Robert E.: *Intellectual Origins of Aprismo en Latin American Panorama*, Edited by Paul Kramer & Robert McNicoll, GP. Putmansis Sons, New York, 1968, Pág. 266 y sgts.

(5) BERNSTEIN, Harry: *Modern and Contemporary Latin America*, J.B. Lippincott Company, New York, 1952, Chapter 37: *A Revolutionary doctrine in Peru, 1919 to 1951; an Indoamerican Program*, Pág. 675 y sgts.

(6) HILLIKER, Grant: *The Politics of reform in Peru. The Aprista and other Mass Parties of Latin America*, The John Hopkins Press, Baltimore and London, 1971.

(7) DOUGLAS, William: *Developing Democracy*, Heldref Pub. Washington D.E. 1967, Págs. 90 y sgts.

(8) ALEXANDER, Robert J.: *Aprismo: Ideas and Doctrines of Victor Raúl Haya de la Torre*. Kent University Press, 1974.

(9) KLAREN, P. *Las Haciendas Azucareras y los orígenes del Apra*. Lima, 1970.

clarecedor libro del Dr. Harry Kantor (10). En Inglaterra, se refirieron al Aprismo los libros de Pendle (11), Humphrey (12) y Marcet (13). En Francia, Francois Bourricaud trabajó con típica claridad analítica en torno al aprismo y los grupos de poder en el Perú (14). En alemán, sueco y otras lenguas aparecieron libros que dedicaban buena parte de sus páginas a la historia y las ideas del aprismo. En el Uruguay, la figura consular de la social-democracia rioplatense que fue Emilio Frugoni le dedicó un estudio (15). En la Argentina peronista y postperonista al rastrear las influencias externas que contribuyeron a la heterogénea conformación ideológica de ese movimiento popular, se coincidió en señalar a FORJA (Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina), plantel político de brillantes figuras, como recipiendaria, hacia 1935, de ideas nacidas de la cantera aprista (16), que Alberto Ciria también registra en su ensayo sobre esta forma típica del populismo argentino (17). En Venezuela surgieron el testimonio fraternal de Thibaldo Gonzáles (18) y la obra maestra, consagratoria y polémica de Carlos Rangel (19), el hispano-me-

(10) KANTOR, Harry: *The Ideology and Program of the Peruvian Aprista Movement*, University of California Press Berkeley, 1953. (Ediciones en español de México y Buenos Aires).

Recientemente (1983) se publicó "En torno al origen histórico ideológico del ideario Nacionalista Populista Latinoamericano" del Dr. Luis Enrique Bieher. Trata de la "Gestación, elaboración y vigencia de la concepción aprista de Haya de la Torre" Colloquium Verlag, Berlín.

(11) PENDLE, George: *A History of Latin America*, Penguin Books, London, 1963, Pág. 187.

(12) HUMPHREY, R.A.: *The Evolution of Modern Latin America*, Oxford, Clarendon Press.

(13) MARETT, Sir Robert: *Perú - Ernest Bern*, London 1969.

(14) BOURRICAUD, Francois: *Pouvoir et Societe dans le Perou Contemporain*, Ammand Colin, 1967. Edición en español de B. Aires.

(15) FRUGONI, Emilio: *Génesis esencial y fundamentos del socialismo* Cap. XII, Vol. II: *El Aprismo*, Amicales, B. Aires, 1947

(16) SCIENNA, Miguel Angel: *FORJA. Una Aventura Argentina*. (De Yrigoyen a Perón), Ed. La Bastilla, Buenos Aires, 1972. Vol. I Pág. 149.

(17) CIRIA, Alberto: *Perón y el Justicialismo*, Cap. 4-5. *Algunos modelos latinoamericanos*. Siglo XXI Editores, B. Aires, 1971

(18) GONZALES, Thibaldo: *Haya de la Torre, Trayectoria de una Ideología*, Caracas, Tipografía Garrido, 1958.

(19) RANGEL, Carlos: *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*, Monte Avila, Editores, Caracas, 1976

xicano, Víctor Alba ⁽²⁰⁾, el paraguayo José L. Decamilli ⁽²¹⁾ y el mexicano Abelardo Villegas ⁽²²⁾ formularon interesantes aportes.

La historia del aprismo, empero, seguía faltando. Los dos libros de Luis Alberto Sánchez —cima ilustre de la intelectualidad peruana, ligado, de corazón y pensamiento, al Apra desde 1930— giran en torno a la personalidad carismática y desbordante del fundador y jefe. Sus dos biografías ⁽²³⁾ fueron libros señeros en sus respectivas épocas y mantienen el sortilegio de su dinámico relato.

Diríase que demasiado ocupados en hacer historia los apristas han descuidado la tarea, no menos importante, de escribirla. O lo han hecho a través del documento volandero, del artículo conmemorativo, del panfleto hirviente de pasión. O en el recuerdo desgarrador del preso ⁽²⁴⁾. De toda la producción más reciente, es el libro de Felipe Cossío del Pomar, ese glorioso adolescente octogenario, sobre Haya de la Torre lo que más se acerca a una historia pero bordada siempre en torno a la peripecia vital del guía ⁽²⁵⁾. A Eugenio Chang-Rodríguez le debemos una solvente presentación de las ideas de Haya y de sus precursores ⁽²⁶⁾.

En portugués se hizo esperar una obra completa, mas al fin apareció y resultó nutrida y excelente. Su autor es el profesor brasileño Oliveira S. Ferreira, de la Universidad de Sao Paulo, que ha dedicado su libro a un prolijo estudio sobre "a ordem e a revolução" en el pensamiento de Haya de la Torre ⁽²⁷⁾.

- (20) ALBA, Víctor: *Historia del Movimiento Obrero en América Latina*, México, 1961
- (21) DECAMILLI, J.L.: *Haya de la Torre. Ideas y Doctrinas*, Amauta S.A. Lima, Perú, 1971
- (22) VILLEGAS, Abelardo: *Reformismo y Revolución en el Pensamiento Latinoamericano. Siglo XXI*, México, Pág. 141-180
- (23) SANCHEZ, Luis Alberto: *Haya de la Torre: Crónica de una vida sin tregua*. Ed. Ercilla, Chile, 1934 —*Haya de la Torre y el Apra*. Ed. El Pacífico, Chile 1954
- (24) SEOANE, Juan: *Hombres y Rejas*, 1a. Edición, Ercilla, Chile 1939.
- (25) COSSIO DEL POMAR, Felipe: Víctor Raúl, Ed. Cultural T.C.S.A. México D.F., 1969
- (26) CHANG-RODRIGUEZ, Eugenio: *La Literatura Política: González Prada, Mariátegui, Haya de la Torre*, México, Studium, 1957.
- (27) FERREIRA M. OLIVEIROS: *Nossa América: Indoamérica* Biblioteca Pioneira de Ciencias Sociais. Editora da Universidade de Sao Paulo, Sao Paulo, Brasil, 1971.

Es forzoso reconocer que en las circunstancias "normalmente" predominantes en el Perú —si la "normalidad" peruana es, como sostenía irónicamente el poeta Martín Adán, la dictadura y la represión— resultaba arduo escribir una historia del aprismo. En algunas épocas se llegó a retirar o esconder de las bibliotecas públicas los libros "nefandos" escritos por autores de la "secta". Y a los investigadores extranjeros se les advirtió de cuan indescable resultaba una curiosidad, así fuere científica, en torno al partido proscrito. La persecución determinó la pérdida de incontables documentos necesarios para reconstruir, con todos sus detalles, la historia de esos años en la catacumba. (*)

Algunas de las fuentes más valiosas para el estudio del inmediato pasado peruano no han sido abiertas a la indagación científica. En tanto, en los Estados Unidos, a los cuarenta años, hasta los papeles más recónditos de la diplomacia se abren a la curiosidad —y publicidad— de los investigadores, en el Perú los archivos policiales guardan, con celo que no ha mermado, un patético botín de libros y papeles, fruto de las "razzias", de los allanamientos y de las confiscaciones. Allí está, en buena medida, la otra historia del aprismo: los legajos rencorosos —y todavía no cerrados— de líderes y militantes; los informes del soplón y las denuncias del traidor. Pero también sería posible encontrar la huella de las torturas y el secreto de muertes y ejecuciones. Deben hallarse asimismo, las colecciones inagotables de esas hojas clandestinas —ya mimeografiadas, ya impresas— con que el aprismo volvió inacallable su voz y cuyo número bastaría para empapelar diez cuartos tan grandes como los del rescate del Inca en Cajamarca. El investigador que alguna vez ingrese en esta "selva oscura" podrá entregarnos la imagen prodigiosa y espantable

(*) Con posterioridad al presente ensayo, aparecieron otros libros sobre el Apra. Entre ellas, se destacan: *Haya de la Torre y la Unidad de América Latina*, de Mario Peláez Bazán, Lima, 1977; *Haya de la Torre o el Marxismo Indoamericano*, de Hugo García Salvatecci, María Ramírez Editora, Lima, 1980; *Mito y Realidad de Haya de la Torre, Orígenes del Apra*, por Pedro Planas Silva: Centro de Documentación Andina, Lima, 1985; *Reportajes al Apra* (2 vols.) de Gueily Villanueva Díaz, Ed. Acunta, Chiclayo, 1985 y Víctor Raúl. *Semblanzas de una Vida en el Siglo*, del mismo autor, Ed. Acunta, Chiclayo 1987; *Orígenes Históricos del Apra*, por Leonardo Jeffs Castro. Ediciones Nuestramérica, Santiago de Chile, 1985. En 1978 inicié, yo mismo, la publicación en fascículos, de una "Historia Gráfica del Aprismo" que tuvo gran difusión y a la cual contribuyó Víctor Raúl con fotos inéditas. Colaboró en estos fascículos Herbert Mujica Rojas y los editó Enrique Delgado Valenzuela.

de un Perú secreto, torturado y fecundo, en cuyas profundidades hunde sus raíces la presencia inmortal y la sempiterna juvenilia del movimiento aprista.

Saludemos ahora —al fin— la aparición de una *Historia del Aprismo*, por Percy Murillo Garaycochea, escritor y artista arequipeño, ligado al Apra por una militancia que viene desde sus años mozos y que ha tenido las acostumbradas probanzas de la prisión y la vida clandestina. Precisando como marco de su estudio lo que llama el "Período de Formación e Insurgencia", o sea de 1919 a 1945, Percy Murillo nos ofrece una investigación de seriedad indisputable y de alta jerarquía científica. Por primera vez, nos encontramos ante una historia metódica, cronológica y temáticamente ordenada, del Apra y de esos dos factores esenciales de su drama: el Jefe y el Partido. La "tierra incógnita" de la historia contemporánea del Perú ha sido, finalmente, descubierta, se ha trazado el mapa de sus costas y el perfil de sus montañas. Quien venga luego a acometer estudios similares —y sabemos que hay importantes aportes en perspectiva— no podrá ignorar la hazaña inicial de Murillo. Y a los negadores, por omisión o cobardía, de la presencia aprista les será imposible prescindir del denso y a la vez claro testimonio de este historiador que no esconde ni su "filiación ni su fe". Pero que tampoco se limita a una simple "apología pro-domo sua". Habla con notoria objetividad y con riqueza de información y de datos.

Porque Murillo Garaycochea ha trabajado en las fuentes conocidas de la historia aprista, explorando incluso las colecciones de periódicos y los folletos fugaces, tanto del aprismo como del antiaprismo. Con apasionada serenidad —si es lícita la paradoja— ha conseguido el dominio real de un tema que podría escaparse a alguien menos avezado en virtud de la abundancia en sucesos o personas. Ha sabido colocar a cada instante y a cada actor en su contexto histórico y, sin ignorar la gravitación extraordinaria de Haya de la Torre, identifica y perfila a los demás personajes del vasto drama y a aquel múltiple y constante partícipe en todos sus episodios, el personaje con millones de caras que es el pueblo del Perú.

El hecho de la permanencia del Partido Aprista como fuerza política mayoritaria sería título bastante para su consagración histórica. Son varias, empero, las razones que justifican su calidad de fenómeno excepcional. Murillo Garaycochea lo consigna en sus conclusiones, y en torno a ellas queremos realizar algunos aportes y reafirmaciones.

Da al aprismo calidad peregrina, la audacia de su planteamiento ideológico. Haya de la Torre ha sido el primer pensador político de Latinoamérica que forjó una interpretación filosófica de la historia del continente. En una América que dejó de ser colonia política, pero siguió siendo colonia económica e ideológica, resultó inveterada la costumbre deformante de mirar los fenómenos desde fuera y no desde dentro. "Filosofía y ciencia de gobierno, jurisprudencia y teorización doctrinaria, no son en nuestros pueblos sino plagios y copias", denunciaba Víctor Raúl en su libro capital (28). El aprismo es el primer esfuerzo por dar una respuesta latinoamericana a los problemas latinoamericanos. De allí la originalidad y frescura que sorprende y cautiva al estudioso extranjero cuando enfoca esta doctrina. A través de la teoría del espacio-tiempo histórico, Haya de la Torre niega y continúa dialécticamente al marxismo.

Esta hazaña —la de rechazar al marxismo "congelado" y a su dogmática— adquiere toda su importancia si se recuerda que el desafío heterodoxo ocurrió en 1927-30, muchos años antes de que se insinuaran las disidencias, cismas y tendencias policéntricas en el campo del marxismo. En la insurrección ideológica contra el stalinismo sacerdotal y el colectivismo burocrático, Haya de la Torre fue un egregio pionero y precursor. Los fermentos democratizadores de hoy en el mundo comunista —el "eurocomunismo" de Berlinguer y de Marchais, el pensamiento anterior a éstos de Roger Garaudy— demuestran que en el orbe europeo ya no es un partido comunista "con sede y gobierno indelegable en Moscú" que impugnara Haya en 1928 (29) la jefatura forzosa del movimiento revolucionario. La herejía titoísta, desde 1947, marcó ya la fisura del bloque monolítico del comunismo y el gigantesco apartamiento de China y su virulento repudio del "social-imperialismo" de los "nuevos zares" soviéticos, subraya que ya es un hecho esencial dentro del marxismo el desconocimiento de ese comando "indelegable" como lo predicara el profético ideólogo revolucionario peruano.

No menos significativa, para confirmar la anticipación aprista, ha sido el nuevo rumbo de la social-democracia europea de la segunda posguerra. En particular cuando, desde el Congreso de Francfort y del Programa de Bad-Godesberg, los partidos socialistas europeos se definen co-

(28) HAYA DE LA TORRE: *El Antimperialismo y el Apra*, 5a. edición, Caracas, 1976, Pág. 231

(29) HAYA DE LA TORRE: *Ob. Cit.* Pág. 139

mo partidos del pueblo (Volks Partei) y dejan de ser partidos de clase (Klass Partei) como lo fueran desde su fundación. Si semejante rectificación es plausible en países industrializados, tanto más procedente y justa resulta la tesis pluriclasista del Apra en los países en desarrollo —donde las clases también están en desarrollo— y más particularmente en Latinoamérica.

Pero lo interesante en esta hazaña doctrinaria no fue únicamente plantear una disidencia emancipadora de la tutela dictatorial del marxismo y del stalinismo. El aprismo no es tan sólo una herejía marxista, como el cristianismo no es una herejía de la sinagoga, aunque se nutra y venga a cumplir profecías de la religión hebrea. Con el aprismo, Haya de la Torre escribió el capítulo que se le olvidó a Marx y que el socialista hindú Asoka Metha señalaba como la gran ausencia en el filósofo de **El Capital**: la de una teoría revolucionaria para los países subdesarrollados. Marx parece haber confiado en que la revolución socialista en los centros del capitalismo convertiría, por añadidura, a los países coloniales y semi-coloniales en países liberados y socialistas. La experiencia de nuestro tiempo rectifica al profeta. Ni la revolución se hace al modo que él previó ni se hace en Inglaterra, supuesto "espejo" en el cual debían mirarse las naciones preindustriales, ni los países dependientes pueden saltar etapas. El **Estado Antimperialista** diseñado por el aprismo es el esquema de un régimen de transición, mediante el cual los países se liberan como naciones y las clases explotadas rompen el ciclo de su explotación. Es tesis vertebral de Haya de la Torre que el imperialismo "última etapa del capitalismo" según Lenin, lo es para los países avanzados. Para los subdesarrollados es la primera. Esta tesis no ha sido refutada y tiene su confirmación continua en la experiencia contemporánea.

Porque de dicha premisa se infiere una conclusión importante: los países subdesarrollados no podrán salir de su atraso sin la tecnología y los capitales de los países desarrollados. La creación de un nuevo Estado, de democracia social y funcional, con un "Cuarto Poder" —"El Congreso Económico"— permitirá resolver, en el marco de una integración latinoamericana, el problema de tratar con el imperialismo.

Gris, querido amigo, es toda teoría. Sólo el eterno árbol de la vida es verde.

GOETHE

La entidad e importancia de estos planteamientos ideológicos, que permiten a Indoamérica pensar en sí misma y por sí misma, sería bastante para acreditarle categoría histórica al Apra. Pero ocurre que el Apra no es sólo una doctrina completa. Es una realidad vital, de adhesión y fe de millones de peruanos a lo largo de una existencia partidaria de medio siglo, donde —como lo demuestra este libro— han sido muchos más los años de adversidad y de lucha que los de un halago recortado, parcial y transitorio de poder. El aprismo constituye la religión civil del más vasto sector del pueblo peruano. La que le ha dado al trabajador, manual o intelectual, al provinciano y al marginado, al pobre y al humilde una sensación de pertenecer, a **sense of belonging**, de participar y de decidir, de tener un instrumento político de su creación y que maneja con sus manos. Una sensación, al cabo, de ser. Hubo, en el pasado, sentimiento político en el Perú. Faltó conciencia política y actuación popular protagónica. Desde 1931, una porción muy grande de peruanos —que nunca fue menos del 33% las pocas veces que se permitió contar electoralmente a sus miembros— ha tenido la certidumbre de poseer una organización propia, algo por qué luchar, por qué vivir y hasta por qué morir.

Los factores espirituales y de mística política hicieron trascender al aprismo más allá del nivel corriente de un partido, para convertirse en una gran fraternidad. No sorprende que una fraternidad que ha tenido mártires, apóstoles y persecuciones, haya creado su ritual, sus canciones, sus saludos, su fiesta anual y gigante del 22 de febrero.

Sociológicamente, habrá de reconocerse al aprismo el mérito histórico de haber fundido por primera vez, en sus filas, a costeños y serranos, a blancos, indios, cholos y negros, a toda la policroma variedad racial del Perú que antes del Apra, y aún ahora fuera de ella, se desintegra en elementos contradictorios y recelosos. El Apra es un instrumento insustituible de unidad nacional. Sólo en las fuerzas armadas, con su absorción y encuadre de los más variados elementos nacionales, podría encontrarse un paralelismo —que por cierto no es el único entre una y otra organización— en esta tarea de integración y conciencia patria.

El aprismo creó un proyecto político que era la negación del viejo orden oligárquico y pro-imperialista, hegemónico desde la independencia. Este proyecto o modelo ha sido tan pertinente e históricamente tan justificado que una gran parte de la historia del Perú —la que refleja este libro con páginas de singular hondura— es la historia de una perseverante y encarnizada negación del mensaje aprista por parte de aquellos intereses que resultaban afectados. Como dice Percy Murillo: "el aprismo se convierte en el eje en torno al cual giran los acontecimientos políticos y sociales del Perú... En el país se ha hecho aprismo o antiaprismo en una u otra forma". Podríamos añadir que, probada la imposibilidad de "exterminar" el aprismo, se pensó en substituirlo, mediante fórmulas de reemplazo, primero civiles, luego militares. Unas y otras no pudieron deshacer el Apra (30). Quedó, empero, un hecho sobresaliente y aleccionador: el programa y las ideas que con tanta violencia se rechazaron en los años "de formación e insurgencia" han pasado a figurar en el repertorio de la propia "Revolución Peruana", aunque muchas desfiguradas por el travestismo doctrinario de aquellos que, como aprendices de brujo, capturaron a medias las fórmulas de su maestro y acabaron arrollados por las mismas fuerzas que ayudaron a desencadenar.

El proyecto político postulado por el Apra, que aparece en su Plan de Acción Inmediato de 1931 y que se enriquece, doctrinaria y pragmáticamente en los años sucesivos —como en el plan de gobierno de 1962— fue reprobado y atacado, en globo, por los representantes de la oligarquía tradicional y de su clientela política. Para impedir su implantación, se llegó a colocar un artículo constitucional, el N° 53, prohibiendo la "existencia y funcionamiento de los partidos de organización internacional" y el patrocinador de este artículo, líder del sanchecerrismo, señaló paladinamente que estaba dirigido contra el Apra, porque el comunismo, evocando "al comunismo incaico", sería "ultranacionalista" y no se le podría proscribir. En aplicación de este artículo se ilegalizó formalmente al aprismo —como lo recuerda Percy Murillo— en 1936, 1939, 1945, 1950 y 1956, inhabilitándolo para lograr, por la vía de las elecciones, la realización de su programa de transformación.

(30) En la obsesión estéril por crear un organismo político que reemplazara al Apra, se fundaron, en la "1a. fase", los "Comités de Defensa de la Revolución". Más tarde el carísimo SINAMOS, hoy pararrayos predilecto de las iras populares. Después la OPRP, el MRL y finalmente, en la "2a. fase" un nuevo "Frente". Estos nombres no son ya nombres, sino lápidas; estaciones diversas de un mismo fracaso.

Estas proscripciones fueron posibles gracias a que la derecha —particularmente a través de la obra cotidiana, metódica e implacable de periódicos— había abierto un abismo de hostilidad y prevención entre el aprismo y las Fuerzas Armadas, convirtiendo a éstas, según repetida expresión del General Velasco Alvarado, en "guardianes de los intereses de la oligarquía". Ellas daban al *establishment* conservador un apoyo totalitario (31), legitimando fraudes y usurpaciones. La paradoja histórica será que, a partir de 1968, las Fuerzas Armadas se sacuden de su papel de genizaros del civilismo, pero no de la deformada concientización de cuarenta años y entre sus fórmulas eventuales de apertura política no han optado, hasta hoy, por aquella que es histórica y socialmente más lógica, o sea el entendimiento con el pueblo organizado y su movimiento de izquierda nacional. Políticamente desplazada, económicamente debilitada, la derecha tradicional peruana sobrevive, sin embargo, en la medida que subsiste, en militares o civiles, el añejo, reaccionario y suicida antiaprismo.

En el ámbito latinoamericano, surge de la lectura de esta *Historia del Aprismo*, que el movimiento fundado por Haya de la Torre entre sus mas egregias calidades de pionero, tuvo la de proponer, con larga y militante anticipación, los principios de la unidad económica y política de Indoamérica, concepto que la innovada semántica contemporánea ha bautizado como "integración". Son —para usar palabras del autor de este libro— "ideales americanistas, cuya expresión contemporánea es el proceso de integración continental". Podría afirmarse que el integracionismo post-bolivariano reconoce, como el socialismo, dos etapas: el unionismo "utópico", de quienes creyeron fundarlo —como los adalides del siglo pasado o los precursores de comienzos del presente— en la raza, la lengua o la cultura, y el unionismo "científico" fundado sobre una realidad económica, una política antimperialista y un común signo democrático, que es el aporte del aprismo. Al esquema primordial de Víctor Raúl habría que agregar el clarividente de Antenor Orrego, que forjó la designación maestra de "pueblo-continente". En el libro que lleva este nombre afirmó Orrego —en 1939, catorce años antes de que la CEPAL descubriera el término— que al concluir "el proceso de desinte-

(31) Esta expresión, tan reveladora, la usó Ramón Aspíllaga Barrera, propietario de Cayaltí, en carta de 1939, a sus hijos, que aparecen en: "Lucha de clases y capital Burocrático" U. de Huamanga, 1974.

gración" comenzaba, en Latinoamérica, el proceso correlativo de la integración. (32)

Este libro de Percy Murillo Garaycochea inicia, la historiografía sistemática del primer movimiento popular peruano. Tiene las virtudes formales de su erudición, de la compulsión de fuentes, del cotejo de ellas y de la equilibrada presentación de testimonios, tanto propios como adversos. Pero ostenta también el mérito esencial de su sinceridad, de su amor al tema, de su identificación profunda con esa larga y dramática lucha por la libertad y la justicia que se viene librando en el Perú junto a la bandera roja y dorada del Apra. Hay en su narración calor de vida, porque está trazando la biografía de un pueblo, al cual el actor pertenece y cuyas aspiraciones, sueños y programas comparte. No esconde —lo hemos dicho— su militancia, pero tampoco permite que ella desvíe o desfigure la historia. Como arequipeño, Murillo Garaycochea tendría un precursor lejano en el Deán Valdivia, autor de aquellos relatos, desiguales y vibrantes de su *Historia de las Revoluciones de Arequipa*. Es significativo que sea un hombre del sur, y de la ciudad clásica de las rebeldías, el historiador del aprismo, al que algunos han pretendido, equivocadamente, caracterizar como regionalizado y privativamente norteño. Con Roy Soto Rivera, con Pedro Yúgar, con Jorge Lozada Stanbury, y muchos otros, forma Murillo esa falange de luchadores arequipeños que han sostenido, con intrépida constancia, la organización y el entusiasmo -apristas en Arequipa, donde el Partido ha ampliado su base de sustento popular en los últimos años. De esa Arequipa, discolorada y orgullosa, combativa y ferviente, a la cual Manuel Scoane (leal a su sangre materna de los Corrales) proponía llevar la Corte Suprema, nos viene este magnífico estudio de Percy Murillo para justificar, científica y documentadamente, aquella frase de un volante de la Gran Clandestinidad que es historia e hizo historia: "Arista: ten orgullo de tu gran Partido".

Aquí están, serena y pulcramente consignados, los hechos y los apóstoles. Los nombres de los mártires y las hazañas de los revolucionarios.

(32) ORREGO, Antenor: *Pueblo Continente*, Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1939. Pág. 41. Y decía también: "Somos los indoamericanos el primer Pueblo-Continente de la historia y nuestro patriotismo y nacionalismo tienen que ser un patriotismo y nacionalismo continentales" (Id. id. Pág. 75). Estas ideas, que hoy difunden muchos sin reconocer a sus primigenios autores, justificaron la proscripción del movimiento aprista.

rios. La originalidad de las ideas y su larga y tenaz difusión doctrinaria. También se comprobará, con asombro, como se gastaron energías, armas y dinero en cantidades incalculables, para cerrar el paso a esta gran empresa de emancipación colectiva. Que, de haber triunfado en 1931 o en 1936, o en 1945 hubiera colocado al Perú a la cabeza de las democracias sociales del continente, en el verdadero "modelo peruano", como lo ha sido y lo es en sus enunciados principistas, hasta tal punto que Carlos Rangel afirma: "Cualquier evolución política latinoamericana que logre fusionar el progreso social y económico con la libertad y los derechos humanos, deberá mucho al aprismo. Y de hecho, entre los regímenes latinoamericanos contemporáneos, los menos reprobables son los que se han adherido básicamente a los métodos y las metas apristas". (33)

Para la juventud peruana a la cual negaron conocimientos e información sobre el suceso político más importante de este país varias generaciones de historiadores prejuiciosos o auto-censurados, este libro resulta de una patente utilidad. Podrán ver que en su tierra surgió un credo político de proyección continental, que nos enseñó a pensar por nosotros mismos y de cuyo arsenal teórico han tomado armas y argumentos otros partidos y otros grupos que figuran entre los creadores de la nueva América. Verán que aquí, antes que en otra parte, se alzó un sangriento "paredón": el de Chanchán, y que antes que barbudos de Cuba, luchó con sus barbas rojizas, en el asalto a pecho descubierto, y cayó al frente de sus hombres, el valeroso Búfalo Barreto. Leerá sobre ese largo alarde de estoico heroísmo que fueron las clandestinidades del Partido, con sus interminables promociones de presos, sus campamentos de concentración en El Frontón y en la "Siberia de Fuego". Leerá en la tortura y asesinato de aquel hijo del pueblo, superado y magnífico, que fue Manuel Arévalo, cuya memoria reverencian los que recorren Colorado Chico, en la Carretera Panamericana. (Cuando Murillo continúe su libro, sabrá como cayó Luis Negreiros, abaleado en un crucero céntrico de Lima). Comprenderá el joven peruano que no necesita evocar la figura patética del Che Guevara (muerto sin apoyo campesino y abandonado por el comunismo), cuya efigie ahora aprovecha hasta la sociedad de consumo, cuando tiene a un Arévalo, a un Negreiros, a un Barreto, a un Mac Lean

(33) RANGEL, Carlos: *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*, la edición, Caracas, 1976, Pág. 116

Bedoya, a un Jáuregui, a un Amador Ríos, héroes y mártires de un movimiento popular que venera sus nombres.

Recordará el joven a aquellos obreros de Casagrande que izaron la bandera del Apra sobre la Hacienda, en julio del 32, capturando por primera vez, treinta y siete años antes del Decreto Ley de Reforma Agraria, una orgullosa almena de la feudalidad azucarera. A Carlos Phillips, tan católico como aprista. A Manuel Serna Valdivia, emblema de aquella audacia que caracterizó a la FAJ. Al Mayor López Mindreau, al Comandante Gustavo Jiménez, al General Antonio Rodríguez, a los oficiales del Regimiento Nº 11, al Cabo Torres, los 8 marinceros, a toda la larga y gloriosa legión de hombres de las Fuerzas Armadas que desmintiendo la leyenda negra de separación forjada por la oligarquía, se unieron al pueblo y lucharon y murieron, junto a los apristas, por efectuar esos cambios estructurales que sus jerarquías superiores, amaestradas por la oligarquía, abominaron entonces y que, en nuestros días, han adoptado como misión y justifican la presencia de los institutos armados en el gobierno. En este libro, con su humanidad cálida y dolorosa, con su jefe, líderes y militantes, con sus aciertos y sus errores, con su grandeza y sus sacrificios, está un trozo vivo de la historia contemporánea del Perú.

Demos gracias a Percy Murillo por haber ayudado a reconstruirlo con sinceridad y sencillez. Su libro rescata de una relegación en penumbra a la mayor empresa colectiva y conciente que haya acometido nuestro pueblo. En su narración, austera, la historia, la historia del Apra, resulta, como quería Cicerón en su fórmula lapidaria y clásica: "testimonio de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida.."

2.- EL APRISMO, LAS FUERZAS ARMADAS Y UNA REVOLUCION SIN PUEBLO

(De "Cuadernos de La Plata", La Plata, Rep. Argentina, noviembre de 1971)

La presencia militar en el gobierno es tan antigua en el Perú como la existencia misma de la República. Desde que el General San Martín —el más civil de los próceres militares— proclamara la independencia del Perú por la "voluntad general de los pueblos", no menos de 21 militares han ocupado la presidencia, en tanto que sólo han desempe-

ñado la primera magistratura 14 civiles. Como tras la mayoría de estos, las Fuerzas Armadas constituían el poder real, es lícito afirmar que el Perú, en sus 150 años de república, ha sido, predominantemente, un país gobernado por militares. Y como las instituciones castrenses peruanas no han sufrido ningún corte histórico, ni disolución ni reforma integral —conforme ocurriera en México a raíz de la Revolución— es evidente que quienes hoy las representan no pueden declinar las responsabilidades políticas, económicas y sociales de tan prolongado ejercicio del poder. El Perú de 1968 era lo que 21 gobiernos militares y 14 gobiernos civiles quisieron que fuera.

Es obvio que semejante predominio se fundó en una estrecha asociación de los militares con los sectores reaccionarios largamente dominantes en el Perú y a los que se designa con el nombre genérico de "oligarquía". Esta es otra verdad evidente que ha sido reconocida en forma paladina y para contrastarla con la actual actitud castrense, por los más autorizados voceros de la actual Junta Militar peruana.

Los partidos políticos tradicionales del Perú, no lograron, sino en formas transitorias y breves, mermar la fuerza dirimente o decisoria de los cuarteles, que sólo vino a ser cuestionada en 1930. Ese año, la política peruana experimenta su conmoción más profunda desde la independencia, al aparecer por primera vez un partido popular de izquierda nacional, innovador en sus planteamientos económicos y sociales, de profunda vocación democrática y latinoamericana, producto de la alianza del movimiento obrero y la reforma estudiantil: el APRA o Partido Aprista Peruano. Con anticipación histórica que no es común reconocerle, el aprismo, por intermedio de Haya de la Torre, su fundador y jefe, postuló un enfoque propio de la revolución indoamericana afirmando una actitud independiente y de rechazo a todas las formas de alienación. Situó al imperialismo en su papel protagónico en nuestra América, trazó la táctica de un ant imperialismo constructivo, y la organización de partidos no clasistas sino "del pueblo" o policlasistas; hizo de la integración de Latinoamérica objetivo concreto de acción política; planteó la Reforma Agraria; la nacionalización progresiva de las riquezas y la democracia social. Estas ideas y posiciones se han convertido en temas comunes a vastos sectores del pensamiento renovador del continente. Constituyen la médula del "cambio" que hoy se reclama y voca.

Desplegadas por una promoción juvenil y esclarecida, las banderas del Apra promovieron la fundación, en aquel año de 1930, del primer partido moderno y de masas del Perú. Ante el enérgico desafío histórico social del Apra, la oligarquía peruana reaccionó con toda la encarnizada furia que da el miedo. Era la primera vez, desde 1821, que se fundaba una organización del pueblo, aspirándose a cambiar con ella, las bases semi-feudales y dependientes del Perú. Como la oligarquía nunca tuvo vocación para la vida institucional, rehuyó enfrentarse al aprismo con tesis doctrinarias o movimientos políticos de sustento ciudadano. Inventó, en 1931, su fórmula salvadora: convertir al Ejército en "su" partido y en factor esencial de poder. Hizo del general Sánchez Cerro -episódico caudillo del golpe que derribara a un dictador civil- el depositario de sus temores, el instrumento y, al cabo, la víctima de sus violencias. En 1932, el aprismo se lanzó a la insurrección contra la tiranía y se ha calculado que más de seis mil apristas, fueron las víctimas de aquel "Año de la barbarie", bautizado así por el escritor Guillermo Thorndike en el brillante libro que le ha dedicado. Como ocurre en toda guerra civil, del lado del gobierno también cayeron muertos. Entre ellos, una docena de oficiales, asesinados en la ciudad de Trujillo, en circunstancias que el libro citado demuestra como ajenas a los mandos revolucionarios apristas. Sin embargo, la oligarquía y sus órganos tomaron ventaja de ese incidente para sembrar y difundir tenazmente el mito de la barbarie antimilitar aprista. La leyenda negra, forjada en torno a Trujillo, se inculcó, con metódica insistencia, a promoción tras promoción de oficiales. Desde 1932, fecha de la masacre, han transcurrido cuarenta años, una guerra mundial e incontables guerras civiles. Ha habido tiempo para que los contendientes de una y de muchos de las otras se reconcilien y cesen de utilizar a sus caídos como estímulo para lapidar al ex-adversario, que es hoy amigo y muchas veces aliado. En el Perú, sin embargo, todos los años, a mediados de julio, centenares de oficiales deben acudir al cementerio de Lima a rendir homenaje a los "camaradas asesinados en Trujillo". Pocas veces, el deliberado cultivo del odio rindió tan altos y constantes dividendos políticos a una oligarquía.

Lograda esta división entre una fuerza popular integrada por clases medias, obreros y campesinos, y una fuerza armada cuyos componentes proceden de los mismos sectores sociales, el sector plutocrático peruano pudo detener todas las reformas preconizadas por el aprismo. Negándose sistemáticamente a confrontaciones electorales, la oligarquía impuso a caudillos militares como Sánchez Cerro (1931-33), Benavides (1933-39)

y Odría (1948-56) que gobernaron dictatorialmente. Fue una cómoda división de trabajo. Los dictadores militares disfrutaron del título y los honores de la primera magistratura. Los oligarcas se reservaban el manejo de la economía y las finanzas nacionales. La consigna común era mantener el *status quo*, conservando inalterables las formas clásicas de explotación y dependencia, características de una economía exportadora y semicolonial. "Azúcar caro y cholo barato", que resumió gráficamente Manuel Seoane. En materia política, los objetivos eran claros. Primero, impedir que hubiera elecciones. Segundo, lograr que si las había, no participara el Apra. Tercero, que si a pesar de todo, participaba y ganaba, su triunfo fuera desconocido. La necesidad de cumplir estos propósitos reaccionarios llevó a la ilegalización del aprismo, a varios "vetos" y a varios "golpes". Los treinta años que van de 1932 a 1962 marcan exactamente ese tránsito y sus típicas estaciones.

En 1969 debían celebrarse elecciones generales en el Perú. Con infinita paciencia y una capacidad asombrosa para superar los contrastes de una vida política muy ardua, en que eran mucho más numerosos los años de ilegalidad y persecución (25) que los de actividad libre y democrática (15), el aprismo estaba, por primera vez en muchos años, en posibilidad innegable de alcanzar la victoria electoral y consagrar a Haya de la Torre, el permanente vetado. Engrandecida por la oposición y frente a adversarios divididos, el Apra tenía segura una victoria resonante. Por primera vez, desde 1930, era tangible, próximo, el acceso al poder de la fuerza tan larga e injustamente proscrita.

Ocho meses antes de las elecciones, el 3 de octubre de 1968, las Fuerzas Armadas deciden dar un "golpe institucional" y se instalan corporativamente en el gobierno. La oligarquía, varios de cuyos elementos de enlace habían actuado en la previa conspiración, se sintió satisfecha. La fórmula había actuado, una vez más, con eficacia y de modo fulminante. Se atajaba al Apra en su camino al poder.

En realidad, comenzaba una etapa original en la conocida historia de la intervención política de las Fuerzas Armadas. Los jefes de éstas habían llegado a un convencimiento: era imposible coonestar su injerencia mediante la invocación de los valores tradicionales (orden, propiedad, instituciones tutelares) que fueran anteriormente de uso predilecto. Era preciso invocar nuevos: "ponerse en onda". Si la Iglesia había llegado a un "aggiornamento", ¿por qué no podría darse el fenómeno modernizador

en las Fuerzas Armadas?. Y a través de diversos decretos y declaraciones, la Junta Militar, constituida en octubre de 1968, fue definiéndose como "el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas", comprometido a la "transformación de las estructuras". En este punto se ha terminado por hacer mayor hincapié, acaso porque los otros dos, el "restablecimiento del principio de autoridad" y la "moralización" resultan de cuño tradicional. Los tres objetivos figuran, con igual jerarquía, en el "Estatuto Revolucionario", cuyos principios prevalecen, como es sabido, sobre los de la Constitución del Estado.

Al proclamarse "revolucionarios" y al tratar de serlo, a través de diversas medidas que hirieron intereses económicos de la vieja oligarquía latifundista -la nueva, de tipo industrial o comercial ha buscado y obtenido insegura y oportunista coexistencia con el régimen—el gobierno de Velasco, que se proclama "institucional", o sea representativo de las Fuerzas Armadas y no de un caudillo militar, ha evidenciado que dichos institutos no sólo no discuten ya la necesidad de una transformación a fondo de la sociedad peruana, sino que pretenden consumarla. Habría desaparecido, de este modo, la oposición ideológica que separara el Ejército—identificado con la oligarquía reaccionaria peruana desde 1930—y el Apra, que postulaba profundas reformas sociales con criterio nacional.

La alianza clásica, de oligarquía y fuerzas armadas, que detuvo por cuarenta años la irrupción del pueblo en el poder, aparece rota. Pero no la ha reemplazado la que parecería, histórica y socialmente más lógica, del Apra y las Fuerzas Armadas. Es cierto que el equipo militar gobernante no ha recurrido, sino en formas legalistas y menores a la persecución antiaprista que fue despiadada bajo otras dictaduras militares. Teme, entre otras cosas, a un martirologio enriquecido. Pero tampoco han desarmando sus prevenciones: les han dado un nuevo tono. Es tema frecuente de los discursos oficiales el reproche a los "viejos líderes" que no cumplieron o que "traicionaron". Vale decir que, si antes las Fuerzas Armadas se oponían al aprismo por revolucionario, ahora lo critican por moderado, cuando no por conservador. Se advierte así una nueva forma de justificación del golpe. Si anteriormente se daba para impedir la transformación de las estructuras, ahora, su razón de ser es justamente consumir el cambio. De defensores del status quo, los militares peruanos han pasado, en pendular movimiento, a convertirse en agentes del cambio. Lo que no varía es la vocación de poder. El pretexto es nuevo, pero la actitud es vieja.

Lo irónico está en que si el aprismo no pudo consumir la transformación del Perú fue, precisamente, porque las Fuerzas Armadas, ligadas entonces a la oligarquía como su brazo armado, se opusieron resuelta y eficazmente. Recuérdese que, a pesar de su vasto apoyo popular y a haber ganado siempre las pocas elecciones limpias a que se le permitió concurrir, el Apra nunca ha sido gobierno.

De allí que resulte extraño, por decir lo menos la pregunta convertida en estribillo, de los voceros de la Junta y enderezada al Apra: "¿Qué hicieron por el pueblo en 40 años?". La respuesta es evidente: hicieron todo aquello que las dictaduras no pudieron impedir que hiciera: formar conciencia, organizar cuadros, analizar problemas y proponer soluciones, incorporar al pueblo a la vida política nacional, crear con sangre, sudor y lágrimas un gran partido, cuya fortaleza invicta ha sorprendido y sorprende a sus adversarios. Devolver la pregunta, en cambio, puede resultar hasta desagradable para el grupo gobernante actual del Perú: "¿Qué hicieron las Fuerzas Armadas por el pueblo en 40 años?". La respuesta ha sido dada, no por nosotros sino por sus más altos, actuales y calificados voceros: "servir de guardianes a la oligarquía". En otras palabras, frenar o impedir el cambio político, económico y social.

Está claro que las Fuerzas Armadas al romper su larga alianza con los privilegiados, toman un rumbo autónomo. Se apartan de sus antiguos aliados pero rechazan, al mismo tiempo, asociarse con la expresión política del pueblo organizado. Inauguran una nueva etapa, el mesianismo castrense. La "revolución" es obra exclusiva de las Fuerzas Armadas, su hazaña y su cometido. Se exalta la preocupación de las Fuerzas Armadas, por los problemas nacionales y de la justicia social, su obra de rescate de la soberanía. Ningún civil comparte estas responsabilidades ni estas glorias. Los colaboradores no militares del régimen ocupan puestos secundarios y nunca se les ha permitido hablar en nombre de la revolución. A los civiles que discrepan se les fustiga duramente o se les niega autoridad para reclamar lo que ellos no supieron hacer.

Este mesianismo, esta confianza corporativa y excluyente en el propio saber y la propia voluntad, presta al régimen castrense del Perú ese carácter intensamente militar que lo distingue y separa de otros semejantes en Latinoamérica. En el Perú son militares, marinos o aviadores todos los integrantes del Poder Ejecutivo, los más altos funcionarios de planificación, contraloría general, cooperativas, bancos estatales, organi-

zaciones descentralizadas. A los civiles se les señala, como único "canal de participación" incorporarse a una organización creada desde arriba, el "Sinamos", cuyo jefe es un general que pasó de la jefatura del batallón de tanques a dirigir este llamado experimento de "democracia social". El cuerpo asesor, llamado "COAP", de funciones legislativas, está formado íntegramente por hombres de uniforme. Junto a los militares en servicio activo que desempeñan cargos públicos, figuran numerosos oficiales en situación de retiro. A pesar de su larga experiencia en gobiernos militares, el Perú no había conocido uno que lo fuera de modo tan total y definitivo. Adviértase que, como las designaciones para los Ministerios se manejan de acuerdo a los reglamentos militares, puede decirse que ellos se han incorporado como parte esencial del régimen de facto. "Antigüedad y clase" determinan siempre - o casi siempre- quiénes van a gobernar el Perú y cuándo. La única excepción de estos reglamentos parece ser justamente el general Velasco, en situación de retiro desde fines de 1968 que, sin embargo, se mantiene paradójica e inexplicablemente, como jefe de un gobierno "institucional".

Si el poder de decisión ha dejado de pertenecer al sector que tradicionalmente lo retuvo, o sea la oligarquía, y si se prescinde de la auténtica participación popular, ¿qué tipo de régimen existe ahora en el Perú?. La pregunta tiene interés político y sociológico.

Algunos lectores apresurados de Marx han insinuado que el gobierno militar peruano es de tipo "bonapartista". Pero el bonapartismo reclama, primordialmente, un Bonaparte, o sea un general victorioso, personaje que no existe en una Junta cuyos componentes no tuvieron que afrontar ningún 18 Brumario, ni han ganado ninguna guerra en Italia. Además, el bonapartismo, según el mismo Marx, "representó a una clase y en verdad la más numerosa de la sociedad francesa: los pequeños propietarios campesinos". El gobierno militar peruano no representa a ninguna clase y no gobierna en nombre de ninguno de los ideales que estas clases puedan propugnar. Gobierna en nombre de las Fuerzas Armadas y de la "revolución" que estas mismas fuerzas definen en cada coyuntura. Quiere ejercer una función conciliadora y dirimente en los antagonismos clasistas.

Tampoco es una variante peruana del populismo peronista. En primer término, porque este "gobierno de equipo", como suele autodenominarse la Junta Militar, carece -para su bien o su mal- de una figura domi-

nante y carismática como lo fue y lo es el general Perón. Le faltan, asimismo, ciertas características esenciales del justicialismo argentino: la "organización de los trabajadores en un sindicalismo controlado" y el "acceso directo de las masas con respecto al líder" que Peter Worsley señala como caracteres diferenciadores del peronismo. La Junta Militar se ha orientado a debilitar a la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP) por considerarla de orientación aprista y ha favorecido la resurrección de la CGTP comunista y hasta el nacimiento de una anémica central social-cristiana. Más que apoyarse en el movimiento sindical organizado, o gestar uno propio, prefiere multiplicar para dividir y con ello imperar. Uno de sus miembros, hoy en desgracia, el general Artola, pretendió crear una base popular en lo que el mismo Worsley llama "turba urbana disponible", o sea cierta población de las barriadas, pero sus rústicos métodos, cayeron en descrédito y al apartar a Artola de su seno, los otros generales retornaron a su ensimismamiento castrense. Al revés del peronismo que nace en los cuarteles y se proyecta a las masas, hasta el punto de plantearse un conflicto entre unas y otras, con prevalencia de los elementos populistas, en el Perú los militares aspiran a que las masas se vean encuadradas en una estructura que tiene a su frente un general, o sea el llamado "Sinamos".

Un gobierno que no representa a una clase, ni se abre a la participación popular, centralista y monopolizador, que afirma su carácter de élite excluyente y se atribuye una función conciliadora, va definiendo lo que, a nuestro juicio, es el carácter básico del gobierno militar peruano: el de un gobierno burocrático. Es sabido que esta aparición de grupos sin base clasista, pero con firmes raíces en el aparato del Estado, fue un fenómeno que no anticiparon los pontífices del marxismo en sus previsiones revolucionarias, y que se da lozano y poderoso, en los regímenes comunistas. León Trotski, que estudió y definió con pasión combatiente a la burocracia staliniana, señalaba: "aunque los medios de producción pertenecen al Estado, éste pertenece, por decirlo así, a la burocracia". En el Perú los medios de producción no pertenecen, todavía, en su totalidad, al Estado, pero el sector público ha engrandecido considerablemente su dominio, ya sea por nacionalización, ya sea por una "cooperativización" sui géneris, como la ocurrida con los complejos agro-industriales del norte, "supervisados" por el ubicuo "Sinamos". Con la presencia de las jerarquías militares a la cabeza de los mandos políticos y de los mandos económicos, resulta aplicable lo que Trotski señalaba: el Estado "pertenecer, por decirlo así", a las Fuerzas Armadas.

En un ensayo reciente, Octavio Paz; el notable escritor mexicano ("Carta a Adolfo Gilly", revista Plural, México, N°5) examina a la "nueva clase", como afirma Milovan Djilas. Y refiriéndose a la burocracia de los países socialistas dice: "Al dominar totalmente el Estado, posee los medios de producción, sin necesidad de certificados de propiedad... La burocracia posee una notable cohesión social que la distingue y separa de los otros grupos y capas de la sociedad".

Estos conceptos se aplican, con bastante aproximación al predominio militar en el Perú. Un grupo que es fundamentalmente burocrático asume el papel "revolucionario" y gobierna en nombre de los institutos que la integran. Domina ampliamente el Estado, no posee —porque no es clase en el sentido cabal de la palabra— los medios de producción, pero, en una economía progresivamente estatizada, le basta con poseer el gobierno.

Octavio Paz, en el ensayo citado, señala que la aparición del "Estado burocrático" es un fenómeno general del siglo XX, no previsto por el marxismo. Y considera "tentador" comparar las burocracias "socialistas" con las tecnocracias de Occidente, pues tendrían funciones equivalentes y actitudes equiparables. Las tecnocracias "controlan las grandes corporaciones y capturan el Estado capitalista —van de la economía y la técnica a la economía política— las burocracias controlan al Estado y de allí dominan la vida económica, van de la política a la técnica y a la economía. Movimientos divergentes que a la postre se resuelven en una convergencia: el estado técnico-burocrático en el que las consideraciones de hegemonía y por tanto de orden militar tienen prioridad".

A los dos tipos de Estado burocrático que señala el escritor mexicano, habría que añadir el que empieza a darse en una "tercera realidad", que no es la rusa ni la capitalista: la captura del estado por las Fuerzas Armadas en los países subdesarrollados. Luego de retirar su apoyo clave a un régimen oligárquico y alienado lo reemplazan con otro, de visos modernizantes y consignas "revolucionarias", pero que mantiene inflexible, el principio del monopolio del poder, en los cuarteles. Si la burocracia socialista, según Paz, "fue el resultado de una revolución en un país insuficientemente desarrollado y cercado de enemigos" y si "las tecnocracias son la expresión de un capitalismo avanzado" las burocracias militares acceden al poder ante la decrepitud de la clase a la cual han servido. Pero

no democratizan el estado: lo militarizan. No entregan el poder al pueblo: lo retienen "institucionalmente" para cumplir una autofijada misión revolucionaria. Conscientes de su "notable cohesión social" y de que han sido, en definitiva, la sustentación de un orden caduco, se apartan de éste y asumen directamente la supremacía. Van del cuartel a la política y de la política a la economía. Pero no difunden el poder ni redistribuyen la riqueza: los concentran en menor número de manos, ya no propietarias, pero sí administradoras y ejecutivas, es decir burocráticas. Las intervenciones "modernizantes" de las Fuerzas Armadas, sean de derecha o de izquierda, constituyen un esfuerzo del sector burocrático más duradero del viejo orden por salvarse institucionalmente y justificar su subsistencia.

En el Perú, Haya de la Torre ha apuntado una comparación muy ilustrativa. Así como en la Francia merovingia, los "reyes ociosos" al caer en progresiva postración e inutilidad fueron reemplazados en el trono por los "mayordomos de palacio", que empezaron como sostén armado de la monarquía y concluyeron ellos mismos en monarcas, así la oligarquía, "reina ociosa" e inútil, ha sido substituida por sus antiguos defensores.

La condición de burocracia privilegiada —"nueva clase" según la polémica expresión de Djilas— se evidenciaría en el trato preferente que reciben sus miembros por parte del Estado. Desde los gobiernos civiles, y por la gravitación tradicional que sobre éstos ejercieron, las Fuerzas Armadas disfrutaron —y en esto el Perú no es la excepción de Latinoamérica— de notables ventajas.

Ventajas que se han mantenido y probablemente ampliado en los cuatro años del gobierno castrense. Hay el claro peligro de que las Fuerzas Armadas se conviertan no en una nueva clase, pero sí en una nueva oligarquía. El vacío de poder dejado por el antiguo sector dominante lo vendría a llenar una suerte de oligarquía substitutiva. En tanto no se abran los cauces de la participación popular, semejante peligro se toma más y más evidente.

Las señales de esta desviación están dadas. Sabemos que etimológicamente, oligarquía es el gobierno de unos pocos. "Que se juntan —dice el diccionario— para manejar todos los asuntos a su voluntad". El gobierno militar peruano sin duda está manejado por un núcleo central y

ejecutivo, que gobierna "en nombre de las Fuerzas Armadas" y que reclama para éstas la total responsabilidad de aciertos y errores. No hay forma alguna de consulta o fiscalización popular. Este gobierno dirige, en orgulloso aislamiento, la política, la economía, las relaciones exteriores, las finanzas del Estado, llamando a elementos civiles para utilizarlos. La totalidad de los recursos del Estado —que en el presupuesto bienal vigente ascienden a casi dos mil millones de dólares— se asignan en una sesión del Consejo de Ministros. La planificación está dirigida por un militar. Los decretos de la mayor importancia se expiden sin debate previo o con brevísimo plazo para que se presenten comentarios al proyecto de la Junta. Todas estas decisiones emanan de los altos mandos y sólo de ellos. Se gestan en reserva y se imponen sin consulta. Por eso, hablando ante una magna asamblea popular, en Lima, nos permitimos afirmar en 1971, que el Perú está padeciendo una división maniqua entre "Quince personas que todo lo saben y todo lo pueden y millones de peruanos que poco saben, nada pueden y todo pagan". (2)

Las ventajas inherentes a la función castrense han ido aumentando la distancia que separa a sus miembros del ciudadano común y tiende a fortificar su típica "cohesión social".

Al convertirse en élite gobernante, que maneja totalmente el poder político y dispone del poder económico, el gobierno castrense entra en una clara contradicción con el principal de sus objetivos: "transformar las estructuras" del país. ¿Todas las estructuras? Es evidente que eso no rige para la propia, es decir para la estructura militar, porque si ella se cambiara, las Fuerzas Armadas dejarían de ser lo que son. El gobierno es "revolucionario", pero la revolución no puede llegar a los cuarteles. Paradójico caso éste de una institución que quiere cambiarlo todo...menos a sí misma. Por su naturaleza, las Fuerzas Armadas son organizaciones piramidales, de disciplina cerrada, donde "las órdenes superiores se cumplen sin dudas ni murmuraciones", como dicen los reglamentos militares. En el Perú nos encontramos ante el hecho de veras insólito, de una institución que manteniendo y acentuando este carácter, pretende enjuiciarlo todo, modificarlo todo, cambiarlo todo. En un país revolucionado, sólo el agente de la revolución no la experimenta. Quienes todo lo mueven, permanecen inmóviles. E intocados. Esta contradicción patente puede tener, a la larga resonancias importantes.

(2) "El Pueblo al Poder". Discurso en el Día de la Fraternidad, Lima, 1971. Imp. Red.

¿Qué ha inducido a las Fuerzas Armadas peruanas, de tan larga y firme adhesión al orden establecido a adoptar esta posición revolucionaria sui generis?. Trataremos de señalar, siquiera sumariamente, algunos de los factores fundamentales.

Hay uno que seguramente resulta común a muchas otras fuerzas armadas de Latinoamérica y que, con banderas de izquierda o consignas de derecha, provoca su irrupción institucional en el poder. Se trata de una progresiva conciencia de su limitado porvenir profesional. En un mundo "globalizado", el oficio natural del militar, que es hacer la guerra, resulta privilegio de superpotencias y, dentro de éstas, una confrontación de avanzadísima tecnología nuclear. En una guerra mundial —si llegara a haberla— ejércitos preatómicos como los latinoamericanos no figuran en la evaluación de fuerzas, porque la lucha ya no requiere contabilizar divisiones (como lo pretendía burlescamente Stalin en relación con el Papa), sino bombas desintegradoras y fulminantes. En la conflagración nuclear, fuerzas dotadas de armamento tradicional, como las nuestras, resultarían tan ineficaces y anacrónicas como una carga de flecheros contra un batallón de tanques.

Las posibilidades de conflicto en el continente, gracias al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, a la progresiva conciencia integracionista de pueblos y gobiernos, a la aceptación del pluralismo ideológico y al propio interés del imperialismo norteamericano que no desea desórdenes peligrosos en su "patio interior", parecen muy difíciles, cuando no imposibles.

La falta de motivaciones clásicas para equipar y mantener a las Fuerzas Armadas puede ir debilitando la capacidad de éstas para reclamar frente al legislador y a la opinión pública los fondos que estiman necesarios, pues conforme el propio armamento convencional se vuelve más sofisticado, resulta más gravoso. La creciente magnitud de los presupuestos militares repercute adversamente en los fondos para el desarrollo. Las Fuerzas Armadas deben encontrar un objetivo supletorio, o por lo menos paralelo, de aquel para el cual fueron formadas y que aparece día a día más improbable, o sea la guerra. La justificación de su existencia resulta entonces el gobierno del país. Gobernar viene a ser un eventual sustituto de guerrear.

Es claro que las Fuerzas Armadas en países subdesarrollados pueden y deben ocupar un papel de primera línea —para utilizar su propia ter-

minología- en la lucha contra el atraso. Su organización, su disciplina y su preparación técnica resultan de gran utilidad en este aspecto. Pero no hasta el punto de que sus jefes asuman, automáticamente, sin control ni participación de ninguna clase, el papel político, director, hegemónico y exclusivo. La voluntad de poder no convierte en estadista al tecnócrata del regimiento. Porque el arte de gobernar, complejo y difícil proceso que requiere persuadir y conciliar tanto como ordenar, no es lo mismo que el arte de mandar. Como los ejércitos saben mandar y no gobernar - pues para semejante papel no se les prepara- cuando asumen, por autodesignación el papel de burócratas reformadores, sus programas sólo pueden cumplirse en un orden no democrático, es decir sin participación popular y que excluye, del todo o parcialmente, la crítica o el disenso. "Revolucionarios" en economía, resultan claramente reaccionarios en política. En el caso del Perú, la situación se complica por la intolerancia que exhiben las Fuerzas Armadas, cuando se resisten a admitir la presencia de una organización civil, popular y política de arraigo tan vasto y disciplinado como el Apra. Hay, en esta actitud, un conato de emulación institucional, sólo explicable en la medida en que las Fuerzas Armadas vayan adquiriendo perfiles permanentes de partido político armado.

Entre los factores que han impulsado a esta toma de conciencia política y social de las Fuerzas Armadas -y no sólo de las peruanas- debe señalarse, a nuestro juicio, la asistencia constante, por un período que ya cuenta más de cuatro lustros, a cierto tipo de academias militares, en los Estados Unidos. Irónicamente, en este país se habrían sembrado, a través de cursos sobre acción cívico-militar y problemas económico-sociales, las semillas de una actitud que años más tarde culminaría en medidas hostiles a ciertos intereses norteamericanos. De Estados Unidos se trajo al Perú, la idea del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM). En Norteamérica y en el CAEM los oficiales se familiarizaron con un repertorio de ideas modernas, especialmente sobre el desarrollo, y adquirieron conciencia de ciertas realidades de explotación y atraso que hasta entonces les habían parecido fatales y que después les resultaron chocantes y dignas de eliminarse.

En el caso del Perú este descubrimiento del país como problema y de cómo la defensa nacional era más ardua por tratarse de un país subdesarrollado, con graves casos de injusticia y desigualdad, impulsó a los militares peruanos a una actitud crítica y reformadora. Esta evolución pasó generalmente inadvertida. Como los mandos no declinaron su preven-

ción antiaprista, los profesores civiles con acceso al CAEM y por ende a la conciencia de los oficiales, fueron, con mucha frecuencia, de extracción filo-marxista cuando no nacionalistas de derecha. Ingredientes de una y otra procedencia se pueden identificar en las ideas que difunden los voceros de la Junta Militar.

Es sugestivo comprobar empero, que, puestos en el caso de darse una "ideología" del cambio, alejada por igual de los moldes clásicos del capitalismo y del comunismo, que debe ser nacional, genuina y revolucionaria, los textos de la Junta resultan coincidiendo notablemente con reconocidas tesis del aprismo. Se cierra así un ciclo histórico: habiendo partido de la negación rotunda e integral de lo que significa el Apra, las Fuerzas Armadas han llegado a profesar ideas y programas que resultan indistinguibles de aquellas tan recia y largamente adversadas. En diversos documentos oficiales y discursos, el marchamo aprista de los asesores que los redactan resulta inocultable y revelador. Sarmiento decía que todos los caudillos argentinos llevaban su marca. Haya de la Torre puede jactarse de que quienes niegan al Apra no pueden hablar otro idioma político que aquel aprendido en su adolescencia.

Los militares peruanos, concientes o intuitivamente, comprenden el papel contrarrevolucionario de su largo antiaprismo. Saben que, de haberse permitido al aprismo, sea en 1931, 1936 ó 1945 (para citar sólo años en que, directa o indirectamente, impidieron el acceso del Partido al pleno poder), la iniciación de su programa, el Perú habría comenzado un experimento en democracia social y revolucionaria de resonancia americana. Han sido responsables —y el general Velasco no ha vacilado en decir, categóricamente, que las Fuerzas Armadas actuaron como "guardianes de la oligarquía"— de un retraso de cuarenta años en la evolución del país. Les ha entrado, como señaló en un discurso Haya de la Torre, un explicable complejo de tiempo perdido, que acaso explique la impaciente vehemencia de sus reformas. Quieren hacer en cinco o seis años -nadie sabe cuantos piensen quedarse en el poder- lo que impidieron realizar en cuarenta. Primero atrasaron el reloj. Ahora le dan cuerda con furia capaz de romper el cronómetro.

Lo interesante de 1972, al cabo de cuatro años de reformas, de desafío "revolucionario" de los militares y de una vasta y sostenida propaganda, es que siguen en la arena dos de los tres protagonistas de los últimos cuarenta años: las Fuerzas Armadas y el Apra. La vieja oligarquía ha caí-

do sin gloria, sin pelca y sin grandeza. Después de apoyar el golpe de 1968 y de tratar de infiltrarse y cogobernar, sus corifeos han sido despedidos sin ceremonias. Algunos de sus retoños o clientes tratan de permanecer en los escalones subalternos del poder. Como clase, empero, sus días parecen concluidos. La debilidad intrínseca demostrada por una plutocracia que tanto hizo por frenar el cambio en el país, revela que su predominio sólo se explicaba en virtud del apoyo que le daban los militares y subraya las responsabilidades históricas de éstos. En la retórica juntista se suele afirmar que "le han roto el espinazo a la oligarquía". La imagen podría ser otra: no se lo han roto. Se lo han retirado, porque tenía forma de sable. Falto de sustentación militar, el tigre de papel se vino al suelo.

Sólo el Partido Aprista cuenta en la escena política como fuerza de oposición y de oposición de izquierda democrática. Al aprismo no lo desconciertan ni amedrentan las reformas sociales: son, a veces desfiguradas por la improvisación o por los consejos de asesores de pensamiento alienado, aquellas que él postuló y que fue impedido consumir manu militare. (La expresión latina resulta de aplicación exacta). El Partido del Pueblo, que resistió las violentas embestidas de las dictaduras militares y derechistas de antaño, ha superado la peligrosa ofensiva de un gobierno de fuerza que pretende adueñarse de sus banderas para debilitarlo. A la táctica de guerra caliente, que fue la de ayer, se respondió con arrojo y estoicismo revolucionarios. A la guerra fría de esta época, con una posición serena, crítica y opositora. Lo que el aprismo combate no son las reformas estructurales, en cuyo servicio fue combatiente y precursor. Lo que adversa es la distorsión de éstas, el mesianismo autoritario, la exclusión del pueblo, la formación de una onerosa oligarquía sustitutiva. No quiere reemplazar el privilegio de algunos civiles por el predominio de algunos militares. Cree que no hay revolución sin pueblo ni gobierno del pueblo sin asamblea y voto. Las revoluciones verdaderas nunca han sido de arriba a abajo, como se pretende ahora en el Perú, sino de abajo a arriba, con participación protagónica del pueblo. Trasladar al Estado el sistema piramidal e inflexible típico de los institutos armados, ofrece algunas ventajas iniciales, pero, a la larga, ni marcha, ni funciona, ni crea nada definitivo. Así lo están descubriendo los militares reformistas al tropezarse con dura oposición obrera ya sea en las minas -uno de cuyos conflictos, el de "Cobriza" desembocó en un incidente con muertos y heridos- ya sea en las haciendas supuestamente "cooperativizadas", alguna de las cuales tuvo que ser militarmente intervenida, con apresamiento

masivo de sus dirigentes. Ya en Arequipa, con un paro general que triunfó en toda la línea. El socialista francés, René Dumont, en su "crítica constructiva" sobre Cuba se pregunta, alarmado, desde el título de su libro: "¿Se militariza la revolución?". En el Perú no hay duda posible: se trata de una "revolución" que se proclama "militarizada" desde sus orígenes, en la persona de sus conductores y en sus métodos de gobierno. Lo que en Cuba el autor francés deplora como etapa terminal e involutiva de un proceso revolucionario, en el Perú resulta la clave misma del cambio.

Que el aprismo ha mantenido y hasta acrecentado su caudal popular quedó demostrado, de modo patente el 18 de febrero del presente año 1972. En esa fecha los apristas celebraban el día del Partido, que es llamado "Día de la Fraternidad". Es, tradicionalmente, un acto de pura afirmación de fe política, que prescinde de todo estímulo electoral y mucho más ahora en que, ni remotamente, existe en el Perú. Había interés, este año, por saber si el Apra era, como había dicho el general Velasco, "un partido que se desinfla". A pesar de tan confiado pronóstico, el gobierno se esforzó por impedir que tuviera magnitud, recurriendo a una variada gama de obstáculos desde cambiar, con anticipación de solo tres días, el lugar tradicional de la manifestación, enviándola al "Campo de Marte", extenso parque donde cualquier mitin que no sea enorme se pierde en su vastedad, hasta prohibir toda clase de propaganda previa y la asistencia de menores de 18 años. (Lo que evidenció un claro temor a la juventud). Al cabo con sólo avisos en los diarios, más de 100,000 personas se congregaron para escuchar la palabra de Haya de la Torre, que reclamó la institucionalización de las reformas a través de una Constituyente. Lejos de "desinflarse", el movimiento aprista demostraba gran fortalecimiento y combatividad. Centenares de sus afiliados fueron detenidos por la policía esa noche, acusados de organizar un desfile hasta el local central del partido.

No menos aleccionadora ha sido la experiencia en los complejos agro-industriales del Norte. Los trabajadores de las antiguas haciendas azucareras de La Libertad y Lambayeque lograron, por enérgica acción sindical, que las "cooperativas" empezaran a serlo de veras mediante la elección de sus dirigentes. (El decreto de la Junta Militar reservaba al gobierno la designación de la mayoría de éstos, subvirtiendo todo concepto cooperativista).

Las elecciones, realizadas el tercer domingo de abril fueron un triunfo abrumador y resonante de las listas presentadas por los obreros apristas. Las propiciadas por el gobierno fracasaron en todas partes. Los dirigentes sindicales apristas, de larga veteranía en la zona, y que habían sido anteriormente discriminados por el decreto juntista, encabezan de nuevo, con una autoridad incontrastable, al sector más organizado de la clase obrera en una zona vital del Perú.

Bien avanzado ya el cuarto año de gobierno castrense en el Perú, no se divisan salidas políticas ni constitucionales. El régimen, por su mesianismo, se niega a considerar siquiera la posibilidad de fijar una fecha de elecciones. Necesitan, según sus voceros, afirmar las conquistas revolucionarias, alcanzar sus objetivos. Como éstos se resumen en metas de tan largo cumplimiento como la "transformación de las estructuras" o la moralización del país (¿cuándo se puede afirmar que un país está moralizado o transformado?) es claro que no hay límite previsto ni calculable para el régimen militar, lo que apuntaría a una perpetuación en el poder, aun con "cambio de equipo". Nos encontraríamos ante un continuismo de indudable raíz reaccionaria.

En este caso cabría preguntarse si la "revolución" que se proclama lo es de veras o si se trata de una variante modernizada del pretorianismo tradicional. Si el gobierno de las Fuerzas Armadas prosigue en su aislamiento manifiesto, sin base sindical ni popular, sin salida política institucional y lógica, como lo sería un Congreso Constituyente, será más claro día a día, el proceso retrógrado que amenaza convertirlo en un nuevo y cerrado círculo de poder en el Perú.

3.- PORQUE SOY DE IZQUIERDA

Siempre me he considerado, y me considero, un hombre de izquierda. Esencialmente, ser de izquierda indica disconformidad y protesta frente al orden económico, político y social. El que está satisfecho con las cosas como están, es un hombre de derecha. El que no lo está, es de izquierda. La izquierda como afirmaba Harold Wilson, definiendo el laborismo británico, es el partido del cambio. El derechista es un conservador, el izquierdista es un contestatario.

Desde mi adolescencia -como lo relato en este libro- desde mi inscripción en el Partido Aprista Peruano, en abril de 1931, he estado en ac-

titud de impugnar el orden injusto, la supresión de libertades, la explotación del hombre por el hombre. No entré al aprismo para apuntalar un orden viejo sino para luchar por un orden nuevo. Tal era la promesa básica que yo encontré en el mensaje del aprismo. La de cambiar estructuras anquilosadas o injustas y convertir nuestra declamatoria y tantas veces negada, democracia política, en una auténtica democracia social. No se olvide, por estar inmersa en una sigla tan difundida, que APRA significa Alianza Popular Revolucionaria Americana. Para mí, y calculo que para la inmensa mayoría de los apristas, ser miembro del partido era el modo exacto, en nuestro **ahora y aquí**, de enrolarse en una causa de cambio político y social.

Pero también la adopción del aprismo significaba un rechazo de las formas políticas competidoras que se proponían igualmente el cambio social, pero desde un ángulo esencialmente dogmático y con renuncia de la libertad. Por ser aprista, estuve vacunado contra aquello que se ha llamado con justeza "**la tentación totalitaria**". Vale decir el marxismo en su forma comunista. Así ocurrió con la gran mayoría de mi generación, la que nació a la conciencia política en el seno del Partido. Gracias a la vacuna que nos administró el planteamiento de Haya de la Torre, no sufrimos aquel radicalismo pueril, ese sarampión izquierdizante, esa enfermedad de infancia, que estereotipó Lenin. Lo grave ha sido que cincuenta años después y desaparecido Víctor Raúl algunos compañeros contrajeran la **enfermedad de infancia**. Y es sabido que el sarampión, enfermedad benigna en los niños, resulta enfermedad muy seria en quienes hace tiempo llegaron a la edad de la adultez.

Esa tranquila seguridad de encontrarme en el campo de la izquierda y del cambio, por estar dentro del aprismo, jamás me abandonó. Como ya he apuntado, en mi largo destierro en Buenos Aires —con frecuentes visitas a Montevideo— mis contactos fueron con gente de avanzada. Conocí y traté a los hombres del sector llamado intransigente, de la Unión Cívica Radical, fuente común de las corrientes partidarias que más tarde se agruparían tras de Ricardo Balbín y Arturo Frondizi. Los apristas tuvimos amistosos contactos con el grupo yrigoyenista llamado FORJA (Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina) notable semillero de futuros ideólogos, de cuyo seno surgieron hombres como Luis Dellepiane, Gabriel del Mazo, Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche. Como algunos forjistas se incorporaron al peronismo, en su bagaje doctrinario

llevaron principios como el antimperialismo y la unidad de América Latina de legítimo abolengo aprista.

Con el socialismo (el "socialismo democrático" como se apellidó después para diferenciarse) mi relación fue larga y frecuente. He referido ya al Dr. Alfredo L. Palacios el "mosquetero" de la política argentina, al que frecuentaba. Igualmente con el Dr. Carlos Sánchez Viamonte, mi maestro en Derecho Político en la Universidad de La Plata y uno de cuyos libros lleva un prólogo mío, y del Dr. Mario Bravo, senador y poeta que me confió una columna latinoamericana en el diario "La Vanguardia".

En Uruguay el socialismo similar al argentino lo encabezaba una figura y gallarda: Emilio Frugoni y hacía sus primeras armas Hugo Fernández Artucio. En los partidos tradicionales no faltaban los amigos del aprismo peruano: Arturo Ardao y J. Andrés Carril Urta, entre los "blancos"; los hijos de Batlle, Rafael, Lorenzo y César así como su sobrino y heredero político Luis (Luisito) Batlle Barres, Pablo Minelli, Héctor Grauert, Julio María Sanguinetti, Malet y muchos otros.

Aquellos años de la segunda pre-guerra mantuvieron muy en alto, el debate ideológico. Al Partido Comunista se abría, con los Frentes Populares o el intento de hacerlos, un amplio campo para captar adeptos. El socialismo argentino y el uruguayo, aparte de algunas disidencias menores, no fueron infiltrados. En el seno del aprismo —como queda dicho— se rechazó la invitación de Ravines y Manuel Seoane publicó, un folleto incisivo: "Comunistas Criollos", que recoge el texto de una polémica victoriosa que mantuvo, en 1932, en el Teatro Caupolicán de Santiago. Estos textos, escritos en su inimitable estilo y que exhibían un vasto dominio de las fuentes originales y doctrinarias del marxismo, contribuyeron, en gran medida al oportuno y polémico deslinde ideológico.

Cuando, el 23 de agosto de 1939, la Unión Soviética y la Alemania Nazi firmaron el Tratado de No Agresión, que implicaba una práctica alianza y la división de Polonia entre los dos imperios, los apristas, que habíamos manifestado una desconfianza tenaz —que Haya alentaba en sus cartas desde la catacumba peruana— frente a la "mano tendida" del stalinismo, nos vimos justificados. Tras unas semanas de indecisión, por falta de directivas precisas, el primer movimiento fue de apoyar al

pueblo polaco. Yo vi en las calles de Buenos Aires a muchachas de la Juventud Comunista solicitando, abnegadamente, un socorro para estas víctimas de la agresión nazi. Pero el 16 de setiembre, las tropas soviéticas invadieron a su vez al martirizado país, fraternizaron con los soldados alemanes y se dividieron el territorio como en los buenos tiempos del reparto de Polonia entre la zarina y el rey de Prusia. En Chile, el Partido Comunista llegó a convocar a un mitin de masas en el Caupolicán pero los oradores, ante la sorprendente noticia, debieron cambiar su libreto, respaldar la división de Polonia en vez de abogar por su independencia y libertad.

Fue una severa crisis de conciencia para muchos comunistas y simpatizantes. Recuerdo que en esos días de setiembre vi llegar al diario socialista **La Vanguardia** a un gran dibujante y caricaturista, alemán emigrado, Clement Moreau. Dueño de un lápiz irónico y magistral, que recordaba el de George Groz, Moreau nos enseñó su dibujo: el Nuevo Saludo. Era un obrero que levantaba el brazo derecho a la manera nazi al mismo tiempo levantaba el puño izquierdo cerrado, al modo comunista.

Acatando con su deshumanizado rigor la disciplina stalinista, los partidos leales a Moscú repudiaron cuatro años de prédica y apoyo a los Frentes Populares y la colaboración de reformistas, social-demócratas y hasta la derecha, para retornar al antimperialismo radical. Sólo que, en esos dos años (1939-1941) no se mencionaba al imperialismo nazi pero sí se atacaba al imperialismo inglés, al norteamericano y al francés.

Es sabido que el 22 de junio de 1941, Hitler decidió romper su alianza con Stalin e invadió la Unión Soviética a lo largo de un gigantesco frente. Los comunistas ultramarinos tuvieron que virar, de nuevo, 180 grados. Se volvió al apoyo y alianza con las democracias occidentales, a la lucha antifascista y a la colaboración de clases. En Estados Unidos, la tendencia de la época, el "browderismo" (llamada así por Earl Browder el líder del PC norteamericano que la postuló) llegó hasta el extremo de disolver su propio partido para convertirlo en una simple "Asociación Política". Llevados por su entusiasmo fanático por la causa aliada, los comunistas respaldaron a los dictadores latinoamericanos de la época (Vargas, Somoza el Viejo, Batista) porque eran jefes de gobiernos aliados de Washington. Y Washington suministraba armas y alimentos —y después ejércitos en el frente occidental— al tremendo esfuerzo de guerra de la Unión Soviética.

Para quienes nos habíamos formado en la escuela de Haya de la Torre y en su tajante definición de independencia desde la Conferencia Antimperialista de Bruselas en 1927, estos cambios espectaculares no hicieron sino confirmarnos en nuestra posición de rechazo a las directivas importadas. De esa época es un hermoso ensayo de Víctor Raúl que aparece en el libro: "Y después de la guerra ¿qué?", con el sugerente título: "¿Vasallos de cualquier vencedor o creadores de un mundo nuevo?".

Ese empeño de mantener la independencia del movimiento, sin hipotecarlo a un comando extranjero y como parte de una vigorosa afirmación nacional y continental, presidió siempre la obra, ideológicamente creadora, de Haya de la Torre.

En aquellos años, anteriores a la guerra mundial número dos, y como parte y reflejo del ascenso del fascismo, se había registrado en nuestra América un florecer malsano de organizaciones y partidos que imitaban a sus prototipos europeos. Al ya conocido y crónico fenómeno de imitación que constituían los partidos comunistas, inexorablemente regimentados por el *knut* estaliniano, se agregaron los fascismos de imitación.

En el Brasil surgió el Movimiento Integralista, con su uniforme de rigor, las camisas verdes, encabezados por Plinio Salgado. En la región sur de México, hicieron su aparición las Camisas Doradas; en Argentina desfilaron, con camisas negras, las huestes de la Legión Cívica. En Chile se fundó, conforme al modelo hitleriano de las camisas pardas, un Movimiento Nazista, cuyo "Führer" se llamaba Jorge González von Mares. En el Perú el antiguo sanchecerrismo, organizado como Unión Revolucionaria se colocó asimismo camisas de luto y su líder se proclamó "fascista por temperamento y por convicción".

Todos estos partidos de calco europeo tuvieron vida corta y patético final. El más significativo fue acaso el de los nazistas chilenos que cambiaron de nombre (por "Vanguardia Socialista"), de saludo y de líder. Gran número de ellos se inscribió en el Partido Socialista de Chile, dirigido por Marmaduke Grove y Oscar Schnake y donde ya era dirigente conocido el médico Dr. Salvador Allende Gossens.

4.- "EL ANTIMPERIALISMO Y EL APRA" Y "30 AÑOS DE APRISMO": DOS TEXTOS Y UNA SOLA VERDAD

A mediados de 1936, editado por Ercilla, en Chile, empezó a circular en América —con excepción del Perú donde fue rigurosamente prohibido— un libro de Haya: "El Antimperialismo y el Apra". En los círculos del destierro —en Santiago, Buenos Aires, México, La Paz, Panamá, La Habana— se leyó, releyó y comentó. Estábamos ante un libro de excepcional importancia.

Los originales de esta obra tenían su propia historia. Víctor Raúl los había escrito, en 1928 en pocas semanas, en un hotel de México, como respuesta al virulento folleto de Julio Antonio Mella: "¿Qué es el ARPA?". Lo hizo, como afirma en el prólogo, "para responder a los críticos de extrema izquierda y extrema derecha que ya menudeaban y para exponer analíticamente las ideas centrales de mi doctrina". Este libro, lo recalca su autor, resultaba pieza principal en una doble defensa: "contra los avances de la política del dólar y contra la demagogia comunista cuyo irritado verbalismo llega a furibundos extremos en estas cálidas zonas del planeta. Propugnando por el Frente Unico, libre del inexorable contralor de Moscú y por una acción orgánica, realista y eficiente contra el imperialismo, iniciamos los apristas tenacísima campaña desde la prensa y la tribuna".

Aquel 1928, "días de inquietud, cuando Sandino conmovía al mundo con sus gallardas hazañas", Víctor Raúl no encontró en México editor adecuado y tuvo que partir a Centroamérica, en procura de llegar a Nicaragua, meta que no alcanzó porque las autoridades yanquis de la Zona del Canal lo deportaron desde Panamá a Europa. Los originales de "El Antimperialismo y el Apra" fueron guardados, largos años, por Carlos Manuel Cox, líder fundador del aprismo, entonces exilado en México. De allí los llevó al Perú y sobrevivieron "a las repetidas prisiones y destierros" del lealísimo líder trujillano. Estos originales tuvieron "numerosos lectores furtivos" y los mismos recomendaron al autor que fueran publicados. Haya de la Torre convino en ello, y aparte de "un prólogo polémico que servía de mascota de proa para responder a los ataques de Mella, todo fue rigurosamente mantenido en los originales".

Encontrándome en Santiago, a comienzos de marzo de 1935, recibí un mensaje de Nicanor Mujica avisándome que, por gentileza de un

primo suyo, ajeno a la política, llegaría a mis manos un paquete importante. Lo recogí del Sr. José Álvarez Calderón en un hotel de Valparaíso y al día siguiente lo entregué a Luis Alberto Sánchez, Director de la Editorial Ercilla.

El paquete de los originales, cuidadosamente acondicionado para burlar a los inquisidores, lo había sido por la madre de Nicanor, doña María Álvarez Calderón de Mujica, la cual sólo pidió a su hijo la promesa solemne de que el libro no contenía ataques contra la religión católica o sus ministros. Como era el caso. Haya se refiere a doña María y a su hijo en la "mención fraternal de quienes, desde el incógnito, burlaron la vigilancia de la tiranía y enviaron a Chile, con toda seguridad, las copias de este libro". La primera edición se agotó en pocos meses y salió una segunda. La 3a. debió esperar treinta y cuatro años y se hizo en Lima, por la Editorial Imprinta Amauta (1970) y contiene un amplio y jugoso prólogo. Para esta edición, Víctor Raúl me honró encargándome escribir, para las solapas del volumen, una nota de presentación. Lo mismo ocurrió con la 2a. edición de **"30 años de aprismo"** lanzada también en Lima.

Quienes postulan, en nuestros días, una aproximación del Apra al marxismo, los que enfrentan un Haya joven revolucionario y por lo tanto afín a un indeterminado socialismo, han dado en mantener que su libro capital es **"El Antimperialismo y el Apra"** y pretenden desestimar a **"30 años de Aprismo"**. Esta actitud revisionista llegó a sus extremos cuando en el XII Congreso, celebrado en julio de 1979 en Lima, se aprobó una declaración consagrando a la primera de estas obras como la fundamental, asumiendo el Congreso, que es un organismo político y partidario, un papel conciliar y eclesiástico, semejante al Concilio de Nicea que eligió entre el Credo de Atanasio y el Credo de Arrio, definiéndose por el primero.

Como, al mismo tiempo, se hacía circular que yo sostenía la preeminencia de **"30 años de Aprismo"**, canonizar **"El antimperialismo y el Apra"** llevaba el propósito —que empezaba a insinuarse desembosadamente— de calificarme como de derecha.

Lo cierto es que se trata de dos textos y una sola verdad. No hay oposición entre uno y otro libro. Los dos se complementan en un proceso ideológico integrador que discurre en el tiempo y que refleja la evolu-

ción de una doctrina que no es dogmática sino dialéctica. Es decir, que aprende del acontecer de cada día y de las modificaciones registradas tanto en la infraestructura como en la superestructura de la sociedad.

"El Antimperialismo y el Apra" es un libro epocal. No sólo en el Perú, sino en América Latina. Y conforme los países subdesarrollados abandonen las muletas de un marxismo elemental y de kiosko, su influencia habrá de dejarse sentir más amplia y categóricamente. Su contendiosa brevedad y lo explosivo de sus ideas permiten compararlo, en nuestro ámbito continental, al **Contrato Social** de Rousseau. Con las Bases del argentino Alberdi, es uno de los libros que de modo más fecaciente ha contribuido a la formación política y de un país latinoamericano.

Es preciso recordar que, cuando este libro se escribió, en el año 1928 y en México, el concepto de imperialismo, hoy tan usado y abusado en el lenguaje político mundial, carecía de difusión y popularidad. Se le asociaba a conceptos clásicos de expansión territorial y colonialista, sin definir claramente sus manifestaciones económicas. Sólo dos libros señeros, el de J.A. Hobson, **"Imperialism, an Essay"**, y el de V.I. Lenin, **"Imperialismo, última etapa del capitalismo"**, habían consagrado enfoques primigenios para esta fase superior y culminante del capitalismo. Haya de la Torre fijó, con precisión que no ha sido nunca desmentida, las características del imperialismo en los países subdesarrollados, donde es primera y no última etapa del capitalismo y adelantó con visión profética, la línea táctica y política para afrontarlo: partidos de alianza de clases, integración regional de países, aceptación, bajo control, de la inversión extranjera, creación del Estado Antimperialista. A partir de este libro, el imperialismo dejó de ser un aspecto incidental en los programas de los movimientos de izquierda para ser reconocido como el fenómeno predominante en nuestra economía y en nuestra historia.

Es preciso, además, puntualizar un hecho importante. **"El Antimperialismo y el Apra"** no se publicó hasta marzo de 1936 en Santiago de Chile. Lo que significa que su difusión y lectura es posterior en más de cinco años, a la fundación del Partido Aprista, que ocurrió en setiembre de 1930. Y que el aprismo participó en las elecciones de 1931, luchó y murió en Trujillo, Huaraz y Cajamarca, resistió en las catacumbas de Benavides, sin que los héroes y mártires hubieran conocido su texto.

En el curso de la instructiva secreta que se tomara cuando estuvo preso en la Penitenciaría de Lima, el propio Haya de la Torre fijó el marco de las definiciones doctrinarias del aprismo. Dijo entonces ante el Juez:

"Las opiniones vertidas con anterioridad a la formulación definitiva del programa del Partido constituyen la etapa embrionaria que no puede ni debe confundirse con el período posterior de verdadera estructuración del Partido. Sólo el Congreso Nacional del Partido, que se reunió en Lima después de la celebración de los Congresos Departamentales..... definió y sancionó por fallo de la mayoría, el programa del Partido. (Haya de la Torre: *Obras completas*, Vol. 5, Pág. 291).

Es esta oportunidad, como en otras Haya de la Torre señaló al Programa de 1931 como el *desiderátum*, quedando las tesis esbozadas con anterioridad como referencias precursoras. Por fortuna, el Programa de 1931 y el libro de 1928 guardan la mayor coherencia. Lo mismo puede decirse de "*El Antimperialismo y el Apra*" y de "*30 años de Aprismo*". No se oponen ni contradicen, se complementan y perfeccionan. Algo igual puede decirse comparando "*El Antimperialismo*" con el mensaje inaugural de Haya de la Torre en la Asamblea Constituyente de 1978.

"*30 años*" es un libro, también capital, de confrontación, análisis y balance. Si el otro fue escrito en un hotel, durante el exilio en México, éste nació en el asilo de la Embajada de Colombia en Lima. Signos combatientes y complementarios del destierro y el encierro.

El libro treintañal denuncia un trabajo prolijo y erudito, una búsqueda del acierto conceptual y terminológico (*le mot juste*) así como de elegancia estilística y castiza. Tiene mayor aparato erudito que "*El Antimperialismo y el Apra*" y significa una suerte de confrontación sistemática del primero de sus libros esenciales, con las realidades tenaces e indoblegables registradas a lo largo de seis lustros de épica militancia.

Lo anima un propósito central: demostrar que el aprismo no se había apartado de sus postulados esenciales. "Este libro —se lee en el prólogo— no sólo intenta proyectarse retrospectivamente e inventariar

fastos, a retrotraer y considerar sus impares circunstancias y a remitirlos sin mengua de objetividad, para su confrontamiento y evolución, al autónomo dictamen del lector. Tanto o más que todo ello, se propone denotar, con robusta vigencia del ideario aprista —por alguna buena razón superviviente a despecho de las radicales e inesperadas mudanzas sucesivas en estos tormentosos lustros de tránsito de una a otra edad histórica— su perseverancia renovadora y su alerta presencia en la combatiente vida social de Indoamérica" (*Obras Completas*, Vol. 5, Pág. 257).

En otras palabras, "*El Antimperialismo y el Apra*" es un libro inicial, de alumbramiento y fundación. Libro pionero y juvenil. "*30 años de Aprismo*" el libro de la madurez y la experiencia. Quien pretenda quedarse con sólo el primero se quedaría en la etapa primigenia, anterior a la fundación del Partido. Quien optara por el segundo sólo absorbería la lección de la madurez. En leer, releer y comprender a uno y a otro está la línea justa de un aprismo creador y sin dogmas.

Algo así pasa con las Sagradas Escrituras. El Viejo Testamento explica el origen del mundo y del hombre. Pero quienes prefieren quedarse con solo su texto e ignorar el Nuevo Testamento se quedarían sin Cristo ni el cristianismo. Por su parte quienes sólo leyeron los Evangelios, ignorando el Antiguo Testamento, carecerían de base para entender el propio cristianismo.

La verdad es que la doctrina del Apra se encuentra en toda la obra de Haya de la Torre. En los dos libros citados y en otros más, que integran sus *Obras Completas*, así como por el programa original de 1931, diseño genial de un proyecto político que todavía, después de más de medio siglo, busca realizarse en plenitud.

La simplificación interesada de "*El Antimperialismo*" como breviario de una izquierda partidaria y de "*30 años*" como fuente de inspiración de una a la derecha, resulta de este modo muy clara. Y debe ser refutada con energía, pues si modernos glosadores de Haya de la Torre pretenden amputar, al desautorizarla, las tres cuartas partes de su vida y de su obra (la que va de 1928 a 1978) se infiere que en la mayoría de esos años, Víctor Raúl habría traicionado sus propias ideas, las habría abandonado oportunamente, abjurando del mismo credo por él forjado. Posición insensata y repudiable, porque si hay algo notable con Víctor Raúl es la continuidad evolutiva, pero fundamentalmente leal con

ella misma, de su pensamiento político. No existe un Haya revolucionario de 1928 y un Haya reaccionario de 1978.

Quienes ahora pretenden reivindicar al "Haya joven" son ideológica e históricamente, descendientes lineales de quienes, en esa época, hoy retrospectivamente embellecida, lo hicieron blanco de todas las injurias. Cuando Haya era "el Haya joven" ya había roto, con el marxismo totalitario, con su equivocada visión de una Indoamérica sometida a los dictados de un partido con sede y comando indelegable en Moscú; ya había planteado la tesis del frente de clases, que fue llamado "caldo de cultivo para el fascismo"; ya había sido tildado de traición y apostasía. Sobre todo, ya había escrito **"El Antimperialismo y el Apra"**, precisamente como libro de polémico deslinde ideológico frente al comunismo, cosa que los voceros de una reinterpretación falaz y hechiza tratan de disimular o ignorar, ensayando poner a Haya contra Haya, a un libro de 1928 contra un libro de 1956. Al "joven" contra el "viejo".

No hay tal contradicción: las ideas de Víctor Raúl, que se esbozan, por primera vez, al fundar el Apra en México, el 7 de mayo de 1924, se las reencuentra, superando vicisitudes, cambios asombrosos en América y el mundo, en el discurso inaugural de la Asamblea Constituyente del Perú, cuando el egregio luchador llegó, por primera vez en su vida combatiente y combativa, a un cargo público y por primera vez se le reconocía una victoria.

Estas ideas han sido y son las ideas del aprismo y que tanto yo, como la inmensa mayoría de los apristas, entendemos que forman nuestro patrimonio intangible, permanente y común.

5.- IZQUIERDA VERBAL E IZQUIERDA REAL

Pocas palabras más propensas a la malversación demagógica que la palabra izquierda. Ser de izquierda significa para mucha gente una suerte de distinción intelectual o de pasavante para sorprendentes aventuras políticas. Bajo su protector amparo se esconden los más diversos contrabandos. De igual modo, con el epíteto de derechista se pretende desacreditar, de inmediato a quien quiera que no corteje el favor del totalitarismo nacional o internacional. Diversos órganos adscritos a esa tendencia y algunos gratuitos adversarios de bajo nivel mental, no han podido citar mi

nombre sin anteponerle el calificativo de marras, cuando no el de conservador. Acaso valga la pena razonar la improcedencia de estos adjetivos.

Para ser legítimamente clasificado de derechista o de izquierdista no basta el interesado capricho de un adversario. Una y otra calificación deben fundarse en la definición ideológica del cuestionado o en su actitud objetiva ante la vida y la política.

Doctrinariamente he nacido y he vivido bajo las normas inequívocas del aprismo, palabra que viene del APRA, sigla que implica la palabra revolución. Y el aprismo ha sido y debe ser eso: un gran movimiento revolucionario, social pero no socialista, como insistía su fundador, destinado a cambiar añejas estructuras con un sentido de justicia, pero sin sacrificio de la libertad. Es el Partido que cuestionó combativamente el viejo orden de las dictaduras y del militarismo y logró una movilización popular sin precedentes en nuestra historia. Y lo hizo a favor del cambio y no del estancamiento. La implacable hostilidad de los sectores privilegiados del Perú, que atajaron 60 años la llegada del Apra al poder, es el mejor testimonio, a **contrario sensu**, de la calidad revolucionaria de un Partido que por algo se llama—y lo ha sido— "del pueblo".

Para mí el aprismo, tal como lo concibió Víctor Raúl, era el instrumento idóneo para implantar en el Perú esa **democracia social** que figura en su Constitución, en el artículo 79º que me tocó pergeñar. Lo que se propone nuestra Ley de leyes no es la democracia liberal, creyente en la igualdad de los hombres ante la ley e indiferente ante la desigualdad de los hombres en la economía. Por eso es un partido de izquierda y de izquierda democrática. Por eso me considero y me he considerado de izquierda.

En un contexto más general —y lo he apuntado otras veces— me atrevería a sostener que la posición derechista resulta contranatura en un país subdesarrollado, como lo es el Perú. Ser de derecha es lo mismo que ser conservador. Y, ¿qué conserva un conservador en un país como el nuestro?. ¿Conservaría el atraso, el subdesarrollo, la dependencia, la ignorancia y la explotación?. En Estados Unidos, en Europa Occidental, en la misma Unión Soviética, tiene sentido que haya conservadores pues existe —por lo menos para las élites plutocráticas o para la burocracia de la **"nomenklatura"**— algo o mucho que conservar. Pero las inmen-

sas mayorías pobres y desposeídas de Nuestra América no tendrían —parafraseando a Marx— sino sus cadenas y sus harapos que perder.

La conducta, la toma de posiciones a lo largo de una vida, en circunstancias o en cargos de especial responsabilidad, definen y caracterizan a un hombre. Cuando me ha tocado hacerlo, siempre he estado en la línea de izquierda real— y no verbal— que me enseñó Haya de la Torre. Una coyuntura especialmente importante ocurrió al reunirse la Asamblea Constituyente de 1978 cuando fui el portavoz del Apra en los capítulos de "Estado, Territorio, Nacionalidad e Integración".

En los medios parlamentarios y periodísticos del izquierdismo criollo y verbal ya se habla bien de la Carta Magna de 1979, no obstante que sus constituyentes —los del FOCEP y otros grupos— se negaron a firmarla. Particularmente se invoca el Título V, relativo al Trabajo. El art. 51º (derecho a la sindicalización) y muy especialmente el art. 55 (derecho de huelga) son los más citados.

Señalemos una circunstancia muy reveladora: dichos artículos reproducen, en forma casi literal, el art. 8º del Pacto Internacional de Derechos Humanos Económicos y Sociales. Dicho art. 8º fue aprobado por la Asamblea de Naciones Unidas en su período de 1956 y recabo el honor de haber sido el que los propusiera, como delegado del Perú a la 3a. Comisión y, acorde con los principios del Apra, quien diera forma final a la redacción del inciso aº sobre sindicalización y el que presentara como absoluta novedad en el debate —pues el proyecto técnico preparado por expertos, para servir de base a la discusión no lo registraba— sobre derecho de huelga.

Si de algo puedo estar orgulloso de mis años de combatiente por la democracia social, es por haber incorporado el esencial Derecho de Huelga al Pacto Universal que la consagra y haber respaldado, como constituyente, su ingreso a la Carta Fundamental del Perú, más de veinte años después. Si esto es derechismo, que venga Marx y lo diga.

Igualmente y en una obligada exhibición de antecedentes históricos personales, reclamo la honra de haber redactado como Presidente de la Comisión que elaboró el título sobre Estado y Nación, el art. 80, que señala entre los deberes primordiales del Estado, el de eliminar toda forma de explotación del hombre por el hombre y del hombre por el Esta-

do. O sea la meta más ambiciosa de justicia que pueda fijarse un hombre de izquierda. En la misma línea, se encuentra el segundo párrafo del Preámbulo, cuando se habla de crear una sociedad libre, justa y culta, sin explotados ni explotadores. Y me jacto, desde luego, del revolucionario art. 100 que fija al Estado peruano el deber de promover la completa integración de América Latina con miras a establecer una Comunidad Latinoamericana de Naciones. Este principio ha sido incorporado textualmente en la nueva Constitución de Brasil.

Los ejemplos probatorios podrían multiplicarse. Lo importante es consignar que la posición de izquierda o de derecha no la dan las palabras sino las actitudes. Así, los sindicalistas polacos, en su mayoría católicos, al defender sus derechos gremiales y sus libertades, se encuentran, objetivamente, a la izquierda. En tanto el gobierno de Varsovia, de filiación marxista-leninista, al aprobar una invasión como aquella que sojuzgó Checoslovaquia socialista está, objetivamente, en una posición de derecha.

Me considero y he vivido y actuado como hombre de izquierda. Pero, al mismo tiempo, soy de izquierda democrática. Creo en el cambio por las vías del sufragio y de la democracia representativa. En los países donde el sufragio es ley, la revolución está en el sufragio, decía el apóstol José Martí en frase lapidaria que Haya de la Torre gustaba repetir.

Creo que las fórmulas perentorias del izquierdismo totalitario o han fracasado o causan daños y dolores tan grandes e intensos como las injusticias que se quiere suprimir. Con la promesa de darles pan se les ha quitado a muchos pueblos la libertad. Y el pan que se les ha dado es poco, es malo y es duro. Y quien se queje de la dureza o de la escasez del pan, corre el peligro de un campo de concentración o de una clínica siquiátrica.

Ser de izquierda democrática —que es la única izquierda real— implica aceptar la presencia política de quienes no son de izquierda; su presencia y su actividad legal y no subversiva ni golpista. Como en el YIN y el YAN de la filosofía china, hay en toda sociedad fuerzas que impulsan el avance —lo que llamamos izquierda— y fuerzas frenadoras y acumulativas. (Las que bautizamos como derecha). La vocación y la conciencia de cada quien nos coloca en uno u otro lado.

Recordemos a propósito, lo que escribió, en su Manifiesto a la Nación de febrero de 1932, ese izquierdista real y creador que fue Haya de la Torre: "No basta ser de izquierda para no ser mezquino, ni el serlo es condición exclusiva e inherente de la derecha. La honradez, la convicción, el espíritu de justicia, no tiene campo ni lado en política. Hay que exigir, sí, del izquierdista —por ser soldado de una causa inspirada en principios eminentes— que sepa despojarse de egoísmos y de pasiones que siempre significan bajo interés, inconciliable con la doctrina que profesa".

En épocas del General Velasco, su maquinaria de prensa parametrada se entretuvo en un esfuerzo múltiple y patético por negar la condición izquierdista del Apra, clasificándolo como de derecha cuando no de extrema a ultra derecha. Lo cual recuerda, con lamentable retraso histórico, el ciego dogmatismo de Stalin en 1932 cuando —con Hitler a las puertas del poder en Alemania— sostuvo que la social-democracia era el ala moderada del fascismo. Lo cierto es que, por sus orígenes, por su composición policlasista, por sus banderas revolucionarias, el Apra ha sido, es y será de izquierda. De izquierda real, por que es —y tiene que seguir siendo si no quiere despersonalizarse y perder identidad— izquierda democrática. Lo cual invita a formular algunas precisiones relativas a la democracia y a su evolución histórica.

Una de las falacias tenazmente difundida por autoritarios o totalitarios, consiste en identificar, simplistamente, democracia con derecha y hasta con formas francas de predominio reaccionario. La verdad es otra: no obstante sus falsificaciones y desfiguraciones, la democracia resulta el más avanzado de los regímenes políticos posibles y puede ser el más revolucionario.

Lo fue desde sus orígenes. Porque la democracia no constituye un subproducto del capitalismo, nacida en el siglo XVIII, como quieren hacer creer a quienes profesan un marxismo primario. El nombre y el concepto mismo de democracia se acuñaron miles de años antes de que se inventara la primera máquina a vapor, iniciándose así la revolución industrial y la etapa capitalista. En el análisis clásico de Aristóteles, ya se señala el carácter social y profundamente revolucionario de la democracia. La democracia, sostuvo el Estagirita, no sólo es el gobierno de los más, sino de los más pobres. Y afirmó que así como la oligarquía, gobierno de los ricos o los poderosos, se desinteresaba de los pobres y de los hu-

mildes, la democracia, el "gobierno de los necesitados", traduce al inglés del griego Bertrand Russell, es ajeno a los opulentos y a sus aspiraciones.

El capitalismo, en los siglos XVIII y XIX encuentra en la democracia un conjunto de principios e instituciones que favorecen su desarrollo. A decir de Harold. J. Laski, esta coincidencia más que una armonía de principios esenciales, fue una convergencia eventual de intereses entre las formas democráticas y la etapa expansiva del capitalismo.

Después de la primera guerra mundial, el capitalismo europeo, en sus formas mas agresivas, se pasó al fascismo y renegó de la democracia con furor paralelo al de su irreconciliable enemigo, el comunismo.

Aplastado el fascismo en los patíbulos de Milán y en el bunker de Berlín, la democracia europea demostró su capacidad de adaptarse y evolucionar. Probó de este modo, que como forma política no es necesariamente dependiente ni inseparable del sistema económico capitalista. Gobiernos socialistas o, para ser más exactos, social-demócratas, respetaron y utilizaron los mecanismos de la democracia para asegurar, por la nacionalización de las industrias básicas, por un régimen impositivo de carácter expropiatorio para la excesiva riqueza, por la instalación de servicios sociales de la cuna a la tumba, formas económicas más justas que no implicaron pérdida de la libertad, sino lo contrario: aumento de ella, al liberarse de la necesidad. La "explotación del hombre por el hombre", característica del capitalismo, fue gradualmente abolida y hasta es posible —como lo profetizara el viejo Marx para Inglaterra— que en algunos países lleguen a convivir la monarquía parlamentaria y el socialismo. En Israel, un Estado igualitario y fundado desde sus cimientos por pioneros socialistas, el aporte ideológico de esta izquierda real ha sido predominante y en su economía los sectores públicos y cooperativos resultan ampliamente dominantes.

Leal a las previsiones aristotélicas, la democracia, en nuestro tiempo, se torna más efectiva y verdadera en la medida en que se transforma en democracia social. Anterior al capitalismo, está destinado a sobrevivirlo.

Haya de la Torre deslindó su tesis frente a las formas conservadoras de la democracia. Dirigiéndose al I Congreso del Partido, el 20 de

agosto de 1931, en el Teatro Lima, dijo así: "El aprismo es un partido democrático de izquierda. Considera a la democracia como una función, tanto política como social. Vale decir, otorga a la concepción democrática un contenido funcional. La democracia pura, liberal, exclusivamente política es la que caracteriza a los Estados en los que solamente se vela que la igualdad nominal de los hombres ante al ley...El aprismo —y ésta es su esencial diferenciación de los viejos partidos y de los totalitarios dictatoriales, comunistas y fascistas— considera a la libertad del hombre como ciudadano y como trabajador, inseparable de la justicia social. Por tanto, su concepción de una libre democracia, es inherente a la de una democracia económica".

Estos principios tuvieron un eco notable de consecuencia doctrinaria en posteriores pronunciamientos del Jefe y Fundador del aprismo. En febrero de 1976, ratificó la condición de partido de izquierda democrática, adverso "a la explotación del hombre por el hombre —fórmula capitalista— y del hombre por el Estado", fórmula comunista. Y recordó que en vez de un remedo socialista, ajeno a nuestro momento histórico, proponía un Estado Antimperialista de Cuatro Poderes, basado en la democracia política y social.

En circunstancias especialmente solemnes, al inaugurar la Asamblea Constituyente de 1978, reiteró su credo: "la nueva democracia no puede responder al lineamiento tradicional del liberalismo clásico. Junto al Parlamento legislador político, representativo de los ciudadanos, se requiere un Parlamento o Congreso Económico representativo de los productores. Es la dimensión económica y social de la democracia y el órgano propio de planificación nacional".

La tendencia a definir una izquierda renovada, moderna y creadora, tiene amplitud universal. Es la "New Left" de los Estados Unidos, es la "Nouvelle Gauche" de Francia. Tiene un nombre pero ¿cuál es su contenido?. ¿Cuáles son sus rasgos caracterizadores?.

El primero, es la revalorización de la libertad. Como hemos señalado, la izquierda de inspiración marxista europea ya está de vuelta de aquellas concepciones simplistamente totalitarias y asiáticas del comunismo tradicional. Los partidos comunistas de Francia, Italia y España, así como el comunismo japonés, han renunciado formalmente a la dictadura del proletariado, expresión de combate en Marx que Lenin convirtió

en norma permanente. La propia Constitución soviética, promulgada en julio de 1977 da por concluida la época dictatorial, por mas que subsiste como una realidad objetiva que la política reformista del nuevo comando del PC URSS empieza a cambiar. En China, hace cuatro años y para asombro de los ortodoxos, ya se anunció que la lucha de clases había dejado de existir en el país comunista más poblado de la tierra.

Cuando el Apra opuso al totalitarismo y a la dictadura su conocida tesis: "Contra toda clase de dictaduras y contra las dictaduras de toda clases" se la tildó de demoliberal y reaccionaria. Y frente a la exigencia absolutista de someter todo movimiento revolucionario al comando inflexible e indelegable de Moscú, Haya de la Torre postuló un movimiento autónomo, latinoamericano, sin ninguna intervención ni influencia extranjera. Es decir la tesis de la nueva izquierda europea que se expresó en la disidencia titoísta, en el policentrismo italiano y se advierte ahora en las mismas definiciones de la perestroika de Gorbachov y en los fermentos de Polonia y Rumanía, para no hablar de los conatos nacionalistas en Adzerbaidján y otras repúblicas asiáticas.

Otro rasgos de esta izquierda "nueva" es la de abrirse a la participación en sus filas de otras clases y no sólo del proletariado. De allí que hasta la misma Constitución soviética y post-stalianiana, hable del poder y la acción de "todo el pueblo"; que en Italia ingresaran al partido comunista, renovado por Berlinguer, importantes sectores de la clase media italiana y que algo semejante ocurra en Francia. Es el frente de clases, con una meta democrática y de justicia social la esencia misma del Apra. Y fue, durante largos años, acremente censurada por aquellos que llamaron a la "alianza popular" un "caldo de cultivo para el fascismo".

Pero el contacto del Apra —el Apra de Haya de la Torre— con la nueva izquierda radica, sobre todo, en la demitificación de Marx. El marxismo congelado —o fosilizado— dirían los chinos comunistas de hoy— colocó al creador del socialismo científico en el nicho de un ídolo inmutable. Desde sus tesis sobre Espacio-Tiempo Histórico, Haya de la Torre lo devolvió a su fluir genial y hegeliano. Las escuelas neomarxistas reconocen al patriarca de Tréveris su altísima calidad de economista y filósofo epocal. Pero no lo congelan ni lo adoran. Lo completan con una rica tradición revolucionaria, que reconoce aportes democráticos, libertarios y social-demócratas. Y sobre todo de la ciencia moderna. Los nue-

vos filósofos de Francia —Glücksman y otros— dicen ya, copiando la fórmula desafiante de los atcos, que "Marx ha muerto".

Marx —el Marx dialéctico— no ha muerto. El Marx que ha muerto es el Marx inmóvil y canonizado por la ortodoxia fósil. Y entre uno y otro, hay la misma distancia que separa el Sermón de la Montaña de un anatema de Torquemada.

Los movimientos de la nueva izquierda se parecen, por eso, a los movimientos cristianos de retorno a un fundamentalismo evangélico. Señalamos, con justicia histórica, que el movimiento emancipador de los espíritus de avanzada que esta actitud política encarna, lo inició Haya de la Torre mucho antes de ser redescubierto en Europa.

6.- CHINA Y EL "MARXISMO FOSILIZADO"

El apartamiento de la China Popular, con su inmensidad espacial y sus mil millones de habitantes, de la ortodoxia comunista, es un suceso clave en la historia política y social del mundo en nuestro tiempo. Tamaño cisma no podía producirse sin que en la superestructura ideopolítica se registraran correlativas modificaciones y agudos conflictos.

Así ocurrió en China a la muerte de Mao Zedong (más comúnmente conocido por Mao Tse Tung) y del enfrentamiento de la "Camari-lla de los Cuatro", cuyo personaje más importante era la viuda del caudillo muerto, teniendo al frente a Deng Siao Ping, el audaz portaestandarte de una heterodoxia.

En 1982 ocurrió una decisión de consecuencias incalculables. El Partido Comunista Chino —el más grande de los partidos comunistas del mundo— introdujo en su programa una declaración principista fundamental: la lucha de clases ha dejado de existir en China. En adelante los conflictos de intereses se resolverán de acuerdo a procedimientos judiciales, (Beijing Informa, N° 33, agosto 1982). La reforma se refiere a China, pero en el mundo comunista y fuera de él, este cambio está llamado a tener resonancias revolucionarias.

Desde luego, nuestros marxistas-leninistas locales han preferido ignorar este cambio. No saben que decir ante la magnitud y profundidad de semejante revisión que hiere al dogma. Porque el marxismo, en su ver-

sión vulgar, la que nutre a nuestros repetidores, ha sido infatigable en sostener que la historia, toda la historia, se explica por la lucha de clases. Y de pronto ocurre que un gran estado comunista, poblado por mil millones de habitantes y donde se está gestando un experimento social gigantesco, con logros técnicos y sociales importantes, declara del modo más solemne, que la lucha de clases ha dejado de existir.

Según el pensamiento ortodoxo, una sociedad sin lucha de clases sólo puede existir allí donde se ha realizado, total e irrevocablemente, el comunismo. Y nadie ha pretendido, hasta hoy, que semejante hazaña se ha cumplido en ningún lugar de la tierra. Ni siquiera en la Unión Soviética, que viene prometiéndolo desde 1917. La sociedad sin clases resulta tan lejana para el habitante de un país comunista como el paraíso en la tierra para el creyente. Con un agravante: que los gobiernos totalitarios anticipan, en la práctica, un régimen que no es precisamente de gloria y bienaventuranza.

El anuncio oficial de que ha terminado la lucha de clases en un país tan vasto y tan poblado, plantea para los marxistas de brevario y consigna un problema de veras existencial. Si, de acuerdo a la ortodoxia más saneada, la lucha de clases es el motor de la historia. Si, según el Manifiesto Comunista, "la historia de toda sociedad hasta nuestros días, no ha sido sino la historia de la luchas de clases". ¿Qué ha pasado en China?. ¿Se ha quedado sin motor su historia, como si a un avión, en pleno vuelo, se le detuvieran las turbinas?. ¿Qué clase de existencia extra-histórica o a-histórica van a vivir en adelante mil millones de seres humanos?. ¿Cómo entra Carlos Marx en este cuadro inesperado?.

Los seudo-marxistas criollos no tienen respuesta y estos hechos de la realidad objetiva los sumen en un mar de confusiones. Unos tratan de ignorarlos y otros aguardan que los voceros del "social imperialismo" condenen esta nueva y patente herejía. Demasiado atareados con la definición de la "perestroika" y del "glasnost", no se encuentran aptos para intemarse en los orientales vericuetos de este comunismo revisado.

Para quienes aprendimos de Haya de la Torre una saludable y filosófica relativización del marxismo, lo que está ocurriendo en China no nos conturba. Como no nos sorprendieron el eurocomunismo, la disidencia yugoeslava o la perestroika rusa. Nada hay ahora, nada más en revi-

sión, que el marxismo clásico, en cuyo seno se viene cumpliendo la ley inexorable de la dialéctica que Marx aplicó.

Haya había ya advertido en su ensayo de fecha tan antigua como 1935: "...O el marxismo es dogma yerto, inerte cual un ídolo, o es devenir vivo y móvil y, en este caso queda también sujeto a la ley de la negación de la negación.... no es el determinismo histórico una regla que se impone en todas las latitudes". (1).

Al marxismo no dialéctico, Haya lo designó, repetidas veces, como congelado y le reprochó su dogmatismo. Los teóricos chinos contemporáneos usan un término más duro aún: lo llaman "fossilizado". En el periódico oficial, ("Beijing Informa", enero 26 de 1988) se cita a un teórico chino contemporáneo al que la revista presenta como afamado economista, Xue Muquiao —que tal es su nombre— quien postula: "Hay que romper con el dogmatismo y la modalidad fossilizada y desarrollar el espíritu creador del marxismo".

Esta tesis se encuadra dentro de una tesis sugerente: China, a pesar de los 30 años transcurridos desde el triunfo del Partido Comunista, "no ha desarrollado su sistema socialista.... ni ha alcanzado su madurez". Y se remite al informe de Zhao Ziyang ante el XII Congreso Nacional del Partido, donde describe "la etapa primaria del socialismo". Esta es la expresión clave.

Conviene confrontarla con la conocida tesis de Haya de la Torre sobre el imperialismo, "última etapa del capitalismo", según el libro de Lenin para Europa, y "primera etapa del capitalismo" para Latinoamérica, según afirmación del fundador del Apra. Adoptando su propio relativismo y de conformidad con su experiencia histórica, los líderes chinos califican de primario lo que antes se tenía por culminante y definitivo.

Razona Zhao Ziyang: "Nuestro país está atravesando por la etapa primaria del socialismo y debemos atravesar por una etapa muy prolongada para hacer realidad la industrialización así como la mercantilización, socialización y modernización de la producción alcanzadas por muchos otros países bajo condiciones capitalistas".

(1) Haya de la Torre: *Espacio-Tiempo Histórico*, Lima 1948
Pág. 3. Ed. La Tribuna

Asevera significativamente Xue Muquiao: "Se nos ha proporcionado (con esta tesis) una arma ideológica para prevenir los errores de izquierda o de derecha y deparado un sólido fundamento teórico para construir un socialismo con peculiaridades chinas".

En una autocrítica franca, el mismo Xue Muquiao proclama que la Revolución China actuó "con demasiada precipitación". Y explica: "Especialmente inapropiado fue el hecho de suprimir radicalmente la iniciativa individual y todas las empresas privadas y establecer un socialismo uniforme. Esto va contra las leyes objetivas del desarrollo histórico".

"Por largo tiempo —afirma el mismo economista— persistió un concepto dogmático que sostenía que estaban en contraposición las relaciones entre socialismo y capitalismo y entre obreros y capitalistas. Quienes afirmaban que era posible la cooperación entre ambos eran tildados de revisionistas. En realidad, el materialismo dialéctico ha explicado claramente que cualquier cosa tiene contradicciones en su seno y las dos partes contradictorias se oponen y dependen una de otra. Lo mismo ocurre con la contradicción entre obreros y capitalistas. El trabajo y el capital se oponen el uno al otro, pero trabajan conjuntamente cuando su empresa está frente a desafíos internos o a punto de la bancarrota. Los dogmatistas consideran que sólo existen conflictos y no interdependencia entre las dos partes en contradicción. Esta opinión no corresponde al materialismo dialéctico".

China comunista ha percibido, notoriamente, la necesidad de relativizar el marxismo en el tiempo. El mismo Xue Muquiao sostiene: "Una mirada al mundo nos permite ver que el mundo capitalista actual ha cambiado mucho desde que Marx escribiera *El Capital*. El rápido avance científico y tecnológico y el veloz incremento de la productividad laboral hacen posible elevar considerablemente el nivel de vida de los obreros en el sistema capitalista". Y añade una censura: "Ahora, algunos economistas no se atreven a mirar la realidad ni prestan atención al estudio del nuevo desarrollo del capitalismo... En cuanto a las relaciones entre los países socialistas y capitalistas también existe un enfoque dogmático. Los dogmatistas sostienen que sólo existen conflictos y luchas y no interdependencia ni cooperación entre los países socialistas y capitalistas... Sin embargo, ahora sólo hay un mercado mundial en donde los países socialistas y capitalistas comercian mutuamente. La "banda de los cuatro" fue más lejos al calificar los intercambios económicos con paí-

ses occidentales como "traición a la patria". Después de su aplastamiento, China empezó su política de apertura al exterior. En 1978 firmó 22 contratos para introducir instalaciones avanzadas del extranjero..... Los hechos demuestran —concluye el teórico chino— que el concepto anquilosado de que sólo existen conflictos entre el socialismo y el capitalismo no es acorde con la realidad objetiva".

Xue Muquiao examina, en este sugestivo trabajo, si existe como suponía un "modelo anquilosado", una contraposición absoluta entre economía planificada y economía de mercado, creyendo —dice— que la economía planificada es propia de los países socialistas y la economía mercantil de los países capitalistas. Y añade: "Este sistema estructural fosilizado se tornaba cada vez más inadecuado para la demanda del desarrollo de las fuerzas productivas".

El XIII Congreso del Partido Comunista Chino llegó a conclusiones inevitables: "Nuestra tarea reside en utilizar apropiadamente la planificación y el mercado como dos formas o medios de regulación para asegurar el desarrollo armónico de la economía nacional. Así se quebró cabalmente el modelo anquilosado que contraponía la planificación al mercado".

Más de una vez Xue Muquiao alude sarcásticamente a la influencia negativa de lo que llama desviación de izquierda, que en vez de una interpretación dialéctica, propia del materialismo histórico, optaba por moldes anquilosados cuando no "fósiles" y "dogmáticos". Y permanece a lo largo de su argumentación, el concepto salvador, según el cual China "vive la etapa primaria del socialismo".

Es ya posible anotar notorias coincidencias entre lo que es doctrina oficial del mayor Estado marxista del mundo —la China continental— y los que han sido, desde los comienzos del movimiento aprista, aportes originales de doctrina y que han suscitado ataques rabiosos de un izquierdismo dogmático y anquilosado, de un "marxismo fosilizado".

La primera coincidencia se refiere al encuadre espacio temporal de los fenómenos. Para Haya de la Torre, como se ha señalado, el imperialismo, última o superior etapa capitalista en el mundo desarrollado, es primera o inferior en Latinoamérica. Para los marxistas chinos, su socialismo, proclamado como cambio definitivo y total desde 1949, es un so-

cialismo primario. Su proceso supone "ciertos factores no socialistas e incluso capitalistas". La tesis aprista sostuvo siempre (medio siglo antes del revisionismo chino) que era necesario "construir en nuestra propia realidad "tal cual ella es" una nueva organización económica y política que cumpla la tarea educadora y constructiva del industrialismo, liberada de sus aspectos cruentos de explotación humana y de sujeción nacional" (2).

7.- LA URSS Y SU "PERESTROIKA"

La fortaleza tradicional del marxismo dogmático, desde la Revolución Bolchevique, radicó en el inmenso espacio geográfico de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El heredado prestigio de la Revolución de Octubre, la epopeya de la Guerra Civil, y de la llamada "Guerra Patria", contra el nazismo alemán, sus exitosos planes de industrialización y su peso militar, tanto convencional como nuclear, la convirtieron en el centro y la autoridad incontestables del "mundo socialista". La III Internacional, nacida en Moscú, bajo las orientaciones de Lenin y Zinoviev, fundó Partidos Comunistas estrechamente dependientes del Vaticano moscovita. El movimiento mundial de los trabajadores resultaba subordinado a los planes de la llamada "Patria de los Trabajadores".

En los años que precedieron a la primera guerra mundial era inconcebible que se postulara una ideología revolucionaria que no fuera la soviética. Fuera del comunismo, a la rusa, no había salvación. Mas allá de sus linderos, sólo quedaban los partidos de la "social democracia", "traidora y burguesa" y los partidos de la burguesía propiamente dicha. La verdad absoluta, el credo integerrimo, estaban confiados a la III Internacional y sus sacerdotes y voceros.

Fue entonces que se oyó una altiva y razonada voz disidente. Fue en febrero de 1927 y en el Congreso Antimperialista de Bruselas, donde predominaba la influencia comunista. El delegado peruano, Haya de la Torre planteó un movimiento autónomo. Que no podía ser "un partido exclusivo de clase". Menos un partido de remedo o calco europeo. Y menos todavía un partido "sometido a dirección extranjera". El APRA recién nacida marcaba su rumbo autónomo.

(2).- Haya de la Torre: *El Antimperialismo y el Apra*, 3a. edición, Pag. XXIV, Lima 1970, Empresa Editorial Amauta.

Contra los dogmas de la época stalinista se alzaba directamente la fundación del APRA. Pero han corrido los años. Veamos cuál es ahora la posición soviética determinada por la "Perestroika".

Dice Mijail Gorbachov en su ya célebre Informe del 2 de noviembre de 1987, reconociendo que "la vida ha hecho correcciones en nuestras ideas sobre las leyes generales y la rapidez de tránsito hacia el socialismo", reconoce la diversidad de las realidades según el país y la época. Por eso menciona la importancia de "cada etapa", "cada país". Exactamente lo que Haya había señalado como la diversidad de los "espacio-tiempos históricos". Gorbachov avanza hasta descubrir un principio que está en el origen mismo del enfoque aprista: el socialismo no tiene ni puede tener, "modelo" alguno como dechado de todos. Haya citó varias veces a Engels cuando éste sostuvo que quien quisiera aplicar las mismas leyes a la realidad de Inglaterra (parte de Europa) que a "la realidad de Tierra del Fuego (parte de Latinoamérica) sólo produciría lugares comunes de la mayor vulgaridad".

En su citado informe de 1987, el Secretario General del PC de la URSS, cuando realiza una revisión panorámica y crítica de la evolución rusa, apunta constantemente a la falta de libertades democráticas.

Es así como, aludiendo a la temerosa época de Stalin, sostiene que: "la ausencia del debido nivel de democratización de la sociedad soviética hizo posible tanto el culto de la personalidad, como las vulneraciones de la legalidad, las arbitrariedades y la represión de los años 30. Lo digo sin ambages: se cometieron verdaderos crímenes de abuso del poder. Se vieron víctimas de represiones masivas muchos miles de militantes del Partido y personas sin Partido".

Sobre Stalin apunta su dedo acusador: "Es inmensa, imperdonable la culpa de Stalin y los hombres de su entorno ante el Partido y el Pueblo por la represión y las arbitrariedades masivas que se cometieron". Frente a ello y a los peligros de una repetición, Gorbachov propugna una Perestroika (renovación), que tiene un contexto socio-político e histórico más amplio... Significa "dar al socialismo formas mas modernas, a tono con las condiciones y requerimientos de la revolución científico técnica".

Martilla, una y otra vez el líder del marxismo renovado en la significación de su perestroika. Esta —dice— plantea como tema primordial la continua profundización y el desarrollo de la democracia socialista. La democratización de la sociedad es el alma de la perestroika. Como la democracia no es sólo una palabra o un sinónimo en el idioma ruso, el mismo reformador afirma: "Hemos comenzado a perfeccionar el sistema electoral". Felicitémonos frente a paso tan indispensable.

La perestroika tiene también, un significado económico. Recuerda Gorbachov: "El objetivo de la reforma económica radical, iniciada en el país consiste en asegurar en el transcurso de los próximos dos o tres años, el paso de un sistema de administración demasiado centralizado y autoritario a un sistema democrático, asentado en una combinación óptima del centralismo y la auto-gestión... Una gestión basada por entero en el cálculo económico y en la autofinanciación, así como la concesión a las autoridades laborales de los derechos requeridos por ellos".

Conviene señalar algunas coincidencias del mensaje del líder soviético y los postulados de Haya de la Torre, que fueron formulados con muchos años de anterioridad y que le merecieron escarnio y ataques por parte de los comunistas locales. Como se ha señalado varias veces, Víctor Raúl impugnó el viejo lema marxista, según el cual la violencia era la partera de la historia.

Gorbachov afirma en 1987: "La coexistencia pacífica se convierte en lo sucesivo, y particularmente en la era nuclear, en condición de sobrevivencia de la humanidad... Se plantea el problema de la sobrevivencia del género humano, pues la aparición de las armas nucleares y la amenaza de emplearlas han puesto en peligro la existencia misma".

Hay una frase fundamental en el Informe del líder soviético. Cuando afirma: "A quienes interpretan el marxismo de modo dogmático y pedante no les es dado comprender lo principal de esta doctrina: su dialéctica revolucionaria".

Esto es exactamente lo que Haya inició desde la génesis de su prédica.

Con anticipación respecto a los pronunciamientos *ex-cathedra* de Gorbachov, los órganos informativos de la URSS habían avanzado

conceptos rotundos sobre la urgencia de poner la ideología marxista a tono con la ciencia contemporánea. Así, hace más de un año, con esa autoridad canónica que disfruta en el mundo comunista, el diario *Pravda* de Moscú, sentenció: "La era nuclear demanda una profunda transformación de la teoría marxista". Transformación y profunda es nada menos que lo propuesto por el periódico que se guía, estrechamente, por la dirección suprema del Partido Comunista de la URSS y por Gorbachov, su definidor y vocero. (*)

El líder soviético en su documento se refiere a la Internacional Comunista y afirma: "Los tiempos de la Internacional Comunista y del Buro de Información, e incluso los de las Conferencias internacionales con resoluciones obligatorias, ya son cosa del pasado... Todos los partidos son independientes completa e irreversiblemente".

Stalin en 1942, el año crítico de la guerra, como un gesto de buena voluntad a sus aliados de occidente, decretó la disolución o "rompan filas" de la III Internacional, que Haya comentó entonces como una de las señales mas sugestivas de los nuevos tiempos. Ganada la guerra, empero, la III Internacional resucitó como COMINFORM, que también ha sido desautorizado por Gorbachov en el mismo mensaje que comentamos.

Al trazar un rumbo independiente y democrático del movimiento revolucionario y antimperialista de América Latina, Haya de la Torre afirmó vigorosamente un principio doctrinario de la mas alta importancia, y que la evolución reciente de la Unión Soviética ha reconocido por boca de su actual conductor.

Cuidadoso de que los actos irreflexivos de violencia, que pueden ocurrir en países donde actúan los movimientos de liberación y movimientos terroristas, con una causa impredecible, *Pravda* les invitó a

(*) En la histórica Conferencia, primera en muchos años, de los líderes de la URSS y China, realizada en Pekín en el mes de mayo de 1989, el portavoz Guenady Gerasimov, hablando por los jefes comunistas de ambos países, expidió un fallo inequívoco: "Karl Marx vivió en el siglo pasado y no puede aportar todas las respuestas a este siglo". El mismo informe de prensa añade: "Los dirigentes de Rusia y China acordaron también que las teorías de Karl Marx deben ser revisadas y acomodarse a los tiempos actuales". (Diario "El Comercio", 18-5-89).

que "sopesen las consecuencias del recurso a la violencia". Y añadió, ominosamente, "que puede llevar en su espiral incontenible, a la suprema confrontación mutuamente aniquiladora". Es decir, un bombardeo en el Golfo Pérsico, un choque en Centroamérica, un incidente en el Líbano; pueden iniciar una conflagración y conducir al holocausto magno y global. De allí surge la tesis de Gorbachov: los partidos comunistas ya alcanzaron éxitos suficientes y pueden plantear un tema de veras revolucionario: la prohibición del uso de la fuerza en el mundo. La misma *Pravda* citó expresiones elocuentes del creador de la *perestroika*: "La era nuclear reclama profundos cambios en el pensamiento político".

Ya era hora. Los soviéticos, en el campo de las ciencias, hace años que han ingresado en la era post-atómica, como lo prueban, entre otras cosas, sus viajes espaciales, cuyo origen arranca de la nueva física de Albert Einstein. Ideológicamente empero han seguido anclados en conceptos fundados en la física de Newton. El nuevo líder, superando el marxismo dogmático comprende la necesidad de poner al día la doctrina. Tal como un ingeniero de viajes estelares no piensa con los criterios y datos de un constructor de ferrocarriles del siglo XIX, ni usa sus superadas premisas técnicas ni proyectos fundados en el pensamiento de un Carlos Marx de la época del Manifiesto Comunista (1847) o de la Comuna de París (1871). Ni siquiera en lo dicho por Nicolás Lenin en 1917, a pesar de la conmovedora insistencia con que el mismo Gorbachov cita a Illich para probar que sigue siendo ortodoxo cuando en realidad no lo es.

Estas novísimas definiciones soviéticas, digámoslo con explicable orgullo, no resultan ni sorpresa ni novedad para quienes han leído a Haya de la Torre y lo que él escribió hace cuarenta largos años. En su búsqueda de un enfoque dialéctico del marxismo, Víctor Raúl propugnó la negación y superación de esa doctrina. ¿Y en qué fundó esta exigencia?. En lo mismo que con parecidas palabras invocan ahora los neo-marxistas de la *perestroika*: "En la revolución de la ciencia y de la técnica más radical y vertiginosa de todos los tiempos". Son estas palabras de Haya de 1935. Oigamos las de Gorbachov en 1987: "La *perestroika* significa dar al socialismo formas más modernas, a tono con las condiciones y requerimientos de la revolución científico-técnica, con el progreso intelectual de la sociedad soviética".

Estas observaciones nos llevan nuevamente al problema de la vio-

lencia. "Es innegable —escribió Haya en 1960— que en este periodo inaugural de la llamada Era Atómica la posibilidad más resaltante es la liquidación de la guerra... La energía nuclear en sus aplicaciones bélicas conlleva la ruina total de la humanidad. Porque la guerra "polemos pater pantos" del apotegma de Heráclito, deja de ser la causa de todas las cosas y resulta difícil aceptar ahora el veredicto marxista de que "la violencia es la partera de la historia". Haya sostuvo, una y cien veces, que la escalada nuclear convertía a la violencia "en la sepulturera de la Historia"

La comprensión del problema que demuestran los soviéticos, no se registra, en los países subdesarrollados, en los cuales la violencia es ensalzada todavía y practicada como heroica e indispensable. A los terroristas de todo matiz endereza su admonición el diario *Pravda* cuando recuerda que: "Los conflictos locales tienden a convertirse en regionales y eso podría conducir al holocausto nuclear".

Hace más de medio siglo se dijeron en nuestro país estas verdades que hoy nos vienen, como nuevas, santificadas por el veredicto de Moscú.

¿Cuánto tiempo tardarán en reconocerlas sus conservadores discípulos de otros países de la órbita subdesarrollada del mundo?

El Haya "viejo" de las definiciones sobre la aplicabilidad de la dialéctica aprista al propio marxismo, ¿no se nos aparece como vocero iluminado y pasmosamente joven?

8.- UNA BANDERA PARA INDOAMERICA

Los estudiantes mexicanos que aquel 7 de mayo de 1924 llenaban el salón de Actos del Museo Nacional de su ciudad capital —y entre los cuales se encontraba Adolfo López Mateos, llamado a ser Presidente de la República treinta años después— acaso percibieron, con certera intuición juvenil, que estaban asistiendo a un suceso de transcendencia histórica: la fundación del primer movimiento unionista y antimperialista de América Latina.

La ceremonia de ese día tuvo carácter simbólico. El Presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, Víctor Raúl Haya de la Torre, exilado de su país desde octubre del año anterior y que llevaba ya cinco me-

ses de vivir en México, absorbiendo, por todas las antenas de su inteligencia alerta, la experiencia única de la Revolución Mexicana, entregó, ese 7 de mayo, una nueva bandera: la bandera de la unión. La recibió el Presidente saliente de los estudiantes mexicanos, de Larrea. Erguido y elocuente, Haya de la Torre habló con anticipaciones de profeta. Refiriéndose a la bandera dijo: Aceptadla porque es vuestra. Flameará primero sobre las soñadores muchedumbres de las juventudes que van abriendo el camino. Y mas tarde serán los pueblos, los ideales bellos y justos, los que la agiten en el tumulto estremecido de sus luchas".

Dijo también: "Esta bandera que yo os entrego, no presume originalidades recónditas.... La juventud indoamericana que ya tiene un alma fuerte, que entona un himno unánime, adivina en el escudo de vuestra casa el intento simbólico de la enseñanza del futuro que saludaremos un día en todos los rincones de América. La teneis aquí: el rojo dirá de las aspiraciones palpitantes de justicia que en esta hora admirable del mundo inflama la conciencia de los pueblos, que nuestra generación proclama con la nueva humanidad; nos habla también del amor convivido de la justicia... Sobre el ancho campo, la figura en oro de la nación indoamericana, señala las tierras vastas, que unidas y fuertes, brindarán hogar sin desigualdades a todos los hijos de la raza humana".

Símbolos y anuncios

Pocos discursos más preñados de vaticinio cumplido que éste del 7 de mayo de 1924. Víctor Raúl antevió que la bandera por él creada pasaría de la juventud reformista indoamericana —"su generación", la que se llamó, por excelencia "nueva generación"— al hirviente campo de los movimientos populares. La bandera de la unión —conocida poco después como bandera aprista— fue tomada por las multitudes. En 1931 apareció en las calles y plazas del Perú suscitando aterrados comentarios de la prensa oligárquica que culpó al naciente Partido del Pueblo de querer reemplazar con ella a la insignia nacional. En 1932 alentó a los revolucionarios heroicos de Trujillo y fue esa la "bandera comunista", que el diario "El Comercio" informó que se veía flameando en la Hacienda Casagrande el 7 de julio de aquel año. Es la bandera de Huaraz, de Cajamar-

ca, de Huancavelica y de Ayacucho. Es la bandera que hoy escolta a la bandera peruana en las gigantes demostraciones del Día de la Fraternidad. La agitan, realmente, los pueblos "en el tumulto estremecido de sus luchas".

Como nació la bandera

Al llegar Haya de la Torre a México, en noviembre de 1923, le preocupaba y absorbía el propósito de fundar un movimiento que aprovechara las experiencias de aquel Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales que él mismo creara y dirigiera combativamente el 23 de mayo en Lima y en todo el Perú. Lo que le dijeran los líderes obreros peruanos —de formación anarco-sindicalista— cuando convenían en la necesidad de fundar una herramienta política al servicio del pueblo. Y lo que aprendiera de las lecciones, todavía candentes, de la Revolución Mexicana y de la penetración imperialista, lo llevaron a concebir un movimiento autónomo, sin comando ni influencia extranjera, de dimensión y ambiciones continentales. Ese partido, que no podía ser de clase única, como pretendían los comunistas, sino un frente de clases populares, como había sido pragmáticamente la Revolución Mexicana, lo impulsó a fundar la **Alianza Popular Revolucionaria Americana** conocida, a poco, por su breve y eufónica sigla de "APRA".

El APRA tenía que enarbolar una bandera. Fue esa la que entregó, el 7 de mayo. Se utilizó una seda proporcionada por la novia de don José Angel Cenicerós, lustros más tarde Ministro de Educación de México.

Diego Rivera y los colores.

Uno de los mejores amigos de Haya de la Torre en esa época de México fue el gran muralista mexicano Diego Rivera, quien no había caído aún bajo la fascinación totalitaria del comunismo dogmático. Con Diego, Víctor Raúl habló de la necesidad de crear una bandera de la Unión Latinoamericana. El pintor diseñó entonces una de color rojo, en cuyo centro se veía, dentro de un círculo, el mapa de Indoamérica, desde el Río Grande hasta el Cabo de Hornos. El color con que pintó el mapa Diego era verde, en alusión al carácter de país-campo, predominantemente agrario de América Latina en aquella época. Haya de la Torre modificó

la idea del Maestro y pintó de oro el continente, que resaltó de ese modo con mayor fuerza sobre el campo punzó.

En su discurso, Víctor Raúl se refiere al "escudo" de la Universidad de México. En él, efectiva y premonitoriamente, aparece el mapa latinoamericano. Y como lema del escudo, la Universidad mexicana afirma, hasta ahora: **"Por mi raza hablará el espíritu"**. Era una frase de José Vasconcelos, aquel maestro proteico, inquieto e iluminado, que en aquellos años se identificaba como uno de los intérpretes más lúcidos de la gigante conmoción popular mexicana.

Primera bandera de la Unión

Esta bandera de la Unión era la primera que se creara en Indoamérica. En los años precursores de la emancipación, Francisco de Miranda, había acuñado un nombre para el continente que él pretendía liberar y unificar: "Colombia", o sea el continente de Colón, y una bandera para representarlo. Era tricolor y es la misma que, con ligeras diferencias, utilizan Venezuela, Colombia y Ecuador.

En el sur, en mayo de 1810 y en Buenos Aires, empezó a usarse el distintivo blanco y celeste como emblema de la independencia y el General Manuel Belgrano la hizo jurar por primera vez a las tropas argentinas. En otra distribución y otro esquema el azul y el blanco se encuentran en la bandera uruguaya. Chile lanzó, tempranamente, su tricolor con la estrella solitaria.

En 1820, el General San Martín elige para el Perú los colores de la bandera nacional: rojo y blanco y en su distribución actual, de fajas verticales, estuvo ya presente en la victoria continental de Ayacucho. Cuando el Mariscal Sucre, convertido en Presidente de la recién nacida Bolivia, ingresa en su capital de Chuquisaca (hoy Sucre) fue recibido, según narra su Secretario Rey de Castro, con **"los colores nacionales, rojo y blanco"**, señalándose así la identificación de banderas entre el Alto y el Bajo Perú, en esos años.

Cuando vuelven a reunirse por obra de aquel otro gran precursor del integracionismo que fue el Mariscal Andrés Santa Cruz, la bandera de la Confederación Perú-Boliviana fue enteramente roja, con los escudos de los tres Estados en el centro.

En México la bandera tricolor-rojo, blanco y verde- representó las "tres garantías" del movimiento independentista mexicano. En Centroamérica predomina la combinación azul y blanco, teniendo una faja roja la de Costa Rica.

La única bandera de unidad que ha flameado después de la aprista es la del Parlamento Latinoamericano, creada por resolución de la Primera Asamblea Ordinaria de esa Organización. Se enarboló frente al Palacio del Congreso, y en ángulo este de la Plaza Bolívar. Es de color azul claro, con el mapa de Latinoamérica en verde, dentro de un círculo, y con dos ramas de laurel que rodean dicho círculo.

Esta bandera unitiva ha flameado al tope de los palacios legislativos de Montevideo, Buenos Aires, Quito, Panamá, Santo Domingo, El Salvador, Managua, Brasilia, Bogotá, Guatemala y Caracas en oportunidad de reunirse en esas ciudades las Asambleas plenarias; también se ha visto izada en los Congresos o Asambleas de Buenos Aires, San José, San Salvador, Santiago y Asunción, al reunirse allí Comisiones Permanentes del Parlamento.

En la misma Plaza Bolívar o del Congreso en Lima, flamea permanentemente el pabellón latinoamericano, junto al del Perú y a las banderas de todos los países de nuestra Naciente Comunidad de repúblicas.

La Conferencia de Presidentes de Punta del Este, recomendó —como se ha señalado—, su uso en todos los países del "Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política".

Ideas detrás de la bandera

El discurso fundador del Apra, del 7 de mayo, contiene ideas fundamentales, llamadas poco después a desarrollarse en un programa coherente. Por primera vez, desde Bolívar, un hijo de estos pueblos habla de "la nación indoamericana" y anuncia que ese credo de unión, que en el futuro "se saludará en todos los rincones de América", anticipándose a la forma moderna del movimiento unionista que es la integración.

Haya de la Torre, al fundar el Apra, enunció posiciones auténticamente revolucionarias. Desechando el deslumbramiento causado por la

Revolución Rusa —todavía en su etapa heroica y pre-staliniana— planteó lo que podría llamarse "el camino latinoamericano a la justicia social". Su mensaje no fue a una clase, sino al pueblo, es decir a los trabajadores manuales e intelectuales.

Fue también —y esto es de veras importante— la primera concepción política que situó al imperialismo como fenómeno económico de carácter protagónico en la vida de Latinoamérica. Hasta entonces, ni los comunistas ni los socialistas habían concedido esa importancia al nuevo fenómeno, "superior" o "final" del capitalismo en los países desarrollados y "primero" o "inicial" en los subdesarrollados, según caracterización irrefutable e irrefutada de Haya de la Torre.

Esta invocación a crear un partido pluriclasista o de frente único; la idea esencial de considerar a cada país como parte de una "nación indoamericana", con su "nacionalismo continental", superior a los parroquialismos; el enunciado a favor de la nacionalización progresiva de la riqueza, hacen de Haya de la Torre un precursor, no sólo de los movimientos latinoamericanos de izquierda democrática, sino de gran parte de los movimientos ant imperialistas de Asia y África. La propuesta de interamericanizar el Canal de Panamá confirma su previsora anticipación a este problema que hoy es actualísimo. Y la "solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo" es la primera formulación de lo que hoy se da en llamar tercermundismo. Pero una actitud que no es mecánica, oportunista y seguidista, como la entendieron y entienden algunos personeros supuestamente revolucionarios, sino un tipo de solidaridad militante como aquella que funciona en la OPEP, en la solidaridad de productores del cobre, en la conferencia Norte-Sur y en todos los foros que tratan de enmendar la injusticia de un orden económico mundial favorable al imperialismo, oponiéndole la cohesión regional y multirregional de los países explotados.

Todas esas ideas, en agraz, con estupendas posibilidades de expansión y arraigo que ha demostrado la historia, vibran tras la bandera, rojo y oro, que el 7 de mayo de 1924 entregó Haya de la Torre a la juventud de México, saludando a este pueblo como valeroso "centinela de la raza".

9.- REQUIEM PARA UNA BANDERA

El Partido Comunista español, al ser legalizado, acordó en su plenario, por 180 votos contra 2 abstenciones, aceptar la "bandera bicolor española", la misma que flameará en adelante, en todos los actos comunistas. Cuando se habla de la bandera bicolor se trata de la enseña rojo y gualda de la monarquía, la victoriosa en Bailén y capitulada en Ayacucho. Al ingresar al nuevo sistema político peninsular, el comunismo de obediencia moscovita, debió someterse no sólo a exigencias doctrinarias sino también a requerimientos simbólicos. Entre los primeros, figura su paladina aceptación de la realeza. La opción no está ahora —ha dicho Santiago Carrillo, el líder del comunismo ibérico— entre monarquía y república sino entre dictadura y democracia. Los comunistas españoles aspiran a la respetabilidad y al eurocomunismo. Y si los comunistas franceses renunciaron ya al símbolo de la hoz y el martillo y a la dictadura del proletariado, los comunistas de aquende los Pirineos han abandonado, sin lágrimas ni suspiros, la bandera tricolor —rojo, amarillo y morado— que fue el emblema de la República.

Sin embargo, la política tiene razones que el corazón no entiende. Por esa bandera tricolor, hace cincuenta años, morían los españoles por millares y, entre esos millares, muchos comunistas, en tanto la otra, la ahora reconocida, flameaba en los ejércitos de Franco. El tricolor era la bandera del Quinto Regimiento, de las huestes de Miaja y del campesino, del cinturón del Bilbao. Todo eso ha quedado atrás y con típica frialdad de escuela staliniana, los comunistas enarbolarán paradójicamente, en sus locales y mítines, el bicolor de la "cruzada" anticomunista.

Lejos de nuestro ánimo está desear que las divisiones que ensangrentaron a España mantengan su trágica vivencia. Consideramos que el rápido y pacífico tránsito del totalitarismo a la democracia, ocurrido en la península, es uno de los sucesos más auspiciosos de este siglo, caracterizado por la violencia y el exterminio.

Sin embargo, como miembro de una generación que vivió hondamente la contienda española, que estuvo del lado del tricolor y de la República, pero rechazando, gracias a la salvadora vacuna ideológica del aprismo, el totalitarismo comunista, asistimos con inocultable melancolía a esta cancelación de la bandera republicana. Este pabellón no es sólo, para los latinoamericanos, el de 1931-1939. Es el mismo que alzó

Riego, en 1820, impidiendo que un ejército reconquistador armado por la Santa Alianza, cruzara el Atlántico para guerrear contra San Martín y Bolívar. Es la enseña liberal que bordó Mariana Pineda y por cuyo bordado Fernando VII la llevó al cadalso. De ella dijo García Lorca, en versos musicales:

"..... No temas.

La bandera que bordas temblará por las calles
Entre el color eterno del pueblo de Granada
Por tí la libertad suspirada por todos
Pisará tierra dura con anchurosos pies de plata"

La libertad, suspirada por todos, ha vuelto a España. Por ella murieron millares de españoles. Que sobre sus tumbas y su sacrificio imperen —con unos colores u otros— la concordia y la justicia. Que estos ideales fueron —ellos sí— su fundamental e irrenunciable enseña.

10.- LA HOZ Y EL MARTILLO: SIMBOLOS EN LIQUIDACION

El Partido Comunista Francés ha abandonado la tesis —todavía sacrosanta para sus correligionarios en otros países— de la dictadura del proletariado. De este modo una vigorosa corriente revisionista, encabezada por Marchais, vino a dar la razón —sin decirlo— a las certeras críticas que anticipó Roger Garaudy y está modificando, de modo sustancial, las premisas ideológicas del comunismo galo. Lo cual no es poca hazaña si se recuerda que se trata del partido comunista de más edad en Europa después del soviético y famoso, en épocas de Cachin y Thorez, por su implacable ortodoxia staliniana.

No contentos con reformar a fondo su doctrina, los comunistas franceses han decidido cancelar la simbología tradicional. A partir de ahora, la hoz y el martillo han dejado de ser el emblema del partido. Los reemplaza un círculo verde, figura que tiene la austeridad geométrica de una pintura de Mondrian.

Esta cancelación de un símbolo tan arraigado en la historia y en la mitología comunista tiene una explicación práctica, que es la suministrada por sus autores: Francia, hace mucho tiempo que dejó de ser un país campesino. La razón es valedera pero insuficiente. Los símbolos no de-

saparecen por que hayan perdido relación directa con la vida real. Hace 180 años que no hay "sans culottes" que desfilen con el gorro frigio de la libertad y sin embargo los símbolos de Francia, de Argentina y de otras repúblicas, conservan su tenaz imagen en escudos y monedas. En la renuncia a la hoz y el martillo existen motivaciones más profundas que aquellas que fluyen de una estadística ocupacional. Con lucidez propia del país de Descartes, los comunistas franceses —que dan muestras, con esta medida y claridad de ser más franceses que comunistas— han comprendido que la hoz y el martillo son anacrónicos y hasta retrógrados. Un partido que pretende crear el futuro no puede hacer ondear, sobre las cabezas de sus militantes, los símbolos del pasado.

Con agudeza característica, Manuel Seoane, el líder aprista prematuramente desaparecido, se adelantó ya a esta crítica. En polémica mantenida hace años con los comunistas de Lima, sostuvo que el marxismo "congelado" —para usar una precisa expresión de Haya de la Torre— resulta, por impracticable, reaccionario en Latinoamérica. Y concluía que la hoz y el martillo simbolizaban este retraso de modo patente. La hoz, instrumento agrícola creado en la Edad de Bronce, sustituida hace lustros por la segadora mecánica, representa vetustos sistemas de labranza. El martillo, fue invento del nómada semidesnudo del neolítico. De este modo, deducía Seoane, la hoz y el martillo pueden pertenecer al museo de los implementos arcaicos, pero de ninguna manera a una civilización industrial avanzada y mucho menos si pretende ser de signo socialista.

La relegación de estos símbolos al desván de la historia ratifica que el comunismo francés ha roto con el modelo ruso, porque de origen ruso son la hoz y el martillo. Cabe preguntarse si la industrialización, todavía escasa y dependiente de Rusia al producirse la revolución y la abrumadora presencia de su campesinado, no fueron factores determinantes, en forma acaso subconsciente, en la adopción del martillo y la hoz por la III Internacional, cuando ésta se fundó en Moscú en 1920.

El comunismo ruso, dictatorial, totalitario, intolerante, se explica por la condición de relativo subdesarrollo del país en donde Lenin y Trotski hicieron su revolución. Se explica, asimismo, por el cerco enemigo, por la invasión extranjera, por su exclusión, largos años, del mundo occidental. No es éste el caso del comunismo francés de nuestros días. Partido con fuerte base electoral, integrada por obreros de una industria avanzada; moviéndose en un país altamente civilizado, abierto al

mundo, con parlamento y libertades democráticas, todo lo que la hoz y el martillo representan resulta fuera de lugar y fuera de tiempo. Renunciar a ese símbolo es renunciar a la dictadura, al estatismo inflexible, a la policía secreta, a los campos de concentración. La vía rusa hacia el socialismo se ha vuelto intransitable para un típico partido obrero occidental.

En América Latina, donde el subdesarrollo propicia la existencia de un marxismo subdesarrollado y colonial, la actitud de los comunistas franceses habrá de recibir las consabidas críticas de los mini-partidos burocráticos que obedecen sumisamente a Moscú. Pero hace tiempo que ellos han visto desertar a sus contingentes más combativos hacia polí-cromos grupos de orientación pro-china o neo-trotskyista, en un patético esfuerzo —sobre todo de jóvenes— por reencontrar al ídolo infalible y lejano que practique el "verdadero" internacionalismo proletario.

Pero la inescrutable Pekín, también defrauda dolorosamente. China dialoga con el imperialismo yanqui, recibe, con frecuencia y grandes honores, la visita de Kissinger (el mismo visitante cuya presencia en Latinoamérica atacaron los comunistas de nuestros países con admirable y furiosa inconsecuencia); invita y acoge las inversiones extranjeras, y mantiene relaciones diplomáticas con el gobierno chileno de Pinochet. Y declara que la lucha de clases ha terminado en su país.

El fracaso de los modelos lejanos, y la inconsistencia espiroísta y estéril de conjurar a Trotski —muerto en 1940— para solucionar problemas de casi medio siglo después, colocan a estos revolucionarios latinoamericanos en la alternativa de tropezar con un nuevo y doloroso desengaño o de encauzar sus inquietudes en el marco de aquellos movimientos populares, de izquierda democrática, como el APRA, que son —ahora y aquí— el auténtico camino latinoamericano hacia la justicia social.

11.- APRISMO Y SOCIALISMO

La superstición de las palabras es uno de los riesgos de la política contemporánea. Tal ocurre con la palabra "socialismo" que, a juicio de algunos glosadores, tiene valores mágicos. Con solo invocarla, se dijera que un movimiento político, o un dirigente partidario, adquiere un infundible y resuelto carácter revolucionario. No importa que bajo la denominación de "socialista" se hayan amparado o amparen los más variados

y distintos Partidos. Desde la desfiguración totalitaria monstruosa del "nacional—socialismo" hitleriano hasta la "Falange Socialista" de Bolivia, el "socialismo de derecho" del General Odría o el barroco "socialismo libertario y humanista" de la "primera fase" del gobierno militar peruano.

En cambio, una revolución tan profunda y resonante como la mexicana no se ha llamado —ni se llama— socialista. Tampoco se denominan socialistas los grandes partidos latinoamericanos de izquierda, con auténtica gravitación histórica: el Apra, Acción Democrática, Izquierda Democrática, Liberación Nacional, el MNR histórico (ni sus derivados), el Partido Revolucionario de Guatemala; el PRD de la República Dominicana; el PRI de México (y la disidencia de Cuauhtémoc Cárdenas y Muñoz Ledo); el febrerismo paraguayo; el radicalismo y el justicialismo argentinos; el MDB (Movimiento Democrático Brasileiro); blancos y colorados en Uruguay; liberales de avanzada en Colombia, etc.

Muchos de ellos comparten el apelativo de revolucionarios. Pero no usan el término socialista. Instintiva o concientemente, los movimientos de masas en Latinoamérica declinan semejante título. Pero son, efectiva, fundamentalmente, "revolucionarios". Porque la hora del continente es de una "revolución", de un cambio social, pero no la hora del socialismo.

Esta actitud no es reaccionaria ni oportunista. Reconoce su origen en la propia postulación del socialismo marxista y de su análisis de la etapa económica que vive nuestra América. El socialismo, entendido en todo su rigor científico, es etapa posterior al capitalismo. Pretender la implantación del socialismo en una etapa de capitalismo incipiente, resulta —lo dicen Marx y Engels— "socialismo utópico" y los fundadores del marxismo llamaron socialistas utópicos a quienes hablaban de socialismo cuando se vivía "un tiempo en que la producción capitalista estaba todavía poco desarrollada".

Hemos señalado el significativo caso de China Comunista —que seis lustros después del triunfo de su revolución estima, sin avergonzarse—, que está viviendo una "etapa primaria del socialismo" y que les aguarda "una etapa muy prolongada para hacer realidad la industrialización así como la mercantilización, socialización y modernización de la producción alcanzadas por muchos otros países bajo condiciones capitalistas".

¿Significa esto que, en los países subdesarrollados deba de esperarse, con fatalismo, que se produzcan, sucesivamente y en la mayor pureza los procesos del desarrollo, envejecimiento y caída del capitalismo, al modo como se imputaba en la época pre-revolucionaria rusa a los mencheviques?

La respuesta es negativa. En tanto la evolución (o la revolución) social se produzca en los centros del capitalismo mundial, los países subdesarrollados deben esforzarse por realizar su propio cambio, "social, no socialista" como gustaba subrayar Haya de la Torre. Este supuesto tiene una implicancia: la formación de partidos revolucionarios que, por definición de objetivos y por su composición clasista, no corresponden al paradigma socialista. Son partidos de frente único de clases, o sea "partidos del pueblo", como muchos de ellos se autodenominan o describen.

Sobre nuestra realidad peculiar, propia, debe crearse un sistema político democrático y social y una economía mixta, que no excluye sino incorpora y respeta el sector privado, pero que acentúa la importancia del sector cooperativista y del sector público. "Nos proponemos —dijo Haya de la Torre en la Plaza de Acho en 1931— bajo el control de las clases productoras, que el advenimiento industrial evite el período cruento y aprovechando la experiencia histórica del mundo, obtener todos los beneficios de la industria procurando amenguar, en cuanto se pueda, todos sus dolores y todos sus aspectos de crueldad". (Obras Completas, vol. 5, pag. 61).

El abecé del marxismo enseña que "las etapas económicas no se saltan ni suprimen por decreto", conforme a la sentencia que aparece en el prólogo de *El Capital*. Y la etapa capitalista, recuerda Lenin, es anterior al socialismo. Sentenció Vladimir Illich: "El socialismo no es mas que la etapa que sigue al monopolio capitalista del Estado".

Es pertinente recordar que Lenin en sus polémicas contra los radicalismos ("infantiles", los llamó) de su Partido afirmó que violentar las etapas resultaba tan absurdo como el intento de hacer madre a una niña de nueve años. Eso, dijo, no solo es una inmoralidad, sino un delito.

El tránsito hacia la justicia social plena—el régimen donde no existe ni la explotación del hombre por el hombre, típica del sistema ca-

pitalista ni la explotación del hombre por el Estado, característica del comunismo— requiere una evolución acelerada, una revolución social. Pero esa revolución social no será necesariamente socialista.

Corresponde realizar esta transformación a un Partido, tal como lo creara Haya de la Torre. Partido que, según su fundador "no tendrá ni pue- de tener más limitaciones que la realidad". Y que abriéndose al futuro, anunció en su libro fundacional: "Un Partido como el Apra no cierra el camino a ninguna posibilidad realista del presente o del futuro". (Obras Completas. Vol. IV, Pag. 156).

Conviene deslindar, también, lo que une y separa la social-demo- cracia de la democracia social. En los años más recientes, los partidos social-demócratas de Europa, después de la revisión a fondo de sus premi- sas ideológicas, en un fecundo proceso posterior a la II Guerra, encontra- ron que su doctrina tenía muchas coincidencias con la profesada en Latí- noamérica por los partidos de izquierda nacional que no se llamaban, em- pero, socialistas. Comenzó entonces una política de aproximación entre los social-demócratas europeos y los latinoamericanos de izquierda demo- crática, la mayoría de los cuales acabó por ingresar a las filas de la Inter- nacional Socialista.

Previamente, y por invitación de Acción Democrática de Venezue- la, se realizó en Caracas la primera (y única) Conferencia de la Democra- cia Social Euro-Latinoamericana, a la que asistieron Haya de la Torre, Rómulo Betancourt, Hernán Siles Suazo, Porfirio Muñoz Ledo, Ricardo Balbín y un conjunto calificado de líderes, que emitieron una Declara- ción con la plataforma común de la Democracia Social, que suscri- bieron Willy Brandt y muchos otros dirigentes social-demócratas europe- os.

Democracia Social no es exactamente lo mismo que Social-demo- cracia. Esta última es de histórica e inconfundible raíz europea y la pri- mera es de cuño latinoamericano. Y la posición en que se pongan las pa- labras "democracia" y "social" tiene que ver mucho con su sentido. De- mocracia social no es lo mismo que social-democracia como "socialis- mo nacional" no es lo mismo que nacional-socialismo.

12.- MANUEL SEOANE: EL HOMBRE Y LA OBRA

Han transcurrido veinticinco años desde la muerte de Manuel Seoane y su recuerdo empieza a adquirir los perfiles indecisos de lo legenda- rio. Quienes lo oyeron en la tribuna parlamentaria o política, ya peinan canas y comienzan a atesorar memorias. Para la vasta falange de los más jóvenes, Manuel Seoane —el "Manolo" del pródigo afecto popular en sus días cenitales— es un nombre que respetan, pero cuya obra poco conocen.

El prestigio de Manolo ha sido consagrado por la tradición oral. Hace tiempo que sus libros y folletos escasearon, explicablemente. De este gran orador —"Tribuno del pueblo" por excelencia— lo que más se recuerda son sus discursos, pero la oratoria, con ser rasgo sobresaliente, de su personalidad, no fue el único. Escritor nato, de estilo fluido y cla- ro, de metáforas plásticas y didácticas, fue periodista de suprema excelen- cia y gran versatilidad en los estilos. Lanzaba con la misma eficacia un editorial demoledor que una crítica deportiva, un ensayo enjundioso que una punzante crónica. Enemigo declarado de lo cursi, lo pomposo y lo reaccionario, en lo corporal y anímico, conservó la escueta y longuilínea elegancia del atleta.

La suya fue una presencia fundamental en aquel eximio plantel de fundadores del Apra, movimiento al cual ingresara, durante su exilio en Buenos Aires, allá por 1925. Desde aquellos años primerizos, hasta su candidatura a la Vicepresidencia en las elecciones de 1962, en las que por cierto ganó el tercio, Seoane fue una figura de amplia audiencia y el que más penetraba, por su estilo y enfoque, en los sectores no partidarios. Entre los discípulos de Haya cumplió una misión paulina, de "Apóstol de los Gentiles". El pueblo, con intuición inequívoca, lo llamó "El Ca- chorro" señalando la aproximación filial con Víctor Raúl. "Comprendo —le escribió alguna vez Manolo— que estoy amarrado a tu destino".

Era alto, arrogante y expresivo. Por su voz y su figura tenía las condiciones naturales del orador de raza y su inteligencia sabía integrar, con instintivo acierto, la concepción teórica con las exigencias prácti- cas. Resultaba, por eso, un político nato y un estadista cabal. Familiari- zado con el mundo de las ideas, sabía moverse diestramente en la órbita de las realidades, con las cuales supo batirse desde muy mozo. Quiso el a- zar que llegara a la madurez cuando la escena política y partidaria estaba

colmada por la presencia dominante de Haya de la Torre y se fue de la vida cuando apenas pisaba los umbrales de la vejez. Por estas circunstancias y por lo inseguro y tornadizo de nuestra incipiente democracia, a Manuel Seoane no le fue dado probar aquellas condiciones de estadista que todos —dentro y fuera del Perú— le reconocieron sin ambages. Fue un hombre nacido para el gobierno que nunca llegó al poder.

La muerte de Manolo, —del "Cachorro" como lo llamaba el pueblo con natural cariño— ocurrió el 10 de setiembre de 1963, en Washington, cuando, apartado de la política activa, era el encargado de "latinizar" aquella Alianza para el Progreso que imaginaron los sueños del Presidente Kennedy. Se han cumplido veinticinco años y la figura del líder aprista resulta remota para los más jóvenes. Para el peruano maduro, el recuerdo de aquella personalidad, elocuente y vigorosa, es ya inmarcescible.

Fueron varias las vertientes de su espíritu. En su juventud, militó entre los reformistas universitarios cuyo aldabonazo de 1919 señaló el comienzo de una era nueva. En 1923 fue elegido Presidente de la Federación de Estudiantes del Perú y cedió su cargo a Haya de la Torre al saber el apresamiento de éste. Salió al exilio en Argentina el año 1924 y retornó en 1930, para encabezar con Sánchez, Cox, Muñiz, Sabroso, Heyssen y otros, la vasta movilización popular del Partido Aprista Peruano.

Fue periodista de agilidad creadora. Fundó en 1931 el diario LA TRIBUNA, de longeva fama polémica y su versátil pluma igual modelaba un editorial demoledor que una crónica intencionada. Creó o propagó frases de fácil recuerdo: "No hay que hacer más ricos a los ricos ni más pobres a los pobres"; "América Morena"; "los barones del azúcar"; "azúcar cara y cholo barato". En sucesivos destierros, pulió su destreza periodística y en Chile dejó escuela y múltiples discípulos.

Era un gran orador. Incisivo, sin demagogia ni retóricas, elegante en el período, sin recargos ni afeites, le distinguía una capacidad extraordinaria para aclarar los problemas, graficarlos y popularizarlos. Era magistral en la exposición fácil de los temas difíciles.

Sus mensajes doctrinarios se divulgan en folletos ("La Garra Yanqui", "Comunistas Criollos"), o en libros, como "Las Seis Dimensiones de la Revolución Mundial", "Izquierda Aprista". En la conmemoración

del 25º aniversario de su muerte, el Senado de la República ha tenido la feliz iniciativa de editar todas las intervenciones de este "Tribuno del pueblo".

En ellas resplandece la sobria y precisa oratoria de Manolo. Su percepción de las realidades patrias y mundiales. Su legítima ternura por los pobres y necesitados; su lealtad al Partido y al Fundador y Jefe, que supo interpretar en el mensaje creador del 22 de febrero de 1946, cuando bautizó con su nombre al "Día de la Fraternidad".

Concreto y dinámico, supo, desde muy joven, enfrentarse a la vida solo y aprendió en las prácticas exigentes del destierro y de la lucha, una capacidad de decisión y un manejo de hombres y problemas que lo habilitaban para ser ese gran gobernante—uno de los varios que debió tener el aprismo peruano después de su fundador— que hubiera transformado el Perú, incorporándolo de veras al siglo XX. La sórdida conjura de la ignorancia y del privilegio cerraron esas puertas de la historia y el país no llegó a utilizar una de la más claras vocaciones de estadista que hayan brillado en su vida independiente.

Anuimperalista sin recortes y demócrata cabal, combatió al imperialismo capitalista —allí está su tesis sobre "La Garra Yanqui", publicada en Buenos Aires en 1930— y al totalitarismo marxista, como lo demuestra su discurso de 1932, en el Teatro Caupolicán, de Santiago y que lleva el significativo título de "Comunistas Criollos. Disección polémica de la charlatanería roja".

De los múltiples rasgos que identificaban a Manuel Seoane como una personalidad excepcional, sobresale su intensa y analítica curiosidad. No, por cierto, la curiosidad superficial del turista de las ideas, sino la honda y responsable de quien desea empaparse de lo real en todas sus manifestaciones y trata de encuadrarlo a través de claros conceptos y fundadas especulaciones. Era un espíritu de avidez renacentista para todo lo nuevo, mezclando esta vocación con la otra, no menos característica, de reformador social. No se limitaba solo a conocer al mundo, en todos sus posibles repliegues: trataba de cambiarlo con un sentido de justicia y de avance creador, en servicio del hombre común.

No extraña, por eso, que su último libro, "Las Seis Dimensiones de la Revolución Mundial" resultara fuertemente teñido de futurolo-

gía. Para entender lo que implica el porvenir, Manuel Seoane quiso abarcar en una visión sinóptica lo que fermentaba en el presente y calificar y distinguir las corrientes, algunas invisibles, otras notorias, que modelaban los sucesos de su tiempo. Tiempo que, en buena medida es todavía el nuestro y cuya potencia germinativa estamos en el deber de aquilatar.

Con posterioridad al prematuro fallecimiento de Seoane esta moderna pesquisa en las tendencias modeladoras del futuro ha adquirido un perfil propio y tiene ya autores de mundial renombre. Recordemos la serie Servan-Schreiber, en torno a los sucesivos "Desafíos" que han ocupado a este fecundo autor francés. Típico texto de la escuela es "El Shock del Futuro" de Toffler y algunas previsiones, mas bien melancólicas, de Revel. Pero en nuestra América, y probablemente en el idioma español, Manuel Seoane fue un precursor.

Este libro, publicado dos años antes de su muerte, resume y condensa un prolijo trabajo de lecturas e interpretaciones acumulado en ese único período, cercano al final de su vida, cuando disminuyó el jadeo combativo que señaló su trayectoria de político. Manolo trabajaba, durante el tiempo que desempeñó la Embajada del Perú en La Haya reuniendo hechos, citas y referencias ilustrativas. Al cabo, las fue colocando ordenadamente como capítulos y resultó el libro, "Las Seis Dimensiones de la Revolución Mundial" y nos lo ha dejado como un testimonio auténtico de su voraz capacidad para conocer los datos de un mundo de rápida e incontenible transición. La cinética de un mundo en ebullición, le fascinaba con un atractivo irresistible. Si ser revolucionario es ser amigo del cambio, el autor de este libro lo era en grado eximio y eminente. Su mentalidad resultaba, de este modo, esencialmente optimista. Creía, como punto de fe, en la capacidad del ser humano para cambiar y para cambiar al mundo. Ni siquiera la amenaza ominosa del fuego nuclear, que literalmente lo deslumbró al imaginar sus capacidades de aplicación pacífica y constructiva llegó a disminuir esta invencible confianza. Creyó en una revolución incontenible y multiforme. La encontraba en el ámbito militar, en la ciencia, en la industria, en la lucha contra el acaparamiento, en la insurgencia anticolonial y en el movimiento hacia la creación de pueblos-continentes. En cada uno de estos campos, Manuel Seoane recogiendo portentos e indicios de una marcha indetenible, anotándolos con un entusiasmo que a ratos recuerda la religiosa confianza de los progresistas del siglo XIX pero que en caso de Seoane se justificaba con un prolijo aparato crudito. Era un creyente en la

religión del progreso, pero no del progreso lineal y hasta ingenuo de los antiguos liberales sino en un incesante avanzar, no exento de ocasionales retrocesos superables. De su profunda vocación social y política le llegaba su interés por asociar los progresos tecnológicos y científicos con el mejoramiento de las condiciones materiales de vida del pueblo y con su deseo de superación moral. En un párrafo sintetiza su propósito al decir que su libro pretende dar al hombre común, de modo elemental y sumario, una idea de la sorprendente maestría del científico contemporáneo que, prosiguiendo la penosa búsqueda de los predecesores, entra a conocer los mejor guardados secretos del mundo que le rodea, y con insólita audacia, extiende su campo de curiosidad a los espacios interestelares, rompiendo así la estrecha envoltura del mundo de ayer.

Nacido en 1900, en el plácido balneario de Chorrillos, cerca de una Lima que apenas sobrepasaba los doscientos mil habitantes y muerto el año 1963 en Washington, capital de la mayor superpotencia tecnológica y militar del globo, el intenso discurrir de su ciclo vital le permitió contemplar profundísimos cambios y aceleraciones impredecibles. Cuando señala que la revolución científica está trasmutando las bases de la sociedad existente lleva implícito el concepto del propio cambio del mundo que Manuel Seoane conoció. "En menos de medio siglo —dice éste asombrado y lúcido testigo— la tecnología ha cambiado las condiciones de vida del hombre. En 1909 (infancia de Manuel) cuando surcó los cielos el brillante Cometa Halley, previsto para aparecer en el ciclo de 75 años, muchas personas se santiguaban aterradas, creyendo que era el fin del mundo. Aquella sociedad apenas conocía los primeros ensayos y aplicaciones de aviones y automóviles, no habían surgido la luz neón, ni el megáfono, el cine de colores, la ropa nylon. No se adivinaba siquiera la gran difusión de la radioisótopos. En estos últimos diez lustros un aluvión de comodidades ha incitado a los humanos, despertándolos del letargo social, unos porque poseen aquellas y otros porque las desean han impuesto el ritmo vehemente que caracteriza a nuestro tiempo".

El Cometa Halley que Manolo extraña sin duda del fondo abisal de sus recuerdos infantiles retornará, como está previsto, en 1994. Para entonces la ciencia y la tecnología, si no se interpone un holocausto nuclear, habrán acelerado el desarrollo del mundo hasta fronteras insospechadas. A Manolo, todo curiosidad y todo interés humano, le habría entusiasmado vivir en la época de la cibernética, de la informática, de los bebés en probeta, los viajes estelares y de tantas aventuras del pensamien-

to que estimulaban inmensamente su imaginación. Seamos leales al mensaje de cambio ascensional que, para hombres y sociedades, dibujó Manuel Seoane en su libro de recuento y profecía.

13.- LUIS ALBERTO SANCHEZ: MAESTRO Y LIDER

Para un peruano de nuestro tiempo, el vivo milagro de Luis Alberto Sánchez —octogenario, enterizo, fecundo creador y polémico— se ha vuelto un dato cotidiano de la realidad intelectual y política del país. Parece normal que un hombre que ha cumplido 88 años pueda ser, a la vez, con energía y con brillo, escritor *full-time*, primer vicepresidente de una inquieta e inquietante república, autor de cien y más libros, Senador de palabra decisiva, líder partidario de indiscutida autoridad patriarcal, periodista, conferenciante, profesor viajero a las antípodas y hasta mantenedor de un espacio televisivo semanal. Todo ello superando las crueles limitaciones de unos ojos sin luz. No existe que sepamos, en nuestro mundo conocido un caso de tan asombrosa, activa y penetrante longevidad.

No hay en el Perú caso semejante de un autor que publicó su primer libro sobre los *Poetas de la Colonia y de la Conquista* por los años de 1918-19. Ni tratadista que escribiera una *Literatura Peruana* tan rica y tan sugestiva al mediar los años veinte, continuada luego con amplitud enciclopédica. Ni polemista que debatiera con Mariátegui sobre indigenismo en 1928. Ni biógrafo que escribiera un libro como *Don Manuel* en 1930 u otro como *Haya de la Torre o el Político*, en 1934 o sobre Valdelomar en 1969. Ni memorialista que redactara sus vivaces recuerdos de ochenta años. Ni maestro que escribiera sus historias de América, generales o particularizadas; ni reformista universitario que escribiera, honda y copiosamente sobre este movimiento latinoamericano; ni compilador crítico que revelara a González Prada en su integridad. Ni..... la enumeración lleva el riesgo patente de quedarse corta.

Y esta obra de tan asombrosas proporciones, que hubiera bastado para justificar la vida total de un investigador benedictino, no fue realizada en el retiro de un gabinete. Todo lo contrario: se hizo junto a la fragua incandescente de una acción sin pausa, en medio de una "vida sin tregua". No hay vida peruana —ni latinoamericana— que se compare en los casi 90 años que han transcurrido de este siglo que lo vio nacer el 12 de octubre de 1900.

Luis Alberto participó, y siempre en primera línea, en todo lo importante y decisivo que ocurriera a lo largo de 59 años de aprismo. Se incorporó al Partido en 1930 e ingresó, sin mayor demora, a su comando político. En 1931 fue elegido Constituyente por Lima y su actuación en aquel Congreso fue célebre por su agudeza, su cultura y su energía. Vivió largos años de destierro, sobre todo en Chile donde su actividad promotora lo hizo espíritu rector de la Editorial Ercilla.

En 1945 retornó al Perú y fue electo diputado. El golpe de 1948 lo despojó del cargo. En esos años, había desempeñado el Rectorado de San Marcos, creando una Universidad inquieta y moderna. Tras un nuevo exilio, fue consagrado otra vez como rector, en 1961 y 1969.

Fue Senador, candidato a la Vicepresidencia de la República, Presidente del Senado, Vicepresidente de la Asamblea Constituyente y uno de los grandes inspiradores de la Carta Fundamental vigente y le tocó promulgarla en 1979.

Vida tan rica, tan creadora, tan infatigable, convierte a Luis Alberto en una experiencia inimitable e impar. Ha contribuido como pocos a la creación y al mantenimiento del movimiento aprista y a su crédito doctrinario e intelectual. Este líder y combatiente del Apra, es hasta ahora, su mejor historiador, su mas alto vocero.

Es, también, un amoroso cultor y devoto de ese "país adolescente", el Perú, cuyas cuitas, contrastes y esperanzas lo han movido y conmovido en más de medio siglo de militancia partidaria.

Por todo esto sentí una melancólica alegría al contemplar las fotos de Luis Alberto Sánchez en el Despacho Presidencial. Si este país, nuestro desconcertante y sorpresivo Perú, tuviera lógica histórica, semejante suceso debió producirse hace muchos años. Un encadenamiento de circunstancias han determinado que este hombre de privilegiada inteligencia y de ininterrumpida militancia partidaria de sesenta años llegue al ejercicio interino y brevísimo de la Presidencia en los años otoñales de su vida y como sustituto de un mandatario que no había nacido cuando ya Sánchez vivía el noveno año de su destierro en Chile.

Encuentro en este tardío acceso de Luis Alberto a los símbolos del poder, una imagen emocionante del destino de una generación que lo tu-

vo entre sus más caracterizados gonfaloneros. Se trata de la que alguien llamó "la generación vetada". La formada por hombres que nacieron los primeros años del siglo, que integraron la promoción del Centenario, la que desencadenó la reforma universitaria y aquella que tomó contacto con la vanguardia obrera, las Universidades Populares, la que desafió con aire beligerante a sus predecesores y maestros del galano modernismo, la que tuvo a Víctor Raúl Haya de la Torre y a José Carlos Mariátegui como conductores ideológicos y contrapuestos, aquella que Alcides Spelucín elogió en verbo florido y aquella que abrió todas las celdas y cuyos integrantes, profetas de la tierra prometida, una tierra de justicia y lealtad, no alcanzaron a verla y cayeron con el regusto amargo de una injusta preterición. De todos ellos el que llega, con una presencia interina y prácticamente simbólica, es Luis Alberto Sánchez. Suceso conmovedor que conviene registrar.

Caso peruano de una fila humana que, no obstante lo bien dotada no llegó a modelar al Perú su propio rostro político, a pesar de haberlo diseñado hasta el detalle en sus concepciones ideológicas y programáticas. No fue tan avara la historia en países y en movimientos comparables a los del Perú. En Venezuela, fuera de Gallegos, para citar un caso de reconocida afinidad, llegaron a la presidencia Rómulo Betancourt, fundador del partido Acción Democrática y luego del paréntesis dictatorial lo sucedieron Raúl Leoni, más tarde Carlos Andrés Pérez, Jaime Lusinchi y otra vez Carlos Andrés Pérez. En el Perú, y desde 1931 o desde 1945, pudieron y debieron alcanzar la primera magistratura, aparte de Haya de la Torre que es el caso culminante de la generación vetada, hombres como Manuel Seoane, el mismo Luis Alberto en situación que comentamos, como Ramiro Prialé, como Pedro Muñiz, como Manuel Vásquez Díaz. Grupo homogéneo y sobresaliente que, junto a otros que sería nimio citar, hubieran enorgullecido a cualquier país y a cualquier partido.

A la misma generación excepcional, y fuera de las fronteras del aprismo, pertenecieron Jorge Basadre, que sí fue dos veces Ministro de Educación, Eudocio Rabines, de tan controvertida y violenta biografía, Jorge Guillermo Leguía y otros que no llegaron a alcanzar las cumbres del poder.

De toda la promoción del Centenario, de todo el grupo fundador del Partido Aprista en 1930, de todos los constituyentes de 1931, de todo el

Estado mayor que acompañó a Víctor Raúl en su milagro de constancia partidaria y del longevo supervivir nos queda Luis Alberto Sánchez.

Por eso su transitoria presencia en el Casa de Pizarro (o de Túpac Amaru según los gustos) tiene un valor simbólico indiscutible. Gracias a su energía y su vitalidad, el escritor y político contemporáneo y sobresaliente Luis Alberto, puede dar testimonio de que su vetada generación finalmente pudo ocupar el solio de los Presidentes peruanos. Ese ambientado sillón que han ocupado no pocos mediocres, aventureros o dictadores, ha sido al fin utilizado por un hombre de larga y noble trayectoria.

14.- GENIO Y FIGURA DE RAMIRO PRIALÉ

La vida longeva y fecunda de Ramiro Prialé es una de las claves del siglo XX en el Perú y su personal y dramática peripecia ilustra, con luces de paradigma, los altibajos de la política nacional las espectaculares contingencias del Partido Aprista, al que sirvió y con una devoción integral y sin desfallecimientos. Estuvo ya el 23 de mayo de 1923 en la insurrecta multitud estudiantil, de las jornadas reformistas, pero sin pertenecer, por su edad, al núcleo que a poco se agrupara en torno a Haya para fundar el APRA. Para 1930 ya militaba en el Partido y su destreza organizadora y paciente fue advertida pronto por Víctor Raúl quien, en 1933, lo ascendió de dirigente estudiantil a Secretario Nacional de Organización. Desde entonces, todo aquel que quiera escribir una biografía de Prialé tendrá que escribir una historia del aprismo.

Particularmente, una historia de esas angustias, penalidades y persecuciones que ahora parecen fabulosas —y fabuloso viene de fábula— a los jóvenes del Perú y en especial a los jóvenes apristas. A ellos, el simple recuento de los años de cárcel que sufrió Ramiro, más los de exilio e ilegalidad parecerán una increíble novela. Sin embargo, fueron dolorosa y terrible realidad. Los tiranos cambiaban, pero las mazmorras —el Real Felipe, el Sexto, el Frontón, el Panóptico —continuaban inmutables en su siniestro ejercicio de maldad. Y en sus oscuras ergástulas siempre había una celda reservada para ese incorregible e infatigable sectario llamado Ramiro Prialé.

Nació en Huancayo, la sin blasones, ciudad republicana y democrática, que se formó como feria y se convirtió en centro comercial y que

eventualmente acaso llegue algún día a capital del país. Fue Ramiro el primer serrano que ocupó la máxima jerarquía directiva en el Apra, inmediatamente después de Haya de la Torre y pudo considerarse este hecho como auspicioso signo de integración en un Partido que se propuso superar las separaciones regionales y cuya cuota inicial de fundadores marcaba un alto porcentaje de hombres de la costa y del norte.

Ramiro, como todo peruano, juntaba en su sangre vetas disímiles. Sobre el imborrable fondo indígena que acaso le dieron su estoicismo y su callado y sobrio coraje, actuaron los aportes franceses de aquel antepasado que trajo el apellido al Perú y del que se refiere que trató, como médico, a Bolívar. Diversos legados formativos crearon esta personalidad impar, que tenía bastante de filósofo, algo de humorista y mucho de reciedumbre combatiente.

Si no estaba en prisión, Ramiro estaba en el exilio. Su consagración, cuasi sacerdotal, a sus ideas le daba un aura apostolar que amigos y compañeros de otros países intuían y respetaban. En Panamá donde vivió, enseñó y estudió, todavía hay grupos intelectuales y políticos de gravitación en ese país, que se identifican entre sí como "los amigos de Ramiro".

Conocía a fondo su doctrina, pero no aspiró nunca a ideólogo creador, tarea que respetaba en Haya, al que siempre siguió y admiró. Su oratoria, persuasiva y elegante, le ha permitido decir lo que quiere decir, aunque a veces optara, con tacto político, por los caminos de la perifrasis. Sus momentos oratorios más felices, como aquel de 1956 en la Plaza San Martín, cuando dijo y no dijo la consigna electoral de la hora, ocurren cuando la emoción agarrota su voz y la palabra pisa el borde tembloroso de la lágrima.

Sus calidades personales hicieron de Priale un insustituible Secretario General, sereno y sonriente, noctámbulo e incansable, sus horarios de trabajo no tuvieron nunca limitación fija. Su capacidad para escuchar y entender al hombre común se hizo legendaria y resulta virtud muy apreciada en un líder político actuante en un país de acendrado paternalismo y donde el hombre del pueblo tiene una susceptibilidad a flor de piel, nacida en la experiencia arrogante del trato con los poderosos.

Sintió una gran afinidad con la juventud y ésta supo corresponderle con largueza. A comienzos de 1934, un grupo de jóvenes menores de

20 años, nos juntamos bajo la animación fraterna de este líder a quien sentíamos muy cerca de nosotros. Así nació la FAJ (Federación Aprista Juvenil) "escudo y espada del Partido" en años tormentosos y antecedente directo de la JAP, la cual heredó un "Código de Acción", severo y moralista, documento que, en gran parte inspiró o propuso Ramiro.

Su vocación permanente, casi obsesiva, fue la de conciliar. Siempre buscó y casi siempre encontró —en el Partido, en el Parlamento, en el trato con personeros de otras tendencias y hasta con los adversarios y perseguidores que con él se ensañaron despiadadamente— las fórmulas de paz y reconciliación. Quiso siempre un Perú sin odios, sin prisiones, sin vendettas, sin canibalismo político.

Para ello gestó la convivencia democrática que no fue otra cosa que el ensayo de vivir juntos, o sea convivir. Pues lo contrario de vivir juntos es morir juntos, como lo enseña la sangrienta pedagogía del terror.

15.- ANTENOR ORREGO

Una inteligencia lúcida y profunda, interesada en las verdades esenciales; un corazón colmado de generosa y viril ternura, que a nadie supo escatimar; una actitud inabdicable de apóstol al servicio de la causa del pueblo, hicieron de Antenor Orrego Espinoza, cifra y compendio de aptitudes humanas extraordinarias, y valor nacional, cuya pérdida fue llorada por todos los peruanos sin banderías ni facciones, como vacío irreparable de nuestra presencia en el mundo de las ideas y las letras.

Venía Orrego de una familia arraigada, de antiguo, en la sierra del norte del Perú y cuya estirpe vasca se revelaba en los claros ojos de Antenor y en su tez rosada. Nació en el andino ambiente de la Hacienda Montán, el 22 de mayo de 1892, pero desde muy niño le llevaron a Trujillo. Por adopción, por temperamento, por afinidad y cariño, Antenor Orrego se convirtió en un hijo auténtico de la ciudad hidalga y quijotesca a cuya dialéctica continuidad revolucionaria él supo prestar un contingente precursor y decisivo. Cursó en el Colegio del Seminario de San Carlos y San Marcelo sus estudios primarios y secundarios. Los superiores, en la Universidad de La Libertad.

Antenor Orrego fue desde temprano, un punto focal de irradiación de inquietudes. En 1914 se fundó, alrededor de su persona el "Grupo Nor-

te", integrado por espíritus juveniles penetrados de un profundo afán de renovación en las letras y en la actitud cívica y humana. Fue el "Grupo Norte" un plantel de varones ejemplares, entre los cuales habrían de brillar, con luces propias que Antenor fue el primero en advertir, el lírico y vital, César Vallejo y el adolescente de vocación revolucionaria que fue Haya de la Torre. Lector de clásicos y modernos, fino analista y gustador tanto de lo consagrado como de lo exótico, Orrego perfiló, desde entonces su hondura de pensador y su aptitud de Maestro. Gracias a su magisterio de socrática informalidad y eficiencia, un grupo entero de hombres de excepción, obtuvo precozmente y en la lejanía provinciana, una visión de alcances universales. Pocas personas en la historia intelectual del Perú han tenido como Orrego tamañas virtudes de suscitador.

Pero Antenor no era hombre hecho para la prédica claustral. Espíritu generoso, alma grande, se identificó desde sus años mozos con las inquietudes y sufrimientos del hombre del pueblo. Se negó, quien podía haberlo hecho con títulos intrasferibles y dignísimos, a habitar la torre de marfil de los estetas y corrió al llano, a juntar su voz, su brazo y su corazón a los del trabajador de la caña. Se le vio entre los directores de las huelgas del valle de Chicama, en 1918-1921, que fueron de las primeras y mas gloriosas de la historia activa del proletariado de La Libertad. Era entonces como la encarnación de una protesta, la de Trujillo, ciudad asfixiada por el verde cerco de un cañaveral que le arrebató su riqueza y que a través de un puerto propio pobló de silencios y pobreza la que fuera opulenta capital del norte del Perú. En 1921 Orrego fue condecorado por la injusticia con su primera prisión político social. Siete veces más a lo largo de su batalladora vida (en 1928, 1929, 1932, 1934, 1945 y 1956) este suave profeta de América habría de verse condenado al diálogo interminable con las rejas y muros de una cárcel.

Hermano mayor de una generación profundamente renovadora y revolucionaria, Antenor Orrego la dirigió en la zona norteña a través de "La Semana", de "La Reforma", de "La Libertad", y, en particular, de "El Norte", diario de singular dignidad literaria y tipográfica que, durante años, fue una de las tribunas más genuinas del pensamiento antimperialista y antifeudal del Perú. Desde su retiro trujillano, Orrego contribuyó a "Amauta" de Mariátegui con ensayos definidores. Pero acaso su mayor galardón de aquella época haya sido descubrir el genio inédito de César Vallejo y anunciar con una exclamación memorable el alumbramiento de "Trilce" y su hermético mensaje.

En 1931 cabildos populares lo nombraron para representar al norte del Perú en la Junta de Gobierno de Samanez Ocampo. Pero en Lima designaron a un rico hacendado en su lugar. Desde la aparición del APRA, en 1924, Orrego era uno de sus líderes más autorizados, y supo contribuir, con significativos aportes a su orientación y a su doctrina. Como Secretario Regional del Norte del Partido Aprista, como dirigente del Comité de La Libertad, como miembro del Comité Ejecutivo Nacional y Secretario del Comando de Acción en la clandestinidad. Antenor Orrego demostró eximias calidades de militante y líder. Ellas le valieron las prisiones que hemos enumerado y cuya suma de meses, le robó a Antenor largos años de vida libre. Conoció el Real Felipe, la Intendencia, El Sexto y El Frontón. Fue maestro de las Universidades Populares del presidio y redactor de LA TRIBUNA clandestina.

Electo Senador por La Libertad en 1945 fue uno de los miembros más sabios y ponderados de aquella Cámara. La Reforma Universitaria de Trujillo se encarna muy naturalmente en Orrego al ser elegido Rector de la Casa fundada por Bolívar. No hay memoria en el claustro trujillano de una gestión más fecunda en realizaciones y en iniciativas que la de Antenor Orrego de 1946 a 1948 año en que el manotazo de la usurpación le quitó su investidura. Del Rectorado y de la curul, volvió a las catumbas, al trabajo heroico de la ilegalidad. Asilado Haya de la Torre en 1949, los documentos del Partido del Pueblo en aquellos años de dictadura llevan el sello elegante y emotivo de la prosa de Antenor. A su cargo estuvo LA TRIBUNA desde julio de 1957 a abril de 1958.

Acaso la dimensión en que este claro varón de Trujillo habrá de quedar con más permanencia en nuestra historia haya de ser la de su obra filosófica. Orrego fue en nuestro país lo que Vasconcelos en México en la época creadora de su "Indología" y de su "Raza Cósmica", un descubridor y un intérprete del alma americana. Vivió Antenor constantemente inclinado sobre el ancho torso de América para auscultar su latido profundo y entender y filiar las vibraciones de su espíritu. Era un creyente fervoroso en la autenticidad indoamericana y gozaba anotando los signos de nuestra independencia y nuestra madurez espiritual. Alzándose sobre lo lugareño y episódico, entendió a la manera de José Martí, que el mundo americano era esencialmente uno y adelantándose a las concepciones universalistas, que en la teoría y en la práctica, ponderan hoy la efectividad y trascendencia de las unidades regionales, Antenor Orrego dio el nombre insustituible de "Pueblo Continente" a Nuestra América. El libro de ensayos, que lleva este nombre editado por primera vez en Chile

en 1939, hace de Orrego un precursor genial de la moderna semántica política y de la nueva historiografía mundial.

Menudo, canoso, suave de manos y de voz, de ancha frente que en sus años maduros extremaron profundas entradas, sus ojos verdes miraban con bondadosa franqueza, de pronto subrayada por el plegar malicioso de una sonrisa cordial. Cruzó toda su vida por una hirviente senda de pasiones sin que el alma se le recalentara nunca al fuego esterilizante del rencor. Estilista de singular riqueza y elegancia, ha dejado páginas de antología. Nació para pensador y vivió como combatiente, leal a su pueblo y a su América. Aprendió la lección de los iluminados de Asia y de los filósofos de Europa y porfió por aprisionar un fragmento de esa eternidad que lo ha reclamado por entero. Hombre bueno, leal y sabio, murió como viviera: con sencillez, con dignidad y en decorosa pobreza. Fue enterrado como quería el pueblo: en olor de multitud.

16.- MARIATEGUI: POETA Y POLITICO

Eugenio Chang Rodríguez, lúcido ensayista y crítico, nacido en Trujillo, tiene títulos irrefutables para que se le reconozca como la mayor autoridad viviente en la historia contemporánea de las ideas políticas en el Perú. Desde su libro de 1957 sobre "La literatura política de González Prada, Haya de la Torre y Mariátegui", ha investigado en torno a estas tres figuras señeras, cuya vida y cuya obra —especialmente en el caso de José Carlos y de Víctor Raúl— siguen gravitando polémicamente —y es seguro que así será hasta bien entrado el siglo XXI— en la conciencia del Perú e influyendo, quícrase o no, en la conciencia de América Latina. Chang Rodríguez, penetrante exégeta, contribuye a un análisis con erudición irreprochable, con simpatía cordial y un estilo de serena elegancia.

El libro que comentamos, "Poética e ideología en José Carlos Mariátegui", Trujillo 1986, es la segunda edición del publicado en España hace tres años y lleva un prólogo del Padre Klaiber, de la Sociedad de Jesús, colega de Chang Rodríguez en esta predilección por los temas del marxismo y del aprismo en el Perú.

Mariátegui asombra por lo corta y fecunda de su existencia: 36 años. Murió un año antes de que se iniciara el apogeo de la carrera, larga, tempestuosa y admirable de quien fuera su compañero y luego su rival en magisterio y liderazgo: Haya de la Torre. El líder del aprismo nun-

ca olvidó a su contemporáneo. Me consta que, al preparar su discurso inaugural de la Asamblea Constituyente de 1978 cuando Haya rindió emotivo homenaje "a los luchadores sociales y políticos, que, con sinceridad y entrega, quisieron que el Perú se reedificara sobre bases de justicia y libertad" estaba pensando en González Prada y en Mariátegui.

Esta vida breve reconoce una cisura. Los años de juventud y aprendizaje, que van desde 1911 y su iniciación en el diario "La Prensa" se diferencian netamente de aquellos de la temprana madurez y de la vocación revolucionaria. Entre unos y otros media la distancia que separa a "Juan Croniqueur" del "Amauta". El seudónimo frívolo y el docto apelativo indiano resumen las opuestas y sucesivas estaciones de este espíritu excepcional. El talento de Mariátegui brilló en sus años juveniles con rápida y breve fosforescencia periodística. Los que van de 1923 a 1930 tienen la luz imperturbable de un candelabro de los siete brazos.

Chang Rodríguez identifica el primer ciclo de la vida de Mariátegui con su poesía. A partir de su afiliación política, el poeta desaparece y nace el ideólogo. Lo cual determinó al autor de "7 ensayos" a descartar, despectivamente, toda su producción, estética y esteticista, de esos años, denominando a ese período de su vida como "la edad de piedra". E hizo bien. Murió un poeta modernista de segundo orden —uno más de la tornasolada prole de Darío y de Nervo— y nació un ideólogo vigoroso, cuyo mensaje —bien o mal interpretado— resuena todavía en el Perú.

A la "edad de piedra" y a sus ejercicios literarios, Mariátegui le debe su dominio del idioma, a los modernistas la elegancia de su estilo, la destreza en la adjetivación, la cuota afrancesada e italianizante de su bagaje cultural. Estas virtudes formales le servirían para hacer de su prosa política una de las más expresivas y dúctiles que se han escrito en castellano y en nuestra América. Chang Rodríguez gusta citar la frase clave de José Carlos: "He madurado, más que cambiado".

Lo que es válido asimismo para otro aspecto que nuestro autor estudia con su habitual dominio: el de la religiosidad de Mariátegui. Para exasperación de los marxistas repetidores y elementales, Mariátegui fue creyente, creyente de retiro, de procesión y de sonetos místicos. Etapa breve, pero significativa, a la que Chang Rodríguez explora con detenimiento. Converso al marxismo —o a lo que él creyó el marxismo— no renegó de tales experiencias espirituales.

Su sagaz exégeta describe, con una franqueza que ningún mariateguista anterior ha realizado, este sincretismo de quien ha sido llamado "el primer marxista del nuevo mundo". Dice Chang Rodríguez: "Se esforzó a su manera, a veces indirecta o inconscientemente, en desacralizar y demitificar ciertos hechos históricos para promover la revolución social. Veía estos cambios como manifestaciones sutiles del reino de Dios. Tal vez por eso confirió al proletariado industrial, minoritario en el Perú, y al campesinado, mayoritario en el país, el carácter de pueblo mesiánico. Su salvación era sinónimo de liberación y liberación equivalía a revolución. La salvación del calvario culminaría con el advenimiento del paraíso socialista. Así la religiosidad del Amauta, tan tradicional en su "edad de piedra" evolucionó en la última década de su vida en una creencia condicionada por la dialéctica marxista y la teoría soreliana de los mitos. Por otra parte su terca fe en la mística de la insurrección le convenció que la reestructuración económica traería la transformación social, la felicidad espiritual, la tranquilidad del alma —la serenidad que buscó en su juventud— en el Convento de los Descalzos". (Pág. 109).

En este párrafo se cifra, con admirable precisión, la tesis del libro. Y en súbito fogonazo, el autor ilumina las rutas de convergencia entre el pensamiento de Mariátegui y las nuevas corrientes de la Iglesia. Chang Rodríguez lo señala cuando apunta: "Se podría sostener que Mariátegui se adelantó a los teóricos de la teología de la liberación, como el Padre Gustavo Gutiérrez".

Esta capacidad para asumir y fusionar actitudes aparentemente irreconciliables (catolicismo y marxismo, leninismo y sorelismo) lleva a Chang Rodríguez a acuñar una designación descriptiva de la ideología de Mariátegui: "eclectomarxismo". Profesaba un marxismo dogmático temperado con un esteticismo individualista que le atrajo, en su momento, la dura crítica de Miroshevsky y otros portavoces de la ortodoxia soviética.

Daríamos motivo para hipótesis interesante, imaginar como hubiera evolucionado Mariátegui, temperamento tan sensible y de percepción tan aguda frente a un marxismo-leninismo rígido, autoritario e inquisitorial como el que se definiera a partir de la victoria de Stalin sobre sus émulos. Es posible que llevado por su necesidad religiosa de un absoluto, la ortodoxia lo hubiera llevado a respaldar e identificarse con un régimen soviético consagrado como potencia mundial y con respuestas ina-

pelables para todos los problemas. El escritor rumano Panait Istrati escribió un libro crítico en 1929 porque registraba ya los primeros atisbos de la dictadura burocrática que luego coparía por entero al régimen soviético. Mariátegui criticó los juicios de Panait Istrati y su decepción ideológica. Recordando, empero, su finura, su delicadeza de espíritu insinuante y su profunda humanidad, es más probable que hubiera acabado en el campo de los grandes disidentes y acaso —es sólo un suponer— en el campo del trotskismo. Todo ello, es claro resulta una pura especulación. Sólo nos consta que al morir, en 1930, macerado por el dolor, llevaba sobre su espíritu la pesadumbre del rechazo que una obtusa burocracia partidaria hiciera de sus tesis sobre el antimperialismo en la Conferencia de Buenos Aires, en 1929.

Mariátegui el poeta, Mariátegui el hombre de imaginación y pasión, se ha visto respaldado por la experiencia histórica. "El socialismo de rostro humano" de nuestros días, con las "mil flores" y la herejía china, con el eurocomunismo, con la revaloración de los factores espirituales y religiosos, con su concepción no sectaria y frentista del antimperialismo, era más realista, más revolucionaria, más marxista, que la sostenida por los doctores de la sacrosanta ley staliniana.

17.- RAUL PORRAS BARRENECHEA

Era de breve estatura y cabeza leonina, de ojos claros e inquisitivos, cuya miopía reclamaba una constante y oblicua proximidad del libro a la cara. Coronaba el mentón voluntarioso, un labio inferior ligeramente despectivo. La voz era agradable y su elocución parsimoniosa y distinta, con la mejor cadencia de limeño culto. Dictaba clases de pie o paseándose, con las manos en el chaleco. Su relato era un sortilegio. Sus exposiciones podían tomarse y transcribirse prácticamente sin correcciones. Para Raúl Porras, hablar o escribir resultaba un ejercicio "natural como el movimiento respiratorio", utilizando un giro caro a González Prada. Tras aquella naturalidad, gravitaba un acendrado saber y una aguda percepción de los ritmos de la prosa. Pocos escritores han dado el Perú contemporáneo de mayor galanura y de más elegante crudición y modernidad.

Era miembro conspicuo de aquella "generación del Centenario" de la que salieran algunos de los ingenios más brillantes de la historiografía y las letras peruanas. Porras comenzó reivindicando a los grandes li-

berales de la Independencia y se internó luego en la época de la conquista, que lo envolvió con su asombroso y épico gigantismo. Lo sedujo la figura fundadora y brutal de Pizarro y a Porras se deben trabajos definitivos sobre el conquistador del Perú.

Esta posición, lo llevó a figurar, a su modo independiente, regañón y díscolo, en diversas campañas ideológicas o políticas. En 1919 como uno de los líderes de la Reforma Universitaria. En 1956 con el Frente Democrático cuyo jefe era su próximo pariente, José Gálvez, el poeta de la barba florida. Fue Senador y Ministro de Relaciones en el segundo período de Prado. Nunca tuvo Torre Tagle vocero más erudito ni más brillante. La castiza y bruñida prosa de Porras se levantó a muchos palmos sobre la adocenada retórica que es plaga de las citas internacionales. De la Conferencia de San José, donde pronunció un discurso quijotesco y famoso, regresó sombra de sí mismo, al retiro de su casa en Miraflores. En su doloroso crepúsculo lo atacaron todavía los mastines de la politiquería inferior. Lo recogió la muerte un día de setiembre de 1961.

Porras fue hombre y maestro con larga estela de afecto y admiraciones que los años no han marchitado. El Perú guardará memoria siempre de todo lo que debe a este escrupuloso y galano evocador de su pasado. Nuestro pueblo, recuerda al legislador que representó al aprismo con lealtad, cuando al aprismo no se le permitía postular; que mantuvo amistad indeclinable con Haya de la Torre y que murió, como no ocurriera con ningún Canciller de la República, en olor y cariño del pueblo.

18.- ROMULO BETANCOURT: ESTADISTA Y CREADOR

De pocos políticos de nuestra América puede decirse lo que es lícito afirmar de Rómulo Betancourt: fue hábil, fue honrado, fue enérgico, fue estadista y creador. Todas estas calidades brillaban perceptiblemente en un hombre de inconfundible estirpe morena, de gruesos anteojos y eterna pipa y una voz "penetrante y acostumbrada al mando" como describiera la voz de Bolívar el militar y cronista español, Capián Sevilla.

Su padre era canario, su madre venezolana. En precisa medida un típico representante del mestizaje de su tierra, de "ese café con leche" que Rómulo sabía comentar con buen humor y orgullo. Venía de capas modestas de la población venezolana y en él encarnó, de modo vigoroso y metódico, la voluntad de superación y la sed de justicia de su pueblo.

Como otros líderes de su generación en nuestra América, nació a la vida política entre juegos florales y descargas de fusilería rebelde e incitando a los jóvenes a soñar y proyectar una sociedad nueva, un estado democrático, una coexistencia social sin explotados ni explotadores. Naturalmente, estuvo preso, cargó cadenas, salió al destierro, redactó manifiestos y proclamas, se afanó por estudiar la patética realidad de su pueblo. En suma, aprobó, con nota sobresaliente, todas las instancias requeridas para graduarse como líder latinoamericano y oponer su imagen, intelectualmente culta, genialmente previsora, a la contrafigura rural, intuitiva y analfabeta del General Juan Vicente Gómez.

Su mayor hazaña en el destierro fue definir un ideario y un programa propio para sus compañeros de generación y de aventura. Asomó en el "Plan de Barranquilla" y años después, tras descartar con desilusión y disgusto la opción marxista y dogmática, fundó un partido de masas: el Partido del Pueblo Acción Democrática. Esta nueva formación popular condensó las esperanzas de millones de venezolanos y enarbolando sus banderas, con sagacidad, astucia y brío, Betancourt creó un instrumento político poderosísimo cuyo carisma sigue conquistando votos con mayoritaria presencia en los días que ahora vivimos.

Betancourt llegó, por primera vez, al poder, por la vía revolucionaria en el año 1945. Empezó una reforma a fondo del Estado, modificó la calidad subordinada de la industria petrolera venezolana y garantizó a sus compatriotas las primeras elecciones libérrimas de su accidentada historia. En ellas, fue elegido Presidente don Rómulo Gallegos, gran figura de las letras y de la democracia venezolana. Al ser derribado Gallegos por la infidencia de los cuarteles, Betancourt emprendió de nuevo, la carrera del exilio. El deber de conspirar no le impidió trabajar con ahínco en los problemas de Venezuela, de su política y de su petróleo. Caída la dictadura en 1958, Betancourt jugó con refinamiento de político diestro sus posibilidades presidenciales. El país lo eligió para encabezar un gobierno de unidad nacional. Pero muy pronto esta aspiración conciliadora se vio frustrada por el desafío violento de una izquierda que se definió como insurreccional y sectaria. Betancourt gobernó contra viento y marea, superando atentados y venciendo guerrillas, salvándose de la muerte y salvando con su persona la autoridad democrática. Su capacidad para utilizar los recursos defensivos del Estado, dentro de la Constitución, fijó un modelo de presidente efectivo, respetado y dinámico. En aquellos años tormentosos tuvo a su lado a un líder joven, el hoy Presidente Carlos Andrés Pérez.

Lo reemplazó en la Presidencia, la austera figura de otro líder histórico de Acción Democrática: Raúl Leoni. Pudo decirse entonces que el orden democrático y constitucional de Venezuela quedó afianzado sobre firmes cimientos. Los guerrilleros se convirtieron en diputados y el aparato insurreccional cesó en sus mortíferos empeños. A Leoni sucedió un Presidente de indiscutible jerarquía intelectual y moral, el doctor Rafael Caldera, jefe del partido COPEI cuya identificación de miras superiores con el jefe de Acción Democrática ha permitido, en buena medida, la permanencia y consolidación de la democracia en un país de tradición tan autoritaria como lo fuera Venezuela. Gracias al esfuerzo e inteligencia de Betancourt, la patria de Bolívar cuenta con un gran partido popular y ha favorecido la presencia de otro competidor. A nadie se le ocurre, en nuestro tiempo, soñar con desvarios golpistas en una república que ha forjado su propia democracia y ha sabido mantenerla contra las acechanzas de la extrema izquierda y de la extrema derecha. Este mérito fundador debe acreditarse a Rómulo Betancourt.

Fue Rómulo un venezolano consecuente con su estirpe bolivariana. Apoyó la integración de Latinoamérica y se solidarizó, todo lo que pudo, con los movimientos de izquierda nacional, cuya doctrina y práctica él representaba de modo eximio en su patria. Adquirió renombre continental cuando planteó y mantuvo la doctrina internacional que lleva su apellido: excluir los regímenes dictatoriales de la organización regional interamericana.

Me honré de ser su amigo desde el año, ya lejano de 1941, cuando él llegó a Buenos Aires, al concluir su exilio de Chile. Venía con cartas de Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez y recordó que había estado en Lima, en setiembre de 1930, cuando acababa de fundarse el Partido Aprista. Su firma y la de Atilano Carnevali calzan el Acta fundacional del movimiento aprista.

Lo volví a encontrar en el exilio y en el gobierno. En Puerto Rico, en Nueva York y en La Paz, en las celebraciones del primer aniversario de la revolución del MNR. Mi último encuentro con Betancourt ocurrió en Caracas en la Primera Conferencia de la Democracia Social, celebrada en la capital venezolana. Haya de la Torre, Rómulo Betancourt, Willy Brandt fueron los espíritus orientadores de este primer encuentro entre líderes de la social democracia europea y de la democracia social latinoamericana, anterior y precursor de los mas recientes contactos en el seno de la Internacional Socialista.

En el poder o en el llano, encontré siempre al mismo Betancourt: afectuoso, firme, inquisitivo, voraz lector e imaginativo jefe de su partido y de su pueblo. Con él se extinguió, después de consumir magnas hazañas, una de las mayores vocaciones de político creador que se hayan dado en nuestra América Morena.

19.- SALVADOR ALLENDE

Conocí a Salvador Allende hace más de cuarenta años y en Buenos Aires. Yo era un joven exilado aprista en la Argentina con el privilegio de exhibir la condición de desterrado antes de haber poseído la de elector. En otras palabras, fui exilado un año antes de ser ciudadano, pues en esa época la ciudadanía se alcanzaba a los 21 años.

Recuerdo muy bien el encuentro. Fue en un mitin promovido en la capital argentina por una activa organización enemiga del racismo y del antisemitismo. A ella daban su apoyo izquierdistas de todo matiz, incluso los stalinianos, pues aún no se consideraba a los judíos como agentes del imperialismo ni a su reclamo de un hogar nacional como una artera maniobra reaccionaria. Desde Chile había llegado al mitin el delegado del Partido Socialista Chileno, Dr. Salvador Allende, joven médico que en esos días acababa de ser designado para su primer puesto ejecutivo, el de Ministro de Salud Pública del Presidente Pedro Aguirre Cerda. Allende era un orador fluido, caudaloso y enérgico. Lo escuché entonces por primera vez y a mi felicitación respondió con efusiva cordialidad, haciendo amplia memoria de sus amistades apristas de Santiago, entre los cuales sobresalían Manuel Seoane, Luis Alberto Sánchez y su esposa, Manuel Solano, el "Profesor" Manuel Bedoya, Luis López Aliaga, Carlos Alberto Izaguirre y tantos otros protagonistas de aquellos tiempos memorables del éxodo y la lucha.

Lo volví a encontrar en mayo de 1946, cuando acompañé a Víctor Raúl a Santiago, para participar en un Congreso de Partidos Populares y Socialistas. Allende era amigo de Haya. Se habían conocido y tratado cuando el Jefe del aprismo vivía en la clandestinidad. Esa vez Salvador nos invitó a almorzar a su departamento cercano al Cerro Santa Lucía. Fue un almuerzo agradable y salpicado de anécdotas, que presidió la amabilidad de su esposa "La Tencha", o sea Hortensia Bussi. Al día siguiente, Salvador participó en un fórum organizado por la librería "El Pacífico", a la cual concurrieron las máximas estrellas de la política chilena de

entonces, comenzando por don Arturo Alessandri Palma que esa noche estuvo particularmente burlón y cáustico en sus expresiones. ("Para mí los especialistas son caballos con anteojeras", definió el viejo León de Tarapacá). Allende, en una intervención al final del debate, deslizó sus ironías: "Voy a disentir de mi triple colega, el Dr. Eduardo Cruz Coke. Colega médico, colega en el Senado y colega en las legítimas aspiraciones presidenciales que ambos tenemos". (Las aspiraciones de Cruz Coke se vieron trinchadas, pero contribuyó a la formación del Partido Demócrata Cristiano y otro líder, Eduardo Frei, llegó a la Presidencia). Esa noche el fórum convocado por el atractivo personal y político de Haya de la Torre tuvo amplia resonancia.

Pasaron los años y fuera de alguna carta ocasional no volví a encontrar a Salvador hasta febrero de 1960 cuando llegó a Lima para participar en la Fiesta de la Fraternidad Aprista de ese año.

Fue el mejor orador del grupo visitante y su elocuencia conquistó a la vasta multitud que llenaba la Plaza de Chacra Ríos. Esa noche, con Luis Barrios Llona y la que pronto sería su esposa, Fortunata de la Puente Haya, con mi señora y algunos pocos amigos más, fuimos a comer con Salvador en un restaurant de La Colmena. Le encantaba la música peruana y esa noche entonamos algunas canciones nortefías, entre las cuales tenía predilección por "Malabrigo". Acaso por haber pasado su infancia en Tacna en los años de la ocupación, el "Chicho" era muy proclive a todo lo peruano, fuera música, gentes o comidas típicas. Poco después lo encontramos en la Conferencia Democrática, de partidos y personalidades, que el Presidente Rómulo Betancourt convocó en Maracay, cerca de la capital venezolana. Betancourt y su esposa eran asimismo, amigos de Allende desde el exilio.

Los años siguientes, las contingencias del destierro pusieron distancia en nuestra amistad. Al convertirse Allende en candidato de Unidad Popular y hombre político socialista preferido de los comunistas chilenos la vieja relación con Haya y sus discípulos se fue enfriando.

Por eso fue para mí grato que siendo Allende Presidente de la República, y en el segundo año de su gobierno, al reunirse en Santiago la Comisión Económica del Parlamento Latinoamericano, pudiéramos encontrarnos con el viejo amigo en La Moneda. Fue el Allende de otras veces: efusivo, amistoso, simpático. Al concluir el cóctel, que ofreciera a las de-

legaciones de diversos países, Allende me llamó aparte y me dijo: "Quiero que se queden a almorzar conmigo mis viejos amigos venezolanos y tú". Se trataba del diputado Jorge Dager y del senador Braulio Jatar Doti. El almuerzo transcurrió lleno de evocaciones y recuerdos de Santiago, Lima y Caracas. A mi lado se encontraba el Ministro Tohá, que tuvo trágico fin después del golpe de Pinochet. Esa misma noche, un violento temblor remeció Santiago y Valparaíso. En la oscuridad temerosa del hotel se oyó la voz del Presidente Allende que salía por la radio para demandar calma y serenidad a la población. Fue la última vez que lo escuché vivo.

He vuelto a oírlo en la cinta grabada con su patético mensaje desde La Moneda para anunciar la sublevación militar y su voluntad de resistencia. Fue un hombre auténtico y un gobernante digno de mejor suerte. Le tocaron tiempos duros y difíciles. Complicados no sólo por una oposición militante e implacable, sino también por los errores y radicalismos imperdonables de no pocos de sus propios compañeros.

Discutir sobre si lo mataron o si se mató resulta superfluo. En uno u otro caso, está claro que Allende eligió, con toda deliberación, el heroísmo y la muerte.

Me inclino ante su recuerdo.

20.- JOSE GALVEZ

Su nombre era de prócer, su aire de patriarca. En viejas fotos de comienzos de siglo, José Galvez aparece como un joven delgado, nervioso, melena "a lo poeta" y corbata plastrón que promovía entusiasmos estudiantiles, ante un reposado Presidente Pardo en los patios de San Marcos. Años después, tramontados el pardismo y el leguismo, se convirtió en el barbado patricio, disertador y profético, cuya voz pastosa y profunda era una viva enseñanza de dicción correcta, puesta al servicio de un pensamiento de singular equilibrio y vasta gama de inquietudes cívicas y poéticas. De mediana estatura, ligeramente encorvado, cabeza leonina y ojos bondadosos, el Gálvez de sus años maduros, era la imagen clásica del patriarca nacional. Así lo sentía el pueblo a través de sus estampas líricas de sabor local y de sus ditirambos a héroes nacionales. Como auténtico patriarca vivió pobre y digno y en su acostumbrado deambular por las calles de esa "Lima que se fue", era seguido por una voluntaria escolta de

jóvenes, escritores y pichones de líder, quienes en el castizo parador de un café céntrico, escuchaban, embebidos, sus reflexiones cívicas, sus versos predilectos o las crónicas inagotables de un escritor al cual, con seguro instinto, consagrara Ricardo Palma al legarle su pluma de tradicionalista. En vida, y muy en vida, José Gálvez anticipaba el monumento que la posteridad ingrata aún no le ha levantado.

Se pintó a sí mismo de esta manera: "Pobrísimos aunque llenos de luminosos y pomposos recuerdos familiares, mi contacto con los libros se hizo de prestado, pero hablantín y agrandado. Trasnecedor y callejero, recitador impenitente en cualquier parte, mis travesuras y mi sentido universalista y democrático de verdad, me llevaron a frecuentar las clases populares, a las que francamente debo mucho de lo que después me ha servido como profundo motivo estético en mis crónicas y en mis poesías".

En el seno de su generación —donde abundaban elitistas y aristarcos— Gálvez fue una refrescante brisa de liberalismo y de peruanidad. De su antepasado y homónimo, José Gálvez Egúsquiza, el héroe y mártir del 2 de Mayo e inspirador con su hermano Pedro de la liberación de los esclavos y de una política continentalista de gran envergadura, le venían estas inclinaciones democráticas. En 1931 fue Ministro de Justicia, Instrucción, Culto y Beneficencia y luego de Relaciones Exteriores en la Junta de Samanez y del Comandante Jiménez a la cual se debe —conquista definitiva de un gobierno transitorio —la primigenia ley del voto secreto y obligatorio.

En 1936 era Ministro en Colombia (el título de Embajador se dispensaba entonces con avara parsimonia) y Bogotá, la "Atenas de América", fue prolongación acogedora del magisterio amistoso de Gálvez Barrenechea. De aquel interludio amable vino a sacarlo la asunción por Benavides, de todos los poderes, a raíz de la anulada elección de Eguiguren. En el ambiente enrarecido y sumiso de un Perú avasallado por la dictadura, ese gesto —ese "beau geste"— tuvo el vigor y la fuerza de un aldabonazo.

En Lima, José Gálvez vio acrecentada una popularidad que intuitivamente le habían brindado las masas. Al forjarse, en 1945, el Frente Democrático Nacional, nadie le disputó la presidencia de esta movilización abrumadora. Su voz volvió a ser la del pueblo y ésta lo llevó a la Vicepresidencia de la República y a la Presidencia del Senado. Al hacer crisis

el año 1948, el régimen constitucional, su nombre volvió a mencionarse para la primera magistratura. Era muy tarde. Los golpistas acampaban en Palacio. Los ruiseñores y las flores —dos claves de la poesía de Gálvez— yacían aplastados o marchitos. Ocho años tomó en retornar la nueva primavera democrática.

Y cuando así ocurrió, Gálvez fue otra vez portaestandarte del renuevo. A lo largo del ochenio, este político sin partido pero con inmenso caudal de apoyo, ejerció una suerte de liderazgo simbólico, una representación vicaria y moral del Partido del Pueblo, cuyo Jefe, vinculado a Gálvez por una larga amistad, se encontraba asilado en la Embajada de Colombia. En un momento de confusión electoral y de proscripciones no levantadas, la presencia de José Gálvez a la cabeza de la lista independiente por Lima fue luz orientadora para las mayorías. Así regresó Gálvez al Congreso: en olor de multitud. Dijo Ramiro Prialé en una frase feliz: "A Gálvez no se le proclama. Se le aclama".

Murió en febrero de 1957, más joven de edad de lo que aparecía por su porte patriarcal, unánimemente admirado y querido. En los ritos oficiales de su entierro resonaron las marchas militares que hubieran satisfecho a su patriotismo. Pudieron agregarse los de ese Himno de la Juventud de América cuya letra escribió Gálvez y cuya música compuso el chileno Soro. Y que ha sido la única que se ha cantado en todo el Continente: "Juventud! ¡Juventud!. Torbellino, soplo eterno de eterna ilusión/ Fulge el sol en el largo camino./ Que ha nacido la nueva canción ...". Que oportuno sería que este Himno se entonara en las conmemoraciones del centenario de José Gálvez, el patriarcal y pindárico poeta peruano.

Recordemos el homenaje que, frente a su féretro y con los ojos húmedos, pronunciara ese otro gran capitán de los pobres que fue Manuel Seoane: "No trazó caminos de asfalto, no construyó rascacielos, no contrató empréstitos millonarios. Simplemente, edificó los cimientos de una Patria espiritual y permanente, con el débil soplo de su aliento poético y el ejemplo rutilante de su conducta viril. Aquí estamos en nuestra copa de lágrimas, para regar los surcos de la Patria que pervive, seguros de ver mañana la flor de patriotismo que intuyó su vidente sueño de poeta... Un héroe puede hacerse en un instante. Pero es necesaria toda una vida para forjar un hombre de bien".

21.- CARLOS MANUEL COX

En los primeros días de marzo de 1931 un compacto núcleo juvenil se arremolinaba frente al viejo balcón del antiguo Palacio de Pizarro. Se había producido el derrocamiento de la primera dictadura de Sánchez Cerro y don David Samanez Ocampo acababa de prestar juramento. El conjunto político apurimeño ofreció a la improvisada manifestación, donde los estudiantes eran el núcleo más fogoso, que se convocaría a elecciones libres y que todos los deportados podrían volver a la Patria. Una voz estentórea se alzó desde la plaza: "¿Y Haya de la Torre?". A lo que Samanez respondió: "El Sr. Haya de la Torre también podrá volver". La muchedumbre estalló en vivas y aplausos y empezó a desfilar —no serían más de 500— hacia el jirón de la Unión. A la cabeza marchaba un hombre que todavía no había cumplido 30 años, alto, de porte atlético y gesto decidido. Era Carlos Manuel Cox. La improvisada manifestación de esa noche era la primera que realizaba el incipiente Partido Aprista (entonces "Sección Peruana del APRA") y el líder que la encabezaba iba a ser, a partir de ese momento, su primer Secretario General.

Por cierto que ese mismo día acababa de salir, tras una prisión de cuatro meses, de las celdas del Cuartel Sexto. No era la primera —y no sería la última oportunidad— en que la cárcel aprisionara las rebeldías de Carlos Manuel Cox.

Había nacido en Trujillo de añejo tronco donde antepasados celtas y alemanes le inyectaron su constancia, su gallardía física y su metódica inteligencia. En 1927 al chocar con las autoridades, fue separado de la Universidad menor de su tierra, no sin antes recibir la influencia del Grupo Norte ni de reconocer a Haya de la Torre como el jefe nato de la "nueva generación". En Lima hizo amistad con Mariátegui y se vinculó a "Amauta". Poco tardó en ser exilado a México.

Allí en fraternal contacto con Manuel Vásquez Díaz y otros peruanos, fundó un Comité Aprista. En noviembre de 1930, caído Leguía regresó a Lima. El mismo día llegaba, por el sur, Manuel Seoane. El Apra naciente encontró así a quienes serían los sólidos pilares de una organización llamada a tener un célebre y asombroso desarrollo. Cuando Víctor Raúl llegó en julio al Perú era una fuerza electoral de primer orden. Todos los carnets de esos meses gestatorios, llevaron la firma angulosa de "C.M. Cox". (También el mío, con inscripción que se remonta a abril de 1931. Cuando acababa de cumplir los 16 años).

Carlos Manuel Cox Roose, para llamarlo con sus dos apellidos, ejerció la Secretaría General hasta enero de 1932, después de las impugnadas elecciones y de instalarse el Congreso Constituyente, al cual asistió como diputado por Trujillo. En febrero de ese año se desencadenó la persecución y Cox hubo de padecerla nuevamente. Era ya un líder popular y carismático. Cuando tras la revolución de Trujillo y la muerte del tirano, se produjo el intervalo de la "Paz y Concordia", Cox era ya el sencillo "Carlos Manuel" del cariño del pueblo y distinguido por el afecto de hermano mayor que le dispensaba Víctor Raúl.

En noviembre de 1934 una nueva persecución se abatió sobre los apristas y Cox fue desterrado a Chile. Pocos meses más tarde, el Comando de Acción lo señaló para dirigir la resistencia en el Sur del Perú. En unión de su fraterno compañero, Pedro E. Muñiz, ingresó clandestinamente al país. Reconocido y entregado por un agente de la dictadura, se le encerró en la Penitenciaría de Lima. Allí tuvo que sufrir cinco años de prisión sin proceso.

Este prolongado ultraje no logró vencer el espíritu indomable de Cox y Muñiz. Con todas las dificultades y limitaciones del encierro, escribieron un libro, "Petróleo en Sudamérica", que ganó un concurso organizado en Buenos Aires. Tuve el privilegio de entregar los originales que, con dificultades y accechanzas, nos enviaban desde Lima. El asombro de los organizadores del concurso fue enorme cuando supieron que este trabajo, escrupuloso y penetrante, había sido escrito en la angostura de las inhóspitas celdas del Panóptico.

Hacia 1940 Cox y Muñiz salieron de la prisión como entraron: sin mandato judicial e igualmente convencidos en su fe. Los años siguientes, Carlos Manuel se fue a Trujillo a dirigir, juntamente con Luis Heyssen en Chiclayo, la resistencia en el norte. Fue entonces que contrajo matrimonio con su esposa y compañera Hilda Cassinelli Mazzei. La ceremonia religiosa y la civil, realizadas burlando la tenaz búsqueda del novio perseguido, fueron episodios riesgosos y característicos en la vida de este infatigable luchador.

Restaurada la democracia, Carlos Manuel volvió a la Cámara representando a su provincia natal. Fue uno de los voceros más caracterizados y fundamentó, haciéndola aprobar en su Cámara, la Ley del Congreso Económico Nacional.

Concluido el interregno democrático, Carlos Manuel volvió al destierro. Enfrentó, con su altiva pobreza de hombre honrado, lo áspero de la vida en Nueva York. Lo rescataron de ella las Naciones Unidas para confiarle una oficina de traducciones en Buenos Aires.

Al producirse la elección de Prado y como muestra de haber cesado la condición de "semi-ciudadano", Cox fue designado como integrante de la delegación a varias asambleas de Naciones Unidas. En 1962 retornó a la acción política y fue electo Senador por La Libertad, elección confirmada en 1963. Al finalizar el período de Belaúnde, en julio de 1968, fue elegido Presidente del Senado. Me tocó en esa oportunidad, ser electo Presidente de Diputados. Fue la primera vez en que dos apristas llegaban a presidir las dos Cámaras del Congreso. En la madrugada del 3 de octubre de ese año nos encontramos en casa de Cox ensayando la misión imposible de salvar la legalidad. Tuvimos que esperar diez años.

Carlos Manuel alcanzó a integrar la Asamblea Constituyente de 1978, pero su salud empezó a resentirse. Una larga, dolorosa, enfermedad lo postró los últimos años.

Su muerte ha hecho recordar al Perú lo valioso de este combatiente y líder, que dio ejemplo de consecuencia, de austeridad y consagración apostolar. De hombres como éstos se hizo el Apra en sus difíciles días aurales.

22.- LUIS E. HEYSEN

Luis E. Heysen Incháustegui nació en Chiclayo en el primer lustro del siglo actual. Este origen provinciano no puede ignorarse en el caso de este líder aprista de tan significativa actuación en los años signados por la catacumba y las persecuciones. Pues Heysen o "Lucho" como abreviadamente lo designaban sus paisanos, fue sumamente devoto de sus raíces norteñas. Fue correspondido por el afecto de una popularidad sin desmayos que le permitió representar al Departamento de Lambayeque todas las veces en que su nombre figuró en las listas del aprismo. Algún politicólogo pudiera tener como objeto de un interesante análisis el caso de esta constante lealtad de los pueblos del Departamento de Lambayeque por el Partido Aprista, por Haya de la Torre y por Luis E. Heysen. Si es exacta la denominación de "Sólido Norte", ha de reconocerse que un sector de singular compactación fue siempre este Departamento. En

1963, en aquella "segunda vuelta" que impusieron los militares, las cifras de Lambayeque igualaban a las de La Libertad en la candidatura presidencial. Acaso por ello Víctor Raúl multiplicó entonces sus visitas a Chiclayo, pueblo "hayista" por excelencia.

Heysen estudió en el Colegio Nacional de San José e inició su carrera en la entonces Escuela Nacional de Agronomía. Era hijo de un profesor alemán natural de Hamburgo que fue el primero en correr, gimnásticamente la distancia que separa Chiclayo del cerrito de Pimentel. Casó el profesor Heysen con una dama chiclayana de vieja estirpe local: doña Clorinda Incháustegui y Quiñones. Murió el padre de Lucho cuando éste era muy joven y tuvo, desde temprano que enfrentarse a la vida, por fortuna con el apoyo que le diera el segundo esposo de doña Clorinda, don Eugenio Ibáñez.

El joven Heysen encontró una Lima conmovida por el estremecimiento juvenil de la Reforma Universitaria y a ella se afilió con inagotable entusiasmo. Pronto estuvo en el grupo de estudiantes que escogió a Víctor Raúl como su líder, para no dejarlo nunca. Figuró, a partir de entonces, en el grupo de singular pugnacidad que respaldaba a Haya en sus avanzadas iniciativas. La más famosa de las cuales fue la fundación de las Universidades Populares, poco después bautizadas con el nombre apostólico y polémico de González Prada, escritor que ejerció desde los años de Chiclayo una influencia formativa muy importante en el espíritu, innatamente rebelde de Lucho Heysen.

Consecuente con sus ideas y sus afectos Heysen estuvo, en primera fila en las vibrantes jornadas del 23 de mayo de 1923. Afrontó los fuegos policiales de la calle Huérfanos y se le vio muy cerca de Víctor Raúl en esos días de encrespada multitud.

Poco más de un año después, y como uno de los dirigentes de la Federación Peruana de Estudiantes fue desterrado por la dictadura y fue a dar a las auspiciosas aulas de esa Universidad Nacional de La Plata, en Argentina, que entonces y por mucho tiempo después, se caracterizó por su lealtad reformista, por su fe democrática y por su amor a Latinoamérica y a los latinoamericanos. Fue la universidad de Alfredo Palacios, de Carlos Sánchez Viamonte, de José Peco y otros ilustres socialistas y radicales argentinos.

En 1927 Luis Heysen ganó una señalada distinción: fue elegido Presidente de la Federación Universitaria de La Plata, uno de los cargos más importantes del movimiento estudiantil argentino. Poco después se graduó con una tesis sobre el agro del país que lo asilaba. Ya para entonces era uno de los más activos integrantes de la "Célula del A.P.R.A." en Buenos Aires que entonces dirigía Manuel Seoane.

En 1931 decidió volver al Perú, pero la dictadura de Uriburu lo capturó y con Seoane lo puso preso en la cárcel de Villa Devoto. Cuando obtuvo su libertad, meses después, retornó a la patria por la vía del sur e hizo del Cusco imperial su tribuna y su trinchera. Por entonces los comunistas criollos —los "cuscovitas", se llamaban a sí mismos—, ejercían una influencia al parecer incontestable. Heysen revitalizó al Partido Aprista y, a través de luchas, encuentros y polémicas, se hizo respetable y respetado.

Al acercarse la fecha de las elecciones fue reclamado por su pueblo natal y volvió a Chiclayo para asumir la dirección del aprismo en el Departamento. En aquellas elecciones fue elegido constituyente y sus intervenciones en ese breve período de 1931-32 se consagraron por tajantes e impetuosas.

Al comenzar la persecución de 1932 burló a la soplonería y dio comienzo a su inolvidable Secretaría General del Partido Aprista en la clandestinidad. En aquellos años su audacia, su astucia y su inteligencia le hicieron una imagen casi mítica de la lucha en la ilegalidad. Se convirtió entonces, sin lugar a dudas, en una verdadera leyenda popular.

De 1934 a 1945 esta vida de misterio, combate y sorpresa fue el ambiente natural de Luis Heysen. Vivió principalmente en Chiclayo y en los pueblos cercanos a su ciudad natal hasta reaparecer, nimbado por el afecto de los pobres, al retornarse a la vida legal.

En 1962 fue electo Senador por Lambayeque y tuve el privilegio de acompañarlo en sus giras proselitistas. Era un gran luchador, con alma de adolescente y de una integridad moral a toda prueba. Repetimos en Lambayeque la hazaña en las elecciones para la Constituyente, pero no pudo presenciar el resultado de las elecciones de 1980. Su gran corazón fatigado, cesó de latir en vísperas de unos comicios que él sin duda tenía ganados. Como siempre.

23.- JOSE SANDOVAL MORALES: VIDA OBRERA EJEMPLAR

En octubre de 1986 se extinguió la vida longeva y ejemplar de José Sandoval Morales, paradigma y reliquia del movimiento obrero peruano. Las banderas históricas de la clase trabajadora y del pueblo se abatieron en homenaje a este líder de vertical y cristalina trayectoria. Para quienes se interesan en los horóscopos, habrá de resultar significativo que José Sandoval Morales naciera el 22 de febrero de 1895 y en Trujillo. Es decir, el mismo día, mes y año y en la misma ciudad en que naciera Víctor Raúl Haya de la Torre. Estas dos existencias estaban destinadas a continuar leal y estrechamente unidas a lo largo de siete décadas de vida adulta. Víctor Raúl alcanzó los 84 años, Sandoval llegó a los 91. Las luchas, las ideas, las esperanzas, fueron invariablemente comunes.

El trayecto vital de "don José", como le llamaban con deferente respeto los trabajadores, ilustra la evolución histórica de las luchas del pueblo peruano.

Perteneció, en su primera juventud, a los hombres de ideología anarquista. Quienes profesaban en Trujillo esta fe tenían abierta una biblioteca obrera y enarbolaban una bandera roja para el 1º de mayo, dejando una huella inolvidable en la memoria juvenil de un estudiante del Colegio Seminario de San Carlos y San Marcelo, el primogénito de don Raúl Edmundo Haya y de doña Zoila Victoria de la Torre. En esa biblioteca estaban los textos de Bakunin, de Kropotkin y del más ilustre de los ácratas peruanos, Manuel González Prada.

En esa escuela revolucionaria, que profesaba un culto indeclinable a la libertad, se formaron los más calificados creadores y dirigentes del movimiento sindical peruano: Arturo Sabroso Montoya, Juan Guerrero Químper, José Sandoval Morales, Delfín Lévano. Porque al proletariado peruano no lo organizaron los marxistas, cuya influencia sólo se deja notar con posterioridad a 1930, sino los libertarios, enemigos de toda dictadura, incluso la pretendida dictadura del proletariado que Lenin —gran adversario y perseguidor de los anarquistas— había inventado espigando en el pensamiento de Marx.

Esta influencia anarco-sindicalista obró como vacuna preventiva y antitotalitaria en las vanguardias intelectuales y obreras que confluyeron

en la fundación, por iniciativa de Haya, de las Universidades Populares, puestas bajo la advocación del máximo libertario, "Don Manuel". En esta empresa de las UPGP, José Sandoval Morales figuró en rango sobresaliente. Empezaba la obra de coincidencia entre trabajadores manuales e intelectuales llamada a tener tan ancha y profunda huella en la historia política y social del Perú. Para entonces, don José era ya una personalidad dirigente y respetada.

En 1930, con la fundación del Partido Aprista, Sandoval ingresa a su nueva y lógica etapa: la de militancia política. El Partido refundía los antecedentes formativos, el anarquismo, la reforma universitaria, la revolución mexicana, el análisis, dialécticamente aplicado del marxismo. El Perú tuvo la fortuna de contar entonces con una vanguardia obrera esclarecida, con inteligencia y cultura notorias y con una ética revolucionaria que los hizo invulnerables a toda tentación y toda debilidad. Fueron austeros y su tipo muy diferente al que más tarde se divulgaría en el mundo de los líderes obreros que viven como prósperos ejecutivos. En aquellos años, la dirección sindical tenía más de apostolado que de ocupación profesional y remunerada. Cuando Haya de la Torre renunció a su sueldo de Constituyente, para aceptar la retribución simbólica de un sol, fue leal a las viejas tradiciones de su juventud. De austeridad comparable fueron José Sandoval, o Arturo Sabroso, candidato a una senaduría por Lima sin abandonar su trabajo en el telar de una fábrica.

En 1945 el resuelto apoyo de las bases obreras del aprismo y el respaldo fraterno de Haya hicieron a Sandoval Morales el Primer diputado obrero por Lima, no sin haber experimentado —antes y después— la dura vía crucis de prisiones y persecución, típica de la época. En su puesto dirigente de la CTP fue, junto con Sabroso y Negreiros, uno de los animadores más eficaces y respetados de la Central Obrera, entonces única, del Perú.

Sin ambiciones personales, tan incapaz de los codazos como de las intrigas, don José mantuvo, en discreta penumbra, su figura patriarcal hasta la muerte.

Recuerdo con gratitud su gesto de solidaridad en los primeros días de 1981 cuando se enteró de que yo había sido "expulsado" del aprismo. Desde su domicilio en Pueblo Libre hasta mi casa, en Surco, cambiando micros, llegó sin aviso para expresarme su fraterno y valioso apoyo. Para mí, fue el mejor de los testimonios.

24.- EL PATRIARCA VIVO: CARLOS SHOWING

Es de breve estatura, de grandes ojos claros que miran con juvenil inocencia, traje oscuro y una voz tácita en la que vibra el irredimible y cantarino acento de su Huánuco natal. Se mueve sin prisa pero sin pausa y va regalando, a su paso, consultas médicas o sencillas palabras de consolador afecto. Ha cumplido 95 años y es un auténtico patriarca de su tierra y, para muchos, del Perú. Nació dos años antes de Haya de la Torre y un año antes de Mariátegui y Vallejo. Exhibe una salud completa y una memoria notable.

Pero esta longevidad lozana es sólo una de las características de este hombre admirable. Lo es, también y en mayor medida, su prolongada y firmísima adhesión a las ideas y esperanzas de su juventud batalladora e inconforme.

Fue siempre un hombre excepcional. Cuando vino a cursar estudios secundarios en el colegio de Guadalupe —donde concurrían en esa época los mejores alumnos de provincias— se ganó la medalla de oro de su promoción y se la impuso el propio Presidente Augusto B. Leguía. Ocurrió en el año 1911.

En 1919 estudiaba ciencias naturales, la antesala de medicina, en la Universidad de San Marcos. Era la época tempestuosa y creadora de la Reforma Universitaria y la vibrante oratoria de Haya de la Torre suscitaba adhesiones que acabarían durando vidas. Entre ella estuvo —y está— la de Carlos Showing Ferrari que en 1920 participó en el Congreso de Estudiantes del Cusco origen de las Universidades Populares. En 1922 se recibió de médico, profesión que ejerció con celo apostolar a lo largo de sesenta años. Se graduó de médico y a poco se recibió de aprista.

Vuelto a su tierra natal, como médico titular de la provincia de Ambo, lo llevaron a la cárcel por profesar las ideas de Víctor Raúl. Fue la primera de las muchas adversidades que esmaltaron su larga existencia. Luego de una ausencia en Francia, perfeccionándose en su profesión, regresó en 1929 al Perú. Estaba por iniciarse la "gran transformación", anunciada por Haya.

Carlos —"Carlitos" como le llama el cariño popular— contribuyó a ella fundando, en su tierra, en 1930, el Partido Aprista Peruano. Le acompañaba el legendario Miguel de la Mata.

En las elecciones de 1931, que el APRA ganó en Huánuco, el Dr. Showing obtuvo una curul de constituyente. Fue compañero de Seoane, Sánchez, Heysen, Muñiz, Cox, Arévalo, Spelucín y un equipo de 23 diputados que a los tres meses eran violentamente extrañados. Showing fue a dar a Colombia y allí, con Pedro Muñiz, escribió un libro de doctrina: "Qué es el APRA". Para el médico huanuqueño el APRA fue, en adelante, un largo camino de devota militancia, resistiendo la violenta y crónica hostilidad de las dictaduras. En 1962 fue electo Senador por Huánuco y confirmado en 1963. Ocupó la vicepresidencia de su Cámara y los diarios de los debates consignan las constantes, las pertinaces iniciativas y proyectos de quien ya era mirado por todos como un auténtico patriarca. Fue designado —caso excepcional— secretario vitalicio por el Comité departamental.

Ha sido y es un político culto, austero y humano. Como médico y como compañero ha ejercido más de medio siglo, una auténtica y conmovedora fraternidad. Su tierra natal y su partido, tienen con este vigoroso patriarca de la breve estatura y los ojos claros y sinceros, una deuda incalculable.

25.- JUAN SEOANE: "HOMBRES Y REJAS"

Llegaban periódicamente a Buenos Aires. Eran pedazos de papel, hojitas de cuaderno, envolturas de cigarrillos, utilizados en toda su estrechez por una escritura redonda, clara, casi escolar, que un grafólogo hubiera interpretado inequívocamente como voluntariosa e intuitiva. Los recibían bajo sobre, con nombres supuestos, Manolo Seoane y Hugo Otero. Los leíamos muchas veces en la redacción de "Crítica", cuyas salas resonantes de fabla porteña, servían de sede informal a los exilados apristas de la capital argentina. Hugo las pasaba en limpio y a veces me tocó dictarle estos fragmentos de libro que burlando censuras carcelarias y postales, llevaban su carga de humanidad desgarrada y doliente. ¿Cómo llamar el libro?. En un café de la Avenida de Mayo, camino a una sesión del Comité Aprista, Manolo, Hugo y yo ensayamos diversos títulos. El de Manolo finalmente prevaleció. Se llamaría *Hombres y Rejas*, los elementos esenciales que, bidestilando sus páginas, quedaban al cabo de ellas. Un año después, Ercilla de Chile, dirigida por Luis Alberto Sánchez, lo editaba con prólogo de otro ilustre graduado del mismo presidio, Ciro Alegría.

Hombres y Rejas, aparte de sus méritos intrínsecos, tiene importancia precursora: inaugura, y con acierto vigoroso y ejemplar, la literatura peruana de las prisiones. Que es decir, como la revelación de una mitad de la vida nacional. La que transcurre tras los barrotes de las cárceles y que, en los años de guerra civil, no por secreta menos dura, de 1932 a 1945, marcó para siempre a millares de hombres y mujeres del Perú. En esa época, como después de 1948 a 1956, gran parte de la existencia nacional, la más agónica, la más creadora, transcurría en El Frontón, en la Penitenciaría, en el Real Felipe, en la Cárcel Central, en El Sexto, en las prisiones de provincias, en el "infierno verde" de Madre de Dios. Fue la época en que el mejor certificado de conducta cívica resultaba el prontuario policial y cuando la vida del auténtico "Perú en la mazmorra". De esos años de gestación dolorosa, quedan dos clases de testimonios: el hasta hoy inaccesible, de los archivos policiales y los libros de quienes fueron combatientes y prisioneros. Allí están los nombres de Miguel de la Mata, de Julio Garrido Malaver, de José María Arguedas. A su cabeza, con osadía de libro-caudillo, aparece *Hombres y Rejas* de Juan Seoane. A partir de su publicación se empieza a conocer aquella porción tan vasta y tan dolorosa de la vida nacional. Aparece ante nuestros ojos sorprendidos, la otra cara de la luna. Sus pálidas luces iluminan el oscuro, el crepitante, el torturado mundo de la prisión.

Es posible que muchos a más de 50 años de la tragedia, no recuerden sus detalles. Un adolescente, convirtiéndose en el instrumento vengador de un estado de rebeldía nacional, intentó el tiranicidio. Estuvo a punto de morir él mismo y semiciego e inválido lo capturaron para llevarlo ante un tribunal y condenarlo a muerte. Juan Seoane, Juez letrado del Distrito del Rímac, y aprista sin especial militancia entonces, resultó envuelto en el proceso, con la circunstancia, políticamente agravante, de ser hermano de Manuel, el elocuente líder aprista del Congreso Constituyente que había sido lanzado, semanas antes, al destierro.

A los dos acusados se les condenó a muerte. Pero la tiranía comenzaba apenas y un vasto movimiento de opinión nacional detuvo la ejecución de la sentencia. No suprimió, sin embargo, la larga tortura que los condenados soportaron desde el 14 de marzo de 1932 hasta el 25 de mayo del mismo año. Juan Seoane relata, en páginas de ejemplar crudeza, la expectante, por momentos sonambúllica tirantez de esos días. Cuando leyó, en un periódico que pudo burlar su aislamiento, la sentencia que lo condenaba a muerte. Cuando supo, que en la carpintería del penal, los re-

clusos se negaban a fabricar los ataúdes que les estaban destinados. Cuando una comitiva oficial vino a reclamarlos de noche para una ejecución sumaria y fue detenida por un Director humanísimo, el doctor Valdez Miente, cuyo nombre, en esos años oscuros, resplandece con insólitos y temerarios perfiles de bondad...

Hombres y Rejas, puede calificarse, sin riesgo de hipérbole admirativa, de obra dantesca. En ella Juan Seoane desciende a los infiernos. Los círculos más profundos fueron aquellos calabozos subterráneos de la Penitenciaría, donde se les tuvo en reclusión subhumana. Estuvo luego en los niveles diversos de las galerías y las celdas, hostigado, castigado, hostilizado por una turba de demonios con apariencia de hombres. Vivió, en ese infierno sin otro Virgilio mentor que su propia lúcida, clara y culta inteligencia. "Leyendo y escribiendo", "Escribiendo y leyendo", hasta producir este libro-testimonio. Orientando a otros presos, domando pasiones, aliviando dolores. Convertido al cabo, en el gran Rector de la Universidad Popular del presidio. Varias promociones de presos políticos y también de presos comunes —la "fraternidad del juez y el verdugo" de que habla en versos, también carcelarios, Juan José Lora— le conocieron ejerciendo ese Ministerio del consuelo con cuyas sagradas órdenes lo invistió Nuestra Señora la Desgracia.

El libro se define con características propias en la literatura nacional. Es un testimonio sangrante y purificador, Juan Seoane ha insistido, varias veces, en esta calidad de memoria testimonial. Lo suyo no es ficción sino verdad dolorosa y desnuda. Juan Seoane y sus compañeros no son el imaginario Kassner que André Malraux convirtió en el prisionero de su libro "El Tiempo del Desprecio". Tampoco Rubashov el simbólico Comisario purgado por Stalin en el libro, de Arthur Koestler: "Oscuridad al Medio Día". Los hombres de **Hombres y Rejas** no son personajes de ficción sino de historia. De la historia de aquellos años, cuando al peruano sólo se le abrían tres caminos: encierro, destierro o entierro.

26.- GEORGE ORWELL

Cuando el libro se publicó en 1949, la fecha que le daba nombre parecía futurista y lejana: 1984. Ya dejó de serlo. Estamos viviendo más allá de 1984 y resulta inevitable que este hecho acrece la evocación del mundo que George Orwell (Eric Blair, en su partida de nacimiento) describió con mano despiada y maestra, pocos meses antes de morir de tu-

berculosis. Y acaso también de tristeza, ante la progresiva confirmación de sus ominosos portentos.

El libro de Orwell, a partir de este año, ha comenzado a envejecer, por que no hay utopías retrospectivas. Pero nadie podrá quitarle su opresiva y angustiosa verosimilitud. El 1984 que vivimos no es exactamente el "1984" de Orwell. Pero se le parece demasiado para ignorar su argumento. Lo que el escritor inglés anunció para esta fecha no es —por fortuna— lo que hoy experimentamos. Pero una conciencia alerta y un sentido previsor del futuro, que tome como punto de partida el análisis de evidentes tendencias actuales, nos permite descubrir temibles anticipos de la sinestra utopía que Orwell anunció.

Desde luego ha sido este autor anglo-indio el más penetrante caricaturista de los Estados totalitarios y "Granja de Animales" fue su consagración primigenia. El mundo de "1984" es una mezcla de nazismo y stalinismo con toques de policía secreta occidental. La intimidad ha desaparecido y la televisión, en cada cuarto, es tanto un medio de propaganda como de obsesivo espionaje. La imagen omnipresente del dictador preside la pantalla. "El hermano mayor te vigila" es norma del Estado y de la vida.

Las exigencias del absolutismo estatal llevan a una falsificación metódica de la historia. El protagonista —al que sería irónico llamar héroe— se llama Winston Smith y es un modesto burócrata del "Ministerio de la Verdad" que, por supuesto, es el encargado de adulterarla sistemáticamente. Para esta parodia, Orwell utilizó la experiencia stalinista que suprimió, de fotos, libros y recortes, las imágenes de quienes fueran declarados sus enemigos, particularmente de Trotski.

Winston Smith y Julia, una colega, cometen el crimen antiestatal de enamorarse y son denunciados por la "Liga Juvenil Antisexo" que, en su afán de captar todas las lealtades para el Estado, aboga por la inseminación artificial. Los culpables son apresados por la "Policía del Pensamiento" y encerrados y torturados en las dependencias del "Ministerio del Amor". Cuando Winston, aterrado, pide que le apliquen su propia e inmundada tortura a Julia, se hace merecedor de la calidad de auténtico camarada. Está vencido e incorporado.

Orwell era un escritor y este hecho básico le asiste en su prodigiosa elaboración del sistema más completo de servidumbre intelectual, de

cuyo estilo las confesiones y procesos políticos que hasta ahora hemos conocido resultan un antecedente rústico y torpón. El idioma que rige en el Estado supertotalitario es una invención diabólica, una forma que une forzosamente el pensamiento al molde preestablecido de una ortodoxia feroz y trivial. Este idioma es el "newspeak" o "neo-habla", en cuyo contexto frases lógicamente absurdas (la guerra es la paz, ignorancia es fuerza, esclavitud es libertad) orientan, como apotegmas, la vida de los hombres y mujeres de "1984".

Lo peor de las dictaduras contemporáneas es el autoenvilecimiento. La capacidad que han demostrado para que sus víctimas se denigren a sí mismas y confiesen o participen activamente en todos los ritos abominables de una entrega auto-destructiva. En la otra utopía magistral de nuestro tiempo ("El Mundo Feliz" de Aldous Huxley) la conformidad absoluta se obtiene por el acondicionamiento prenatal y por la entrega oportuna de una droga tranquilizante, el "soma", que, por cierto, anuncia la difusión contemporánea de los estupefacientes. En el libro de Orwell se logra por la aplicación masiva y sistemática de medios ya existentes de persuasión colectiva que las tiranías refuerzan mediante el aparato del terror institucionalizado.

Lo dijo el propio Orwell en un ensayo: "Lo impresionante de las dictaduras modernas es que no tienen precedente. Su terminación es imposible de pronosticar. Se creía en el pasado que, más tarde o más temprano, las tiranías eran derribadas, o al menos resistidas, gracias a la "naturaleza humana", a la que se suponía como partidaria de la libertad. Ya no podemos estar tan seguros de que la naturaleza humana sea constante. La radio, la censura de prensa, la educación uniformizada, la policía secreta, lo han alterado todo. La sugestión masiva es una ciencia de los últimos veinte años cuyo éxito no podemos calcular todavía".

Más de treinta años han transcurrido desde la muerte de este taciturno profeta de un "Mundo Infeliz". 1984 está con nosotros y, en buena medida, ya estamos nosotros en 1984. Las formas combinadas de la información masiva y acondicionada, la persistencia de las dictaduras sin precedentes, el cuadro bélico mundial, de guerras localizadas, marginales y constantes entre tres grandes superpotencias, calcado del libro de Orwell, tornan la utopía del escritor inglés una realidad temible y agobiadora. La simplificación casi computarizada de la expresión, los clisés y frases hechas de una propaganda ideológica y política deshumanizada, están forjando el "neo-habla" que pronosticó el autor.

La responsabilidad para quienes hemos sobrevivido a Orwell es clara: que el 1984 de los calendarios no se convierta en el "1984" del escritor. A lo largo de su existencia, Orwell trató de neutralizarla, a veces con ingenuidad heroica y bien intencionada. Como le ocurriera cuando, al producirse la guerra civil española, se fue a Cataluña y luchó junto con las milicias anarquistas, para descubrir, poco después, que la influencia staliniana y la legalidad republicana —"Madrid y Moscú"— se ponían de acuerdo para aplastarlas primero y calumniarlas después.

Tuvo asomos de tenue optimismo, cuando afirmó que su libro se proponía exhibir "las perversiones a que una economía centralizada puede llegar y que parcialmente se cumplieron bajo el comunismo y el fascismo. No creo que el tipo de sociedad que describo llegue necesariamente, pero estimo que algo muy parecido puede sobrevenir".

Es tarea de nuestro tiempo, conjurar la posibilidad, hoy lamentable y verosímil, de ver convertida en realidad tan probable utopía.

TERCERA PARTE

DISCURSOS

1.- POLITICA Y REFORMA UNIVERSITARIA (CORDOBA, ARGENTINA, 15 JUNIO 1938)

Fenómeno social, la Reforma Universitaria traspasó bien pronto los linderos de un problema de claustro para convertirse en una de las corrientes más vigorosas y dinámicas de la vida política indoamericana. En todos los países del continente, la aparición de la Reforma fue seguida, a la corta o a la larga, por una honda convulsión social. Como únicos responsables del suceso fueron culpados los estudiantes, en el lenguaje lleno de encono, de quienes tuvieron que perder con aquella marejada. Cargo excesivo, pues su movimiento sólo fue la precursora agitación, el anuncio inconfundible, de que en nuestra América maduraba otra etapa y que puertas nuevas se abrían a su historia. Gestores de la rebeldía, los estudiantes vieron luego como ello encontraba eco en vastas zonas del continente. No habían faltado antes los insurrectos. Ya se habían alzado los estudiantes. ¿Por qué 1918 tuvo tal fuerza comunicativa?. Sin duda, América alcanzaba una madurez revolucionaria.

El desplazamiento de la Reforma Universitaria al terreno político supone su agudo conflicto con el poder estatal. No iban los estudiantes a engrosar las filas de los partidos reaccionarios. Iban a agitar, a propagar; a la siembra de inquietud y alerta. Fuerza era que las oligarquías alarmadas corrieran a poner violento valladar a aquel desborde juvenil. Y las fuerzas reformistas toman así contacto en el terreno extra-universitario, al que iban llevadas por su ímpetu, con las fuerzas represivas que opone la reacción. La lucha está planteada. Allí comienzan entonces a esbozarse las divisiones en las filas universitarias, entre los moderados -que deseen limitarla a una reforma de carácter estatutario y académico, inserta en el cuadro rígido e inalterado de la política oficial- y los radicales, que extienden su protesta contra los malos profesores y los malos métodos

de enseñanza, a los malos gobiernos y a los malos sistemas de organización social. La reforma sufre entonces una primera segregación: la de los académicos, la de los claustrales, la de los prescindentes. Los que siguieron, en cambio, extremaron sus banderas y fueron a buscar trinchera en las fuerzas de combate contra un Estado impiadoso y artero. Saturado el ambiente de fórmulas europeas, dos mementos se ofrecieron con predilección en aquellos años de universal esperanza revolucionaria: el comunismo, profeta del fresco prestigio de la revolución de octubre, y el anarquismo de más tradición. Una nueva fila de luchadores abandona entonces los campos gremiales y pide su inscripción en esos movimientos de izquierda. En tanto, el núcleo vital de la Reforma permanecía intacto e indeciso, ansioso de acción, pero desorientado ante el paisaje. De un lado, su repugnancia a la mentira oficial de los partidos tradicionales. De otro su desconfianza, ante el irrealismo y la desubicación. La Reforma Universitaria prefirió ceñirse a su tarea y buscar -con avidez, con pasión, a veces con dolor- la ruta que mostrara una forma auténtica de trabajar por la libertad del pueblo americano.

Los factores externos inciden nuevamente para acelerar la definición. Ante el hecho de la Reforma, los gobiernos se muestran hostiles y luego beligerantes. En toda América las clases dominantes se lanzan, con furor, contra ella. La Argentina ofrece entonces un hecho excepcional. El radicalismo gobernante, que expresaba en lo político el destierro de la oligarquía tradicional y el advenimiento del pueblo a la función pública, miró con simpatía la insurrección estudiantil, tan coincidente, en ciertos planos, con su impulso y su intención. La Reforma en la Argentina hubo de luchar casi estrictamente en el plano universitario, y no fue poca tarea, por que en la Universidad están enquistados los núcleos más recios y duchos de la reacción. Con todo, la Reforma consigue vencerlos casi totalmente, arrinconarlos y ponerles en desprestigiadora evidencia. El Estado radical prohija aquella lucha y hasta premia materialmente a muchos de sus conductores. Otros, quizás los más calificados y sanos, se mantienen en aséptico retiro apolítico. La facilidad de la victoria enervaba impulsos. Hacia 1930 la Reforma argentina vencedora en todos los frentes, era derribada al producirse la restauración militar del conservadurismo. La consecuencia fue una politización, excesiva y tardía, del movimiento estudiantil.

El ejemplo inverso está en el Perú. La Reforma se lanza de inmediato a la acción social. No política: social. ("Política", fue una de las

palabras del Index estudiantil peruano en 1920-26). Las Universidades Populares González Prada promueven la vinculación obrero-estudiantil. El gobierno no tarda en abrir fuegos, que en su sentido más preciso, comienzan con la masacre del 23 de mayo de 1923. La dictadura persigue al estudiante y a sus conquistas. Se interviene la Universidad para quitarle las pocas victorias obtenidas. Se cierra el camino a toda acción proselitista. La Reforma Universitaria parecía derrotada. Pero de aquel fracaso surgió una victoria. El estudiante comprendió que la lucha estaba más allá y que una Reforma victoriosa no podía mantenerse como insólito islote democrático en un Estado dictatorial. (La experiencia de 1931-32, bajo Sánchez Cerro lo confirmaría ampliamente). Comprende el estudiante, asimismo, que su combate era parte del gran combate político y social del pueblo por la democracia y la justicia social. Un hombre de superiores cualidades clarifica los objetivos de su generación concretándolos en un programa. Víctor Raúl Haya de la Torre funda la Alianza Popular Revolucionaria Americana. Fueron sus lemas: Contra el Imperialismo, por la Unidad de Indoamérica, por la Justicia Social. Allí estaban, sintetizadas, todas las ambiciones de la Reforma, todas sus metas.

La ola estudiantil contenida por el dique de la dictadura, retrocedió para cobrar más anchura y más fuerza. Y su vuelta poderosa en 1931, fue la de un gran movimiento revolucionario y social: el aprismo. La Reforma había sido su vivero y su experiencia. Y el nuevo movimiento su más genuina y característica consecuencia político-social. El aprismo venía a ser en ámbito más amplio, lo que la Reforma en el suyo: nueva conciencia, nueva juventud, nueva moral, mística nueva. Superadas y completas, en él militan todas las aspiraciones del dieciocho.

Parecido proceso aconteció en los países donde las dictaduras empujaron a los estudiantes al terreno de acción popular. Así en Cuba. Julio Antonio Mella y Antonio Guterres, de reformistas pasan a revolucionarios. Grau San Martín, profesor de la Reforma, tórnase cabeza del antiperismo cubano. Los líderes de la Federación de Estudiantes son los mismos que componen el Directorio Estudiantil, el A.B.C. y el Partido Revolucionario Cubano. E igual sucedió en Venezuela. La cruenta represión de Gómez llevó a la muchachada venezolana a las filas activas de la conspiración. Cuando muere el tirano, son los reformistas quienes encauzan al pueblo bajo banderas de nacionalismo antiperista y americano. Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, dirigentes de los estudiantes, son en 1936, dirigentes del pueblo. Allí también -como en el Perú,

como en Chile, como en Bolivia, como en el Paraguay- la Reforma se agranda y acrece. Se vuelve revolución.

La aparición de estos grandes movimientos políticos y populares en Indoamérica, ha postergado el problema estudiantil. Es lógico y natural que los jóvenes se apasionen por las soluciones definitivas pensando que no hay Reforma estable y duradera sin transformación conjunta del Estado y su liberación del yugo imperialista y oligarca. Pero es también importante que el frente inicial de la revolución americana no sea desgastado. En muchos países de nuestra América, y merced a la negligencia o a los errores tácticos de las fuerzas verdaderamente democráticas y nacionales, pequeños y activos grupos de consigna internacional han detentado puestos directivos, embarcando a las Federaciones y Centros en ruinosas y contradictorias campañas de baja politiquería. Este hecho ha favorecido una grave desmoralización de las masas universitarias y el crecimiento inesperado de fuertes grupos reaccionarios entre los propios estudiantes; suceso inconcebible en los años primeros de la Reforma. Se trata pues, de tonificar el decaído espíritu reformista dentro de la Universidad, eliminando interferencias extrañas y malignas. Devolverles su energía, su abnegación, su espíritu de lucha. En aquellos pueblos americanos en que las soluciones políticas parecen distantes o difíciles, la Universidad puede ser, como en 1918, la primera tronera para levantar el pabellón de la libertad y la decencia.

Los tiempos urgen. El mundo consume velozmente etapas de historia. Indoamérica necesita crear o robustecer los movimientos populares y revolucionarios que le pongan a cubierto de la conquista espiritual, y que, desde el Estado, defiendan su soberanía, sus riquezas y su independencia. Que volviendo al entusiasmo americano del 18 hagan de la unidad continental su señuelo y su meta. Todo incita, ahora, a que los estudiantes recojan las banderas de la Reforma y las hagan flamear, limpias y nuevas, con apetito de grandes batallas.

2.- EL APRISMO Y LA NUEVA CONSTITUCION DEL PERU. INTERVENCION EN LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE, LIMA 1979

Compañero Presidente: La representación aprista ante esta Asamblea Constituyente, mide en toda su importancia histórica el comienzo del actual debate constitucional; lo coloca, como usted hiciera ayer en su

brillante exposición, como Presidente de la Comisión Principal, tanto en su calidad de referencia necesaria e indispensable en el proceso del retorno del poder a la civilidad, como, igualmente, a manera de testimonio de la conciencia política y jurídica de nuestra generación.

No todos los días se ofrece a un grupo de hombres, la posibilidad de señalar las normas que habrán de gobernar la vida de sus compatriotas por períodos que acaso, como las que dictamos ahora, excedan al cabo de este siglo; no siempre se ofrece la posibilidad de legislar tan ambiciosamente, como lo debemos hacer los legisladores constituyentes; y colocados como estamos los de 1978 y 1979 en esta coyuntura, creo que debemos responder a su desafío con la decisión de afrontarlo con dignidad y honradez, con inteligencia y patriotismo.

La Constitución de 1979 cuyo primer anteproyecto se nos ofrece, refleja una clarísima, evidente evolución del Estado y de la sociedad peruana. Su inmediato antecedente, lo sabemos todos, es la Constitución de 1933; y esta Carta Fundamental, interesante en algunas innovaciones que no partieron precisamente de la mayoría cerril de la época, sino de unos pocos espíritus que sobrevivieron a la razzia de la tercera semana de febrero de 1932 que invadió este propio recinto, esa Carta sin embargo, por su espíritu, por su arquitectura, como lo dijera Haya de la Torre el 28 de julio al asumir la Presidencia de la Constituyente, fue una Carta decimonónica; nuestra nueva Carta, también lo dijo el Presidente de la Asamblea en el momento en que asumió la dirección de los debates, nuestra nueva Carta puede y debe ser una Carta con suficiente ambición de futuro, como para ser llamada nuestra primera Constitución del Siglo XXI.

Tiene como antecedente inmediato, insisto, la del 33; la del 33 tuvo a su vez, como referencia previa el proyecto de Constitución elaborado por la Comisión que presidiera la sabia prudencia del doctor Manuel Vicente Villarán, distinguido y eminente representante del civilismo ilustrado. De esa Carta, poca cosa queda en la que ahora estamos debatiendo; la hemos enriquecido, la hemos modificado; aceptamos algunas de sus conquistas, y hemos preparado un documento que pretende reflejar el cambio experimentado por la sociedad y por el Estado peruanos desde 1933 hasta nuestros días.

Nadie puede pretender para un texto constitucional originalidades recónditas; no se inaugura una estructura constitucional con cada Consti-

tuyente. Una Constitución es, en cierto modo, en gran medida, el reflejo de un derecho consuetudinario elaborado en el devenir de los años o de los siglos, según la vejez del Estado que pretende gobernar. Nosotros en el Perú, desde el Estatuto de San Martín hasta la Constitución de 1979, tenemos una trayectoria constitucional. Defectuosa, incierta, contradictoria, muchas veces violada y agravada, pero existe una tradición constitucional. Hay instituciones permanentes, enraizadas en la costumbre nacional; y gran parte de esas costumbres, de esas tradiciones, de esas instituciones surgidas de la genuinidad creadora de nuestro pueblo o adaptadas por éste, también perviven (como es necesario y como pasa siempre) en nuestra actual Constitución. Y existe el contingente foráneo de las influencias doctrinarias. Los constituyentes de 1931, entre los cuales figuró usted con tanta distinción, compañero Presidente, tenían como paradigma y modelo de lo más avanzado de entonces la Constitución republicana española de 1931, y también la no menos sugestiva Constitución de Weimar de la Alemania de la primera post guerra. A nosotros los constituyentes de 1979 se nos ha ofrecido un repertorio considerablemente más vasto: todas las cartas fundamentales existentes después de aquella conmoción revolucionaria de la segunda guerra mundial y algunas de las más modernas que señalan y subrayan transiciones políticas de gran envergadura, como lo es, por ejemplo, la otra Constitución española, la Constitución española de 1978. Estas son lecciones y en buena medida experiencias, que han servido, como la Constitución venezolana de 1961 y otras Constituciones americanas, para proyectar guiones o luces en el sendero de nuestra elaboración constitucional. Pero de ninguna manera podrá decirse que esta Constitución sea copia o calco, para tomar palabras caras a José Carlos Mariátegui, sino en cierto modo, no diré creación heroica, pero sí creación original, esfuerzo intenso por encontrar el camino propio del Perú para su organización y estructura jurídica.

Quiero registrar, con cierto orgullo partidario, la presencia en esta nueva Carta Constitucional de ideas difundidas por el Partido Aprista Peruano, tanto desde su nacimiento en una escena diferente a la del Perú, cuando se fundó la Alianza Popular Revolucionaria Americana En México el 7 de mayo de 1924, como aquellas derivadas de la actividad del partido y de sus posiciones programáticas y principistas desde su fundación en el Perú como partido nacional el 21 de setiembre de 1930. En 1930 llega con el Apra -y esto ya es tema tratado y reconocido por una gran mayoría de estudiosos peruanos- el gran cuestionamiento del viejo orden tradicional del Perú; se habló con énfasis que hasta ahora no ha dis-

minuido, de la presencia imperialista, de la deformación de la economía, de la coexistencia de dos ruedas o sistemas: la extranjera, veloz y tecnificada, y la nacional, tardía y retrógrada; se habla de la necesidad de crear fuerzas de resistencia que frente a ese imperialismo sepan aceptar lo positivo que trae el vuelo del capital extranjero y su necesaria inversión en zonas del subdesarrollo, sin por eso capitular ni en los temas de la justicia para los trabajadores ni en la defensa de independencia nacional. De esta posición antimperialista, la primera tan clara, tan radical en lo profundo y a la vez tan realista en su expresión, deriva todo un movimiento ideológico que ahora reconocemos en muchas corrientes nacionales o latinoamericanas que no necesariamente comparten el resto de las ideas del Apra y que incluso en muchos aspectos las combaten o compiten con ellas. Pero en 1931 el tema del antimperialismo ya fue traído aquí, a este mismo hemisferio; fue enunciado por aquella vanguardia heroica y culta de nuestros diputados constituyentes que se enfrentó a la incompreensión, al desafío, y finalmente a la persecución de una mayoría que no aceptaba el diálogo democrático y frente a una clase dominante que tampoco aceptó la impugnación de sus bases fundamentales. Nada ha sido lo mismo en el Perú después de 1931, porque la postulación del Apra no se confinó sólo a un trabajo de pura doctrina, de especulación de gabinete, de crítica social y sociológica. Se tradujo en una movilización popular de inmensa envergadura, jamás vista antes en el Perú y seguramente no superada todavía, en la que el pueblo por primera vez participó en los problemas del país, estuvo presente en las calles, en las plazas, y merced a la conquista del voto secreto en la que nuestro partido tuvo un papel tan activo, se hizo también por primera vez sentir en la emisión ordenada del voto soberano. Quiere decir que el año 30 es una fecha decisiva, una división de aguas históricas: atrás quedó toda la concepción post colonial y en cierto modo neocolonial, que gravita sobre nuestro siglo XIX; desde el año 30 hasta ahora se registra la afirmación popular, la afirmación democrática, la afirmación latinoamericana (o indoamericana como preferiríamos decir nosotros), la necesidad y la concepción de un movimiento de transformación fundamental y a fondo de las estructuras nacionales. Esa vocación sigue latente a lo largo de estos años; la encarna nuestro partido, solitariamente mucho tiempo; después surgen otras corrientes a un lado o a otro de nuestra propia tendencia, que toman éstas u otras banderas, o las pulen o las modifican pero siempre en formas prácticamente menores. Hay un nuevo despertar de ideas peruanas en las cuales está en su comienzo este esfuerzo vehemente, precursor y creador del Partido Aprista, que va modificando la conciencia nacio-

nal, que va dándole al pueblo un pensamiento propio y que acabará por producir, como está produciéndose, una nueva Constitución nutrida de estos ideales tan largamente acariciados, soñados, luchados y sufridos por la mayoría de nuestro pueblo.

¿Cuáles son, tratando de ordenar esta exposición, algunas de las tesis originales de nuestro Partido, que resultan recogidas en el texto constitucional que nos ocupa? Quisiera subrayar el interés que reviste el Preámbulo de esta Constitución, que ha sido esfuerzo de armonizar opiniones, entre un proyecto aprista y un proyecto del Partido Popular Cristiano. Lo referente a la persona es un aporte muy valioso del Partido Popular Cristiano; lo referente a la sociedad, al Estado y otros temas que en el Preámbulo aparecen, son producto de nuestra contribución doctrinal. Hemos tratado allí de seguir un orden lógico de definiciones: desde luego el hombre, después la sociedad, después el Estado, después la cooperación de Estados hermanos (que se llama la integración); en un escalón inmediato y superior, los problemas de relaciones internacionales basados en la exclusión de la guerra como sistema de resolver conflictos internos o internacionales; finalizando al cabo, en una reafirmación del carácter de la Patria, de su composición múltiple y de su condición de país que inició la tarea redentora de Túpac Amaru y que la vio concluir aquí con San Martín y Bolívar, cuyas imágenes legítimamente presiden nuestras sesiones.

Y hay ahí en ese Preámbulo, por lo menos en lo que a nosotros concierne, algunos temas que ilustran también la proyección de la doctrina. Queremos, dice el Preámbulo "promover la creación de una sociedad justa, libre y culta, sin explotados ni explotadores, exenta de toda discriminación por razones de sexo, raza, credo o condición social, donde (ésta es una incorporación popular-cristiana, interesante) la economía está al servicio del hombre, y no el hombre al servicio de la economía; una sociedad abierta -agregamos nosotros- a formas superiores de convivencia humana (las que traiga el futuro, las que modifiquen y perfeccionen nuestro esquema probablemente imperfecto hoy), y apta para recibir y aprovechar (en beneficio de nuestro pueblo, desde luego) el influjo de la revolución científica, tecnológica, económica y social que transforma el mundo", este mundo contemporáneo, tan mutable y tan preñado de posibilidades futuras. Queremos, dice luego, "fundar un Estado democrático, basado en la voluntad popular y en su libre y periódica consulta, que garantice, a través de instituciones estables y legítimas, la plena vigencia

de los derechos humanos; la independencia y la unidad de la República; la dignidad creadora del trabajo; la participación de todos en el disfrute de la riqueza; la cancelación del subdesarrollo y la injusticia; el sometimiento de gobernantes y gobernados a la Constitución y la ley; y la efectiva responsabilidad de quienes ejercen funciones públicas".

En esto y en otros textos de la dogmática constitucional, se encontrará la huella de este pensamiento aprista que a fuerza de ser difundido, discutido y objetado, se ha incorporado ya en la corriente del pensamiento nacional y es, en cierto modo, cosa común o propiedad de muchas tendencias que no son exactamente la nuestra pero que tienen una partida de bautismo en aquellos años decisivos y gestatorios de 1924 a 1931. Quisiera recalcar, por ejemplo, como aporte esencial del Apra al nuevo ordenamiento constitucional, la concepción democrática social; la Constitución de 1933 definió al Perú como una República democrática. Desde el comienzo de nuestra prédica, por boca de Haya de la Torre y los líderes fundadores, se habló de una república de trabajadores manuales e intelectuales, interesada tanto en la democracia política como en la justicia social. Esto viene a reflejarse en el texto del proyecto pertinente que encabeza el título del Estado. "El Perú -pretendemos definirlo- es una República democrática y social de trabajadores manuales e intelectuales". Y me permito comentar de paso que esta denominación de "trabajadores manuales e intelectuales", que aquí se expresó por primera vez en una sesión de fines de diciembre de 1931, por nuestro compañero Luis Heysen -por fortuna ahora con nosotros como testigo, igual que Carlos Manuel Cox y Luis Alberto Sánchez, de la continuidad histórica entre estas dos Células Constituyentes del Apra-, esta expresión de "trabajadores manuales e intelectuales", no necesariamente tiene una filiación filosófico-política característica. Se encuentra en Constituciones del llamado orden socialista; es verdad. Pero se encuentra también en la terminología aséptica, neutra, imparcial y científica de la Organización Internacional del Trabajo; quien lea los informes del señor David Morse, mucho tiempo autorizado Secretario General de la Oficina Internacional del Trabajo (en donde tienen asiento todos los Estados del mundo, excepto ahora Estados Unidos que se ha separado, pero donde están los países del orden comunista y están los del orden capitalista), comprobará que se habla de la gran división entre trabajadores manuales y trabajadores no manuales, que es una manera alusiva e indirecta de decir trabajadores manuales e intelectuales. Hemos querido mantener esta terminología, no sólo por una legítima consecuencia, como una tradición, como una acti-

tud y una tesis, sino también porque creemos que expresa un concepto de lo que llamaríamos, en el mejor de los sentidos, un concepto revolucionario: el concepto del hombre tomado, no sólo como ciudadano, sino también del hombre tomado como productor. Y aquí tengo que arribar a otra conclusión: que nuestra concepción del hombre en su dimensión de ciudadano -democracia política- y en su condición de productor -democracia económica-, exige en nuestro programa y en nuestro esquema constitucional la presencia de una organización representativa de la producción, basada en los factores de la misma, y que nosotros denominamos desde el origen de nuestro movimiento, "Congreso Económico Nacional". Y aquí debo señalar también nuestra discrepancia por la forma recortada, insuficiente, en cierto modo casi insustancial, en que ha quedado nuestro proyecto original del Congreso Económico. Hemos aceptado este sacrificio en gracia a ese indispensable consenso que necesita una Constitución para que tenga andadura; pero nos reservamos, por supuesto, el derecho, como todo partido democrático, de seguir bregando por éstas y otras ideas que completen nuestra noción de una democracia social, orgánica, responsable y de avanzada.

El tono y el acento en lo social, que también es auténtico y legítimo aporte del Apra al debate de los temas constitucionales y políticos, se evidencia claramente en capítulos como los relativos a Trabajo; la consagración del derecho a la sindicalización, la consagración del derecho de huelga. Ayer, un caracterizado representante del Partido Comunista, objetaba que tuviera este derecho una limitación, cuando se dice: el derecho de huelga ejercido de acuerdo con la ley. Debo sin embargo recordar que este artículo del proyecto de nuestra Constitución, repite el artículo 8º del Pacto Internacional de los Derechos Humanos, Económicos y Sociales aprobados por Naciones Unidas, si no me equivoco, con el voto de la Unión Soviética y de todos los países pertenecientes al llamado campo socialista. Por cierto que la huelga en sí misma es un derecho; pero como todo derecho, necesita una reglamentación, es decir, un aparato legal para saberlo exigir y administrar. Estos derechos, como el derecho a la libre sindicalización, como el respaldo a la negociación colectiva, como las dificultades para la disolución de los sindicatos, como los derechos a las vacaciones y todos los demás que se incorporan en el capítulo del Trabajo, revelan la insistencia que nosotros como apristas hemos puesto en que el trabajador esté debidamente protegido en el nuevo orden constitucional y preservado de cualquier zarpazo reglamentarista, patronal y reaccionario que pudiera limitar sus derechos.

Es interesante también, señor Presidente, otro avance de trascendencia que existe en nuestra nueva Carta Constitucional. Me refiero a un tema también muy caro al movimiento aprista, ahora aceptado por la filosofía y la política contemporánea de América Latina en forma prácticamente unánime y, en algunos casos, militante y entusiasta; es la integración latinoamericana. En este caso las diferencias y las oposiciones entre la Constitución de 1979 y la Constitución de 1933, se hacen flagrantes. La Constitución del 33, en un artículo elaborado en ausencia de la representación aprista, consagró una célebre disposición; la que figuraba en el artículo 53 que prohibía la existencia y funcionamiento de los partidos de carácter o de organización internacional. Con ese artículo, utilizando ese artículo, fue proscrito el Partido Aprista; se le negaron derechos, tanto en la larga clandestinidad como en otras oportunidades. Ese artículo fue la huella de un pensamiento reaccionario, de un pensamiento propio de la caverna política que entonces dominaba en el Perú. En 1979 el Perú y el mundo han dado pasos de avance incomparablemente mayores: ya no es delito ni un pecado abogar por la unidad de los pueblos latinoamericanos; más aun: se estima que resulta ésta una necesidad urgente y premiosa, si queremos afirmar nuestra independencia y nuestro desarrollo. Y recogiendo esta doctrina que viene de las canchales del Partido Aprista, de la cual ya son partícipes muchos sectores, entre ellos los representados en esta Asamblea, dice el artículo que en el anteproyecto lleva el número 89º: que "El Perú promueve la integración económica, política, social y cultural de los pueblos de América Latina, con miras a la formación de una Comunidad Latinoamericana de Naciones". Este va a ser, creo, compañero Presidente, uno de los artículos llamados a más vasta resonancia internacional, sobre todo en el orbe latinoamericano. Existen algunos precedentes en la Constitución del Uruguay, en la Constitución de Venezuela, en algunas Constituciones centroamericanas, que son ya el anuncio de una posición integracionista; pero ninguno tan cabal, tan categórico y decisivo, como nuestro artículo del anteproyecto de Constitución. Y se complementa con la implantación de lo que se ha llamado tradicionalmente la ciudadanía latinoamericana, cuando en el capítulo II del título II, que se refiere a la nacionalidad, después de definir quiénes son peruanos por nacimiento o por adopción, se establece que, "el nacional de un país latinoamericano o de España, que adopte la nacionalidad peruana no pierde la de origen. Tampoco la pierde el peruano que adopte la nacionalidad de otro país latinoamericano o la española"; se completa este concepto adicionando que "la ley y los convenios internacionales regulan el ejercicio de este derecho". ¡Qué avance, compañero

Presidente, desde aquella posición retrógrada, antihistórica de 1932-33, de los constituyentes de la época, y ésta en la que todos los sectores hemos convenido en la posibilidad y en la necesidad de que el Estado no sólo adhiera un poco a remolque -como algunos gobiernos latinoamericanos, los peruanos lo han hecho en los últimos años- al proceso de la integración, sino que la promueva, es decir, que la excite, que la estimule, que participe en ella con una actividad orientadora y directriz!. ¡Qué diferencia entre esa posición que atribuye al Estado del Perú semejante categoría promotora, y la de 1933, cuando castigaba al hombre, al peruano, por el delito de profesar el credo de la unidad latinoamericana!.

Creo también, compañero Presidente, que algunas de nuestras tesis en materia de régimen económico han sido recogidas; no todas, no todas indudablemente. Para nosotros hubiera sido deseable que la división de los tres sectores económicos -el sector de la empresa estatal, el sector de la empresa privada y el sector cooperativo y de otras empresas similares-, tuviera una definición y un reconocimiento como lo hace, por ejemplo, la última Constitución del Ecuador. Esa división tripartita de sectores económicos, aparece; pero no en forma tan categórica, como lo hubiéramos deseado nosotros. Y subrayo también que la defensa del sistema cooperativo, queda consignada de una manera indudable: ahí los estudiosos de nuestro Derecho Constitucional, habrán de reconocer el efecto patente y palpable de una antigua devoción y preocupación de nuestro movimiento peruano, peruanísimo, por favorecer este tipo de economía exenta de los vicios propios del capitalismo y del comunismo.

Continuando en este análisis, que no pretendo alargar en exceso, de nuestras coincidencias con el texto constitucional, quisiera anotar algunas otras innovaciones que también reconocen un precedente doctrinario de origen aprista; por ejemplo, el que se refiere a los deberes primordiales del Estado que, según el artículo 68º, son "garantizar la plena vigencia de los derechos humanos; promover el bienestar general basado en la justicia; y eliminar progresivamente toda forma de explotación del hombre por el hombre y del hombre por el Estado". Nuestra primera postulación doctrinaria de 1931, la que aprobó el Congreso celebrado en agosto de ese año, señalaba ya como finalidad del Estado: "garantizar la vida, salud, bienestar moral y material, educación, la libertad, y la emancipación económica de las clases trabajadoras, procurando abolir, según lo permitan las circunstancias y de una manera gradual y paulatina, la explotación del hombre por el hombre"; con aquella final aspiración de to-

do movimiento revolucionario a la eliminación de la sociedad de clases y a la posible reconciliación total de una sociedad democrática con justicia social.

Señalo en esta recapitulación, forzosamente apresurada, algunos otros avances con los cuales nos sentimos perfectamente solidarios. El hecho de que por primera vez, junto con reconocerse al castellano como lengua oficial de la República (y se usa la palabra "castellano" al igual como se está empleando en la reciente Constitución española, y no el término artificioso y poco histórico de "español"), se reconoce también que el quechua, el aymara y las otras lenguas aborígenes forman parte del patrimonio cultural del Perú y que la ley determinará aquellas actividades y aquellas regiones donde su uso puede tener carácter oficial. Y el otro tema en que fuimos también precursores y que nos valió por mucho tiempo la excomunión de sectores de mentalidad retardataria, es el que se refiere a las relaciones de la Iglesia con el Estado. En ese "Programa de 1931" se postuló por primera vez en el Perú, la separación de la Iglesia y del Estado; no lo hicimos con ánimo agresivo ni antireligioso, sino como la mejor manera de asegurar la libertad de cultos y la independencia y la dignidad de la propia Iglesia. En aquel entonces el ataque por esta postulación fue cerrado y a veces brutal; el partido, incluso, en una de sus convenciones clandestinas reconocida posteriormente como Congreso, declaró en suspenso este principio de la separación de la Iglesia del Estado. Se llega a 1978; arribamos a esta Asamblea Constituyente, y es posible, por fin, en un clima armonioso y concorde entre la jerarquía católica y la Asamblea Constituyente, llegar a la conclusión de que "dentro de un régimen de independencia y autonomía", como dice el artículo 74º del anteproyecto, "el Estado reconoce a la Iglesia Católica como elemento importante en la formación histórica, cultural y moral del Perú, y le presta su colaboración"; y añade: "El Estado puede también establecer formas de colaboración con otras confesiones".

Quiero señalar la disposición por la cual se reconocen los llamados matrimonios de hecho, matrimonios estables y no consagrados ni por el Registro Civil ni por la Iglesia, creando de este modo responsabilidades de orden jurídico para los que viven en esta situación, que son numerosos, en nuestro país; e igualmente, que esta Constitución borra definitivamente toda diferencia y todo privilegio en materia de hijos legítimos o ilegítimos.

Siempre con el propósito de apresurar esta exposición, quisiera señalar brevemente que también nuestra Constitución, esta Constitución, debe ensanchar el cuerpo electoral del país. Consecuente con posiciones que vienen a nosotros desde nuestra época fundacional, hemos sostenido y logrado incorporar disposiciones según las cuales, es ciudadano peruano todo hombre peruano o toda mujer peruana mayor de 18 años; está implícito que el principio rige ya se trate de un alfabeto o de un analfabeto. Y creemos por diversas razones, que habremos de exponer en el momento en que se debata este articulado, que el analfabeto tiene derecho a participar en la conducción de la República a través de la emisión del voto; y que una forma gradual, como a veces se ha propuesto, de conceder esta participación, recordaría aquella famosa abolición de la esclavitud de 1821, del Protector San Martín, que decretó que no nacía nadie esclavo en la República, pero desde luego quedaban esclavos todos los nacidos antes de la proclamación de la Independencia; y fue necesario el decreto de Huancayo de 1854, bajo Castilla, para que la odiosa institución de la esclavitud desapareciera del Perú. Creemos nosotros que no es posible ya, no es histórico y no es democrático, negarle al analfabeto, la plenitud de sus derechos ciudadanos.

Quisiera recordar asimismo que esta Constitución se define categóricamente en algunos temas de la problemática contemporánea; el Estado peruano rechaza toda forma de imperialismo, colonialismo, neocolonialismo y discriminación racial; es solidario con los pueblos oprimidos del mundo; y apoya la expansión pacífica de la democracia. Y con un recuerdo que también alude a circunstancias vinculadas a nuestra lucha, precisa el artículo 77º que "el Estado reconoce el asilo político y acepta la calificación de asilado que otorga el gobierno asilante".

Compañero Presidente: Nuestras discrepancias con el proyecto, también son numerosas; algunas realmente importantes. Pero no hay tiempo ya ni creo que pueda haber paciencia de la representación nacional para que esta exposición continúe. En su momento, en cada título y en cada capítulo, nuestro partido hará sus observaciones; hay problemas relativos al régimen económico, a la cuestión agraria, a las Fuerzas Armadas, a educación, y al propio régimen presidencial. Defenderemos, desde luego con todo ardor, nuestra tesis favorable a la elección presidencial en primera vuelta, incluso por el hecho sencillo de que la segunda vuelta, al cabo, no es sino una manera de que las minorías de una elección se conviertan, por una eventual e interesada asociación, en una mayoría

que gobierna contra el criterio mayoritario del Parlamento. Al respecto cabe recordar, como algo ilustrativo, que aquí ha habido una especie de prueba cimarrona de la segunda vuelta, que es el proceso del 62 y el del 63. El 62, de acuerdo a resultados oficiales, que no voy a enjuiciar en este momento, aparecía que ninguno de los candidatos había obtenido el treintitrés por ciento; esta situación debió referirse, de acuerdo a la Constitución, al fallo del Congreso; un golpe militar violentó las circunstancias, anuló las elecciones, proclamó un fraude que nunca pudo demostrar, y convocó a una segunda vuelta en 1963, con el resultado notorio de que dos partidos que habían salido segundo y cuarto, unieron sus fuerzas y aparentemente, en 1963, lograron superar al que había sido primera mayoría en 1962. Esta es una manera que aquí ha operado ya, y no por cierto en la mejor forma, el sistema de la segunda vuelta.

Compañero Presidente: Termino pues, diciendo que esta Constitución para nosotros es positiva; es un adelanto, es un logro; incorpora ideas, principios e instituciones que nos han sido muy caras, que hemos defendido y mantenido alentados por la confianza que nos dio tantos años el pueblo del Perú y que nos sigue brindando, como lo probaron los guarismos del 18 de junio de 1978. Lo que haya por hacer lo haremos con la labor paciente de la legislación, con la labor que nos pueda corresponder desde el gobierno y con la tenacidad de quienes nunca hemos cedido, ni en nuestras ideas, ni en nuestra lealtad, ni en nuestro compromiso con la libertad y con la justicia.

3.- INFORME ANTE EL XII CONGRESO DEL PAP, 7 DE JULIO DE 1979

Compañero Vice-Presidente del XII Congreso Nacional del Partido del Pueblo, compañeras y compañeros delegados:

Inicio esta exposición extendiendo a todos ustedes mi saludo fraternal y diciéndoles cuánto valoro la oportunidad que se me brinda, en el programa de actividades del Congreso, de dirigirles la palabra esta noche.

Este Décimosegundo Congreso, es el tercero que nuestra organización realiza desde que se inició la experiencia llamada de la Revolución Peruana. En lo que va de este mismo período, celebramos dos anteriores. El de 1971, que será con el tiempo considerado histórico, porque en esa oportunidad se redactaron premonitoriamente aquellas bases cons-

titucionales, que informan muchos artículos de nuestra novísima Carta Fundamental, y el de 1974, que eligió al Colegiado y al Comité Ejecutivo Nacional, organismos a los cuales correspondió dirigir el Partido hasta el éxito victorioso y resonante del 18 de junio de 1978.

Mi tema es "la transferencia del poder a la civilidad". Debo confesarles desde luego, compañeros, que no me gusta la expresión "transferir el poder a la civilidad". Transferir supone traslado o cesión. Se transfiere un bien, se transfiere un negocio, pero no se transfiere el poder.

En el caso que nos ocupa, no hay cesión, porque a nadie debemos nada que no hayamos conquistado con una actitud firme, enérgica e insobornable. No hay "transferencia" compañeros. Lo que hay es devolución al pueblo de aquello que nos arrebataron en octubre de 1968: la soberanía.

Resulta útil trazarnos un esquema lógico de este proyecto, preguntándonos, sucesivamente: ¿quiénes lo devuelven?, ¿por qué están en posición de devolverlo, quiénes lo van a devolver y por qué?, ¿con qué fines y con qué objetivos vamos a aceptar esta devolución del poder?. Si se habla de devolver el poder a la civilidad, quiere decir que no está ésta en el comando del Estado sino, como lo saben todos, lo detentan las Fuerzas Armadas y por un período que ya se aproxima a los once años. Dato histórico importante, porque en toda nuestra trayectoria republicana ningún gobernante, civil o militar, dictatorial o constitucional, ha durado lo que está durando el actual régimen de facto en su primera, en su segunda y en ésta que iniciamos, "tercera fase", cuando los protagonistas, no son los hombres de la Casa de Pizarro sino hombres que están en la Plaza Bolívar y que han dictado la Constitución.

Lo prolongado de este gobierno, las resonancias múltiples que ha tenido su actuación en más de una década, imponen que revisemos, someramente siquiera, los motivos que justificaron el golpe de la madrugada del 3 de octubre de 1968 y que han servido después como pretexto para prolongar la permanencia del equipo militar en el poder.

Adelanto, con toda franqueza, que incurriríamos en error si, para explicarnos el movimiento del 3 de octubre, le diéramos explicaciones superficiales, apresuradas o anacrónicas. Si dijéramos, por ejemplo que se trata, como siempre, de la ambición de militares descosos de retornar

al poder. Este elemento estuvo sin duda entre las motivaciones básicas de la madrugada de octubre de 1968. Pero se debe reconocer que este golpe, tradicional en su procedimiento, se parece al 27 de octubre de 1948 y se parece a muchos octubres, agostos, julios o setiembreres de nuestra infortunada historia golpista republicana. Pero esta explicación sería insuficiente, porque tan pronto se consumó la ruptura del orden constitucional, las Fuerzas Armadas apelaron a una posición y a una excusa para cohonestar su ingreso violento a los planos del poder. Lo tradicional, lo antiguo y lo consagrado era que las Fuerzas Armadas ocuparan Palacio, derribaran regímenes constitucionales y detuvieran al APRA como venía ocurriendo desde 1931, con el supuesto objetivo, patriótico y supremo, de evitar que la república fuera entregada a las furias desatadas de ese partido tachado de internacionalizante, sectario y agresivo, que era el Partido Aprista Peruano. Salían a la defensa de valores tradicionales. Supuestamente en resguardo de la patria y sus fronteras, para impedir que los apristas confundiéramos al Perú en una vasta comunidad latinoamericana. Defendían, la propiedad, la religión. A veces hasta el mismo Dios fue citado en las consabidas proclamas de esas madrugadas de infortunio. Pero en 1968 no se hizo así. Por el contrario, en un movimiento pendular, justificaron su golpe no por razones conservadoras sino con motivos revolucionarios.

La estupefacción, todos sabemos, fue grande y el interés despertado más allá de las fronteras del Perú resultó considerable. Las fuerzas militares peruanas, habían sido conocidas y reconocidas en el mundo entero como fuerzas tradicionalmente conservadoras y guardianas del *status quo*, de la situación de inmovilismo, de privilegio y de afianzamiento económico y político de la oligarquía tradicional. Pero este golpe del 3 de octubre comenzó diciendo que no se trataba de semejante cosa sino de un gobierno revolucionario de la Fuerza Armada y su objeto, fundamental, cambiar a fondo las estructuras del país. De este modo, de guardianas del orden tradicional, las Fuerzas Armadas pasaban a convertirse en protagonistas de lo que llamaron una revolución. La famosa Revolución Peruana de las proclamas y manifiestos que, a partir de entonces, nos prodigaron con abundancia reiterada y enfática.

Para justificar esta revolución los militares, encabezados por el General Velasco Alvarado y especialmente el caudillo de la misma, pretendieron rodearla de un cuerpo de doctrina, de un respaldo ideológico que justificara su actitud. Era nuevo el espectáculo e inédito el fenómeno.

no. Pudo entonces beber directamente en las fuentes de la doctrina revolucionaria, auténtica y nacional, que representaba nuestro Partido, pero su propósito y su ambición no eran esos, sino consagrar su dominio personal y, en todo caso, su gobierno institucional y por muchos años. Para los fines de una elaboración ideológica ad-hoc comenzó a comprometer, a asesores de toda laya, procedentes de diversas vertientes políticas. Al llamado acudieron marxistas jubilados, trotskistas sin masa y hasta apristas que abandonaron sus ideas.

Con tan disímiles ingredientes, el General Velasco quiso preparar una especie de cóctel ideológico que sirviera para justificar el crudo hecho de la ocupación del poder por la fuerza. Se prestaron para esto muchos que estaban llanos a alistarse y a comprometer ideas que no eran suyas sino ajenas. Velasco indagó en todo ese material con instinto rudimentario pero certero, descartó aquello que le parecía más ajeno y más exótico y aprobó ciertas fórmulas que conducían a un aprismo sin APRA. En suma una caricatura en la cual, como en toda caricatura se reconocen algunos rasgos pero que, en su conjunto, es una desfiguración del original.

El señor Velasco, con intuición criolla, se dijo: "Para que esto dure, necesito un movimiento político. ¿Qué características debe tener ese movimiento?. Por supuesto que no puede ser el derechismo tradicional. Tampoco Acción Popular, partido que acabamos de derrocar". Y seguiría razonando: "Debe ser un movimiento de izquierda, un movimiento de base popular, sin lazos de dependencia ideológica. Que no sea ni capitalista ni comunista. Que profese la integración y la unidad latinoamericana". Estaba pintando, como en los "identi-kits" que se hacen para identificar a un desconocido, estaba tratando de vender un retrato del APRA y como producto original lo que era evidente imitación.

Lo patético de la llamada Revolución Peruana radica en que fue edificada sobre una gran falsificación. En un envase revestido por el nombre de un producto de calidad, venía otro de oportunista plagio. Para lograrlo, se tomaron fragmentos de las ideas de Haya de la Torre y se las mezcló y adobó con insólitas arrogancias. De todo eso se quiso hacer la doctrina de la Revolución Peruana.

Al dictador le gustó esta manera de hacer pseudo-aprismo contra el APRA y en su entusiasmo no reparó y tampoco repararon sus asesores, que sus palabras parecían una mala imitación.

Recuerdo, compañeros, que a mediados de 1969, en un discurso oficial el General Velasco expresó, hablando del movimiento del 3 de octubre que se había hecho "contra el pasado vergonzante". ¡Al General Velasco le hacían cantar la Marsellesa sin saberlo! Pero de todo esto, de esta obra de remiendo y zurcido de principios tomados del APRA o extraídos del marxismo, o implantados por influencias comunistas o trotskistas, no podía salir una doctrina coherente y orgánica. Le pasó como a aquel personaje de la novela Frankenstein que, con diversos restos humanos hizo un monstruo al cual dio vida. Tenía aspecto de hombre pero no lo era. Al cabo, la extravagante creación acabó destruyendo al propio creador.

La mañana del pronunciamiento de Tacna no estuvo presente en la Plaza de Armas ninguno de sus agitadores, ninguno de sus aduladores, ninguno de sus tecnócratas, ninguno de sus ideólogos prestados. Ni siquiera Alí Babá y sus 40 Sinamos. Hasta faltó esa noche el pintoresco y clásico inecuánime que, impertérrito en una esquina, vivara al General Velasco como un póstumo homenaje al gobernante caído. Ni eso tuvo el entierro de la primera fase. Prometieron ir con él hasta la muerte y ni siquiera fueron ese día con Velasco hasta Palacio.

Cabe preguntarse, sin embargo, ¿resultó totalmente negativa, la experiencia de los llamados siete años?. La tendencia conservadora del Perú normalmente prefiere decir, con apasionamiento irrazonable, que sí, que todo lo que se hizo y todo lo que se deshizo entonces estuvo mal. Me atrevo a diferir. De la época de Velasco puede decirse lo que dijo Ortega y Gasset de la juventud: que siempre tiene razón en lo que niega y pocas veces tiene razón en lo que afirma.

El desmedro de la oligarquía tradicional, su caída del poder político y la disminución considerable de su poder económico han sido hechos positivos de la primera fase. La Fuerza Armada descubrió, al cabo de tantos años, que había sido simplemente -y lo dijo Velasco en su prosa característica- el "perro guardián de la oligarquía" y juzgó que era hora de que esa Fuerza Armada que había luchado y bregado por la oligarquía y que a veces compartía con ella el gobierno para defender los intereses conservadores, debía ya ocupar el puesto del comando. Se dio cuenta de que se trataba de una casta oligárquica sumamente atrasada en el conjunto del desarrollo de América e infinitamente retardataria en relación con el desarrollo del mundo. Pero su análisis crítico no dio el paso siguiente

y necesario. No se propuso quebrar la alianza tradicional con la oligarquía y abrir paso al pueblo dándole, por el camino de la garantía electoral y por la renuncia al golpe y al veto, la posibilidad de que el movimiento mayoritario de trabajadores manuales e intelectuales asumiera el gobierno y realizara el programa de reformas estructurales tan largamente detenidos desde la fundación de nuestro Partido. La Fuerza Armada prefirió optar por un papel exclusivista y mesiánico.

La Fuerza Armada iba a hacer la revolución, y sólo ella. Sus jefes asumieron todas las responsabilidades de los triunfos y el pasivo de los desastres, las derrotas y las frustraciones. Naturalmente que, con una prensa amaestrada y bajo parámetros solo hubo triunfos y nunca llegó a reconocerse ni derrotas ni atrasos. De este modo, quedó oculta la creciente y terrible crisis que cada año iba haciendo presa del Perú. En vez de preferir el contacto vivificante y democrático con el pueblo, en su primera fase el gobierno de la Fuerza Armada se encerró en un exclusivismo castrense que al cabo cortó todas las vías de comunicación posibles con la opinión nacional.

En 1975 sus propios mandos, comprendiendo la gravedad de la situación a la que era arrastrado el país por un hombre que ya no estaba en capacidad de decidir coherentemente sobre el gobierno del Perú, decidieron reemplazarlo, haciéndolo con la facilidad y precisión de una maniobra militar. Quien a golpe mata a golpe muere.

Comienza entonces, con la segunda fase, otra actitud, otra posición de la Fuerza Armada. Quedaron flotando algunas consignas y jactancias del gobierno de la época de Velasco. ¿Recuerdan ustedes cuántas veces nos dijeron que ellos le habían roto el espinazo a la oligarquía?. alguna vez, en una manifestación del Partido, aquí, frente al local de la Casa del Pueblo, en un Día de la Fraternidad, yo me permití corregirles esa expresión y afirmar: "Los militares no le han roto el espinazo a la oligarquía. Se lo han retirado, porque ese espinazo tenía forma de sable".

El gobierno, con algunas dificultades y no pocas recaídas en el lenguaje y la retórica de la época anterior, fue emancipándose de la tutela velasquista. Quedaron atrás muchos de los hombres, de las figuras y de la literatura de esa época. Los chinoides, los cubanoides, los moscovitas y demás formas y variantes de la izquierda totalitaria disminuyeron su influencia en el país. Pero no del todo porque, aún ahora mismo y enquis-

tados en los órganos de difusión parametrada, en periódicos y diarios, siguieron actuando células, grupos y personas dependientes de consignas que les fueron dictadas desde la primera fase. Pero fracasó el corporativismo, aquella monserga, difundida por dichos elementos según la cual debería haber elección no de ciudadanos, democráticamente convocados, sino de intereses o de gremios, ese corporativismo que el mundo había abandonado y que exactamente en esos años dejaba de existir en la propia España, se pretendía introducir acá como una novedad ideológica. Es decir que en vez de que los ciudadanos eligieran como tales, lo hicieran otras formaciones intermedias dándosele nuevo aspecto a la vieja teoría de la primera fase, que se denominó del "no-partido".

Algunas personas que se fueron del Partido resultaron las creadoras de esta controvertida y últimamente olvidada teoría del "no-partido". Desde luego cuando se hablaba de un "partido", se refería a nuestro Partido, al Partido Aprista.

Quedó demostrada una verdad palmaria, que el Apra había venido sosteniendo desde la madrugada misma del 3 de octubre de 1968: que no hay revolución sin pueblo y que no hay pueblo sin Asamblea y sin elecciones. Las demás serán fórmulas castrenses para justificar su dominio pero de ninguna manera sentimiento auténtico de una revolución. Acaso sea pertinente que yo les recuerde, para alivio de esta exposición que amenaza ser tediosa, una pequeña anécdota.

Hace algunos años me encontraba en un seminario en Jerusalem, Israel, dedicado a problemas de política latinoamericana, y un participante israelí me preguntó: ¿Cómo era posible que una Fuerza Armada, tan conocida históricamente por reaccionaria, como la peruana, se convirtiera en agente realizador de una revolución?

Reflexioné que hacerles a los asistentes de este seminario, realizado tan lejos del Perú y de América, un recuento histórico del país, de su proceso histórico y de nuestro complejo y enmarañado presente contemporáneo resultaba prácticamente imposible. Opté por ensayar en la tierra sagrada de la Biblia, una parábola bíblica.

Les dije: hace más de 40 años nuestros primeros padres, o sea los fundadores del Partido, cometieron el pecado original de morder la manzana de reforma social y la oligarquía, que era omnipotente, expulsó a

nuestros primeros padres y les puso fuera del paraíso, con un arcángel a la puerta, para que no pudieran regresar. Pero este arcángel no tenía espada flamígera sino metralleta y tanque, portaba uniforme verde y se llamaba ejército peruano. Más de 40 años después, el año 1968, a meses de las elecciones, los expulsados nos aproximábamos tímidamente a las puertas del paraíso y ¿qué descubrimos?: Que el arcángel ya no estaba en la puerta. Se había metido al huerto, él se comía las manzanas, y las que le sobraban las exportaba enlatadas con el nombre de "modelo peruano".

Llegamos así, entre avances y retrocesos y en progresiva afirmación de las demandas populares y al propio tiempo de la intensificación de la crisis que ya no disimulaban los artificios de la propaganda, llegamos a la época de los reconocimientos paladinos de una grandísima crisis que veníamos sintiendo desde que se iniciara el gobierno militar.

El equipo del gobierno militar se decide finalmente por la apertura democrática. Estaban agotadas las posibilidades de la imaginación castrense en materia de soluciones y ni las más fértiles fantasías de los elementos civiles que colaboraron con ellos, fueron capaces de generar excusas o formas de prolongación de gobierno. Era preciso cambiar y el único cambio que podría iluminar la esperanza y la expectativa del pueblo peruano era decirle que efectivamente la soberanía le iba a ser devuelta.

El equipo gobernante prefirió hacerlo en dos etapas. Invitar, en la primera, a una Asamblea Constituyente que, según afirmaron entonces, estaba destinada a consagrar las reformas realizadas en la época de la revolución peruana. Y luego, otra jornada comicial para elegir al Presidente, Vicepresidentes, Senadores y Diputados. En el instante en que el gobierno militar formuló estas proposiciones, el Partido se encontró en la obligación de adoptar una actitud trascendental. Teníamos que sopesarla. Había no pocos, sobre todo fuera de nuestras filas, que imaginaban que se trataba de una trampa de los militares y que al aceptarla resultaríamos cayendo en una maniobra para disimular la dictadura y convertirnos en comparsas de un nuevo atentado contra la definitiva realización democrática del país. Pero el Partido que estaba en capacidad de compulsar lo que opinaban en las bases y lo que se opinaba en el gobierno, comprendió que la promesa era real, que tenía sustancia y valor, y en una decisión histórica adoptada en agosto de 1977, antes de que se cumpliera un mes del anuncio formulado por el General Morales Bermúdez sobre la convocatoria de una Constituyente, el Partido dijo que aceptaba el desafío y

que concurriría a disputar con los demás las posibilidades de alcanzar la mayoría de la Asamblea. Esta determinación fue un gran factor estabilizador, el integrante decisivo que contribuyó a orientar a las masas populares. Iba a resultar cierto que, al cabo de tantos años de ser ignorado, preterido o calumniado, pasaría a ser un gran dialogante, un dialogante muchas veces perseguido y nunca doblegado. Se iba a comprobar que contra lo que afirmaba pintorescamente un lacrimógeno orador de la época de Velasco, el Apra no se había secado como "caña al sol" durante los inciertos años de la revolución peruana.

El General Velasco, que no era modesto en calificaciones, más de una afirmó que el Apra se había convertido en lo que él llamaba "un Partido obsoleto", es decir anticuado. En un Partido claudicante, y en un Partido conservador. Señalemos compañeros, que no deja de ser paradójica esta trayectoria de cargos. Cuando nacimos, desafiando y cuestionando el viejo orden injusto del Perú en 1931, la acusación persistentemente mantenida en nuestro agravio era definirnos como fuerza extremista, caótica, destructora de la familia, la propiedad, el Estado y la nacionalidad misma. Tan singulares razones dieron justificación a más de un cuartelazo. En cambio, el golpe de 1968 se quiso justificar, por la circunstancia, definida por un vocero de la primera fase, según el cual resultábamos un Partido conservador, anticuado y fuera de tiempo. Como dice el viejo refrán español: palos porque remamos y si no remamos, palos. No había perdón, excusa ni salida.

La campaña de 1978 se presentaba como una campaña difícil. Un Partido con prácticamente diez años de silencio, con medios informativos regimentados, que sólo se ocupaban de agraviarnos, calumniarnos y rebajarnos, no estaba al parecer en aptitud de movilizar con eficacia a sus electores. Sin embargo, la organización se había mantenido maravillosamente intacta, no obstante que a lo largo de siete años se dijera que las elecciones eran cosa del pasado. Que ni las habría entonces ni las habría después.

En esa época y en esta Casa del Pueblo, tuve la oportunidad de recibir alguna vez a un periodista europeo y al ver este periodista el hormigueo de gente que siempre animó a nuestro local, la permanente comunicación entre líderes y militantes, la presencia de entidades culturales, servicios sociales, conferencias y cursos. El funcionamiento de los comedores del pueblo, todo aquello que hace viva e intensa esta colme-

na, me dijo: "No salgo todavía de mi asombro. ¿Qué hace un partido político en un país no democrático, es decir que no se expresa en elecciones periódicas, pues, según afirma el General Velasco, ustedes no tendrán nunca elecciones?. ¿Cómo es posible que en estas circunstancias sobreviva y funcione, tan activamente como lo veo, un Partido?. Ustedes son —me dijo sonriente— como un pez que viviera fuera del agua". Me permití comentarle a dicho periodista que este pez es un pez hábil, muy experimentado y que es anfibio. Sabe vivir en la ilegalidad, resiste victoriosamente en ella pero afronta también el desafío de las elecciones cuando llegan la legalidad y la convocatoria electoral.

Se inició la campaña de la Asamblea Constituyente en 1978 inaugurada con el extraordinario mitin en la Plaza San Martín en donde nos reencontramos con Víctor Raúl después de su breve ausencia por Venezuela y Europa. Desde entonces la campaña resultó una cadena de éxitos multitudinarios. Aquel incansable y lúcido octogenario que es nuestro Jefe pasó de Lima a Arequipa, estuvo en Cajamarca, en Tacna, Moquegua, en Toquepala a 2 a 3 mil metros sobre el nivel del mar, subió a la altura de los 4 mil sin que su corazón fallara ni tampoco su entusiasmo, ni menguara su desafío a elementos adversos y a las condiciones contrarias. Peregrinó diciendo la verdad del Partido, verdad revolucionaria en el mejor sentido de la palabra y verdad responsable, seria, auténtica y llena de mensaje y no de vacua palabrería. Y el Partido, estimulado por ese dinamismo humano, que es Haya de la Torre, se puso también en marcha y en capacidad de victoria electoral.

Rindo en este momento mi homenaje a todos los que participaron en la campaña y al comando electoral, particularmente a los dirigentes de provincias que en esta circunstancia decisiva llevaron al triunfo las banderas del Partido y su lista de constituyentes.

Y así la madrugada del 19 de junio despertamos en todo el país con la magnífica y electrificante noticia de que el Partido estaba a la cabeza y muy aventajadamente en los comicios. El país en todas sus zonas y en todas sus regiones, votaba masivamente por el Partido, por la letra C y por el número 1.

No deja de ser una circunstancia interesante compañeros, la inteligencia y la rapidez con que nuestro pueblo, el pueblo aprista y en general el pueblo peruano aprendió a votar con un sistema del cual no tenía-

mos ninguna experiencia. Recuerden ustedes que el votante peruano del 18 de junio entró en una cámara secreta donde se le ofrecían a su escogencia 1,200 candidatos; porque eran 100 candidatos de 12 listas y dentro de ellos tenía que escoger uno. Piensen cuando examinaba la boleta de voto se encontraba con un papel con dos cuadritos vacíos donde debía poner con su mano, la letra que representaba al Partido y el número que significa el nombre de su candidato preferencial.

Y fue una hazaña de la cual debemos estar siempre orgullosos, que un millón doscientos mil peruanos carentes de toda experiencia previa a esta forma complicada de elecciones que en la adelantada Europa, sólo uno que otro país ha usado y en circunscripciones restringidas, haya sido dominada, poseída y utilizada de modo tan cabal por nuestro pueblo.

Piensen ustedes en el problema de un elector de elemental cultura. Manejar una boleta donde no hay ninguna referencia orientadora; donde no se dice Apra, ni Partido Aprista, ni Haya de la Torre, ni ninguno de los lemas con los nombres que él conoce, y presenta el misterio de los dos cuadritos en blanco que demandan una operación de memoria: recordar que el Partido se representa por la letra "C", y que Haya de la Torre estaba representado por el número 1.

Superando todos los inconvenientes gracias a la inteligencia natural de nuestros electores el Partido obtuvo un triunfo realmente abrumador. Recuérdelo y trasládenlo imaginariamente a un mapa. Vencimos en Tumbes, vencimos en Piura, vencimos en Lambayeque, vencimos en Cajamarca, vencimos en Amazonas, vencimos en La Libertad, vencimos en Ancash, vencimos en Ica, vencimos en Junín, vencimos en Loreto y Huánuco, vencimos en San Martín, vencimos en Huancavelica, vencimos en Ayacucho, en Apurímac, en Cuzco. En Lima y Arequipa llegamos a poca distancia de los vencedores eventuales en estos dos departamentos. Esta votación demuestra la calidad nacional de nuestro Partido, que supera las divisiones clásicas de región, en Norte, Centro, Sur y Oriente y nos permite representar una política global y de conjunto. Si después de las elecciones de 1978 se hubiera teñido con los colores rojo y dorado de nuestra bandera, el mapa resultaría cubierto por estos dos colores. Desde las Islas de Lobos y las 200 millas en el Oeste hasta la frontera amazónica y desde la frontera de Ecuador y Colombia hasta la frontera de Bolivia y Chile. Está probado, además, que esa movilización fue una movilización extraordinaria que abarcó todo el espectro social.

Por nosotros votaron trabajadores, que son la columna dorsal de nuestro movimiento. Trabajadores manuales y trabajadores intelectuales. Votaron los campesinos que no fueron deslumbrados por las promesas y demagogia de esa primera fase que después de prometerles tan ruidosamente la propiedad de las tierras no hizo otra cosa que someterlos a administradores, caporales y sinamistas que sustituyendo a los viejos patrones, los explotaron a fondo y les negaron derechos elementales de la organización obrera. Votaron por nosotros, la gente de la ciudad, los intelectuales, los profesionales, los estudiantes y votaron y esto es importante compañeros, votaron por nosotros los jóvenes.

Las disposiciones del estatuto electoral, dictado por la Junta Militar, convirtieron en electores a quienes, por razón de edad, no lo habían sido hasta entonces. No por falta de iniciativa, ya que nuestro Partido lo había propuesto en una fecha que ahora nos parece tan lejana como diciembre de 1931 en el Congreso Constituyente de esa época, cuando la proposición la formuló el entonces diputado, que lo ha vuelto a ser en esta oportunidad, nuestro compañero Luis Alberto Sánchez. El porcentaje más estable de nuestro poderío electoral, en comicios anteriores, nunca había bajado del 35%. En 1978 para la Asamblea se incrementó en un 4%. Ese 4% nos distanció netamente de nuestro competidor más inmediato. Sostengo y creo que podríamos demostrarlo, que fue el aporte copioso y sincero de esa fila humana de jóvenes, muchachas y muchachos de 18 a 21 años, que desdeñando la tentación totalitaria, se orientaron hacia el gran Partido del Pueblo, que es el Partido Aprista Peruano.

El 28 de julio de 1978 se instaló la Asamblea Constituyente y Haya de la Torre fue electo su Presidente. El discurso del compañero Jefe en esta oportunidad marcó un rumbo doctrinario y político inequívoco. Con mayoría aprista, se iniciaba ésta otra experiencia política peruana: la coexistencia entre el poder electo por la voluntad popular y un poder de facto señalado por la voluntad de los cuarteles. Etapa de transición, de suyo muy delicada. Los ultras de la Asamblea Constituyente, insistieron hasta el cansancio en que los miembros de la Asamblea asumiéramos de inmediato el Poder Ejecutivo. Pretendían, sencillamente, que se acudiera al recurso de enviar una nota de la Plaza Bolívar a la Plaza de Armas, diciéndole a los integrantes del gobierno militar: "Señores, están licenciados, y el gobierno somos nosotros". Era evidente lo irreal de la propuesta. Provocadora y desafiante, su objetivo era enfrentarlos con nosotros y colocar al Partido en una encrucijada difícil y pre-golpista. Si

cedíamos a su tentación demagógica nos enfrentábamos al poder objetivamente representado por los tanques y las metralletas y la expresión de poder popular revelada en los comicios concluía apenas nacida. Si no lo hacíamos nos reprochaban, como nos lo reprocharon interminablemente, que nuestra Asamblea no era soberana como había declarado vigorosamente Haya de la Torre en su histórico discurso del 28 de julio. A esto, contestamos los apristas con un razonamiento de tipo jurídico y político. La Asamblea es soberana, sí. Pero como es soberana también lo es para fijar los límites de su jurisdicción. Y los fijó.

Su primer objetivo era la propia Carta constitucional. Después, dictar las leyes complementarias que resultaran indispensables y finalmente, definirse ante los problemas de interés nacional. Y así lo hicimos. La Constituyente se consagró a debatir, en comisiones especiales el proyecto constitucional y a emitir al propio tiempo declaraciones, que han sido numerosas y altivas, censurando al gobierno militar, proclamando líneas y orientaciones a la opinión pública sobre lo que era el voto en la mayoría representada por 37 diputados nuestros y por otros de aquellos que quisieron acompañarnos con su apoyo en determinado momento.

Pero hay también en este período, de julio en adelante, un hecho nuevo, que creo que todos hemos registrado en nuestra experiencia personal. Me refiero a la presencia, la acción y la dirección de Haya de la Torre en la Asamblea. Después de tantos años y a pesar de haber sido el peruano más famoso del país, para muchos de nuestros compatriotas en realidad era poco conocido. Se les había lavado el cerebro enseñándoles versiones monstruosas y desfiguradas sobre Haya de la Torre, hasta el punto de convertir la imagen en una caricatura. Haya de la Torre recibió el 28 de julio el difícil encargo de presidir lo que ha sido la más ardua Asamblea parlamentaria del Perú, la misma que está terminando sus labores. Y Víctor Raúl supo ejercer con inteligencia, con autoridad y con finura este cargo que le brindaron el poder popular y el reconocimiento de la vasta mayoría de los constituyentes. Habló con todos ellos, con todos conversó y a muchos convenció. Por esta presencia, llena de autoridad y de firmeza, Haya de la Torre fue descubierto por muchos compatriotas que habían sido engañados por la tenaz propaganda adversaria, un rostro enteramente nuevo. Dejó de ser exclusivamente el Jefe de un Partido -lo que no es poco tratándose de un Partido mayoritario- para convertirse, como se ha convertido ya, en un patriarca nacional, en un hombre que todos respetan y al que muchos quieren o han aprendido a querer.

Adversarios de largos lustros se acercaron por primera vez a darle la mano entre temerosos y desconfiados; y luego de un instante de diálogo se habían convertido en amigos cuando no admiradores del hombre a quien tanto habían combatido, descubriendo así lo que el Perú, el Perú nuestro, el Perú aprista, había descubierto hace muchísimos años: que Haya de la Torre es un gran hombre, de un gran corazón y una gran inteligencia. Vemos ahora con satisfacción que así lo reconocen y no hace muchos días en hidalgas palabras de un representante del Partido Popular Cristiano, de consagrada actuación en la Asamblea, el Ing. Sotomarino, manifestó que él no era aprista pero que si era alguna cosa era "Hayista". Vale decir, que el prestigio y la figura de Haya de la Torre ya no son exclusivamente nuestros. Es una figura internacional, si tienen ustedes en cuenta que hay un movimiento nacido en América Latina con repercusiones importantes fuera de nuestras fronteras continentales. Acaba de llegar ayer el diputado Bertrand Flornoy, de la Asamblea Francesa, con una declaración que pronto verán ustedes en la prensa, a través de la cual más de 50 senadores y diputados, ex-ministros, ex-primeros ministros y miembros de la Academia Francesa, se adhieren al homenaje que, mediante el Premio Nobel de la Paz se propone brindar a Víctor Raúl Haya de la Torre como reconocimiento de una larga trayectoria cívica y constructiva.

Víctor Raúl se ha convertido en el patriarca de la civilidad del cual ahora nadie habla mal ni nadie se atreve a injuriar ni menos agraviar. Se ha convertido en un motivo de estimación, cuando no de afecto de tirios y troyanos. Por este motivo y por tantos otros que se encuentran en la tradición y en la gloria del Partido no podía haber duda alguna sobre quien iba a ser el candidato a la Presidencia de la República que este XII Congreso debe proclamar. Proclamar "por la voluntad general de los pueblos", como dijo San Martín el 28 de julio de 1821. Por la voluntad general de los pueblos, representado aquí por su partido mayoritario, Haya de la Torre será nuestro candidato a la Presidencia de la República.

Haya de la Torre ha sido y es una figura inmensa en el panorama de la patria. Tiene discípulos pero no tiene sustitutos. Imitando a Chochuanca en esa arenga a Bolívar que todos aprendimos en los años escolares, podría decirse: "Para que alguien se le comparara, sería preciso que existiera un partido por fundar, una lucha heroica por sufrir y una América morena por unir y libertar".

Todo permite presumir compañeros y hermanos que en 1980 si sabemos mantener férreamente la unidad, enardecer nuestra fe y estimular la acción en todos los niveles del Partido el triunfo será nuestro. Hay que esperar sí, decía Víctor Raúl en su famoso discurso del 8 de diciembre de 1931, previo al desencadenamiento de la barbarie de aquel año. Esperar, añadía, pero no con la falsa expectativa del que cree que las cosas vengan solas, sino esperar en la lucha, esperar en el estudio, esperar en campaña, esperar activo, conciente, disciplinado y fervoroso iluminando al país de un extremo al otro con los colores de nuestro Partido, con la impresión de nuestra rectitud y nuestra capacidad, con la fuerza de una organización que debemos más y más afinar, haciéndola descansar sobre bases activas, dinámicas, participantes y responsables.

Nadie nos va a regalar una victoria. Tenemos que ganarla nosotros con las manos, acaso con uñas o con dientes; con espíritu claro, con decisión, con arrojo, con valentía y también con paciencia. Es evidente que somos la mejor opción para una salida política en este país y en estos años. Ya el país no quiere volver a esa derecha frívola y reaccionaria que mantuvo las corruptelas clásicas del antiguo régimen del país. Tampoco quiere entregarse al desenfreno irresponsable de la demagogia totalitaria de unos izquierdistas de kiosko. El país rechaza tanto el paso atrás que quisiera dar la derecha, como el salto en el vacío a que nos quisieran conducir los comunistas. Quiere caminar, con paso firme y fuerte, por la senda que le abre el Partido Aprista Peruano con su propia herramienta ideológica y su propia disciplina popular.

Y si el 28 de julio de 1978 conquistamos el poder constituyente y hemos dado al Perú una carta fundamental moderna, democrática y social que crea un Estado nuevo para una sociedad mejor, libre, justa y culta, el 28 de julio de 1980 debemos conquistar el poder ejecutivo para poner en práctica nuestro programa y para que la Constitución, esa bella Carta Fundamental que acabamos de concluir no sea como una marmórea estatua, hermosa y fría, sino carne y sangre palpitante de las realizaciones peruanas al servicio de la justicia social.

¿Está el Partido en condiciones de ganar las elecciones de 1980 y ganar y superar ese 36% con que se ha pretendido poner la valla de la primera vuelta?. Yo creo que sí, categóricamente que sí, pero este Congreso es el laboratorio donde debemos diseñar las posibilidades, los recursos, las estrategias y las prácticas para obtener el triunfo resonante que

necesitamos ganar en 1980. Nuestro Partido se mantiene invicto por varias razones y acaso la primera de ellas sea la fe. Esa fe que no ha sufrido quebrantos; que nos permite estar juntos, como el primer día en torno a unas banderas que nunca se arriaron, ni aun en las épocas en que era delito figurar en los registros del aprismo. Acudimos a elecciones, nos las roban, las ganamos o las perdemos, pero permanecemos como Partido fuerte, firme y grande porque somos un partido organizado. Pero no conviene que nos embarquemos en optimismos fáciles ni excesivos triunfalismos. No demos por seguro que seguimos siendo el Partido más organizado. Hay otros grupos que pueden hacernos la competencia y que tienen recursos económicos con los cuales tratarán de suplir ese vasto e ingente capital de entusiasmos desinteresados que pone el aprista en sus tareas cotidianas. Necesitamos un reajuste a fondo en nuestra organización, ponerla en capacidad de movilización y lucha, fijarnos los objetivos y las metas, las zonas, las ciudades y los distritos donde debe ser constante nuestra actuación. No podemos permitirnos el lujo de regalar los pueblos jóvenes al comunismo ni regalar Arequipa o Lima a la derecha. Pueblos marginales, capitales y grandes ciudades deben ser como lo fueron en otros tiempos baluarte y sostén del gran Partido del Pueblo. En este Congreso debe reflejarse y debe promoverse, una gran movilización de masas y una más constante, más decidida participación de esas masas en los destinos del Partido.

El Apra no puede caer en el viejo vicio nacional del centralismo limeño. Lo digo como provinciano que vive en Lima y que acaso puede contagiarse de los defectos de la capital. El Partido necesita confiarse, en adelante, a la iniciativa y al impulso de las provincias, de sus bases provinciales y darles un grado de manejo propio de autoridad y de iniciativa. Coordinado todo, por cierto, por nuestro cuadro nacional y por la dirección del Colegiado y del Comité Ejecutivo Nacional. Este es un tema de importancia para todos nosotros: la vinculación de las provincias y la participación de ellas en el destino y en el manejo del Partido. Existe el proyecto, de organizar en el Partido y para el futuro cercano, las elecciones en las bases, semejante a las llamadas primarias norteamericanas, con el propósito que las provincias expresen sus preferencias respecto a quienes vayan a representarlas en los cuerpos de elección popular. Personalmente apruebo y respaldo esta iniciativa. Y esta organización debe combinarse con una Secretaría General Colegiada, que admite perfeccionamiento y que desde luego acepta y requiere renovación. La Secretaría General Colegiada es una de esas vivencias magistrales de Haya de la To-

rré. Se creó hace algunos años y la creó él. Es su obra, su idea, su propósito y la mantuvo en la última entrevista televisada, hecha por el periodista Barnechea. Cuando éste le preguntó cual era su forma preferida de elección partidaria de la Secretaría General, él dijo que sin duda esa forma era la Secretaría General Colegiada. En ella se dan cita hombres que aportan nuevos ingredientes en la vida partidaria y el estímulo de una compenetración mutua que tiene las bondades de muchos militantes capaces, que trabajan mancomunadamente en ella con sentido de unión y de disciplina. Defendamos esta Secretaría General Colegiada como garantía de la unidad, del trabajo y de la eficiencia del Partido.

En esta visión, a vuelo de pájaro, de los problemas internos del Partido, de su organización y su movilización, deben recordarse algunas áreas que son esenciales para la victoria del próximo futuro. Me refiero a trabajadores manuales, a la mujer, a la juventud. No quiero decir que yo menoscabe o inferiorice el aporte profesional, del trabajador intelectual. Por fortuna, éste se encuentra bastante encuadrado en la militancia y en la dirección del Partido. Somos en buena medida un Partido obrero, no exclusivamente obrero, porque no somos un Partido de clase y lo hemos dicho desde nuestros orígenes negando el concepto comunista. No somos Partido de clase, somos Partido del Pueblo, somos Partido de clases trabajadoras y explotadas; tampoco la presencia, sin duda extraordinaria por su número y su aporte de esos trabajadores manuales, que deben tener una figuración activa, poderosa y dinámica en nuestra organización. Nacimos como frente único de manuales e intelectuales, así hemos vivido y así debemos triunfar.

Es preciso pensar en el contingente femenino. Nuestro Partido no puede vivir ni descuidar el problema de la movilización de las electoras no solamente por que ellas constituyen algo más del 50% de los votantes, cosa que los votantes hombres generalmente no les gusta recordar, sino, porque son igualmente un factor eficiente, influyente, una fila humana creadora de opinión que nos importa mucho movilizar.

Y no olvidemos, de ninguna manera, a la juventud. Se ha notado y he tenido yo especial interés en registrarlo cuando he visitado múltiples bases del Partido en todo el país, que el aporte de la juventud a las filas del Partido en las elecciones de la Constituyente, y aun después de ella, ha sido caudalosa y emocionante. En cualquiera de las manifestaciones apristas, sea en Piura o en Chiclayo, en Arequipa o en Cusco,

en Ica o en Huancayo, se verá primando por el número, por el grito, por el entusiasmo, a la juventud peruana. Y esa juventud es importante para estimar el cuadro político peruano en su cabalidad y para que lo entiendan así otros sectores independientes que no están con nosotros todavía. Que somos el único Partido que tiene vanguardias de lucha en dos sectores particularmente vulnerables al ataque de la demagogia comunista, que poseemos una vanguardia obrera, organizaciones sindicales agrupadas en torno a la veterana y gloriosa Confederación de Trabajadores del Perú y una vanguardia estudiantil que disputa palmo a palmo, y puño a puño, el dominio en las universidades a los infiltrados del comunismo.

El aprismo -lo creo, lo desco y lo presiento- triunfará en 1980 y no puede imaginarse fraude. ¿Quién nos va a hacer fraude a estas alturas de la historia?. Y no puede haber golpe, pues entre otras cosas los golpes terminan, como ha terminado el último de 1968 con diez mil millones de dólares de deuda. No puede haber veto porque, ¿quién vota a Haya de la Torre, gran figura nacional?. Nuestra última hazaña y nuestra última contribución al servicio del país y del pueblo ha sido la nueva Carta Fundamental. Luis Alberto Sánchez, maestro de tantos de nosotros y permanente servidor de los ideales del Partido, que recibió de Haya de la Torre la dirección de la Asamblea Constituyente les va a ilustrar a ustedes enseguida, con su palabra crudita y fácil, por que se necesita un pueblo para una constitución y una constitución para ese pueblo. Como miembro que he sido y soy todavía de la Asamblea, debo expresar mi gratitud, la gratitud de los que hemos trabajado, con él y bajo su insistente y a veces inexorable presión, a favor de la Carta fundamental.

A este capital de prestigio debe agregarse otro factor importante que no debemos olvidar nosotros y que es nuestro deber recordar a los demás: nuestro Partido no es sólo un Partido organizado, no es sólo un Partido con un Jefe eminentísimo; no es sólo un Partido con un programa y un proyecto completo o una trayectoria llena de luchas y combates. Es, digámoslo con orgullo, un Partido de gente honrada. En este país donde la corrupción civil o militar sentó cátedra, donde parecía una limitación de inteligencia no ser coimero, donde se compraban y vendían todas las cosas y en todos los tiempos, ha habido un movimiento que pudo salir de las posiciones públicas que le tocó desempeñar, con las manos limpias y la frente alta. Fue nuestra la mayoría en el Senado y en la Cámara de Diputados del 63 al 68 y esa mayoría manejó miles de millones del presupuesto nacional y ninguno de sus soles o de sus millones

manchó los dedos o las uñas de ningún aprista. Apristas gobernaron municipalidades en todo el territorio nacional; apristas tuvieron a su cargo corporaciones de fomento y también dispusieron de fondos cuantiosos e importantes. Los apristas dirigieron universidades que a veces, como la de San Marcos, son verdaderas repúblicas con complicaciones y financiaciones extraordinarias. De todas estas posiciones del Senado, de la Cámara, de las alcaldías, de las corporaciones y de las universidades, los apristas salimos después del 3 de octubre de 1968 sin que nadie nos pudiera enrostrar ninguna infamia ni ningún manejo ilícito de los fondos públicos.

Han quedado trazadas las etapas fundamentales de la trayectoria política de nuestro tiempo. Nos encaminamos hacia la devolución del poder al pueblo; y vamos con un partido que tiene vocación de poder, vocación que ha sido contenida por la intolerancia y la ceguera de los elementos retardatarios y de una prensa culpable que envenenó a muchos peruanos contra nuestro Partido. Estamos en ese camino, tenemos un gran Jefe que es un gran candidato, contamos con equipos de gente devota, limpia y honrada que va a servir a estos altos propósitos. Pero una vez que conquistemos el poder es cosa de preguntarnos como decía un autor británico: "cuándo conquistes el Santo Grial, (es decir la imagen buscada por los caballeros andantes), ¿qué vas a hacer con él?". En otras palabras, ¿qué vamos a hacer con el gobierno?. Allí habrá de comenzar la verdadera prueba para el Partido. No hemos tenido la plenitud del gobierno. Nos falta esa experiencia y nos falta esa prueba. Yo espero que, con los antecedentes que hemos venido exhibiendo, salgamos limpios de la coyuntura, pero debemos salir también, constructivos, eficientes y realizadores.

Nuestra responsabilidad es muy grande para los años que vienen. El pueblo ha venido depositando en nosotros una confianza que de veras abruma a aquellos que alguna vez gozamos de la confianza del Partido. Por algún misterio de la fe, de la mística popular se piensa que el Partido aliviará, en el gobierno y en pocos meses y acaso dentro de su primer año, todos los terribles y dolorosos sufrimientos que ahora lo agobian: la falta de nutrición, el precio de los alimentos, la inflación desencadenada, la falta de trabajo. A estos problemas habrá que darles solución y no podemos hacerlo improvisando con frases. Tenemos que hacerlo, como decía Víctor Raúl hablando de organización política: "con ciencia". Con ciencia y con conciencia. Es decir, nos toca organizar un equipo de

técnicos, que, junto con el equipo político —y recordemos que la política es otra técnica que no cualquier improvisado puede dominar— ayude a reconstruir este Perú. Este Perú que nos han entregado tras doce años de experiencias en carne viva y en que se cometieron gigantescos errores. Contamos, y es lo básico, con un capital inestimable que es la fe del pueblo. Si no hubiera esta fe estaríamos perdidos. Pero nosotros la tenemos y la sabremos utilizar con la energía incontenible que permite a un gobierno respaldado por este caudal de opinión pública, acometer decidida y valientemente, las reformas audaces, que están implícitas o explícitas en nuestra Carta Fundamental.

No tendremos excusas para fracasar. ¿Queríamos una Constitución diferente?. Ya la tenemos. ¿Queríamos elecciones?. Las vamos a tener. ¿Queríamos el gobierno?. Ya lo tenemos. ¿Y ahora qué?. Nos preguntarán entonces y responderemos nosotros: ahora a trabajar. A trabajar y a cumplir, utilizando no solamente el esfuerzo físico que normalmente se entiende por trabajo sino con el esfuerzo mental de la creación. A Víctor Raúl le gusta citar siempre aquel letrero que vio en París, aquellos días de la insurrección estudiantil de 1968: "La imaginación al poder". Mi anhelo y mi deseo es que, cuando el Apra llegue al gobierno, sea el Partido, la imaginación del pueblo peruano, la que llegue al poder.

Somos un Partido que se fundó como Partido revolucionario. Somos apristas, aprismo viene de Apra y en el Apra hay una letra muy clara "R" que es la R de revolucionaria. Por lo tanto sería una monstruosa contradicción que nosotros no cumpliéramos con los objetivos fundamentales de transformación democrática de la sociedad para los cuales fue creado el Partido.

Yo no creo en las fórmulas conservadoras ni de derecha. A la derecha sólo la acato cuando estoy manejando un automóvil. En nuestro país, en los países subdesarrollados, no tiene sentido ser conservador. Podrá tenerlo, acaso, en los países viejos en donde hay valores económicos y culturales que un importante sector de la población desea ver mantenidos o mejorados. Pero entre nosotros ¿conservadores para qué?. ¿Para conservar nuestro atraso, nuestro subdesarrollo, la ignorancia, la marginación, la falta de tecnología, la ausencia de capitales, la mala salubridad, la poca enseñanza, la pobreza, la miseria, la desnutrición?. Y me niego a creer que en un país como el nuestro, alguien pueda llamarse conservador. En nuestro Partido, en el Partido Aprista hay vocación de

cambiar, no de conservar. De cambiar las estructuras con sentido de justicia y sin renunciamento de la libertad.

Porque, no lo olviden, no hay que ceder a la tentación totalitaria. Nuestro afán de justicia se ha expresado y se expresará siempre por los canales insuperables e ideales de la libertad política. No queremos ni la explotación del hombre por el hombre, característica del capitalismo privado que iremos aboliendo progresivamente, ni tampoco queremos aquella explotación despiadada del hombre por el Estado que es la explotación del capitalismo estatal de los países mal llamados socialistas. Queremos una democracia social, o como dijera nuestro Fundador y Jefe, una democracia de libertad con pan.

Y si la Constitución de 1979 resulta como la pidió y la auguró Haya de la Torre el 28 de julio del año pasado, una Constitución para el Siglo XXI, nuestro Partido debe preparar sus cuadros para los deberes y responsabilidades de un Partido del Siglo XXI.

Estamos viviendo otra época, de acelerados cambios y ya nos pisan los calcaños retardados las generaciones que vienen detrás de nosotros para impulsarnos con mayor ambición y apetito de realizaciones justicieras. Debemos enfrentar el nuevo tiempo, no podemos enclaustrarnos en la autosuficiencia de nuestra gloria. Esta es muy grande, pero deben ser igualmente promisoras las glorias futuras y alcanzarlas constituye tarea de todos ustedes. Es tarea de todos nosotros pero es particularmente tarea de la juventud. La Constitución que hemos dictado en 1979 la empezaremos a manejar los que ahora estamos a la cabeza de esta fila humana y solidaria que es el Partido Aprista Peruano pero vivirán con esta Constitución y gobernarán con ella los que ahora tienen de 20 a 30 años. Serán los que apliquen sus disposiciones, los que las interpreten y las proyecten y los que deben estar preparados para el gran reto del siglo venidero.

Nuestro Partido debe mirar al futuro. Contamos con un capital firme intangible que nos da la historia. Pero tenemos frente a nosotros el gran reto de nuestra capacidad realizadora.

Vamos a hacer una sociedad libre, cierto, pero vamos a ser una sociedad libre y vamos a serlo en la medida justa. Pero ¿con qué elementos?

Será preciso movilizar la integridad de nuestras fuerzas manuales e intelectuales para consumirlas y agotarlas en este empeño de hacer un nuevo Perú. Nuestra Constitución dice del modo más categórico que no menos del 20% del presupuesto debe dedicarse a la educación nacional. No está mal, está mucho mejor que el 12% que se le asigna ahora, pero todavía está por debajo del 24% en que lo dejamos en 1968 y muy debajo del 32% que algunos países como Costa Rica, le dedican. Vamos a regenerar la educación y la cultura y vamos a impulsar la creación de nuestra propia tecnología, sin la cual resultaremos siempre cautivos y vasallos de las grandes potencias de la tierra. Aprenderemos todo lo que ellos nos enseñen dándole nuestra aplicación local a las condiciones del país, a nuestra idiosincrasia nacional. Y todo esto proyectándolo en un cuadro continental. Si el Apra tiene un mérito para ser considerada en la opinión mundial, es la de haber sido profeta y precursora de los movimientos integracionistas que son el sello característico del mundo contemporáneo.

Recordemos que el Apra nace desde su fundación en México el 7 de mayo de 1924, mucho antes de que se hablara del Consejo de Europa, de la Comunidad Europea o de otras formas de integración actual. El Apra nació predicando que, sin la unidad económica y política de América Latina, no habría empresa válida de la renovación de nuestros pueblos. Eramos una gran nación desintegrada y que aquello que estuvo integrado por la arquitectura colonial en el pasado, debía reintegrarse ahora dentro de un orden político independiente, comunitario, libre, justo y creador. Semejante postulación fue entonces objeto de escándalo.

Cuando adquirió resonancia popular en nuestro país este ideal, se nos llamó antipatriotas y se nos puso fuera de la ley por profesarlo. No faltaron entonces los emisarios de la componenda que pidieron a Haya de la Torre la eliminación del punto de unidad latinoamericana, porque de este modo, no habría problemas y el Partido quedaría inscrito. Y Haya de la Torre respondió que no, que esa era la base teórica de nuestro Partido, que no hay en nuestra época problemas nacionales que no tengan contexto continental. Nos salvaremos unidos o pereceremos separados.

Esta idea, en su tiempo tan calumniada, adquirió después resonancia extraordinaria, pero les dio un poco de vergüenza a quienes la redescubrieron llamarla a la manera de Haya de la Torre, o sea unidad económica y política de América Latina y los tecnócratas de la CEPAL in-

ventaron la palabra: "integración". Llámese integración, llámese unidad, es la misma, la antigua y la gloriosa idea del Libertador y de los Libertadores: la unidad política y económica de América Latina.

Así como hubo un socialismo utópico y después un socialismo científico, podemos afirmar que ha habido un unionismo utópico, el posterior a la muerte de Simón Bolívar y hay ahora un unionismo realista, científico del cual ha sido abanderado y precursor Haya de la Torre. El unionismo que tiene sustento económico, raíz antimperialista y social.

Esa unión nos habrá de salvar a todos y en este momento que hablamos de unión latinoamericana no podemos pasar por alto el recuerdo de la gloriosa jornada que está escribiendo el pueblo nicaraguense por su libertad total contra la dinastía siniestra de los Somoza.

Decía Víctor Raúl, en su mensaje leído en el congreso, que no sólo confiaba en la unidad del Partido sino también en la unidad del pueblo peruano. Cuando llegue el desafío del gobierno seremos, si lo confirman los votos, no sólo el Partido mayoritario sino también el Partido no excluyente. No tenemos porque ceder nuestro puesto a nadie pero no tenemos porque repudiar a parte alguna del pueblo democrático del Perú. Todas las fuerzas políticas del país debemos aprender a perder, sobre todo, que los demás se acostumbren a una cosa a la que nunca se han acostumbrado: a que el Apra gane. El Apra que gane no será un partido sectario: Invitará a todos los peruanos y a todos los partidos de buena voluntad a que sin renuncia a ideales y a candidatos, sin renuncia a programas, se acojan a un gran esfuerzo nacional y unido para salvar al país de sus desastres y calamidades actuales.

Compañeros:

Tienen ustedes por delante una misión admirable: rehacer y estimular las bases del Partido. Trazar las de su plan de gobierno. Proclamar la candidatura indiscutida de Víctor Raúl Haya de la Torre. En esta noche de recencuentro y para mí de profunda emoción quiero rendir homenaje a todos aquellos que hicieron que el Apra exista. A los que contribuyeron a formar este movimiento admirable en cuyo seno desaparecieron las barreras que fuera de nuestro Partido en el Perú todavía son hoscas y difíciles. Que lo mantuvieron por el largo esfuerzo de la dura prisión y de la larga clandestinidad. Que superaron y desafiaron a la persecución y a la

muerte y que mantuvieron alta y resplandeciente la idea original, lanzada una buena mañana de 1924.

A todos ellos, a los fundadores y a los militantes, a los mártires y a los héroes, nuestro recuerdo, nuestro homenaje y nuestra lealtad.

**4.- ORACION FUNEBRE ANTE LOS RESTOS DE
VICTOR RAUL, PLAZA BOLIVAR, LIMA
5 DE AGOSTO DE 1979**

Compañero, Maestro y Jefe:

Aquí está, enorme y lacerado, el pueblo que tanto amaste y que tanto te amó. Aquí estamos confundidos en el mismo dolor fraterno, los veteranos y los jóvenes, los hombres y las mujeres, los que profesan el Apra y los que, fuera de sus filas, tienen sentido de la grandeza que contigo se va. Aquí están aquellos a quienes supiste inspirar una fe de intensidades religiosas, aquellos que hicieron de la terca lealtad el ademán de todos los días. Aquellos que sintiendo el aguijón de la injusticia se volvieron a tí en demanda de tu brazo fuerte para su defensa. Aquellos que aprendieron de tí a amar la libertad sobre todas las cosas y a entender que ella se realiza en una sociedad sin oprimidos ni opresores, sin explotadores ni explotados. Aquí está, innumerable y dolido por tu ausencia, el pueblo que tanto amaste y que tanto te amó. El pueblo que se niega a reconocer tu muerte y te aclama, en la yerta soledad de tu féretro, como te aclamó tantas veces cuando en la vigorosa plenitud de tus años lo arengaste con tu palabra prodigiosa. Aquí estamos, empobrecidos y angustiados, porque, de hoy en adelante, nos faltará tu sabiduría profética, tu arrollador impulso, tu inspiradora presencia. Te vas con tu grandeza y nos quedamos sin ella. Nuestra soledad es más grande que la tuya.

Para nuestro consuelo podemos afirmar que te vas como un triunfador. Para el realista ingenuo, parecería que tu carrera quedó trunca porque no alcanzaste la más alta magistratura de la República, que tantas veces te dio el pueblo y que tantas veces te fue negada por la violencia o por el fraude. Acaso el destino quiso ahorrar el quehacer rutinario y prosaico del Gobierno. Pero te reservó compensaciones invalorable. Fuiste más presidente que muchos presidentes y mandaste más que muchos mandatarios, porque tu autoridad se ejerció sin coerciones por el puro ascendiente de una indiscutida autoridad moral y política. A tu voz, se con-

gregaban muchedumbres. A tu voz, se definían candidatos. Por tu indicación fraternal, pero celosa, se dictaban leyes en beneficio de la mayoría. Para defender tus ideas se lanzaron los héroes del Partido a su hazaña y los mártires a su sacrificio. Clarividente, insobornable y señera, la voz de Haya de la Torre acabó por ser la voz misma del Perú profundo.

Eso lo sabías o lo adivinabas cuando, en las vísperas del año terrible de 1932, lo dijiste en Trujillo: "Quienes han creído que la misión del Aprismo era llegar a Palacio están equivocados. El camino que conduce a él se compra con oro o se conquista con fusiles. Pero la misión del Aprismo era llegar a la conciencia del pueblo, antes que llegar a Palacio. A la conciencia del pueblo se llega, como hemos llegado nosotros, con la luz de una doctrina, con el profundo amor a una causa de justicia, con el ejemplo glorioso del sacrificio. Sólo cuando se llega a la conciencia del pueblo se gobierna, desde abajo o desde arriba". Aquí, en la gloriosa y dolida realidad de este pueblo que te rodea; y del que llora tu muerte en todos los confines de la República, comprobamos que sigues, hoy como ayer gobernando y mandando sin fusiles. Fuiste la expresión misma de la conciencia nacional. El Juez y Fiscal de la Patria.

Pero se te amó sobre todo porque supiste amar. Tu lección de cincuenta años no fue la del ideólogo que administra su doctrina con la frialdad de un matemático que demuestra un teorema. Pusiste carne, pasión y sangre en tus ideas. Y las pusiste, en la defensa de los humildes. Nadie como tú, los atendió mejor. Nadie los quiso con más ahínco. Nadie se esforzó de tantos modos, a través de la Reforma Universitaria, de la organización sindical y obrera, de la Universidad Popular, del Partido, por organizar su redención o su alivio. Fuiste el primero que articuló una protesta en nombre de los pobres, de los marginados, de los humildes. El primero que los rescató de su mundo oscuro y sin esperanzas y les enseñó los caminos de la liberación cultural, gremial o democrática. El primero que cuestionó el viejo orden de la oligarquía y el imperialismo. Desde tu aparición en nuestra escena política, el problema del poder dejó de ser una riña de oligarcas y la Justicia Social una utopía inalcanzable. Contigo, el pueblo accedió definitivamente al manejo de sus destinos. Tuvo su Partido y tuvo su líder. Vio porvenir y luz en su horizonte. Supo decidir y reclamó participar. Nadie pudo ignorarlo en adelante, salvo por el sistema envilecedor y brutal de las tiranías, que siempre combatiste.

Fue tu hazaña crear de este modo, el más poderoso y espontáneo instrumento de unidad nacional. Con afecto sin fronteras, reuniste en el Apra a razas y clases. Blancos, indios y cholos y negros, limeños y provincianos, se fundieron por primera vez en una empresa de salvación colectiva. Obreros, campesinos, clases medias, se organizaron en un Partido de Trabajadores Manuales e Intelectuales, consagrado a la defensa común de sus intereses que además de ser comunes, son mayoritarios. Gracias a tí, gracias a tu obra Víctor Raúl, el Perú fue más Perú, y la Patria madre y no madrastra de sus polícromos hijos. Le diste a los humildes y ofendidos, por vez primera, la sensación de participar, de auspiciar un instrumento político de su creación y que maneja con sus manos. Que el pueblo consume esta obra, es la tarea más importante que nos dejás.

Importa señalar que este empeño, de esclarecimiento y de rebelión santa, no se fundió en las hirvientes calderas del odio. Víctor Raúl la quiso impulsada por el amor. Para tí, compañero, el hombre común no era el simple guarismo electoral de los políticos cínicos, sino una realidad dolorosa, a veces sangrante, que requería tanto de comprensión fraternal como de mejoras económicas. La tuya, Jefe, fue una cátedra de entendimiento y de cariño.

Contigo, Maestro, se nos va el creador de la primera doctrina política original de Indoamérica. Dejaste oír en épocas ensordecidas por la presencia de ideologías rivales, amparadas por el poder imperial de las superpotencias, la voz, temeraria en su audacia precursora, que afirmó el camino propio de los países latinoamericanos hacia la Justicia Social. Esta postulación resultó heroica en su época juvenil, cuando el stalinismo sacerdotal y su colectivismo burocrático, exigían rendiciones incondicionales de todos aquellos que se llamaran revolucionarios. Hoy las tesis autonómicas de Víctor Raúl se encuentran en las corrientes modernizadoras de la izquierda. Pero fue éste revolucionario latinoamericano, provisto de las armas de la filosofía y de la ciencia social, el primero que alzó con increíble coraje la bandera emancipadora. De allí su tesis sobre los partidos no clasistas, sino del pueblo y su valoración esencial del imperialismo. Ningún pensador contemporáneo fijó, con tanta precisión y tan tempranamente la importancia del imperialismo capitalista ni señaló, con más exactitud, la estrategia y táctica de la liberación de los países subdesarrollados.

Su pensamiento político, congruente y maduro, forma una inseparable unidad. Desde el ensayo definidor del APRA en 1927 hasta el dis-

curso inaugural de la Asamblea Constituyente el año pasado. No es posible fragmentarlo, porque su interpretación coyuntural, que el Maestro acometió en cada circunstancia de la historia, tiene valor de lección magisterial e irrefutable.

Estoy seguro, compañero Jefe, que junto con nosotros, inclinan este día sus banderas enlutadas los pueblos hermanos de América Latina. Porque nadie, como tú, avizoró más claramente el problema de la unidad y la defensa regional, la necesidad de federarnos en una Comunidad Latinoamericana de Naciones, erigida sobre bases de Justicia y Libertad. Fue tu empeño el más generoso y más zaherido por los realistas miopes. La utopía aprista, predicada apostolarmente por tí, durante medio siglo, se convirtió en necesidad vital de nuestra América para salvarse, del coloniaje y solventar su desarrollo integral. Con el nombre de integración, la idea fue tan cara a tí, Víctor Raúl, que por ella desafiaste la ilegalización del Partido y tu propia exclusión de una competencia electoral en la que todo aseguraba la victoria. Estas ideas tuyas, son ya credo común de pueblos y gobiernos de nuestro continente. Para simbolizarlas creaste la primera bandera de la Unidad Latinoamericana, que hoy acompaña, con la del Perú, los restos que rodeamos. Fuiste, igualmente, un símbolo mundial de paz.

Compañero Jefe:

Llegaste como un victorioso al final de tu jornada. Más de un millón de votos te ungió como el preferido de los pueblos en las elecciones para la Asamblea Constituyente. Presidiste este cuerpo con dignidad, con grandeza y con actividad infatigable. Tu cuerpo de luchador veterano se esforzó por seguir las exigencias de una mente lúcida, que se había propuesto servir al país y a la nueva Constitución. Te faltó el aliento a medio camino, pero lo esencial de tu obra estaba hecho. Tu figura para entonces tenía ya los perfiles del patriarca nacional, unánimemente reconocido. Tu presencia era garantía de tránsito seguro a la institucionalización definitiva de la democracia y la justicia social, por eso tu recuerdo será un acicate para todos, amigos o adversarios, y perseverar así en el alto propósito que consumió tu vida.

Para el Partido Aprista, en cuyo nombre hablo esta tarde, regirá, indeclinable, tu exigencia de unión, que fue la última y rotunda del pos-trer mensaje que enviaste a los compañeros, el 6 del pasado mes de julio. Para los adversarios, la invitación al diálogo y al juego limpio.

Para todos los peruanos, la seguridad de que sólo un vasto esfuerzo solidario podrá resolver nuestros gigantescos problemas. Para América Latina tu mensaje de unión, como reverdecido y modernizado gajo del tronco bolivariano.

ADIOS compañero, adiós Jefe, adiós Maestro. Que el pueblo vele tu sueño de titán caído, y luche, como tu luchaste, por la Libertad y la Justicia. Que Dios acoja en su seno, tu alma grande de generador del bien y del amor fraternal en esta tierra.

Te escoltan a la gloria las sombras de nuestros caídos. Sombras de los mártires del 23 de mayo y de los fusilados de Chan Chan, sombras de los ocho marineros y del cristianísimo Phillips, del heroico "Búfalo" y del mártir Manuel Arévalo. Sombras de Jiménez y sus compañeros; de Solano y Zavaleta; de Juanito MacLean y de Amador Ríos; del sacrificado Negreiros, sombras de los héroes anónimos cuyas vidas royeron hasta deshacerlas los presidios y las torturas. Sombras del precursor González Prada y del vidente Antenor Orrego, sombra gallarda y polémica de Manuel Seoane, sombra de todos los hermanos y de todos sus pares Sandino y de Mariátegui; sombra tutelar del Libertador que hoy preside este fúnebre comicio; sombras de todos los que quisieron librarnos de la esclavitud, la explotación y la pobreza.

Aquí está, con su dolor y su recuerdo, con una esperanza que nadie marchita, negando a la muerte y a tu muerte, el pueblo, tu pueblo, el pueblo que tanto amaste y que tanto te amó. El humilde, el valiente, el sufrido pueblo del Perú.

Digamos, como dice el pueblo.
Haya de la Torre ha muerto;
Pero su obra prosigue.
¡Viva el Apra! ¡El Apra nunca muere!

5.- JURAMENTACION DE LA FORMULA PRESIDENCIAL APRISTA ANTE LA TUMBA DE VÍCTOR RAÚL OCTUBRE DE 1979, TRUJILLO

Compañero Jefe, maestro y hermano,
Víctor Raúl Haya de la Torre:

Permíteme esta tarde gloriosa de pueblo que, con perdonable auda-

cia de discípulo fiel, me empine hasta la altura de tu gloria y perturbe tu sueño de gigante caído, para decirte: ¡Desciende sobre nosotros, flota sobre nosotros, como flotaba el espíritu de Dios sobre las aguas, la mañana de la creación...!

¡Ven a nosotros, ven con nosotros, envuélvenos con tu aliento, impúlsanos con esa fuerza que jamás se supo rendir; rodea, lucha con nosotros que luchamos; triunfa como nosotros triunfaremos en mayo de 1980!.

Y así habrá de ser, compañero candidato a la Presidencia Armando Villanueva, y así habrá de ser, compañero candidato a la segunda vicepresidencia Luis Negreiros Criado. Y, así habrá de ser compañeros todos, de todos los niveles, de todas las organizaciones y todos los frentes de este invencible partido. Porque estamos aquí como había dicho Víctor Raúl después de la prisión, estamos de nuevo juntos porque hemos estado siempre limpios. Y seguiremos estándolo. Estamos aquí unidos, compactos y seguros de nuestro deber y de nuestra misión. Estamos unidos por los lazos de la doctrina, aquella que sembró Víctor Raúl, desde un 7 de mayo de 1924, cuando entregó la Bandera de la Unidad Latinoamericana y del antimperialismo continental a la juventud de México, hasta aquel histórico, reflexivo y señero discurso con que inauguró las deliberaciones de la Asamblea Constituyente de 1978.

No hay en América, y me atrevería a decir en el mundo de nuestros días, incluso en las grandes revoluciones de resonancia universal, no hay legado más rico, más sugestivo, más lleno y nutrido de meditaciones que el legado doctrinario de Haya de la Torre.

Y aquí estamos los apristas, herederos de su inmenso caudal de ideas destinadas a ponerlas en práctica, obligados a llegar donde él no pudo llegar. Ahí está nuestra inmensa responsabilidad, y, por la irrealizada grandeza de nuestro programa, debemos hacer, todos juntos, lo que Víctor Raúl no pudo hacer por la intercepción de la infamia, de la intriga, del fraude, del golpe y de la muerte.

Unidos en las ideas, en torno a un programa depurado y enriquecido por las experiencias de todos los años y por las lecciones que nos ha dado la lucha en medio siglo de existencia de nuestro glorioso movimiento, tenemos un título para comparecer ante cualquier auditorio mun-

dial, para decir que no somos súbditos de nadie. No somos vasallos de ninguna potencia extranjera. Somos con Haya de la Torre, creadores de una doctrina intérprete y rectora del destino de América Latina.

Y cuando, como ha ocurrido hace 48 horas, naciones de América Latina se juntan en la capital de Bolivia, y cinco de ellas deciden fundar un organismo de integración llamado Parlamento Andino, la ingratitud de los contemporáneos olvida levantar su voz para decir, como decimos nosotros, cada vez que se hable de integración, cada vez que se hable del Parlamento Andino se está hablando, sin mencionarlo, de Víctor Raúl Haya de la Torre y de su legado histórico.

El apoyó, él lo vio y lo previó, él dijo, desde el histórico diferendo de ruptura con el comunismo internacional, en 1927, que habían sectores en la lucha antimperialista y definió claramente las fronteras de aquel sector que llamó el sector bolivariano. Y, ¿cuál era el sector bolivariano de la profética admonición de Haya de la Torre?. El que forman Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, conocido ahora con el nombre de países del Pacto de Cartagena, con el nombre de Grupo Andino. La premonición, el anuncio magnífico de Víctor Raúl, se hace realidad institucional auténtica, económica y social en América Latina.

Unidos en las ideas somos invencibles, porque son ideas genuinas, auténticas, sin préstamos, remedos ni copias. Pero también somos fuertes y debemos seguir siendo fuertes, porque somos un ejemplo en la organización. Este es un partido que de una "errabunda pluralidad de esperanzas", como una vez lo llamó Manuel Seoane, se convirtió en una aceitada máquina política que ha resistido dictaduras, tiranías, traiciones, golpes y demás desgracias que han sobrevenido en la historia nacional. Y aquí estamos por encima de todo ello, dejando pasar a nuestros enemigos al olvido y al ocaso: y volvemos más fuertes que nunca, enteros, desafiando ante el destino para organizar una gran victoria popular

Estamos unidos en nuestra organización y unidos en nuestra disciplina. Esas son las virtudes que nos envidian nuestros adversarios, que quisieron socavar desde los cimientos. Pero seguimos firmes en nuestro paso tradicional; tenemos una disciplina consciente, no la disciplina de vasallos ni de sirvientes. El aprista no ha sabido nunca conjugar el verbo agacharse, de manera que estamos en posición vertical, en la actitud cívica que corresponde a un Partido democrático, a su democracia interna,

a su responsabilidad de dirigentes y dirigidos, a su auténtica calidad de movimientos que postulan la democracia como remedio esencial de nuestros males políticos. Estamos unidos en la fe, unidos en la doctrina, unidos en la organización y unidos en la esperanza, pero no en una esperanza vaga y débil del que cree —como decía Víctor Raúl Haya de la Torre aquí en Trujillo el día 8 de diciembre de 1931— del que aguarda que las cosas vengan solas.

Esta victoria del 18 de mayo tenemos que conquistarla nosotros, tenemos que luchar contra estos adversarios que nos van a oponer hasta el último dólar, o hasta el último rublo para que nosotros no lleguemos al poder.

Unámonos pues en torno de nuestra fórmula presidencial que encabeza Armando Villanueva, combatiente de tantas épocas; en torno a las autoridades del Partido en todos los niveles, de su disciplina interna y unidos también en el campo universitario a través de las organizaciones representativas de los muchachos que comparten con nosotros la fe indeclinable en los ideales revolucionarios de Haya de la Torre.

Y vamos a ganar porque somos la opción auténticamente transformadora de este Perú. No estamos ni aceptamos las consignas ni la vía obsoleta y decadente de una derecha que quisiera volver al siglo XIX, ni queremos tampoco la receta totalitaria del comunismo importado.

Vamos a hacer lo que nos corresponde. Vamos a hacer lo que nos toca, aquello por lo cual bregó Víctor Raúl, por lo cual cayeron los mártires de Trujillo, por lo cual se sacrificaron en dolor y silencio prolongado, los mártires anónimos de la clandestinidad.

Vamos a luchar por el gobierno del pueblo y para el pueblo, y el pueblo organizado, el que gobernará a este país, se llama Partido Aprista Peruano.

Estas son las cosas, compañeros, acaso irreverentes, para decirles junto a la tumba donde duerme la luz. Pero yo creo que en aquellas alturas desde donde Víctor Raúl nos mira, confirma que es éste el legado que quiere encontrar. No un pueblo que lo recuerde en silencio y lo llore en la pública angustia de las asambleas populares, sino un pueblo de pie, un pueblo luchador, como él lo quiso, como él enseñó, como lo forjó.

Un pueblo dispuesto a no contentarse con rendirle el homenaje de su corazón y de su afecto, sino a rendirle el tributo del triunfo del Partido.

Esto es mi recado para ustedes compañeros, junto a la tumba del Maestro, dentro de la fórmula presidencial del Partido. De aquí iremos a escuchar la voz de Armando respecto a los problemas fundamentales del país, pero aquí hemos tenido una cita de unión, de amor y de fe, en torno a la tumba de Víctor Raúl, de su mensaje y de nuestro deber. Y siento que ahora, más aun que en vida de Víctor Raúl, es que se van a cumplir las palabras de su mensaje desde la Isla de San Lorenzo en octubre de 1923: "Volveré cuando sea llegada la hora de la Gran Transformación".

Víctor Raúl ha muerto... Pero vuelve con el Partido. ¡La gran transformación la haremos nosotros!

¡Viva el APRA! ¡Viva Víctor Raúl!

6.- PROCLAMACION DE LA FORMULA PRESIDENCIAL APRISTA. LIMA, AV. ALFONSO UGARTE, 22 DE FEBRERO DE 1980

Compañero Armando Villanueva del Campo, candidato del pueblo a la Presidencia de la República.

Compañero Luis Negreiros, candidato a la segunda vice-presidencia.

Compañeras y compañeros.

Compañeros todos:

De nuevo, como en sus años más gloriosos y con espectacular grandeza, esta Avenida Alfonso Ugarte, la avenida de los pañuelos blancos, se ha vuelto a llenar con la presencia clamorosa e imponente del pueblo. Aquí están los escalones y las banderas. Aquí están los himnos y los sectores, aquí está la legión innumerable e invencible de los trabajadores manuales e intelectuales organizados de nuestra patria, clave de su futuro redentor. Aquí están con su vibración, con su entusiasmo y su esperanza. Y también está, aunque los realistas ingenuos puedan negarlo, también está, porque está en nosotros y está con nosotros, la sombra tutelar del Maestro y Jefe Víctor Raúl Haya de la Torre.

Más que en su tierra amorosa y trujillana donde yacen los despojos mortales de aquel insigne peruano, yo pienso que Víctor Raúl está

en estos momentos con nosotros. Dijo Cristo a sus discípulos: "cada vez que os reunais dos o más de vosotros en mi nombre, yo estaré allí". Podemos decir, compañeros, sin pecar de irreverentes, que cuando nos reunimos los apristas, allí está, especialmente en este día, en una fecha como ésta, que recuerda su nacimiento y que exalta su nombre, aquí está él. ¿Es que acaso no nos ha parecido verlo en cualquier momento en esta tribuna tantas veces prestigiada por su verbo glorioso?. ¿Es qué no nos parece estar viéndolo con los ojos del recuerdo y del afecto, con su soberbio perfil aguileño, con su palabra rotunda y clara, que apenas al decir: ¡compañeros!, suscitaba un escalofrío de emoción en los cien mil pechos de la multitud que le escuchaba?.

Así lo siente el pueblo esta noche, Víctor Raúl está con nosotros y parece que aquí se repitiera aquel hermoso y dramático verso de César Vallejo llamado "Masa", cuando muerto el combatiente, el poeta se lamenta porque "el cadáver ¡ay! sigue muriendo". Se acerca un hermano y le dice que se levante y llegan cien, mil y cien mil hermanos y le dicen "hermano no te mueras". Pero "el cadáver ¡ay! sigue muriendo". Hasta que por fin la humanidad entera se pone de pie y entonces el hombre, el combatiente, se levanta, abraza al primer hombre y echa a andar. ¡Víctor Raúl resurrecto por la voluntad del pueblo, ha echado a andar con nosotros y triunfará con nosotros!.

Enarbolar el nombre de Víctor Raúl, como siempre lo fue en su vida plena de combates, es una bandera de lucha. No es sólo la evocación de un hombre ilustre sino un compromiso. Haya de la Torre es muchas cosas para los peruanos. Tres, principalmente tres: una norma ideológica, una práctica partidaria y una incorruptible línea moral.

Quien diga que es un discípulo de Haya de la Torre, es porque profesa sin mengua ni desviación sus ideas revolucionarias. Quien diga que Víctor Raúl es su maestro tendrá que recordar su vertical conducta democrática en el Partido. Quien diga que es aprista tendrá que mantenerse en esa línea limpia de un hombre que hizo de la moral y la honradez el voto permanente de su vida.

Víctor Raúl ideológicamente ha sido un libertador. Emancipó a nuestras juventudes y a nuestros pueblos de todo posible colonialismo mental. Levantó en México la bandera antimperialista del APRA y señaló la gravitación y la importancia de ese problema y en 1927 defendió la

autonomía revolucionaria de América Latina, contra un marxismo totalitario y sostuvo que América tenía su propio camino hacia la justicia social. Esa voz temeraria de un muchacho peruano pronunciada en el Palacio Egmont, de Bruselas, ha sido confirmada con la herejía yugoslava, la disidencia china, el euomarxismo y todas las corrientes que negaron como negó Víctor Raúl en el año 27, antes que nadie, la dictadura totalitaria de una superpotencia sobre las corrientes revolucionarias del mundo entero.

Enseñó antimperialismo y todos los movimientos libertadores de nuestra época son antimperialistas. Enseñó que nuestro tiempo y para los países subdesarrollados más que lucha de clases el problema es de lucha de pueblos. Hizo un movimiento de ancha base popular y nacional y los que están cambiando la faz del mundo son de este tipo. Sostuvo que no había posible liberación ni antimperialismo ni desarrollo, si no se gestaba la unidad política y económica de América Latina. Y si hay movimiento ahora irresistible y pujante es la integración. El Sistema Económico Latinoamericano llamado SELA, el Parlamento Latinoamericano, el Parlamento Andino, todos los complejos y múltiples esfuerzos de integración son hijos o retoños de esa mente peruana privilegiada que supo ver más allá de las tinieblas del tiempo. Habló Víctor Raúl, de una ancha participación del pueblo en el disfrute de las riquezas naturales y su nacionalización progresiva y es esa la tesis actualísima y contemporánea que se encuentra en todos los documentos constitucionales y en todos los movimientos realmente progresistas y renovadores de nuestra época. Sostuvo que había que abolirse el enclave colonial del Canal de Panamá y cuando él habló y proclamó como quinto punto del programa de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, solidaridad con los pueblos y las clases oprimidas del mundo, ¿acaso no estaba prefigurando lo que hoy se llama el movimiento mundial de los países No Alineados?

Se habla muchas veces de cuál es la obra más importante de Haya de la Torre y oigo a algunos compañeros que sostienen con razón que el "El Antimperialismo y el APRA". Otros, no menos fundamentados, que es "30 años de Aprismo". Los de más allá, que es "Política Aprista" y yo pienso para mí compañeros, que este hombre, que no solamente fue un ideólogo destinado a analizar los problemas y enunciar posiciones, sino un cruzado, un combatiente, un militante y un líder, nos ha dejado la más importante de sus obras que se llama el Partido Aprista Pe-

ruano. Con esta circunstancia, adicional e importante, que es una obra inconclusa, cuyos nuevos capítulos los escribiremos nosotros.

Es una inmensa responsabilidad que cae sobre todos los apristas, los que estamos en la plancha con Armando a la cabeza. Los que están con ustedes en el llano, en el desfile, los que están en todas las jerarquías del Partido. Vamos a empezar, vamos a construir, vamos a avanzar con inmensa proyección de futuro, la obra magistral de redención social y democrática que encarna el pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre a través del Partido Aprista Peruano. Este hombre prodigioso nos dejó pues, las ideas nuevas, una gran organización política que en este instante se despliega con una hermosura multitudinaria, que quizás ustedes no pueden apreciar como tenemos el privilegio ahora nosotros frente a la Avenida Alfonso Ugarte. Nos dejó todo esto, nos dejó su lección, nos dejó su experiencia, pero nos ha dejado especialmente este instrumento increíble, este instrumento maravilloso e insustituible que es el Partido.

Hay algo que nos diferencia compañeros apristas de otros partidos sin que esto sea ningún gesto de menosprecio, hacia las otras agrupaciones políticas democráticas, hay algo que es nuestro, que es típicamente aprista, ese algo es un vínculo, un nudo que nos ata por encima del documento formal que todos tenemos en nuestro bolsillo, el carnet del Partido. Y este hecho, esta idea, este sentimiento, es justamente el que resalta esta noche y que fue bautizado con acierto genial por Manuel Seoane el 22 de febrero de 1946. Este sentimiento es el de la Fraternidad, típico, cabal y expresivo sentimiento del Partido Aprista Peruano. La Fraternidad es un sentimiento que impone respetarnos, nos impone saber que pueden haber opiniones diferentes y hasta discrepantes dentro de la organización. Pero que esas opiniones se conjugan cuando, por las vías normales y democráticas del Partido, se llega a los acuerdos que representan la voluntad mayoritaria.

Allí estamos de acuerdo todos, y allí luchamos y nos jugamos todos por entero. Sin ese sentimiento, que está antes de la creencia política y más allá de ella, este prodigioso movimiento popular hace tiempo que se hubiera disuelto o desvanecido. No hemos ofrecido los goces del poder, no hemos halagado a nadie con la retribución generosa de la pitanza presupuestal. Hemos estado, normalmente, o en el destierro, o en la lucha, en la catacumba, o en la ilegalidad, o en la proscripción, o en la

oposición decidida. Sin embargo este pueblo ha permanecido fiel e intacto junto a nuestras banderas. ¿Por qué?. Porque no eran afiliados a un Partido corriente, sino porque eran integrantes de esta Gran Fraternidad que reconoce a su hermano mayor, el que nos fundara y mantuviera tantos años, a Víctor Raúl Haya de la Torre.

Y otra parte de esta herencia cuantiosa que nos ha dejado el Maestro, es el legado de la obligación moral y de la conducta irreprochable. Quien pudo ser tanto en el Perú, quien fue tanto en nuestro país, que hizo presidentes, quien hizo tanto y pudo tanto, a quien seguramente tantas veces se tentó. Terminó como había vivido. En honrosa pobreza, en la casa fraterna de una parienta, condecorado a última hora por el gobierno de facto, y sin ningún otro legado que dejar, fuera de los derechos intelectuales de sus obras completas. Maravilloso ejemplo de hombre público que domina medio siglo los asuntos del país; y, sin embargo muere como el más pobre de sus conciudadanos. Es una obligación y un modelo que los apristas, especialmente los apristas dirigentes, estamos obligados a seguir y a cultivar. No se puede, dice el Evangelio, adorar a dos dioses. A Dios y a Mamón, el Dios de la riqueza. Nosotros estamos en esa línea, porque es la que nos enseñaron desde jóvenes.

En este país hace falta una corriente como la nuestra, limpia y purificadora que ponga un poco de orden y moral en un Estado que tantos años, tantos lustros, ha padecido de la desorganización, y de las corruptions tradicionales. Este país, decía Bolívar, tenía la corrupción del oro y de los esclavos. Tuvo, más tarde, la corrupción del guano, la corrupción del salitre, la corrupción de las anchovetas y terminó por fin con aquella magnífica corrupción de Alí Baba y sus 40 Sinamos. Contra eso vamos a levantar nuestras banderas y para hacerlo debemos exhibir nuestra conducta. Vamos a defender la moralidad del país, vamos a defender nuestra línea moral que es esencial para el futuro realizable de la patria.

Vamos a consumir pues, un feliz augurio de coincidencias. Nuestro propósito es mantener, muy alta y muy limpia, la doctrina, sin concesiones, ni a la derecha ni a la extrema izquierda, porque nuestro plan es muy diferente de uno y de otro. No concebimos esa fórmula de gobierno de la derecha codiciosa y reaccionaria, que piensa en un gobierno del dinero, por el dinero y para el dinero. Ni nos gusta la fatal opción del comunismo totalitario que quiere un gobierno del terror, por el terror y

para el terror. Vamos al gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Creemos y practicamos nuestra fraternidad con todos sus requerimientos y todas sus dificultades, y la entendemos como un concepto auténtico de la disciplina, de una disciplina sin violencia, que se basa en el requisito esencial de que todo aprista, hombre y mujer es un ciudadano conciente y libre. Para nosotros, como decía Víctor Raúl, la disciplina no viene de arriba a abajo, sino con la fuerza de la planta, de abajo a arriba. Así nos portamos y así debemos portarnos entre nosotros, y tenemos que mantener la línea de esta dignidad.

Decía un pensador inglés en el siglo pasado, que todo poder corrompe y que el poder absoluto corrompe absolutamente. Yo me he puesto a pensar que si acaso a nosotros nos va a ocurrir semejante riesgo. Me consuelo diciendo: no vamos a tener el poder absoluto, porque somos un partido democrático que va a llegar por las vías democráticas al gobierno. Y el poder que tengamos no nos va a corromper, porque para eso está el partido, para eso está su juventud, para eso está la historia, para reclamarnos si alguna vez llegamos a claudicar.

Y ahora, a la lucha compañeros, a fundar esa sociedad libre, justa y culta, sin explotados ni explotadores, que promete nuestra Constitución de 1979, y que fue firmada en el último acto de su vida conciente por la mano gloriosa de Víctor Raúl Haya de la Torre. Vamos a proponer, en el terreno internacional, la formación de la Comunidad Latinoamericana de Naciones. Vamos a dar a este pueblo participación y peso en el manejo de la cosa pública. Vamos a atender sus necesidades fundamentales pensando que es nuestra prioritaria preocupación. Vamos a luchar y a bregar por el pueblo. Vamos a luchar y a bregar por su educación, por su salud, por su alimentación, por su cultura. Vamos a convertirlo, como decía Víctor Raúl, en un país piloto de América Latina, en el cual la democracia social se consume ancha, viva, intensa y creadora, juntando las mejores esencias de nuestro pasado y las mejores lecciones que nos puedan brindar el continente y el mundo. Vamos a hacer un esfuerzo entre todos. Vamos a cambiar este país. Vamos a luchar contra el subdesarrollo, el atraso, la miseria, la marginación y la pobreza. Vamos a liberar sus fuerzas creadoras que son muchas. Vamos a llegar al poder. Y yo les auguro, con la seguridad de un combatiente experimentado, que habrá una tarde de 28 de julio cuando en vez de sonos versallescos o de marchas castrenses, resuene en Palacio de Gobierno el aire purificador de la Marsellesa Aprista.

¡Arriba corazones compañeros....Arriba corazones!
 ¡Viva la Fiesta de la Fraternidad!
 ¡Viva el Partido Aprista Peruano!
 ¡Viva el triunfo de mayo del 80!
 ¡Viva Haya de la Torre!

7.- DISCURSO EN LA CASA DEL PUEBLO DE CHICLAYO, 21 DE SETIEMBRE DE 1980

Compañeros del Comité Ejecutivo Departamental,
 Compañeras y Compañeros:

Cuando un día como hoy, por la noche, hace medio siglo, un puñado de idealistas, se reunió en la humilde casa de un trabajador de Lima para fundar lo que empezó llamándose la Sección Peruana de la Alianza Popular Revolucionaria Americana y que luego se convirtió en el Partido Aprista Peruano, no hubo periodistas que registraran el hecho, ni crítico social que analizara su contenido. Sin embargo, esa noche se producía un suceso de primera magnitud histórica. Por primera vez, nacía en el Perú un Partido totalmente nuevo, revolucionario y de masas. Por primera vez, desde la Independencia, el pueblo del Perú forjaba un instrumento político nacido de su propia entraña y destinado a realizar su integral emancipación. Desde esa noche decisiva empezó a crecer, a afianzarse y a gravitar. Desde setiembre de 1930 un pueblo inerme tuvo defensa. Desde setiembre de 1930 una nación desvalida, tuvo sus armas. Desde setiembre de 1930, una Indoamérica desorientada por el engañoso relampagueo de doctrinas lejanas, divisó su camino propio hacia la justicia social: aquel que le marcaban la doctrina, el ejemplo y el Partido de Haya de la Torre.

Rindo hoy mi homenaje a los que nos trajeron esa luz y encendieron los horizontes de la esperanza lambayecana con claridades que nadie, hasta ahora, ha podido apagar. Mi homenaje a los fundadores, a Luis Heysen, a Juan José Lora, a Elcodoro Amorós, a Lorenzo Orrego, a Ezequiel Bravo Llúncor, a Teófilo Vera, a Armando Alva Díaz, a Pedro Vilchez, Belisario Barsallo, Alejandro Lora Sosa, Sara Bullón, entre los que se fueron, y mi saludo fraterno a quienes como Nicanor de la Fuente, Félix Nepo Mora, Toribio Arbaiza, Glicerio García, Mario Méndez, Nicolás Benítez, Enrique Silva, Luis Sosa y tantos otros, nos han acompañado y nos acompañan, hoy y siempre, con su lealtad inteligente e indeclinable.

Aquí está el Partido, fundado hace cincuenta años, el Partido que quiere seguir siendo todo aquello que Víctor Raúl quiso que fuera. Un gran Partido del Pueblo, de trabajadores manuales e intelectuales y no un Partido de clase. Un Partido Antimperialista contra todos los imperialismos. Un Partido revolucionario, que se propone modificar a fondo las estructuras sociales con un sentido de justicia. Un Partido de izquierda, pero de izquierda democrática, que supone rechazar la tentación del marxismo totalitario. Un Partido, finalmente, de esa integración latinoamericana, tan abominada hace medio siglo y tan aceptada hoy por todas las corrientes modernas del pensamiento político continental.

Somos, ideológicamente, un Partido que marcó camino y consecuente con su originalidad precursora, no quiere confundirlo ni con la senda, retrógrada y oscura, de la derecha reaccionaria, ni con la ruta alienante del comunismo dictatorial. Y si en 1930, perfilaron los fundadores su doctrina al acuñar el grito de guerra: "Ni con Washington ni con Moscú, solo el aprismo salvará al Perú". Cincuenta años después podemos decir nosotros. "Ni con Washington ni con Moscú, ni con el modelo Castro, ni con el modelo Pinochet. Sin el Aprismo no se salvará el Perú".

Para que el aprismo conserve su fuerza, debemos cuidarlo en su pureza doctrinaria. No admitimos coqueteos ni con el totalitarismo de izquierda ni con la reacción de derecha. Nuestra doctrina revolucionaria es la del Apra. No es la doctrina de Lenin, ni la de Trotsky, ni la de Mao. Es la doctrina de Haya de la Torre.

Por eso cuando el Fundador y Jefe afirmó el lema combativo "Apra sí, Comunismo no", no estaba lanzando una simple consigna electoral, sino resumiendo una verdad fundamental de su doctrina. Que en la opción entre la izquierda dictatorial y la izquierda democrática, nuestro rumbo era la democracia. Pero una democracia no sólo política sino económica y social. Una democracia, como postula la Constitución Peruana de 1979, sin explotados ni explotadores sin oprimidos ni opresores. Que promueva la creación de una sociedad nueva, libre, justa y culta.

A quienes luchamos contra esa derecha feudal que tanto oprimió a nuestro Departamento, no nos van a enseñar a ser de izquierda.

Somos de izquierda y seremos de izquierda porque somos partidarios de la renovación, de la superación y del cambio, mientras la derecha

defiende la inmovilidad y los intereses minoritarios y creados. Tal como combatimos a los barones del azúcar y a los burócratas de Sinamos, lucharemos contra quienes pretendan sembrar dudas sobre la actualidad de las ideas de Haya de la Torre, cuya procedencia y justicia respaldan medio siglo de un Apra generosa y precursora, que ahora influye en los programas de los partidos populares y de avanzada y, más allá de nuestra América, en los movimientos emancipadores del mundo subdesarrollado, dando así proyección universal a Víctor Raúl.

Porque Marx, a quien tanto se cita, no alcanzó a formular una teoría revolucionaria para los países en desarrollo. En su concepción europeo-céntrica, ellos estaban condenados a mirarse en el espejo de los países industrializados y en particular de la Inglaterra del siglo XIX. Haya de la Torre, enarbola su pensamiento original allí donde no pudo hacerlo Carlos Marx y sostiene que nuestra América debe buscar su propio camino liberador, negando filosóficamente a Marx, por el método dialéctico. Y si Marx consecuente con su época, fue un pensador del siglo XIX, es nuestro deber, por tan claro motivo, rechazar la tentación de un marxismo congelado, sobre todo si se nos ofrece en la forma autoritaria y dictatorial del comunismo. Stalinismo y troskismo, son formas paralelas de totalitarismo y dogmatismo político que debemos rechazar.

Haya de la Torre empieza allí donde termina Carlos Marx; en su incapacidad-justificable por el tiempo que le tocó vivir-de trazar un itinerario revolucionario para los países no desarrollados. Sería un pecado imperdonable que en 1980 retornáramos a posiciones que Haya de la Torre rechazó en la Conferencia Antimperialista de Bruselas, en 1927. Revelaría una tendencia conservadora en el pensamiento político de quienes la postularan.

Defender a Haya de la Torre y a su doctrina es defender la unidad partidaria. Soy, como todos ustedes, fervoroso partidario de la unidad aprista, secreto clásico de su permanencia y de su fuerza. Pero la unidad ha de fundarse sobre la verdad, sobre el mutuo respeto, sobre una fraternidad generosa que excluye la intimidación y la violencia.

El XIII Congreso de Trujillo debió consumir esa obra de unidad y no pudo lograrlo. Por el contrario. Dejó un saldo de frustración y de amargura. Por eso quienes en su momento lo impugnamos, pedimos que un nuevo evento partidario, llámese Congreso, llámese Conven-

ción, fundado en la soberanía del pueblo aprista, nos armonice de una manera efectiva fraternal y sin sombras. Las bases de Lima Metropolitana y del resto de la República han expresado, en forma elocuente y mayoritaria su respaldo a esta actitud. En ella está el pueblo aprista del Departamento de Lambayeque. Saludo esta posición como una consecuencia con sus 50 años de lealtad inquebrantable, demostrados en la lucha contra las tiranías y en las victorias electorales cada vez que se nos citó a los comicios.

Afrontamos, ahora, el desafío de una elección municipal. Para concurrir a ella debemos, como declararon 74 bases de Lima Metropolitana en una gran asamblea hace dos semanas, debemos andar unidos y respaldar a los candidatos que surjan de las bases mismas del Partido. A ella y sólo a ellas, sin intermediación ni interferencias burocráticas, corresponde designar a sus candidatos.

Eso se está haciendo en los distritos del Departamento de Lambayeque, y se hará mañana en asambleas provinciales. En lo que a mí toca, ofrezco desde luego mi apoyo solidario de militante a quienes quiera que sean los que designe el pueblo aprista para representarlos en la conuenda y luego en el gobierno local. Las elecciones deben demostrar una vez más, lo que siempre hemos dicho y ahora repetimos: "Chiclayo es aprista y siempre será".

Quienes estamos en esta línea de unidad, edificada sobre un concepto afirmativo de lealtad y moralidad no renunciaremos a nuestras discrepancias, fundadas y serias, respecto al XIII Congreso y sus resultados. Seguimos batallando porque otro Congreso o una Convención, reunida en plazos que no pueden ser lejanos concilie las opiniones, armonice las tareas y elija nuevas autoridades partidarias que no sean fraccionales sino integradoras y representativas del Partido en su vasta, coherente y plural gama de opiniones.

Sobre ese fundamento de unidad en la doctrina, unidad en la organización y unidad en la conducta, se debe iniciar la gran reconquista de las mayorías nacionales que nos devuelva a nuestra ubicación tradicional de primer Partido popular.

Para lograrlo, el Apra debe enseñar al país su rostro auténtico de Partido moderno, sin prejuicios ni odiosidades, ni violencias. Que exhi-

ba la presencia de un Partido con firmes e inigualables raíces en nuestra historia reciente, pero con aptitud para proyectarse en este mundo cambiante de la revolución científica y tecnológica que tanto preocupó a Víctor Raúl. A éste mundo ya cercano del siglo XXI, a cuyo desafío se debe responder acentuando las mejores características del aprismo: su independencia ideológica, su capacidad creadora, la invicta juvenilia de sus militantes, su generoso desinterés, su identificación indeclinable con las masas. Nuestro Partido, que exhibe una insubstituible opción opositora, muy distinta a aquella que le ofrecen los extremismos delirantes.

Compañeros y compañeras:

Los representantes apristas por Lambayeque hemos comenzado nuestra gestión parlamentaria con la presentación del proyecto de ley que encarga al Poder Ejecutivo la puesta en marcha de la grande y postergada obra de irrigación de Olmos. Y si en 1963, inmediatamente después de ocupar nuestras curules, el senador Heysen y este diputado que les habla, propusieron el proyecto que culminó en la obra de Tinajones y se rompió un largo sabotaje feudal, así en 1980 hemos planteado la irrigación y la Central Hidroeléctrica de Olmos para revolucionar, con un sentido de progreso y justicia, la vida económica y social de nuestro Departamento y de los vecinos Departamentos de Cajamarca y Piura.

Creemos que Lambayeque y su capital, Chiclayo, están predestinados a cumplir un papel de primer orden en el futuro desarrollo del país. Si se toma el abra de Porculla como centro y se traza un círculo de 200 kilómetros alrededor, se advertirá que en ese espacio singular y privilegiado coinciden o van a coincidir obras y proyectos de resonancia nacional. El primero, la carretera Olmos-Marañón que debe ser asfaltada como lo reclamaba Haya de la Torre en un mensaje desde Alemania publicado póstumamente. Con esa carretera de trascendencia continental, se puede unir el Pacífico con el Alto Marañón y por su cauce al Amazonas y por el Amazonas a Brasil, al Atlántico y al mundo, eludiendo, de paso, los crecientes peajes que se habrán de pagar en el Canal de Panamá.

Dentro de él discurre el oleoducto que lleva petróleo de la Selva al Pacífico. Y dentro de él se realizará la gran obra de Irrigación de Olmos, que significa conquistar más de 110,000 hectáreas de las mejores tierras del mundo. La generación por caída de agua, de 600,000 kilovatios, permitirá electrificar todo el norte del Perú y echar las bases de una industria pujante, a la vez que, merced a ésta energía, se abaratará la producción de fosfatos de Bayóvar, situados también en la zona.

Vía nacional de penetración allí donde los Andes unen y no separan, vía transcontinental que trazaría un eje vial y fluvial sudamericano de Eten a Belém do Pará, irrigación y colonización de 110,000 hectáreas de fertilísima tierra; generación de más de 600,000 kilovatios que justifiquen la instalación de las más diversas industrias; integración efectiva y productiva de las tres regiones naturales, todo ello apunta a la creación de una autoridad o Corporación de Integración y Desarrollo Olmos-Marañón, en la cual el Departamento de Lambayeque y su capital Chiclayo se verán situados en lugar central y armonizador.

Saludo los tiempos felices, cuando estos proyectos sean realidad. Para lograrlo, necesitamos respaldo popular y voluntad política. Y cuidar y defender este instrumento precioso que el pueblo creó, que se llama Partido Aprista Peruano y que un día como hoy, hace medio siglo, fue fundado por quienes aceptando la guía iluminada de Haya de la Torre, nos señalaron el camino irrenunciable de nuestra democracia social y de izquierda.

Compañeros: repitamos la que Víctor Raúl llamaba jaculatoria de nuestra fraternidad:

¡EN LA LUCHA, HERMANOS!

¡EN EL DOLOR, HERMANOS!

¡EN LA VICTORIA, HERMANOS!

¡VIVA EL APRA! ¡VIVA HAYA DE LA TORRE!

¡VIVA EL CINCUENTA ANIVERSARIO DEL PARTIDO
APRISTA!

8.- DISCURSO EN EL MITIN EN LA PLAZA SAN MARTIN, 21 DE FEBRERO DE 1981

¡GRACIAS VICTOR RAUL!

¡Gracias te sean dadas, Maestro y Jefe, por la maravilla de esta inmensa plaza colmada. Gracias por la presencia de esta fervorosa multitud. Gracias por la savia de juventud y pueblo que esta manifestación le devuelve a nuestro gran Partido. Gracias, sobre todo, porque siento que desciende sobre nosotros y viene de tu mano, desde la gloria, el nuevo impulso triunfante que hará olvidar las derrotas y los derrotismos, que abrirá nuevos horizontes para la prometida victoria del pueblo!. (Aplausos) Aquí estamos para decirlo con tus palabras señeras de 1933, aquellos que

por haber permanecido limpios, volvemos a estar de nuevo fuertes. (Aplausos y bravos). Y aquí estamos, aquí estamos en la Plaza San Martín, aquella en donde el pueblo de Lima, oyó tu voz alumbradora de esperanzas el 15 de agosto de 1931; la misma donde reapareciste el 20 de mayo de 1945 después del forzado silencio de la larga clandestinidad y la misma en donde el 6 de enero de 1978 te escuchó tu pueblo por última vez, al inicio de la campaña triunfante que culminó con tu Presidencia de la Asamblea Constituyente del Perú.

Aquí estamos de nuevo, junto al altar, de piedra y bronce del Libertador que nos dio la Independencia, fundándola en el sagrado título de la voluntad general de los pueblos. Buena cita y buen sitio para esta manifestación, porque el pueblo aprista, aquí reunido, nos está dando, por la voluntad general de sus integrantes, el mejor y más legítimo derecho democrático en el seno del Partido Aprista Peruano. (Ovación)

Que otros ocupen transitoriamente un inmueble y utilicen en forma interina un logotipo. Pues así como el hábito no hace al monje el local no hace al Partido.

Que el Partido, tú y nosotros lo sabemos, lo forma este cuerpo místico de militantes que aclaman tu nombre, profesan tus ideas y se mantienen inflexibles en torno a tu línea moral. (Aplausos)

Por eso, con la autoridad que puedan darme 50 años de fe en mi Partido y en mi Jefe, sin vacilaciones ni desfallecimientos, con cristalina lealtad, yo los invito ahora a que, con el brazo izquierdo en alto y el corazón palpitante de fe, evoquemos a Víctor Raúl esta noche.

¡VICTOR RAUL!: (La multitud contesta: ¡PRESENTE!)

Compañeros parlamentarios, compañeros, compañeras, compatriotas todos:

Culmina esta noche el esfuerzo denodado de un grupo valeroso de compañeros que han llegado a constituir el Comando Nacional de Acción de las Bases del Partido en Lima Metropolitana. ¿Para qué se constituyó este Comando y para qué se reúne esta manifestación?. Para un hecho tan sencillo como importante: para que no muera el Partido Aprista Peruano. (Aplausos)

El Apra no muere ni debe morir. Pero ha corrido graves peligros, peligros que debemos y podemos conjurar. Utilicemos por un momento el terrible y frío lenguaje de las cifras. En 1978 para la Asamblea Constituyente, con Víctor Raúl a la cabeza, obtuvimos el 37% de los votos del país confirmando nuestra condición de primer Partido del Perú. Dos años después, en las elecciones de mayo, bajamos abruptamente a 27% y en noviembre descendimos a 20%. El compañero angustiado se pregunta hasta dónde va a seguir, si no se contiene, esta terrible declinación?. ¿Vamos a permanecer indiferentes ante hechos semejantes?. (Gritos de No, No, No). ¿Vamos a consentir que este Partido que nació mayoritario, que vivió mayoritario, que tiene doctrina independiente y redentora, se convierta como se estaba convirtiendo en manos equivocadas, en un pequeño minipartido marxistizante y, a la larga, sumiso y sometido a cualquier coalición aventurera con el comunismo colonial?. (Gritos de "NO" prolongados). Por eso estamos aquí para impedir que nos maten el Partido, para impedir que la obsesión y el error pongan al Apra en el despenadero de nuevos fracasos como aquellos que fueron advertidos en 1980. Estamos reaccionando contra eso y luchando por eso para que el Partido recupere su unidad perdida, su dignidad inmarcesible y su voluntad de lucha contra todos los adversarios de izquierda y derecha.

Cuando ocurrió la catástrofe de mayo, en nombre de las bases del Partido, yo pedí al Plenario de entonces, que se reuniera un Congreso. Me fue negada esta petición. Cuando la hice pública, la concedieron y se citó al Congreso de Trujillo. Infortunadamente este Congreso, realizado en la heroica capital del norte grande, no estuvo a la altura de lo que esperábamos. La manipulación y la violencia perturbaron su desarrollo y una madrugada del 3 agosto de 1980, 200 delegados entre los cuales había personas tan significativas como Luis Alberto Sánchez, Ramiro Priale, Carlos Showing, Jorge Lozada Stanbury y tantos otros abandonaron ese Congreso y pedimos la realización de otro con las garantías que en ese momento faltaban. Comenzó así la lucha de las bases. Comenzó en todo el país a formarse conciencia de que el Partido necesitaba un reencuentro depurador. Era y es una lucha larga. En algunos momentos se creyó que era una batalla dudosa y hubo una revista que me llamó entonces "el llanero solitario". Frente a esta multitud de hoy debe preguntarse: ¿qué tal si hubiera venido acompañado...?. (Ovación)

Las bases de Lima y muchas otras de provincias que escucharon este llamado, propusieron fórmulas para soldar la unidad del Partido. En di-

ciembre propusimos que una comisión ejecutiva interina integrada por los compañeros Sánchez, Priale, Villanueva y Townsend, sobre los cuales parecía recaer consenso, organizáramos un proceso electoral. Esa proposición fue rechazada. Para Navidad del año pasado, los compañeros Sánchez, Priale y Melgar, presidente éste último de la Comisión Política de Alfonso Ugarte, me propusieron nuevas fórmulas de concordia que yo acepté el 27 de diciembre. Toda parecía listo para reencontrarnos fraternalmente y ¿qué pasó?. El 28 de diciembre me sometieron a disciplina y el 7 de enero me expulsaron del Partido. ¡Querían la guerra y no la conciliación!. (Aplausos. "El pueblo no te expulsa", corea la multitud)

Esta voz cariñosa, compañeros que me compensa de tantas amarguras, la he oído también en concentraciones multitudinarias que me honran y que agradezco. En mi tierra de Chiclayo, en Trujillo la valerosa, en Laredo, en Huánuco la leal con Showing a la cabeza, en Pisco, en Ica, en el Norte Chico y me han llegado también las voces de apoyo, de intercesión generosa y fraterna de los Comités de Arequipa y de Tacna. De los Comités de Huancavelica y Ayacucho, esta última con la firma ilustre del Jefe de la revolución de Ayacucho en 1934, el decano de los apristas del Perú, ex-constituyente en 1931, Arístides Guillén Valdivia, lúcido, firme y justo en sus 92 años de edad, como también lo está José Sandoval Morales, patriarca del Apra y del movimiento sindical peruano. (Aplausos)

Y recibí entonces pronunciamientos solidarios que agradezco profundamente. Ante esta movilización de opinión se comenzó a hablar de una amnistía. Dijimos entonces quienes habíamos sido objeto de una injusta expulsión, de verdaderas parodias de juicios disciplinarios, que no aceptábamos la amnistía porque a la autoridad que no reconocíamos como capaz de imponernos un castigo, tampoco le reconocíamos autoridad para perdonarlo. Pero además compañeros, tenemos que ser leales y francos con el Partido y sus militantes y decirles que el problema del Apra no se resuelve con una amnistía, con un olvido o con una anulación de medidas disciplinarias aunque esto, suponga un noble propósito de enmienda del cual nos hubiéramos felicitado. No. La crisis del Partido ha sido estructural y se le advierte tres niveles.

El más importante para mí, el más peligroso, es el nivel ideológico. Cuando murió Víctor Raúl nos dejó una doctrina, completa, coherente, indiscutible e indiscutida. Todos sabíamos fuera y dentro del Perú

qué era el Apra. Un Partido de izquierda, un Partido democrático, un Partido revolucionario, un Partido anticomunista. Pero, al año de su muerte, empezamos a oír las más extrañas y discordantes voces y en las propias esferas altas del Partido descubrimos que ya no éramos anticomunistas, sino que una especie de parientes cercanos de una supuesta izquierda responsable a la cual se la galanteó, sin resultados durante la campaña electoral. Porque la "izquierda responsable" llevó sus votos al candidato competidor y desdeñó el piropeo que innecesariamente le dedicaron.

Sabíamos que, conforme, a la doctrina de Víctor Raúl, el Apra era la solución en sí misma y que por ella y con ella podíamos alcanzar las más altas metas de justicia social. Que era su doctrina propia, independiente, emancipadora. Pero al año de su muerte, algunos nuevos teóricos empezaron a decir y a escribir que el aprismo era solamente un prólogo, una antesala, hacia un socialismo que nadie acertó a definir. Cuando, lo sabíamos todos, que nuestro Partido era por esencia un Partido de Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales, comenzaron algunos a decir, primero en voz baja y luego en voz más clara, que debíamos acentuar el carácter clasista del Partido. Se estaba llegando a una verdadera negación de los principios fundamentales y a la pérdida de nuestra doctrina revolucionaria.

Todo ¿para qué?. Sólo hay una explicación posible compañeros, tiene que ser una explicación dolorosa y casi suicida: se quería en el Perú repetir la experiencia chilena de Unidad Popular, juntar al Apra con el comunismo y desde luego llevarlo, involuntariamente, a la misma catástrofe de nuestro vecino del Sur, donde esa alianza culminó en el golpe brutal y violento de la derecha reaccionaria. Debemos rechazar pues compañeros semejantes propuestas e insistir en la fuerza doctrinaria del Partido, en la verdad de nuestras ideas y en la enseñanza sin deformaciones del credo de Víctor Raúl. (Aplausos)

Este proyecto de entendimiento con el comunismo totalitario se vio claramente respaldado por la actitud del periódico que responde a esa ideología, pues todas las semanas y todos los días se han ocupado y se ocupa de fomentar la división del Apra. Hubo un diario comunista que pidió en editorial que se me expulsara para que la izquierda, lo que ellos llaman izquierda, es decir, el comunismo, pudiera aceptar como aliado al Apra. Infortunadamente hubo quienes cumplieron con ese requisito de Moscú y así se me puso oficialmente fuera del Partido. Pero ustedes con

su presencia y fervor me rescatan para la gran corriente de la cual nunca me he sentido apartado. (Ovación. Gritos: "El pueblo no te expulsa").

Y esta es su oportunidad compañeros en esta manifestación fervorosa y llena de entusiasmo juvenil para repetir lo que tantas veces hemos dicho: Nuestra doctrina es propia. No es la doctrina de Lenin, no es la doctrina de Mao, no es la doctrina de Trotsky; es la doctrina de Víctor Raúl Haya de la Torre. (Ovación)

Pero esta definida posición democrática y por lo tanto antitotalitaria, no puede confundirse en modo alguno con una supuesta posición de derecha. El Partido nuestro es un Partido revolucionario y constructivo. Apareció en la escena de nuestro país cuestionando el viejo orden de la oligarquía y del imperialismo, fue castigado y perseguido por esa oligarquía torpe y venal que tantos años demoró el desarrollo de nuestro país y cerró los caminos hacia la justicia. Nada queremos con esa derecha. Nosotros, como el Maestro, nos oponemos por igual a la derecha conservadora y reaccionaria y a la demagogia izquierdizante de insinceros apóstoles de la revolución social.

Ser de derecha, compañeros, compañeras y amigos, no tiene sentido en un país subdesarrollado como el nuestro. Porque ser de derecha es ser conservador y ¿qué conserva un conservador en nuestro país?, ¿el atraso, la ignorancia, la marginación, la explotación?. ¡No compañeros!, ser de derecha, ser conservador en el Perú es contra natura, es ilógico y hasta criminal. En nuestro tiempo, nuestro espacio, nuestra historia y nuestra América nos imponen ser como hemos sido siempre, un Partido revolucionario de izquierda democrática.

Y de este modo trazamos nuestro camino bien claro, igualmente distinto del de la derecha feudal que le gustaría volver a los tiempos del cholo barato, como de la izquierda colonial que desearía un "soldadito gratis" para entregarlo a la superpotencia imperial, si acaso llegara a dominarnos. Para mandar matar a nuestros muchachos a cualquier punto donde los requiera la ambición imperialista de esa superpotencia mundial.

Debemos recordar que hace 50 años y en esta Plaza también, los fundadores del movimiento proclamaron orgullosa y afirmativamente su independencia al troquelar la frase desafiante: "Ni con Washington, ni

con Moscú. Sólo el aprismo salvará al Perú". (Aplausos). Medio siglo después, nosotros, discípulos y continuadores de quienes hicieron el Partido, podemos repetir orgullosa y lealmente ese lema pero completándolo: "Ni con Washington, ni con Moscú, ni con el modelo Castro, ni con el modelo Pinochet. Sin el aprismo no se salvará el Perú". (Ovación).

Debemos agregar corroborando lo que tantas veces escribió y dijo el Maestro, que en nuestra posición no somos lo que llaman maccartistas. Nosotros queremos que a los comunistas se les dé iguales libertades que a todos los otros partidos para actuar dentro de la legalidad democrática. Pero si no somos maccartistas tampoco queremos ser tontos útiles y hacerles el caldo gordo a quienes aprovechando la democracia conspiran contra ella y llegan hasta los extremos del terrorismo sangriento para alcanzar propósitos políticos.

Estamos defendiendo con la pureza de nuestra doctrina, las posibilidades de nuestro futuro, de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos. Que no se nos venga a vender un socialismo mentiroso. Hace 36 años se impuso ese socialismo en Polonia y ahora, 36 años después, lo verán ustedes en todos los diarios, los obreros polacos están reclamando derecho de sindicalización libre, derecho de huelga y hasta el modesto derecho de poder escuchar misa por la radio. Esto significa compañeros la existencia de un estado totalitario, que no podemos nosotros consentir. Vamos a defender el futuro de nuestra juventud, de nuestro pueblo y de nuestra América unida e integrada, con la defensa de los valores supremos de la democracia social.

Quiero decirles esta noche como hemos dicho muchas veces a lo largo de esta campaña, que nosotros no pretendemos fundar un nuevo Partido. De ninguna manera. Queremos mantenernos y reconquistar el que es nuestro, por derecho de servicio, de adhesión y de filiación indiscutible. No pretendemos abandonar el Partido sino depurarlo, reorganizarlo, reestablecerlo en su autenticidad, en la verdad de su doctrina, en la pureza de su organización y en la aplicación de normas fundamentales que han sido descuidadas y olvidadas.

Hay misiones que cumplir en materia de organización. Nuestro Partido se jactaba, y con razón, de ser un Partido organizado. Esto ha venido a menos compañeros bajo la cúpula que conocemos y una parte de

la explicación de las derrotas electorales son las fallas tremendas de la organización partidaria. Vivimos mucho tiempo impulsados por ese extraordinario motor que se llamó el Jefe del Partido. Pero esa fuerza primordial e infatigable se nos fue la noche aciaga del 2 de agosto de 1979 y es ahora el Partido, son las bases de su Partido, las que deben suplir ese impulso que antes nos venía de su personalidad extraordinaria. Por lo tanto, hay que reorganizar el Partido, modernizarlo, unificarlo, ponerlo a tono con la época y con el siglo, abrirlo al impulso de tanta gente de buena voluntad que quisiera acompañarnos, abrir nuestro espectro social. Que vengan aquí todos los peruanos que producen algo, que viven de su trabajo honrado, a trabajar juntos por la grandeza y la justicia de este Perú, tanto tiempo olvidado y explotado. (Ovación)

Todo esto compañeros nos lleva también a otra circunstancia. Debemos devolverle al Partido los altos niveles morales que le fijó la vida austera de Víctor Raúl Haya de la Torre. El Partido se ha resentido de profundas quiebras en su ética partidaria. Ha visto resucitar en su seno viejas mañas de la política criolla contra las cuales reaccionó nuestro movimiento desde que apareciera en la escena política peruana y se ha visto también la aplicación de sistemas de fuerza, de imposición y de violencia que son incompatibles con la dignidad, con la auténtica disciplina y mutuo respeto de los compañeros apristas.

Estos problemas nuestros, no son solamente, y lo saben ustedes, problemas de los apristas. Intercesan a la opinión pública y aun los partidos competidores comprenden que si el Partido Aprista se dividiera o se debilitara irremediablemente se produciría un vacío profundo en la estructura democrática del Perú. Es más: podría lesionar esa misma organización institucional porque nuestro Partido por su antigüedad, por su línea, por su Jefe, por su mayorazgo cívico e histórico, ha sido y es una columna central sustentadora del régimen democrático en el Perú y si esa columna cae, pueden pasar cosas terribles. Los extremos chocarían entre sí y vacilaríamos entre el golpe reaccionario o el caos extremista. Por eso y tantas cosas más, porque es el producto heroico de generaciones de peruanos y peruanas, el Apra no debe morir, ¡el Apra nunca muere! (Ovación). El Apra nunca muere y el Apra no debe morir y aquí estamos para salvarla, aquí estamos para revitalizarla, para vigorizarla, para empujarla hacia adelante, olvidando los transitorios desastres del año pasado. El Apra no debe morir, ni puede morir porque no ha cumplido todavía la misión para la cual fue creada. Mientras haya una libertad que re-

clamar, mientras haya una injusticia que abolir, mientras haya un dolor que socorrer, vivirá el Apra, eterna y necesaria como el pueblo mismo. (Ovación).

Y ahí estamos en este alto glorioso de una jornada que promete nuevas victorias. Yo quiero decirles, compañeros y compañeras, que esta es una noche auroral, una hermosa noche preñada de futuro. Siento que estamos dejando atrás los días infaustos, que ya concluyó la declinación de los votos, se terminó el pesimismo y el abandono de los principios y que esta gran asamblea que, será seguida por otras en el resto del país, preludia y anuncia que estamos en camino hacia la victoria del pueblo en los planos del poder futuro. (Ovación)

Esta manifestación compañeros, tan numerosa, tan cálida, tan inteligente, es una demostración de que el aprismo vive con todos los atributos que le supo infundir su creador. Piensen ustedes que de esta manifestación un vocero de la cúpula dijo que iba a ser una manifestación de fantasmas, ¡aquí tenemos cien mil fantasmas de carne y hueso que acompañan el homenaje a Víctor Raúl!. (Ovación)

Y también se dijo que esta manifestación iba a ser engrosada por las huestes del gobierno. Busquemos a los empleados públicos y se verá que sólo quedan empleados públicos apristas que están con nosotros y no miembros del partido del gobierno. Pero es preciso compañeros, para que la calumnia no se abra paso en la mente de los desprevenidos, que digamos de una vez lo que pensamos del gobierno y nuestra posición frente a él. Lo decimos de modo claro, directo y sin ambages: estamos en la oposición al gobierno actual del Perú.

Lo estamos por consecuencia con los trabajadores manuales e intelectuales que políticamente representamos y lo estamos también por una necesaria razón de control y equilibrio democráticos. Todos sabemos que el Perú vive una crisis dolorosa y grave. No ignoramos que muchas de estas responsabilidades se incubaron en el largo período de la dictadura militar. Pero ya tenemos seis meses de gobierno constitucional y el dolor del pobre no se ha visto aliviado y, por el contrario, si se produce uno de esos desembalses, con que periódicamente el gobierno arrasa la economía del pueblo puede llegar su sufrimiento a límites intolerables. El pueblo come menos cada día y paga más cada día. ¡Esta situación debe ser modificada!.

Parece que el gobierno quisiera aplicar, en nuestro medio, recetas económicas elaboradas en países ricos y para beneficio y mantenimiento e incremento de la riqueza de esos países, sin tener en cuenta el alto costo social de las medidas que ha dictado recientemente. En un país democrático no se puede disponer así las cosas sin compulsar previamente la necesidad y la opinión del pueblo. En otros países de nuestra América, donde semejantes medidas se han aplicado, existen regímenes dictatoriales y totalitarios. Pero nosotros somos y queremos seguir siendo una democracia y por lo tanto esa democracia tiene la capacidad para empinarse sobre su protesta y decirle al gobierno que no está de acuerdo con los sistemas económicos que está empleando porque significan mayores sacrificios para la clase popular.

No estamos de acuerdo por ejemplo con que repentinamente se hayan cortado los subsidios de los productos alimenticios. Bien sabemos que no se puede vivir permanentemente de los subsidios como tampoco un enfermo puede vivir permanentemente con suero. Pero también es cierto que ningún médico sensato arrancaría el suero a una persona que necesita de esa forma de alimentarse para sobrevivir. ¡Eso es lo que se ha hecho violentamente, arrancar de súbito los subsidios devolviendo al pueblo, casi en la totalidad, la tarea de costear altísimos precios de elementos esenciales para su supervivencia!. (Grandes aplausos)

Queremos decir, compañeros, algunas palabras breves sobre la situación internacional. Desde luego, que en cuanto se refiere a la defensa de la soberanía patria y de la integridad territorial, los apristas están junto a la tesis que está defendiendo el gobierno. Saludamos a las Fuerzas Armadas que han defendido el límite de la Patria y que vigilan ahora sus acosadas fronteras. Defendamos la intangibilidad del Tratado de Río de Janeiro que reconoce los límites que vienen desde las épocas coloniales y cuya validez es incontrastable. Recordemos además, que el Tratado consagra un derecho democrático esencial: el de la libre determinación. Nuestros hermanos del Oriente y del nororiente quieren ser y permanecer peruanos y ésta es una fundamental razón por la cual debemos defender la peruanidad de la región amazónica. En cambio no estamos de acuerdo con el reconocimiento del gobierno golpista de Bolivia. El grupo subregional andino, que esperamos sobreviva la catástrofe del problema ecuatoriano, definió una posición tajante de la cual ahora el Perú se aparta. Si se cree que con eso se a conquistar la buena voluntad boliviana, yo creo que el gobierno se equivoca, porque los dictadores y los tiranos pa-

san y el pueblo, el pueblo hermano de Bolivia queda, y él será el que nos reclame que lo hayamos abandonado en este momento en que necesitaba del apoyo de los países que son sus hermanos.

Nos parece bien la iniciativa ya en marcha de la junta tripartita constituida por capital, estado y trabajo, que pertenece a un viejo repertorio de ideas apristas vinculadas a la iniciativa del Congreso Económico Nacional. Pero ella necesita de una central auténtica de trabajadores. Necesitamos que nuestra gloriosa Confederación de Trabajadores del Perú, la CTP, mantenga su independencia, ensanche sus bases y perfile su dirección autónoma. Así como el Partido Aprista no puede ser furgón de cola del comunismo criollo, tampoco la CTP puede ser furgón de cola de la CGTP moscovita. Volviendo por los caminos del ilustre Arturo Sabroso y del mártir Negreiros Vega, la Confederación de Trabajadores, el sindicalismo democrático del Perú, deben contribuir, de modo decisivo al mantenimiento de la libertad y a la apertura hacia formas superiores de justicia social.

Compañeros y compañeras, amigos todos:

Este es el Día de la Fraternidad y todos la sentimos. Los que la celebran en otra parte y los que la celebramos aquí. Nosotros creemos que con mayor derecho y mejor razón, pero reconocemos los apristas en todas partes, que nos vincula la misma evocación y nos ata el mismo recuerdo. Nosotros en este Día de la Fraternidad alzamos nuestra enseña unitaria, abrimos nuestros brazos a todos los hermanos. Olvidamos las injurias anteriores, pasamos por encima de las invecivas y las diatribas. No hemos dichos ninguna, desde este estrado, y desde aquí, en nombre de ustedes yo invito a todos los apristas para que nos empecemos en ese esfuerzo de reorganización partidaria auténtica que desemboque en un Congreso Nacional de veras e invito a los patriarcas del Partido por su nombre: a Luis Alberto Sánchez y a Ramiro Priale, para que tomen la iniciativa de ser ellos los que convoquen al Congreso Nacional extraordinario. (Gritos de: "Townsend Unidad")

Vamos a ese Congreso tanto tiempo pedido y tan anhelado por todos, vamos a reforzar nuestra doctrina, vamos a depurar nuestra moralidad partidaria. Pero vamos con este título insuperable que nos brinda esta magnífica asamblea. No vamos a debatir previas condiciones humillantes y de claudicación inaceptables para quienes como los del Comando

de Bases representan la mayoría del Partido. Vamos a discutir sin aceptar triunfalismos, con humildad democrática pero con dignidad de apristas. Vamos a rehacer el Partido sin comunistas, sin desfallecimientos con la puntería puesta en la gran victoria del pueblo que todavía espera su realización. (Ovación)

Compañeros:

Esta ha sido una noche inolvidable y una experiencia única seguramente en la historia política del Perú. Sin recursos, con entusiasmo, con fe, con fanatismo partidario y sano, hemos concurrido hasta llenar esta Plaza San Martín y aquí estamos y aquí estaremos montando la guardia de la memoria ilustre de Haya de la Torre. Aquí estamos y aquí seguiremos. Esta noche ustedes se dispersarán como ha sido costumbre en todas las épocas del Partido, pacífica, noblemente, con cantos, con entusiasmo y con fervor. Sin aceptar ni invitar a provocaciones, seguros de nuestra mayoría, seguros de nuestra lealtad, convencidos de nuestra fe. (Ovación)

¡El Apra nunca muere compañeros!. Y no va a morir mientras nosotros vivamos para servirla. En nombre de Víctor Raúl que nos preside. En nombre de la memoria ilustre del Maestro. En nombre de todos los que se fueron antes que nosotros, llevándose la seguridad de caer por una causa justa. En nombre del sacrificio silencioso de tantas familias y tantas generaciones, en nombre de los presos y los desterrados, de la angustia y de la esperanza y de la alegría de los días triunfales, yo les digo a ustedes compañeros la frase que gustaba repetir el Maestro: "Aprista, ten orgullo de tu gran Partido".

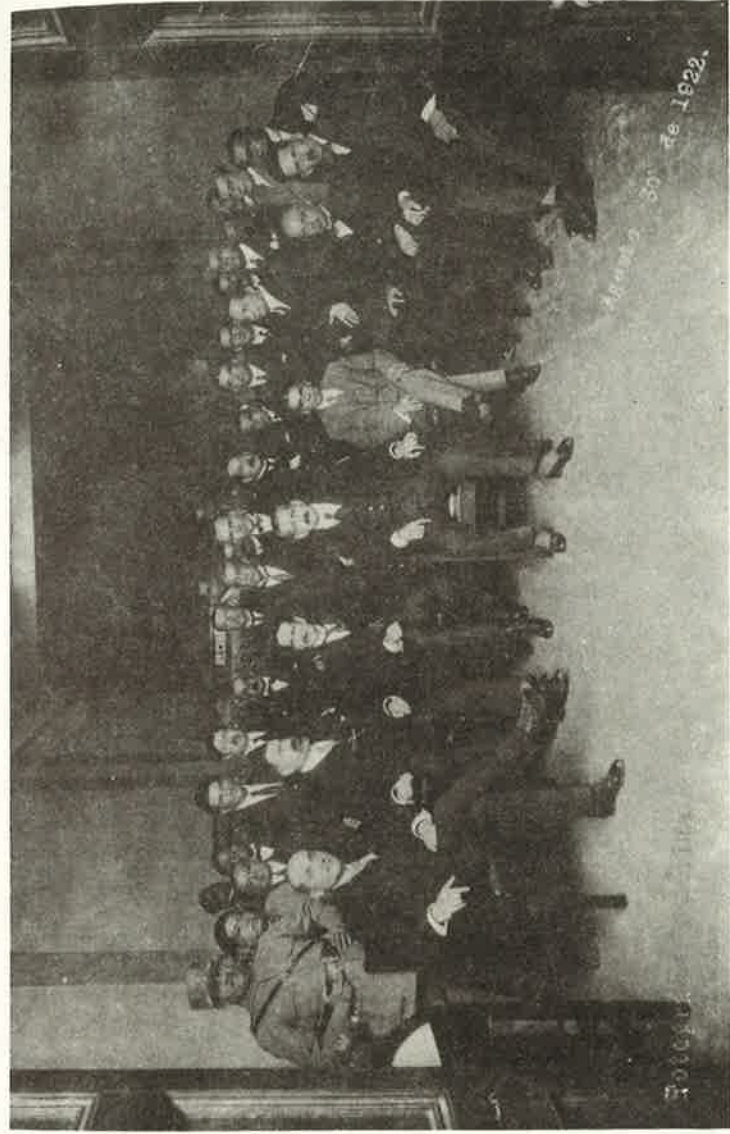
Ahora más que nunca en esta prueba inédita de una confrontación interna, el Partido está reclamando ser digno de orgullo de todos nosotros. Hagamos, como decía Haya de la Torre, que el Partido sea digno de nosotros y seamos dignos de ese Partido. ¡Vamos a seguir en esta tarea!.

Esperamos que nuestras proposiciones fraternas y sin trastiendas, tengan buen eco y buena acústica y que podamos unirnos en ese Congreso Extraordinario. Y si no fuera así, compañeros, nosotros procederemos a convocar, con el mandato de las multitudes, el Congreso auténtico del Partido Aprista Peruano.

Compañeros: elevando nuestro recuerdo, hacia aquel que sembró aquí sus ilusiones y sus esperanzas. Aquel que nos diseñó un camino y que nos dedicó su vida y su muerte; recordando su apostolado, recordando su lección y magisterio, digamos con más fuerza que nunca, digamos el triple conjuro de nuestra fraternidad:

Compañeros: En la lucha: ¡Hermanos!
En el dolor: ¡Hermanos!
En la victoria: ¡Hermanos!

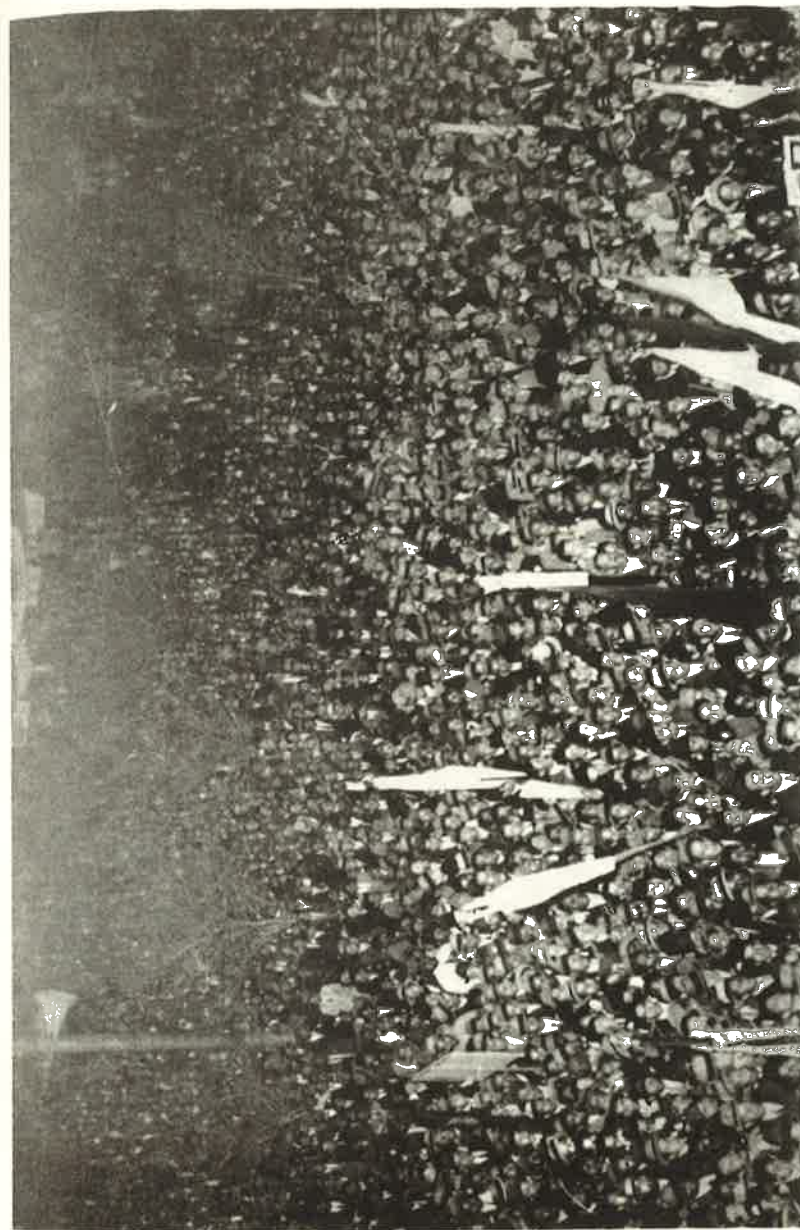
¡Sólo el aprismo salvará al Perú!, ¡Viva el Apra!, ¡Viva Haya de la Torre!, ¡Viva el Día de la Fraternidad!



Primer Directorio del Banco Departamental de Lambayeque, presidido (al centro) por Augusto C. Townsend, mi padre.



*Andrés Townsend Ezcurra (derecha) con su padre, Augusto C. Townsend
y su hermano Manuel. Chiclayo 1928.*



El Apra de 1931. Miin en la Plaza San Martín, a la llegada del Fundador y Jefe (15-VIII-31).



Haya de la Torre llegando a Chan-Chan en 1933.



Pariamarca, 29-VII-34, homenaje fajista a los mártires del pueblo.



Con Rómulo Betancourt en el primer aniversario de la revolución boliviana, La Paz, abril de 1953.



Gabriel del Mazo, el líder reformista de 1918 y fraterno amigo de Haya de la Torre, Buenos Aires 1958.



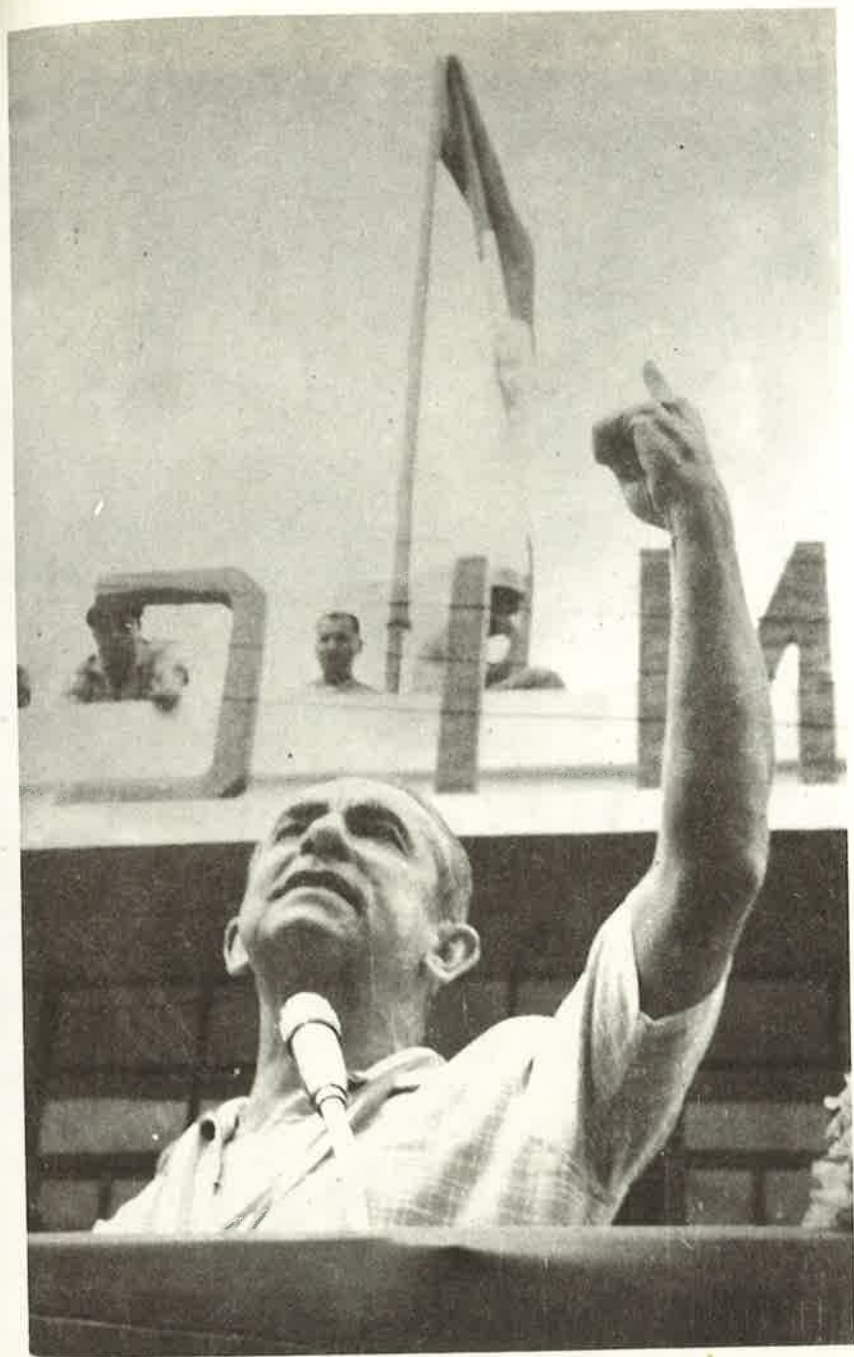
En Miraflores, casa de Haya de la Torre, agosto de 1957.



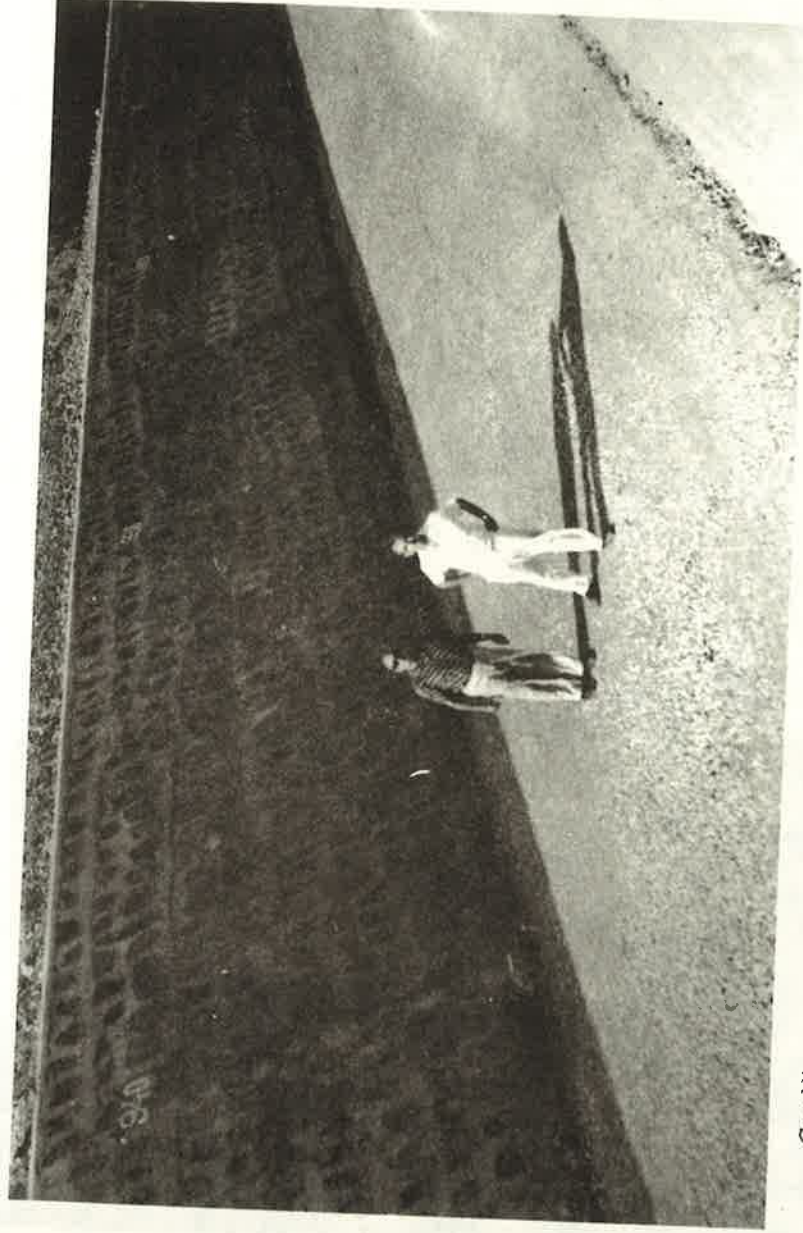
Con José Figueres, Haya de la Torre y Salvador Allende. Mitin del Día de la Fraternidad, Lima, 1960.



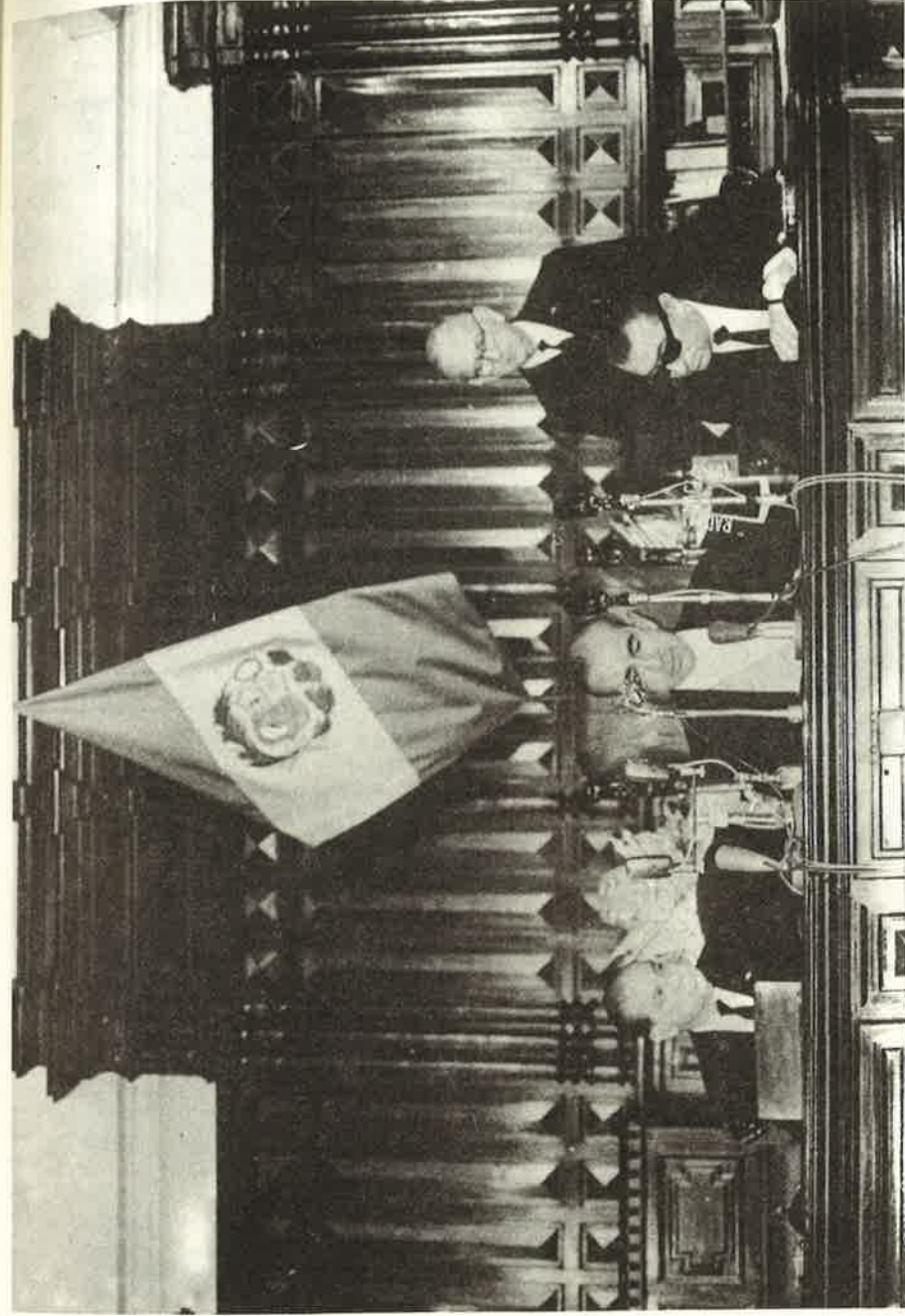
Campaña parlamentaria de 1962, Townsend es aclamado en Chiclayo. Al costado el candidato presidencial Haya de la Torre.



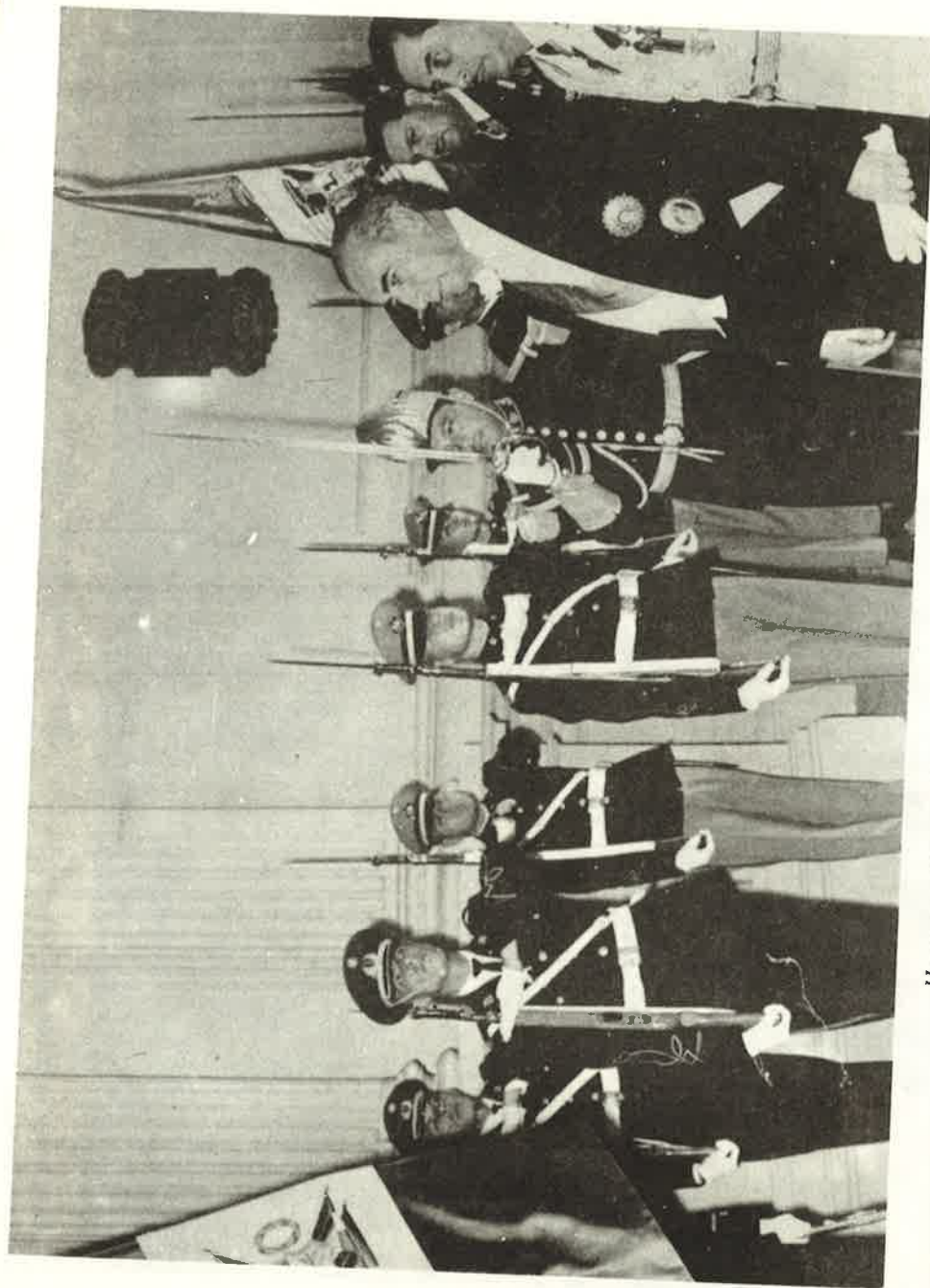
Hablando en el milin aprista de Chongoyape, en apoyo a la obra de Tinajones y reclamando la iniciación de las obras de Olmos (1966).



Con Nicanor Mujica, cuando se construíó el canal alimentador de la represa de Tinajones (1967).



Presidiendo la sesión del 28 de julio de 1965, con los Secretarios del Congreso, Diputado M. López Cano y Senador Carrillo Miani.



Honores militares al ingresar al Congreso. 28 de julio de 1968.



Con Anel Diez-Canseco de Townsend, en La Catalina, Heredia, Costa Rica, 1972.



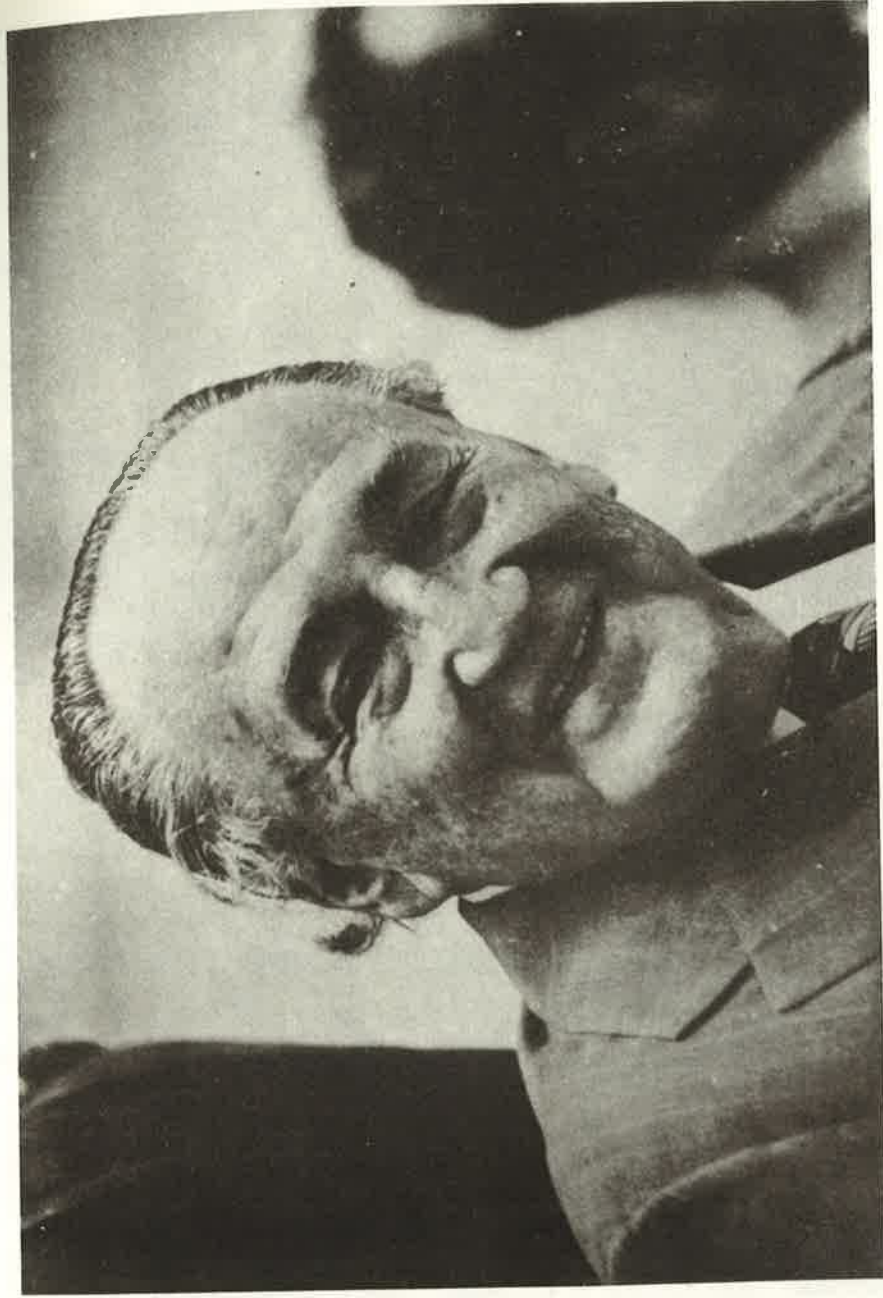
Fiesta de la Fraternidad, febrero de 1971, Townsend pronunció el discurso "El Pueblo al poder".



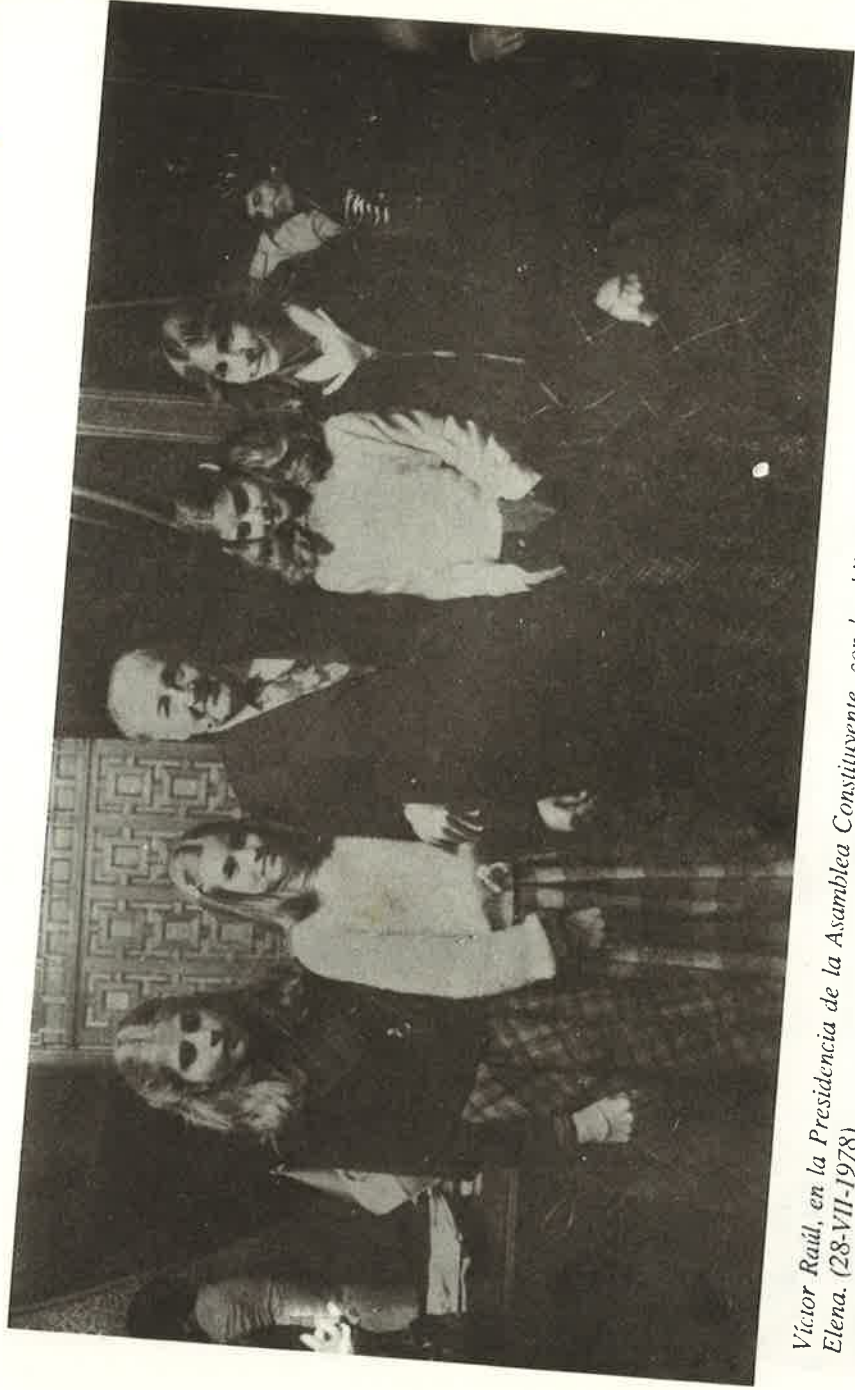
Haya de la Torre y Andrés Townsend, en Caracas, 1977, Conferencia de la Democracia Social.



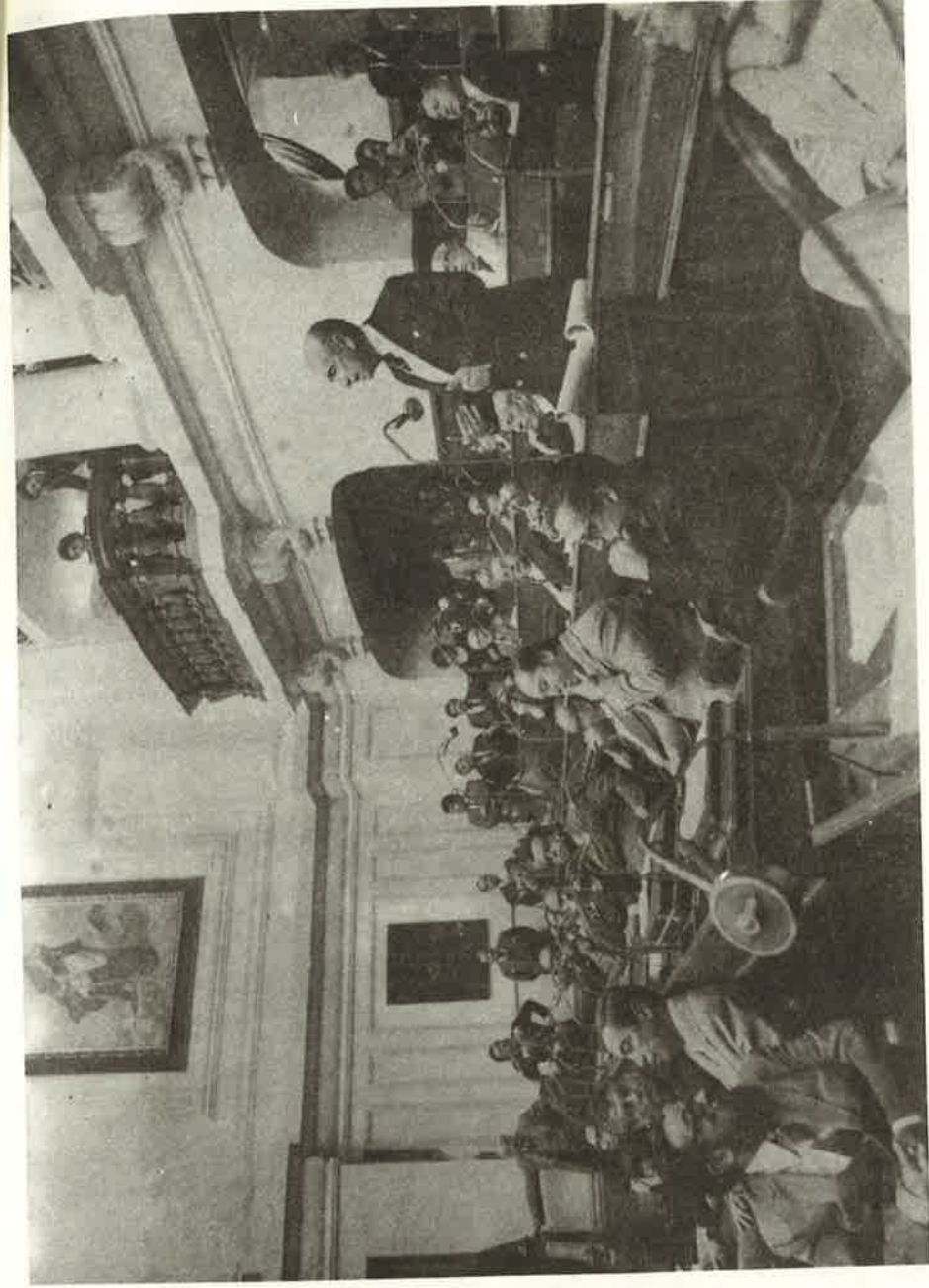
Comisión Principal de la Asamblea Constituyente de 1979, presidida por el Dr. Luis Alberto Sánchez.



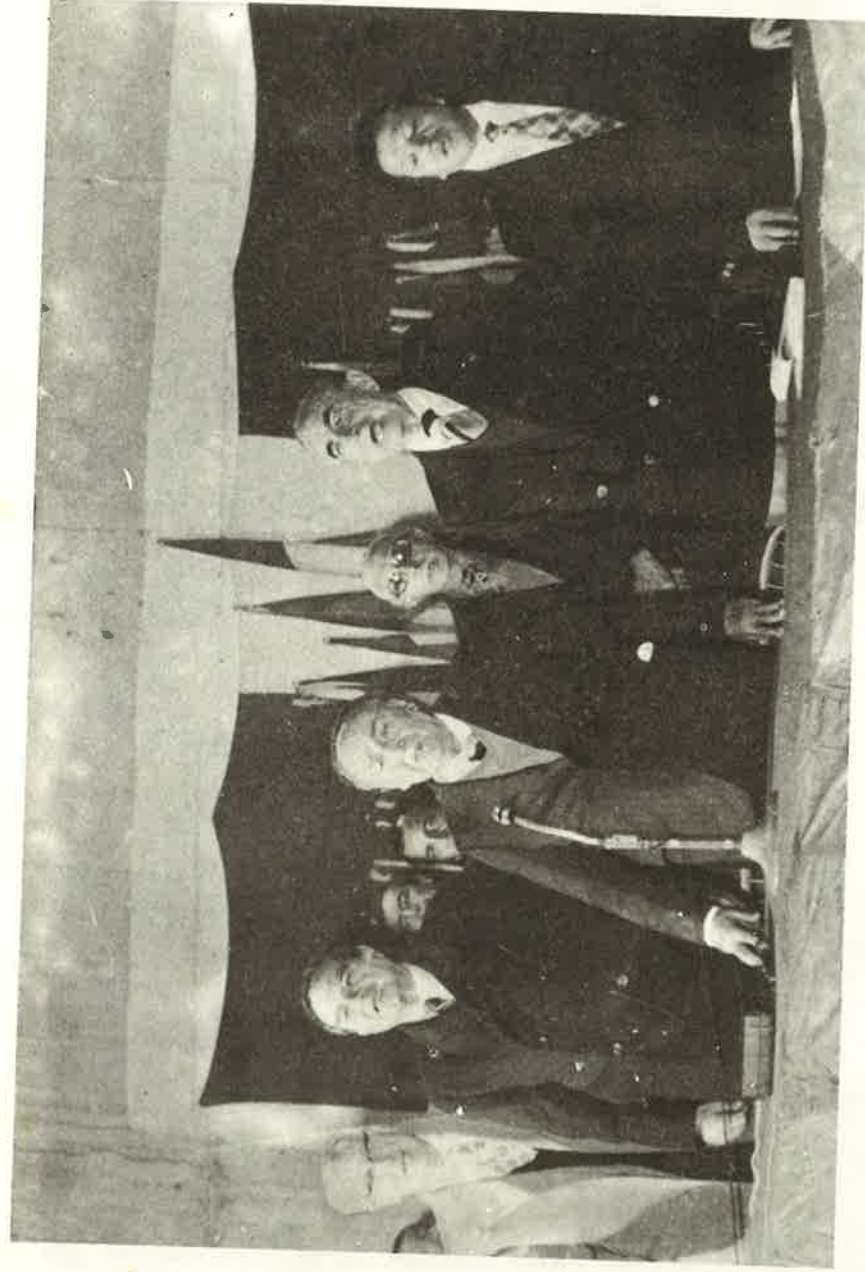
Víctor Raúl, patriarca universalmente respetado, preside una sesión de la Asamblea Constituyente. Lima, 1978



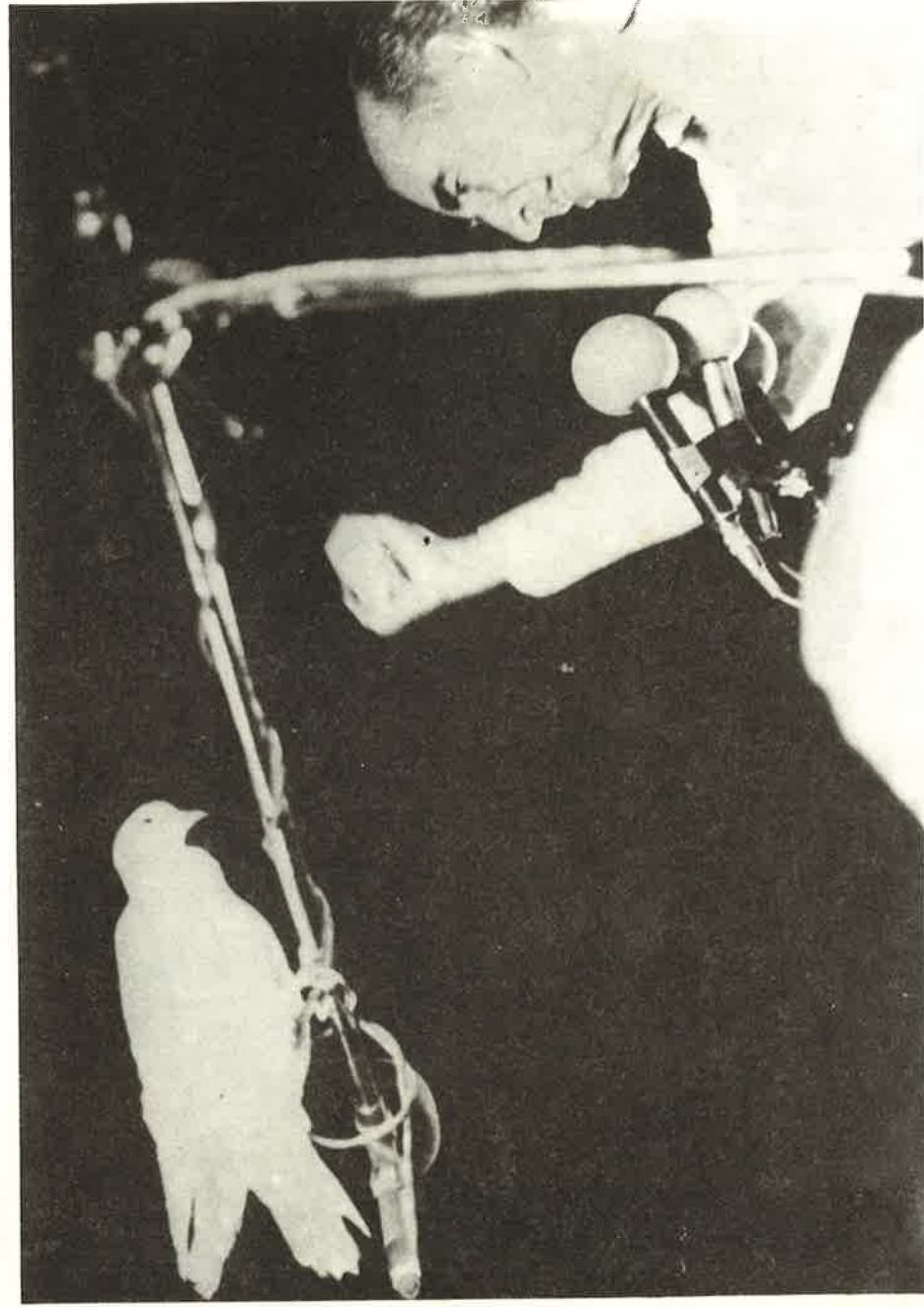
Víctor Raúl, en la Presidencia de la Asamblea Constituyente, con las hijas de Townsend: Andrea, Anel, Josefina y Elena. (28-VII-1978).



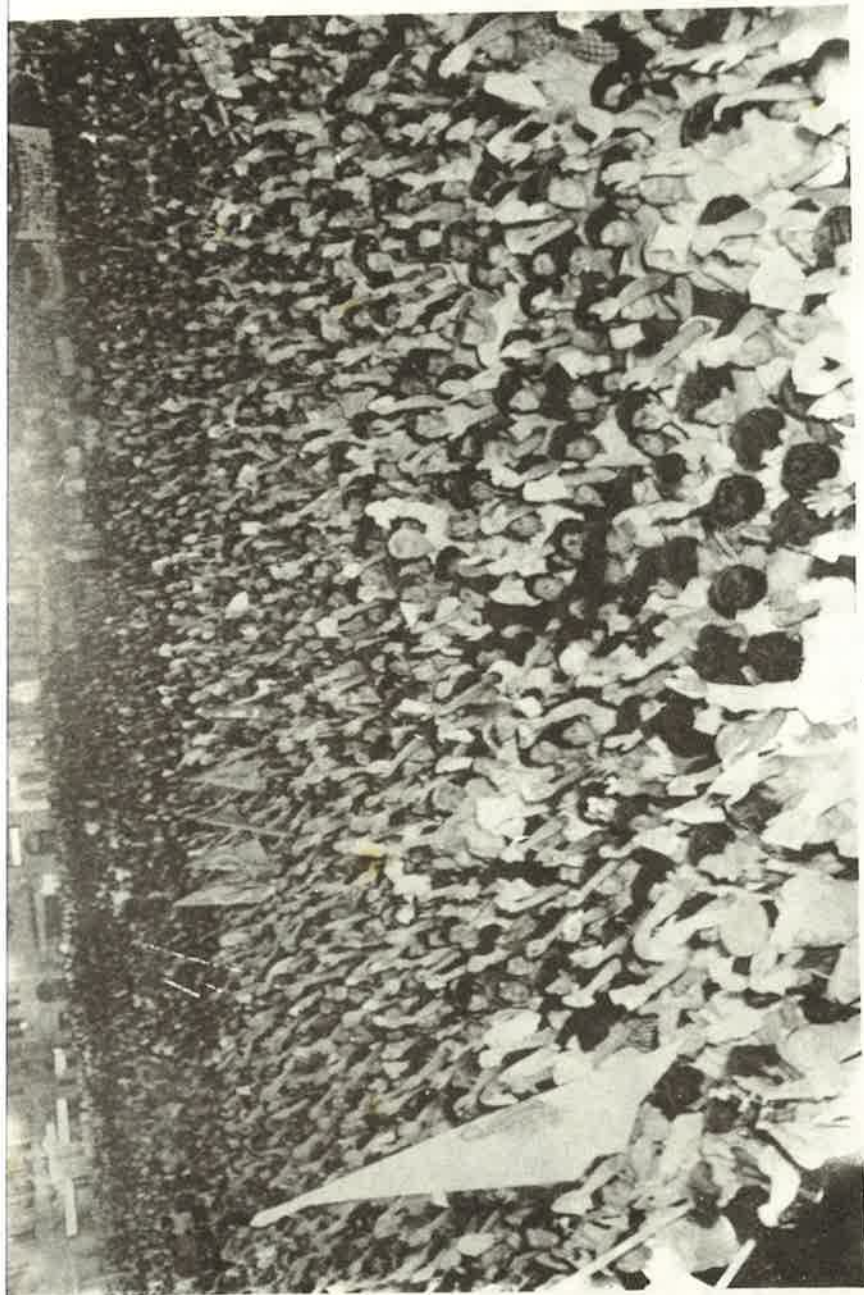
Sosteniendo el proyecto aprista de Carta Fundamental. Asamblea Constituyente, 1978.



Aula Magna de la Casa del Pueblo. De izquierda a derecha: Carlos Manuel Cox, Armando Villanueva, Haya de la Torre, Andrés Townsend y Carlos Enrique Melgar. Atrás: Luis Rivera Tumayo, César Vizcarra, Héctor Vargas y Luis Rodríguez Vildósola.



Discurso en la Plaza San Martín, en el mitin de las Bases Hayistas, el Día de la Fraternidad (febrero de 1981).



Miun de las Bases Hayistas que llenó la Plaza San Martín (21-II-1981).

... vicurra, Héctor Vargas y Luis

Otras obras de Andrés Townsend Ezcurra:

- Misión del Mariscal Santa Cruz en Francia y Bélgica. Guatemala 1953
- Fundación de la República en Centroamérica. 1ra. Edición, Guatemala 1958; 2da. Edición, Costa Rica, 1972.
- Shalom Israel, Lima 1960.
- Por la Libertad de los Pueblos, Misión en Naciones Unidas. Lima 1963.
- El Apra y la Reforma Agraria. Lima 1963.
- Pan y Libertad. Lima 1968.
- Bolívar, Alfarero de Repúblicas. 1ra. Edición, Buenos Aires 1973. 2da. Edición, Caracas 1975. (Mención honrosa en el Concurso Continental de la OEA)
- Las ideas de Bolívar en la Integración latinoamericana. (Premio de la Comisión del Sesquicentenario de la Independencia del Perú). 1ra. Edición Lima 1975; 2da. Edición, Caracas 1980.
- El Perú en la integración jurídica de América Latina. Vidaurre en Panamá. Lima, 1976.
- El Congreso Anfictiónico de Panamá y su significación actual. 1ra. Edición, Lima 1978; 2da. Edición, Caracas 1980.
- Parlamento Latinoamericano, Compilación y prólogo. Lima 1987.
- La Nación de Repúblicas: Proyecto latinoamericano de Bolívar. 1ra. Edición, Caracas 1988.

Este libro
se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de
Editorial e Imprenta DESA S.A.
Gral. Varela 1577, Lima 5
Reg. Ind. 16521

Townsend participó activamente en la Asamblea Constituyente de 1978 y fue autor de gran parte del Preámbulo y de artículos tan importantes como los relativos a la definición del Perú como república democrática y social; al deber del Estado de eliminar toda forma de explotación del hombre por el hombre y del hombre por el Estado; a la consagración del Derecho de Huelga, a la oficialización de los idiomas aborígenes; a la separación pacífica de la Iglesia y el Estado; de rechazo al imperialismo, al colonialismo, al neocolonialismo y a la discriminación racial; a la doble ciudadanía para latinoamericanos y españoles. Particularmente importante fue el Art. 100 según el cual "el Perú promueve la integración política, social y cultural de los pueblos de América Latina con miras a la formación de una Comunidad Latinoamericana de Naciones". (Este avanzado principio ha sido incorporado, con el mismo texto, en la reciente Carta fundamental del Brasil).

En la actualidad, Townsend es Senador de la República, electo con una de las más altas votaciones preferenciales en los comicios de 1985.

A su dilatada experiencia como escritor, profesor universitario y periodista, se debe agregar otra de amplia resonancia internacional: su desempeño vigoroso como promotor de la Integración política de nuestros pueblos a través del Parlamento Latinoamericano, del cual ha sido llamado "padre". Esta calificación se explica por su iniciativa fundadora y por su permanente esfuerzo de más de 20 años.

Resplandecen en las páginas de "50 Años de Aprismo", momentos dramáticos, tristes y felices, esperanzados y angustiosos. Todos ellos giran en torno a una ideología revolucionaria y democrática y a una vertical trayectoria que el autor ha sabido mantener, con su palabra y con su ejemplo. Cuando, con frecuencia, la deshonestidad y el oportunismo prevalecen, Andrés Townsend protagoniza un raro caso de probidad y consecuencia que tirios y troyanos reconocen.

E.J.A.